



se

BARBARA DELINSKY

La promesa de un sueño

Lectulandia

Para Casey, esa hermosa casa es una herencia tan inesperada como conmovedora. El gesto tardío con el cual su padre, un famoso psicólogo, quiso reconocerla finalmente como hija suya. Aunque en un primer momento Casey decide desprenderse de ella, cambia de opinión al entrar en el hogar del hombre al que siempre admiró en la distancia, pero al que nunca pudo conocer. Al encanto de la casa pronto se suma el hallazgo, entre los papeles de su padre, de las primeras páginas de un intrigante manuscrito. ¿Se trata de una novela? ¿Es el diario de una de sus pacientes? Casey está convencida de que describe un caso trágico, real, y que por algún motivo su padre quiso que cayera en sus manos.

Se entrelazan así dos fascinantes historias que acaban convergiendo en un final dramático, emotivo y totalmente inesperado.

Barbara Delinsky

La promesa de un sueño

ePub r1.0

Titivillus 09.03.2024

Título original: *Flirting With Pete*
Barbara Delinsky, 2003
Traducción: Juan Trejo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Agradecimientos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Sobre la autora

Notas

Agradecimientos

Conocí a Jenny Clyde y a Pete hace siete años. *La promesa de un sueño* ha estado en mi mente desde entonces, esperando el momento adecuado para emerger como mi libro del año. Ahora que lo he acabado, me doy cuenta de lo precario que puede resultar publicar y de lo fácil que habría sido que este libro, que ha consumido tanto de mi corazón y mi alma, no hubiese sido escrito. No fue así gracias a la tenacidad de la historia y el apoyo de mi agente, Amy Berkower. Amy comprende a Pete, a mis lectores y a mí. Su estímulo es lo que marca la diferencia en el mundo.

Al igual que con la mayor parte de mis libros, esta novela ha necesitado de una significativa cantidad de documentación. En esta tarea, he recibido la ayuda de Elizabeth Fisk y mi nuera, Sherrie Selwyn Delinsky. Ambas son expertas en sus respectivos campos. Si hay algún error al respecto en el libro, la responsabilidad es mía. He intentado hacer las cosas del modo correcto. En ciertas ocasiones, sin embargo, no interpreto las declaraciones no intencionadas, o sencillamente asumo que sé la respuesta y, por lo tanto, no formulo la pregunta correcta. Connie Unger no estaría muy contento conmigo. Le pido disculpas, y a ustedes también.

Le doy las gracias a mis editores, Michael Korda y Chuck Adams, por estar ahí para mí. Asimismo agradezco al equipo al completo de Scribner, desde Susan Moldow hasta el último integrante, por su entusiasmo, creatividad e inteligencia. Quiero darle las gracias a mi asistente, Wendy Page, por rechazar llamadas telefónicas que podrían haber interrumpido los momentos de escritura, y a la encargada de mi página web, Claire Marino, por explorar los jardines ocultos de Beacon Hill conmigo y haber volcado en el libro sus conocimientos sobre plantas.

Mi familia sabe lo que *La promesa de un sueño* significa para mí. Agradezco a todos —Eric y Jodi, Andrew, y Jeremy y Sherrie— su ilusión cuando les contaba el mínimo detalle relacionado con el libro. A mi marido, Steve, por su paciencia, su indulgencia y su aportación, mi agradecimiento y mi amor, siempre.

De nuevo, una vez más, gracias a mis lectores, que aceptan cada nuevo libro que escribo, aprecian las diferencias entre ellos y me incitan a escribir más y mejor. Sois buena gente. De hecho, me siento muy afortunada.

Prólogo

Little Falls

La llamada se produjo a las tres de la mañana. Dan O'Keefe se puso el uniforme y condujo hasta la casa de Clyde. No era por Darden Clyde ni tampoco por cuestiones de trabajo, aunque ambas razones tenían su peso, sino porque estaba preocupado por Jenny.

Hacía ya tiempo que Jenny le preocupaba, desde que se había convertido en ayudante de su padre, el jefe de policía del pueblo, ocho años atrás, cuando ella era una desastrada muchacha de dieciséis años que siempre mantenía las distancias con sus compañeros y nunca miraba a nadie a los ojos. Se había preocupado por ella a los dieciocho años, cuando su madre murió y su padre ingresó en prisión, y se había preocupado a lo largo de los seis años que habían pasado desde entonces, durante los cuales se había ido convirtiendo en una especie de paria para la gente del pueblo. Pero no había hecho demasiado por ayudarla. Por eso se sentía culpable.

Ahora su complejo de culpa tenía otras causas. No deseaba ver a Darden fuera de prisión, lo mismo que la propia Jenny, pero no hizo nada para evitar que saliese. Así pues, no solo se sentía culpable, sino que estaba preocupado.

Y, por otra parte, estaba su hombro. Siempre le dolía cuando las cosas se ponían feas. Su padre estaba convencido de que precisamente por culpa de esa dolencia no había llegado a ser un buen jugador de fútbol americano, pero las viejas lesiones hacía tiempo que habían curado. La tensión afectaba las cicatrices, eso era todo. El hombro ya le ardía cuando Darden Clyde había descendido del autobús en el polvoriento Little Falls a las seis y doce minutos de la tarde anterior. Ahora le dolía de un modo terrible.

Se alejó del centro del pueblo bajo la llovizna, enfiló West Main y dejó atrás casas tan oscuras que no habría sabido siquiera que estaban ahí de no haber sido porque conocía de memoria cada centímetro del pueblo. Un par de kilómetros más allá, las casas empezaban a estar más separadas unas de otras. Giró frente a la única casa que tenía las luces encendidas y agarró con fuerza

el volante mientras el *jeep* bajaba dando botes por el encharcado camino de acceso a la vivienda de Clyde. Aparcó cerca de la puerta de la cocina, que estaba entreabierta, dio un par de pasos sobre el barro y abrió la mosquitera.

Casi todo en la cocina era de pino —la mesa, las sillas y los armarios—; las encimeras, de fórmica y linóleo, habían sido restregadas con saña hasta adquirir el color de la carne; en ese momento, eran el elemento más humano de la habitación. Darden estaba sentado en el suelo al final de un rastro de lodo. Apoyado en la pared, bajo el teléfono, presentaba el aspecto de una rata mojada, con el pelo y la ropa empapados. Tenía la cara manchada de sangre. Estaba inclinado hacia la derecha y se agarraba con fuerza el brazo. Se limitó a alzar la vista, como si las fuerzas no le alcanzasen para más. Incluso así, sus ojos reflejaban maldad.

—Me atropelló —espetó con un rabioso gruñido—, justo ahí enfrente. He estado tirado bajo la lluvia durante horas. Me ha costado otras cuantas horas arrastrarme hasta aquí. La cadera me está matando.

A Dan le tenía sin cuidado la cadera de Darden. Se acercó a la puerta que llevaba al recibidor y aguzó el oído. La casa se hallaba sumida en el silencio.

—¿Dónde está ella?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? Por eso te he llamado. Me atropelló con mi puto coche y se marchó. Eso es atropello, huida, robo y conducción sin carnet.

Sabía que el Buick no estaba allí. Había iluminado el vacío garaje con los faros de su automóvil cuando entró en el camino de acceso. Pero pensó que Jenny habría dejado el coche en alguna parte y habría vuelto. Sí, ella le dijo que se iba a ir de la ciudad y, sí, añadió algo de un amigo, pero nadie había visto al chico en cuestión. A solas, Jenny Clyde era vergonzosa e insegura. Dan no podía imaginarla dando vueltas por ahí todo ese tiempo. Resultaba más sencillo imaginarla agazapada encima del oscuro tejado, dejando su vida en manos de la lluvia y las resbaladizas tejas de pizarra.

Dan siguió andando.

—¡Eh! —gritó Darden a su espalda—. ¿Adónde crees que vas?

No hizo caso de sus palabras y llevó a cabo un rápido repaso de la casa. Se dijo que no tenía por qué volver a toparse con la misma espantosa escena con la que se había encontrado seis años atrás, y lo cierto es que no vio rastro de Jenny ni signo de violencia alguno. Aparte del vestido húmedo en el suelo del dormitorio y una montaña de almohadas, mantas y recortes de periódicos en el desván, todo estaba ordenado. No había nadie en el tejado, ni tampoco, por suerte, tirado en el suelo debajo del mismo.

Regresó a la cocina.

—Yo podría haberte dicho que no estaba aquí —masculló Darden—. Se ha llevado mi coche. ¿Quieres que te lo diga otra vez? Se ha llevado mi coche. Tienes que buscarla por ahí fuera.

Dan pensaba hacerlo. Sabía que Jenny no conducía bien. La había pillado tras el volante en varias ocasiones y había hablado con ella del tema más de una vez, pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? ¿Multarla por ir dando bandazos en plena calle? ¿Quitarle las llaves del coche? ¿Meterla en el calabozo por conducir sin carnet y encerrarla después en la cárcel del condado junto a yonquis y prostitutas?

Lo que le preocupaba era la posibilidad de que hubiese sufrido un accidente. Alrededor de Little Falls había un buen número de lugares por los que un coche podía despeñarse y no ser encontrado durante días. Planeó echarle un vistazo a todos esos lugares. Antes de eso, sin embargo, quería que Darden hablase.

Acercó una silla y se sentó. Los restos de la cena, estofado de ternera seco y bollos a medio comer, seguían sobre la mesa de la cocina. Una botella de cerveza volcada había vertido su contenido.

—¿Qué pasó aquí?

Darden apoyó la cabeza en la pared.

—Ya te lo he dicho. Me atropelló y se largó.

—¿Por qué?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? Yo estaba cenando. Me dijo que se iba. Cuando intenté detenerla, me atropelló. —Sus ojos eran fríos y su mirada férrea—. Encuéntrala, O’Keefe. Ese es tu trabajo. Si tienes que detenerla, hazlo. Pero tráela de vuelta.

—¿Por qué? Tiene veinticuatro años y lo más lejos que ha ido nunca es a visitarte a la prisión. Tal vez haya llegado su momento.

—Y una mierda. Es el momento de que esté aquí —replicó Darden, señalando el suelo con un dedo—. Ha tenido seis jodidos años...

—¿Para hacer qué? —dijo cortante el agente—. ¿Para escapar? ¿Cómo podría haberlo hecho? La tenías muy ocupada manteniendo las cosas como tú querías, y cada vez que iba a verte a la prisión no dejabas de recordarle lo mucho que te debía, y eso sin contar las llamadas telefónicas. No puedo imaginar la de veces que se lo habrás dicho.

—Es mi hija. Hizo lo que hizo porque me quiere.

Dan se puso en pie. Supuso que si no se largaba de allí, no tardaría en empezar a golpear a Darden Clyde. No era partidario de la violencia policial

—de hecho, la detestaba, lo que constituía uno de los muchos motivos por los cuales discutían él y su padre—, pero sabía que no estaba lejos de aplicarla. Se sentía realmente furioso.

—Vamos a dejar clara una cosa, saco de mierda —dijo—. Jenny ha hecho lo que ha hecho porque durante todos estos años la has tenido amedrentada. Debería haber vendido la casa después de lo que sucedió aquí, pero no le permitiste hacerlo. Debería haberla vendido o quemado o, sencillamente, haberse marchado. Yo se lo aconsejé, pero tú le dijiste que no lo hiciese. Con tu mente de perverso querías que siguiese atada a esos recuerdos. Esa pobre muchacha ha sufrido mucho más tiempo del que has pasado en la cárcel, y eres el único culpable de ello. —Se inclinó hacia Darden; el odio era tan fuerte que tenía la boca seca—. Así que escúchame bien. Si la encuentro y veo que le has hecho daño, desearás haber muerto en la cárcel. ¿Has captado el mensaje?

Darden escupió con indiferencia.

—No tienes cojones para tocarme. Tu padre tal vez. Pero tú no.

Dan lo miró a los ojos.

—Llevo más de treinta y dos años observándolo —le advirtió—, así que no me subestimes. Si está herida, comprobarás si tengo cojones o no. No me cortaré un pelo contigo.

Darden dio a entender con una mueca que el sentimiento era mutuo. De haber podido hacerlo, lo habría matado con la mirada.

El agente se frotó el hombro.

—¿Dijo adónde iba?

—No.

—¿Tienes alguna idea de adónde ha podido ir?

—Habló de alguien llamado Pete.

—¿Lo conoces?

—¿Cómo demonios iba a conocerlo? ¡No hace ni doce horas que estoy aquí!

—Tal vez lo conoció al ir a verte a la cárcel...

Darden lo miró en silencio y, no por primera vez, Dan deseó haber estado más al corriente del asunto de Pete con Jenny. Había dejado que ocurriese, pues ella parecía bastante feliz, y ver a Jenny feliz era algo muy raro. Habida cuenta del giro que habían dado los acontecimientos, le habría gustado saber que se había ido con alguien bueno. Decírselo a Darden habría supuesto un enorme placer.

—¿Te había hablado antes de él? —preguntó Dan—. ¿Te habló de algún otro chico con anterioridad?

—No —masculló Darden.

—¿Qué hiciste cuando ella te habló de él?

—Le dije que no iba a ir a ninguna parte —gruñó Darden.

Dan estaba seguro de que le había dicho muchas otras cosas aparte de eso.

—¿Y ella qué dijo?

—Dijo que se iba.

—De modo que discutisteis. ¿Eso fue todo?

—¿Qué quieres decir con «eso fue todo»?

—La pegaste.

—No la pegué. La quiero. Es mi hija. Volví aquí para cuidar de ella.

Ah, claro. Dan sabía cómo funcionaban las cosas en realidad, y se lo demostró a Darden con la mirada.

—¿La tocaste?

—Ni siquiera me acerqué a ella. Ve a buscarla, O'Keefe. Cada minuto que pasas ahí sentado haciéndome tus estúpidas preguntas ella se aleja un poco más.

Esa era la opinión de Dan, que daba por supuesto que Jenny estaba sana y salva y había escapado de Darden como había venido haciéndolo durante años. De ser así, tenía la intención de darle toda la ventaja posible.

Sin embargo, en caso de que hubiera sufrido un accidente, tendría que encontrarla.

Se acercó al teléfono y llamó al hospital comunitario, dos pueblos más allá, y pidió una ambulancia para Darden. Daba por seguro que este no iría demasiado lejos, de manera que lo dejó sentado a solas en el suelo, sacó la linterna del *jeep* y fue a buscar a Jenny por los terrenos cercanos a la casa y por el bosque. Mientras lo hacía, intentó también encontrar algún indicio que probase que una motocicleta había estado por allí. Jenny le dijo que Pete conducía una. Pero Dan no dio con indicio alguno de una cosa ni de la otra. Así que se dispuso a buscarla con el *jeep*.

Para cuando salió el sol, había rastreado kilómetro a kilómetro la carretera de Little Falls, pero no había visto el Buick ni aparcado ni abandonado ni estrellado. Se detuvo en la casa de su familia para poner al corriente a su padre, pero estaba tan ocupado hablando por radio con Imus que apenas le prestó atención y no le importó dejar la búsqueda de Jenny en manos de Dan,

a quien le pareció estupendo. Sabía que él haría un mejor trabajo porque el asunto le importaba. Su padre había sido jefe de policía en Little Falls durante casi cuarenta años; estaba aburrido, quemado, y se mostraba indiferente.

Dan no era como su padre. Acuciado por un sentimiento de apremio, regresó al garaje que hacía las veces de comisaría e hizo algunas llamadas. Una vez alertados los policías de los pueblos vecinos acerca del Buick, volvió a salir de ronda.

Según sus cálculos, él era una de las tres personas a las que Jenny habría confiado su intención de marcharse del pueblo. Las otras dos eran Miriam Goodman, quien en su pequeña cocina se dedicaba a preparar comida a domicilio para todo el estado, y el pastor de la Iglesia Congregacionalista, el reverendo Putty. Dan habló con los dos. Ninguno de ellos aportó luz sobre el posible paradero de Jenny.

Volvió a recorrer las carreteras, a la luz del día en esta ocasión, pero el resultado fue el mismo. De modo que regresó al pueblo para tomarse unos huevos y una taza de café en el bar. Supuso que si alguien sabía algo, sería allí donde se enteraría.

Lo único que sacó en claro fue la mala predisposición que mostraba la gente del pueblo con respecto a Darden Clyde. Nadie parecía alegrarse de que no se hubiese roto la cadera y solo tuviese unos cuantos arañazos y magulladuras, o de que durante el rato que había estado en urgencias no hubiese dejado de maldecir a Dan O'Keefe.

—Dijo que eras cómplice de un delincuente.

—Dijo que no tenías ni idea de lo que es ser un auténtico policía.

—Dijo que si hubiese algo más que mierda dentro de tu cabeza avisarías al FBI.

La ristra de ofensas que podían relatarle sus amigos no le interesaba. A decir verdad, los escuchó solo a medias. La extrañeza y el final del asunto era lo que le inquietaba. Le dolía el hombro. Tenía las tripas revueltas. Su preocupación por Jenny iba en aumento.

Volvió a la carretera, deteniéndose para echarle un vistazo a todos los barrancos y desvíos, con la idea de que cuanto más ascendiese el sol, mayores serían las posibilidades de ver algo que se le hubiese pasado por alto en las rondas anteriores. A media mañana, seguía sin tener nada.

Resolvió ir de nuevo a la cantera. Ya había estado allí dos veces esa mañana, pero en esa ocasión lo hizo sin una intención concreta. Detuvo el *jeep* en un claro y se apeó. En dirección al pueblo el cielo estaba despejado, pero en la cantera había niebla, lo que constituía precisamente una de las

razones por las que había vuelto allí. La niebla aclaraba las ideas. Desdibujaba la verdad y daba lugar a la esperanza. La cantera era un lugar de ensueño en cualquier circunstancia. Cuanto más espesa fuese la niebla, más rico sería el sueño.

¿Y cuál era su sueño? Hacer el bien. Hacer algo bueno.

Por ingenuo que sonase, esa era una de las razones por las que había escogido aquel trabajo. La segunda razón era que había deseado ser artista pero no había encontrado su propio camino... y necesitaba dinero. ¿Y la tercera? Su madre le había rogado que aceptase el trabajo, porque su padre no habría podido encontrar a nadie más. Dedicarse a proteger la ley en Little Falls no resultaba muy inspirador. Consistía en devolver al colegio a los que hacían novillos, encerrar en el calabozo a los borrachos y llevar a los adictos al centro de desintoxicación que se encontraba tres valles al oeste. Incluía aclarar insignificantes discusiones entre la gente del pueblo y mediar en disputas domésticas. Conllevaba recorrer las calles de Little Falls durante horas interminables para que la gente creyese que estaban a salvo.

¿Y lo estaban? Hallarse en la cantera en aquel preciso momento sí era seguro. Resultaba difícil creer que el mal pudiese existir en semejante lugar, con el arrullo del agua sobre el granito, el susurro de las agujas de los pinos sacudiéndose la lluvia, el correteo de los animales entre los hierbajos, el olor a mojado y el frescor. La niebla no formaba sombras en las que pudiera ocultarse demonio alguno. En un día como aquel, la cantera parecía una iglesia, un área de descanso en el camino al cielo.

Era un pensamiento rocambolesco —debido precisamente a ese tipo de pensamientos, su padre solía afirmar que había sido todo un derroche que estudiase en la universidad de una gran ciudad—, pero en la mente de Dan se hizo un hueco. Había algo que aportaba paz, que era casi sagrado, en aquel lugar. Se sentía en calma en él. Esperanzado. Incluso le dolía menos el hombro, lo cual no dejaba de ser extraño, dada la humedad.

Se frotó el hombro. Sin duda, estaba mejor. Respiró hondo la niebla y miró alrededor. Sin duda, se sentía esperanzado.

¿Cómo explicarlo?

La cantera era una concavidad gigantesca. Su fondo, formado por una cuenca de granito, estaba cubierto por el agua de un manantial que nacía cerca de la cima de la montaña. La parte alta era un sucio saliente que sobresalía seis metros y hacía las veces de trampolín para diversión de la gente del pueblo. Dan caminó por el borde de la cuenca, colocando con mucho cuidado los pies sobre el granito aún húmedo a causa de la lluvia nocturna. Cruzó el

puede de tablones de madera sobre la corriente de agua que llenaba la cuenca gorgoteando con rapidez hacia abajo, y llegó hasta el extremo más alejado, sin dejar de observar los árboles que aparecían y desaparecían cuando la niebla cambiaba de forma y se esparcía.

No tenía ni idea de lo que andaba buscando.

Sin embargo, no se detuvo. Se dejó llevar por una corazonada, dejó atrás el granito y enfiló un estrecho sendero que serpenteaba entre los árboles. Su seguridad iba creciendo a medida que avanzaba entre los pinos y las raíces de los árboles, entre enmarañados matorrales y bajo ramas que pendían sobre su cabeza.

Incluso antes de verlo, supo qué era lo que iba a encontrar. El viejo Buick de Darden Clyde estaba escondido entre los árboles en un claro cuya existencia pocos en el pueblo conocían. Jamás habría imaginado que Jenny supiese de él. La había subestimado.

El Buick estaba vacío. Lo supo antes de abrir las puertas. Formaba parte de su seguridad, al igual que la repentina intuición de saber lo que ella había hecho.

Inclinó la cabeza. Un espasmo de aflicción se abrió paso por su garganta y le hizo echar la cabeza hacia atrás con un gemido. Eso fue justo antes de que la pena diese lugar a la culpa, y de que esta le permitiese moverse.

Desanduvo el camino hasta la cuenca de granito, echó un vistazo alrededor de sus límites, pero no encontró ninguna causa de aflicción allí. No había nada pesadoso, trágico u oscuro. El aire era diáfano, brillante. El hombro no le molestaba.

No tenía ningún sentido, por descontado, pero así era.

La niebla danzaba sobre el agua en ráfagas juguetonas. Una estrecha mancha en la niebla llamó su atención. Caminó en su dirección y la mancha fue creciendo poco a poco. Entonces alzó la mirada hacia el saliente por encima de su cabeza, y vio las ropas.

Sintió otro espasmo de culpa, pero este no lo paralizó. Corrió hasta el extremo de la cantera y empezó a ascender. Piedra a piedra escaló hasta llegar al saliente.

Reconoció el vestido al instante, sabía que Jenny se lo había comprado en Miss Jane's y que lo había llevado al baile del viernes anterior. Estaba doblado en el suelo junto a su ropa interior y las gastadas zapatillas de lona con las que había recorrido tantas veces los kilómetros que separaban el pueblo de su casa. Las huellas de sus pies eran pequeñas y delicadas, un calificativo que poca gente habría asociado a Jenny, pues delicadeza sugería

fragilidad, y fragilidad sugería vulnerabilidad, y vulnerabilidad sugería inocencia, y eso habría inspirado en la gente afán de protección. Pero la gente de Little Falls había prestado tan poca protección a Jenny Clyde como el propio Dan. Él viviría el resto de su vida con el peso de esa idea.

Pequeñas, delicadas y solitarias huellas de pisadas que la lluvia había borrado casi por completo. Si había estado con un amigo, este no la había acompañado hasta allí arriba. La imagen era clara, un rastro desde el punto en que Dan se encontraba hasta el lugar donde se había quitado la ropa, y de allí hasta el extremo donde había apoyado el peso del cuerpo en los talones mientras levantaba los dedos de los pies. Después, nada.

La extrañeza que le había incomodado minutos antes se centró ahora en un solo aspecto. Todas las pequeñas cosas que Jenny había hecho y que tanto habían desconcertado a Dan los últimos meses, y más incluso durante los últimos días, cobraron sentido. Tendría que haber sido más perspicaz, podría haberse dado cuenta de la señal de alarma.

Sin embargo, la perspicacia no tenía nada que ver con eso. No había prestado atención a las señales de Jenny porque no había querido conocer su significado. Conocerlo habría implicado actuar, y él formaba parte de aquel pueblo, al menos en lo que a pensar mal de Jenny se refería.

Escrutó el agua. Estaba en calma, tranquila, sumida en el silencio. Dragarían la charca, pero la corriente quizá hubiese arrastrado el cuerpo a causa de la tormenta. Podrían recorrer las orillas en su busca, pero no existían garantías. En Little Falls se habían producido otros suicidios, pero en ninguno de los casos se había encontrado cadáver alguno. Según un dicho local, lo que la cantera se tragaba no volvía a salir a la superficie.

Al no descubrir nada en el agua, Dan recorrió con la mirada los bordes de la cuenca y el límite del bosque. La niebla jugaba ahora con él, creando la imagen de algo vivo, algo humano, antes de disiparse y no mostrar más que piedras, árboles y musgo.

El suicidio era pecado. Dan no podía perdonarle a Jenny lo que había hecho. Pero sabía lo estrecho que había sido el mundo para ella. Dentro de ese estrecho mundo, ella había elegido el mal menor entre dos posibilidades. Sabía que no podía juzgarla por ello.

Darden Clyde era otra cuestión. A Dan le conmovía que Jenny hubiese aplicado la más pura forma de justicia. Al matarse, privaba a Darden de aquello que deseaba del modo más perverso. Lo había dejado solo en su propio infierno.

Eso a Dan le gustaba. Quería que Darden se sintiera atormentado, y quería que Jenny fuese libre. Aunque la pesadumbre lo abrumaba, se alegró por ella. Suponía que a eso se debía precisamente el que hubiera desaparecido el dolor de su hombro.

De repente, se sintió exhausto y respiró hondo. Dejó salir el aire de los pulmones y colocó las manos en la pretina de sus pantalones. Tenía trabajo que hacer. Debía informar por radio de lo ocurrido y pedir refuerzos para empezar la búsqueda. Pero aún no. Esperaría un minuto. Había algo en ese lugar, que le hacía experimentar una paz profunda, algo que no encajaba con la idea de que alguien hubiese perdido allí la vida la noche anterior. Quiso pensar que se trataba del espíritu de Jenny Clyde que rondaba entre los árboles.

Jenny Clyde libre y al fin feliz.

La niebla se levantó. Un destello rojo, abajo, a lo lejos, llamó la atención de Dan, que se puso tenso. El destello rojo se movió solo un poco, pero fue suficiente para hacer que se pusiera en marcha.

Sin saber por qué, mientras corría, sintió una leve decepción. Había deseado que Jenny escapase. No había vida posible para ella en ese lugar tras el regreso de Darden.

De ese pensamiento surgió el germen de otro. Si se trataba de hacer el bien, todavía quedaba una posibilidad.

Descendió a toda prisa el trecho de piedras, deslizándose por encima de algunas de ellas debido al impulso que llevaba, sin importarle el golpe final. En el fondo, caminó deprisa para adentrarse en el bosque hacia el lugar en el que había advertido el destello rojo. Aminoró la marcha a medida que se acercaba, temiendo que si hablaba desapareciese. Pero Jenny Clyde no se movió. Estaba hecha un ovillo, era un penoso bulto de carne que tiritaba con la cara escondida entre las rodillas. Su cabello rojo, sorprendentemente brillante, destacaba sobre la pálida piel.

Mientras daba los últimos pasos, Dan se sacó la chaqueta. Se arrodilló a su lado, la cubrió y le pasó un brazo por los hombros. Sin decir palabra, la llevó al *jeep*. Una vez allí, la metió dentro e inclinó el asiento del acompañante lo suficiente para que no pudiesen verla. Después se sentó al volante y se fueron.

Tomó una carretera secundaria, como habría hecho de todos modos. Al ver que Jenny seguía tiritando, encendió la calefacción. Ella tenía la cara apoyada en las rodillas y no había abierto la boca. Él conducía.

Cuando dejaron atrás los límites del pueblo y llegaron a una zona en la que la frecuencia de la radio se lo permitía, llamó a información, consiguió el número que deseaba y pasó tres minutos hablando con un antiguo amigo de la universidad, quien accedió de buen grado a dejar durante dos horas el trabajo y encontrarse con él a medio camino.

Su padre se habría puesto lívido. «¡Obstrucción de la justicia! —habría dicho, siempre dispuesto a seguir la ley al pie de la letra—. Te has metido en un buen lío, Dan, y tu amigo también. ¿Para eso te envié a la universidad?».

Pero su padre nunca llegaría a saberlo. Ni nadie del pueblo. Dragarían la cantera, así como la cuenca del río. Por consenso se acordaría que el cadáver había sido arrastrado hasta las aguas más profundas y depositado bajo un lecho de rocas, o que había desaparecido debido a las misteriosas fuerzas que imperaban en la cantera.

La causa no importaría, solo los efectos. Y a todos los efectos, Jenny Clyde ya estaba muerta.

Capítulo 1

Boston

El funeral se celebró en una oscura iglesia de piedra en Marlboro Street, Boston, no muy lejos de donde Cornelius Unger había vivido y trabajado. Era un soleado miércoles de junio, tres semanas después de su muerte, según las instrucciones que él mismo había dejado. Todo cuanto ocurrió antes de ese momento fue de carácter privado y minoritario. Y nadie invitó a Casey Ellis a participar de ello.

Se sentó a cuatro filas del fondo de la iglesia, y allí se encontró con los más refinados asistentes que podría haber imaginado. No hubo sollozos ni suspiros, nada de gemidos o lamentos. No había lugar allí para la pena. Era una reunión profesional, con un montón de hombres y mujeres ataviados con ropas impersonales, de esas que indican que se trata de gente que prefiere ver a ser vista. Eran investigadores y psicoterapeutas, y habían hecho acto de presencia porque Connie Unger había sido una eminencia en su campo durante más de cuarenta años. La gran cantidad de asistentes ponía de manifiesto tanto su longevidad como su brillantez.

Casey habría apostado cualquier cosa a que era la única afectada emocionalmente entre el centenar de personas allí reunidas, e incluía entre estas a la mujer del difunto. Era de todos conocido que la esposa del afamado doctor Unger vivía en una adorable casita en la costa norte, donde podía hacer lo que le viniese en gana, en tanto que él vivía en Boston y solo la visitaba algún que otro fin de semana. A Connie le gustaba mantener la privacidad. Le desagradaban las reuniones sociales. No tenía amigos sino colegas, y si bien contaba con familia, en la forma de hermanas, hermanos, sobrinos, sobrinas y primos, nadie sabía nada de él. No había tenido hijos con su esposa.

Casey era su hija, pero constituía el fruto de la relación con una mujer con la que él nunca había contraído matrimonio, una mujer a la que apenas le había dedicado una docena de palabras después de la única noche que habían

pasado juntos. Dado que nadie sabía nada de aquella noche ni de Casey, para los presentes esta no era sino otra cara entre la multitud.

Por otra parte, Casey conocía a algunas de aquellas personas, y no precisamente gracias a su padre. Él no la había reconocido como hija, nunca había acudido a ella, ni la había ayudado, ni le había abierto puerta alguna. Jamás le había ofrecido su apoyo en la infancia. La madre de Casey nunca se lo había pedido, y para cuando Casey conoció el nombre de su padre, era ya una terca adolescente que no se habría aproximado a aquel hombre ni aunque su vida hubiese dependido de ello.

Ciertos elementos de su terquedad habían perdurado. A Casey le agradaba la idea de sentarse casi al fondo de la iglesia, como cualquier otro colega en su hora de descanso para comer. Le gustaba pensar que su presencia allí era mucho más de lo que aquel hombre se merecía. Le gustaba pensar que saldría de la iglesia y no volvería la vista atrás nunca más.

Centrarse en esa clase de cuestiones resultaba más sencillo que ser consciente de la pérdida. No había conocido a Cornelius Unger de manera formal, pero mientras este vivía había conservado la esperanza de que algún día la buscase. Con su muerte, dicha esperanza se había esfumado.

«¿Has intentado alguna vez acercarte a él por tu cuenta? —le preguntó en una ocasión su amiga Brianna—. ¿Has intentado alguna vez enfrentarte a él? ¿Le has enviado una carta, un correo electrónico, un regalo?».

La respuesta a esas preguntas fue «no». El orgullo también desempeñaba un papel en todo aquello, así como la rabia, y, por descontado, la lealtad a su madre. Por otra parte, también estaba la cuestión de la veneración al héroe. Típico de las relaciones de amor-odio: Cornelius Unger no solo había sido su castigo sino su modelo casi desde que oyó su nombre por primera vez. A los dieciséis años, había sentido curiosidad, pero la curiosidad no tardó en transformarse en un impulso. Él estudió en Harvard; ella intentó matricularse pero la rechazaron. ¿Debería de haberse dirigido a él para decirle que no lo había conseguido?

Por esa causa ella estudió en Tufts y en el Boston College. En este último, cursó un máster en trabajo social... No era como el doctorado de Cornelius, pero también aconsejaba a sus clientes, como él, e incluso le habían propuesto dar clases. No estaba segura de aceptar o no, pero esa era otra cuestión. Le encantaba tener una consulta. Suponía que a su padre también, si la dedicación de este significaba algo. A lo largo de los años había leído todo lo que él había escrito, acudido a todas y cada una de sus conferencias, y coleccionado todas las reseñas sobre sus trabajos. Él entendía la psicoterapia

como la búsqueda de un animal carroñero, con pistas escondidas en las diferentes «habitaciones» de la vida del paciente. Abogaba por una terapia hablada para sacar a la luz dichas pistas —lo que constituía una ironía, pues aquel hombre no podía mantener siquiera una corta conversación social—, y sabía cuáles eran las preguntas adecuadas.

En eso consistía la terapia, según afirmaba en sus conferencias, en formular las preguntas adecuadas. Escuchar, y después formular las preguntas que le indicasen al paciente la dirección correcta a fin de encontrar la respuesta por sí mismo.

Casey era bastante buena en eso, a juzgar por lo mucho que había aumentado su clientela. Los que habían asistido al funeral, por lo tanto, eran también sus propios colegas. Había estudiado con ellos, había compartido despachos, habían acudido juntos a talleres, y habían pasado consulta con ella. La respetaban como psicoterapeuta lo suficiente para que sus referencias le hubiesen supuesto una significativa fuente de clientes. Esos colegas ignoraban que existiera alguna conexión entre ella y el fallecido.

Fuera, en las escaleras de la iglesia, se notaba el calor de junio. En el interior, los rayos del sol quedaban reducidos a amortiguados fragmentos de color debido a las vidrieras emplomadas en lo alto de la pared de piedra, y la atmósfera era confortablemente fresca, impregnada del aroma de la historia como una reliquia de la guerra de Secesión. Casey adoraba aquel aroma. Le proporcionaba un sentido de la historia del que su vida carecía.

Casey se acomodó para escuchar a los oradores, que uno tras otro se colocaban ante el altar, aunque ninguno dijo nada que ella no supiese. Profesionalmente, Connie Unger había sido muy querido. Su carácter taciturno se entendía como una forma de timidez o de ensimismamiento, y su negativa a asistir a fiestas del departamento, como una dulce forma de torpeza social. Llegado a un cierto punto de su carrera, la gente empezó a protegerlo. Casey se había preguntado a menudo si esa carencia de vida social ayudaba a que así fuese. Como Connie Unger no tenía amigos, sus colegas se sentían responsables de él.

El funeral acabó y la gente empezó a salir de la iglesia; al igual que Casey, regresaban al trabajo. Le sonrió a un amigo, le dio un golpecito en la mandíbula a otro, se detuvo un instante frente a las escaleras para hablar con el que había sido su director de tesis, y correspondió al abrazo de otro colega. Se detuvo una vez más, en esta ocasión porque se lo pidió uno de sus socios.

El grupo estaba formado por cinco socios. John Borella era el único psiquiatra. De los otros cuatro, dos eran doctores en psicología. Casey y el

que quedaba tenían sendos másters en trabajo social.

—Hemos de vernos luego —dijo el psiquiatra.

A Casey no le afectó la urgencia en el tono de su voz. John era un alarmista crónico.

—Tengo una agenda muy apretada —le advirtió Casey.

—Stuart se ha ido.

Eso hizo que ella se detuviese. Stuart Bell era uno de los doctores en psicología, y más importante aún, el encargado de pagar las facturas del despacho.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? —preguntó Casey con cautela.

—Se ha ido —repitió John, bajando la voz—. Su esposa me llamó hace un rato. Anoche llegó a casa desde el trabajo y se la encontró vacía... Vacíos los cajones, vacío el armario, vacías las estanterías. Miré en su despacho, y allí tampoco había nada.

—¿Y sus archivos? —preguntó Casey, conmovida.

—Se los ha llevado.

—¿Y nuestra cuenta bancaria? —inquirió ella, cada vez más alarmada.

—Vacía.

Casey sintió una oleada de pánico.

—De acuerdo —dijo—. Hablaremos más tarde.

—Tenía el dinero del alquiler.

—Lo sé.

—Siete meses, por lo menos.

—Lo sé. —A primeros de cada uno de los siete meses Casey le había entregado a Stuart un cheque por su parte del alquiler. La semana anterior, descubrieron que durante ese tiempo no se había pagado. Cuando se lo dijeron a Stuart, este afirmó que había sido un descuido, que el pago del alquiler se había traspapelado entre las montañas de papeleo acumulado. Ellos aceptaron su explicación porque sabían cómo funcionaban esas cosas. Había prometido pagarlo de una sola vez.

—El plazo vence la semana que viene —le recordó John a Casey.

Tendrían que conseguir el dinero. La otra alternativa era el desahucio. Pero en ese momento Casey no podía hablar con John de desahucios. Ni siquiera podía pensar en ello con Cornelius Unger observando y escuchando.

—No es el momento ni el lugar, John. Hablemos más tarde.

—Perdone... —dijo un caballero delgado y de pelo cano, vestido con un traje azul marino, que había descendido por las escaleras de la iglesia mientras la multitud se dispersaba—. ¿Es usted la señorita Ellis?

John se apartó y Casey se volvió hacia el recién llegado, que se presentó.

—Mi nombre es Paul Winning —dijo—. Yo era el abogado del doctor Unger. Soy su albacea testamentario. ¿Podríamos hablar un minuto?

Casey sintió curiosidad por saber qué podía desear, pero a este le bastó con la mirada para explicárselo. Sí, sabía quién era ella.

Sorprendida y repentinamente intranquila, Casey logró decir:

—Oh, por supuesto. Cuando quiera.

—Ahora estaría bien.

—¿Ahora? —Le echó una mirada a su reloj y experimentó una punzada de irritación. No sabía si su padre había hecho esperar alguna vez a sus clientes. Ella nunca lo había hecho—. Tengo una cita en treinta minutos.

—Esto solo nos llevará cinco —dijo el abogado. La tomó suavemente del codo y, con amabilidad, la guio hacia el estrecho sendero que rodeaba la iglesia.

A Casey le latía con fuerza el corazón. Antes incluso de que pudiese empezar a preguntarse qué iba a decirle, o qué sucedería si no le dijese nada en absoluto, el sendero desembocó en un pequeño patio apartado de la vista de la calle. Tras soltarle el codo, el abogado señaló hacia un banco de hierro. Cuando ambos se sentaron, dijo:

—El doctor Unger dejó instrucciones para que nos pusiésemos en contacto con usted en cuanto acabase el funeral.

—No entiendo por qué —señaló Casey, recuperando en parte la compostura—. No tenía ningún interés en mí.

—Me temo que se equivoca —replicó el abogado. Sacó un sobre del bolsillo de su americana. Era un sobre pequeño, del tamaño de un tarjeta personal, con un cierre en la parte superior.

Casey observó el sobre.

El abogado lo tendió hacia ella para mostrarle lo que había escrito en él.

—Este es su nombre.

Casey leyó «Cassandra Ellis», escrito con los mismos garabatos temblorosos que había visto docenas de veces en las notas en los márgenes de las diapositivas que Connie Unger proyectaba durante sus conferencias.

Cassandra Ellis. Su nombre, escrito por su padre. Era un principio.

Casey volvió a mirar al abogado. Inquieta, sin saber bien qué era lo que quería encontrar dentro de aquel sobre, pero sabiendo que, fuese lo que fuese, allí estaba, lo cogió con dedos vacilantes.

—Hay una llave dentro —explicó Paul Winning—. El doctor Unger le ha dejado su casa de la ciudad.

Casey frunció el ceño, apretó los dientes y miró con suspicacia al abogado. Al ver que asentía, bajó los ojos hacia el sobre. Con mucho cuidado, abrió el cierre, alzó la lengüeta y miró dentro. Sacó la llave y después extrajo un pedazo de papel doblado varias veces. Durante los segundos que le llevó desdoblarlo —unos cuantos segundos más de lo que le habría llevado si las manos no le hubiesen temblado—, su fantasía se desbocó. En ese breve lapso imaginó una agradable nota. No tenía por qué ser larga. Podía ser tan sencilla como «Eres mi hija, Casey. Te he estado observando todos estos años. Has hecho que me sienta orgulloso».

Había algo escrito en el papel, pero el mensaje era mucho más sucinto. Leyó la dirección de la casa, también el código de la alarma, así como una corta lista de nombres acompañados de términos como «fontanero», «pintor» y «electricista». Junto a los nombres del jardinero y de la criada había un asterisco.

—El doctor Unger quería que el jardinero y la criada conservasen su puesto de trabajo —explicó el abogado—. Por supuesto, la elección final es suya, señorita Ellis, pero él creía que los dos eran buenos y que querían la casa tanto como él mismo.

Casey estaba aturdida. No advirtió el mínimo carácter personal en aquel papel.

—¿Él quería la casa? —preguntó dolida, y se encontró con la mirada del abogado—. Una casa es una cosa. ¿Quiso a alguien alguna vez?

—A su manera —respondió Paul Winning con una triste sonrisa.

—¿Y qué manera era esa?

—En silencio. A distancia.

—¿De forma ausente? —inquirió Casey, desgarrada en ese instante, mientras hacía una bola con el papel y la dejaba a un lado. Sentía rabia por el hecho de que su padre no le hubiese dicho nada en toda su vida, rabia porque en aquella nota no figuraba nada de lo que había ansiado leer.

—¿Qué pasaría si no aceptase esa casa?

—En tal caso, véndala. Su precio ronda los tres millones de dólares. Esa es su herencia, señorita Ellis.

Casey no ponía en duda el valor de la casa. Estaba situada en una selecta zona de Leeds Court, a su vez una zona muy selecta de Beacon Hill. Había pasado por allí muchas veces. En ninguna de esas ocasiones, sin embargo, se le había pasado por la cabeza, pensar que algún día sería la dueña de una de aquellas casas.

—¿Ha estado en ella alguna vez? —preguntó el abogado.

—No.

—Es un hermoso lugar.

—Ya tengo mi propia casa.

—Podría venderla.

—¿Y hacerme cargo de una hipoteca mayor?

—No hay ninguna hipoteca. El doctor Unger la había pagado por completo.

No era posible, pensó Casey. Tenía que tratarse de una trampa.

—El mantenimiento, entonces... La calefacción, el aire acondicionado, y los impuestos... Los impuestos de propiedad seguramente ascienden al doble de lo que yo pago al año de hipoteca.

—Existe un fondo fiduciario para los impuestos, así como para los gastos de la casa. También tiene aparcamiento, dos plazas en la parte de atrás con acceso privado, dos en la entrada principal, todo pagado. Y respecto a la calefacción y el resto, él confiaba en que pudiese usted hacerse cargo de ello.

A decir verdad, podía hacerlo..., o podría hacerlo en el caso de que Stuart Bell no se hubiese llevado el dinero de los siete meses de alquiler.

—¿Por qué? —dijo.

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué hizo algo así? ¿Por qué semejante regalo después de no haber recibido nada de él durante todos estos años?

—No conozco la respuesta a eso.

—¿Está su esposa al corriente de que él me ha dejado la casa?

—Sí.

—¿Y ella no ha puesto ningún inconveniente?

—No. Nunca ha tenido ninguna relación con esa casa. La última voluntad del doctor la ha dejado en muy buena posición.

—¿Desde cuándo sabía ella de mi existencia?

—Hacía tiempo.

Casey sintió un arrebató de amargura.

—¿Y no podría haberme llamado ella misma para comunicarme su muerte? Tuve que enterarme por el periódico. No me parece bien.

—Lo lamento.

—¿Le ordenó mi padre a ella que no se pusiese en contacto conmigo?

El abogado suspiró, parecía un tanto cansado.

—No lo sé —respondió—. Su padre era un hombre complicado. No creo que ninguno de nosotros supiese qué era lo que le pasaba por dentro. Ruth, su esposa, era la persona que estaba más cerca de él, y ya sabe cómo vivían.

Casey lo sabía. Lo que no sabía era si se sentía peor por su madre, que había perdido a Connie Unger antes de tenerlo, o por la esposa de Connie, que lo había tenido y lo había perdido.

—Me da la impresión —declaró Casey— que ese hombre no sabía tratar a los demás.

—Tal vez no —repuso el abogado poniéndose en pie—. En cualquier caso, la casa es de usted. Todo está ahora a su nombre, señorita Ellis. Le enviaré a un mensajero mañana con todos los papeles. Le aconsejo que los guarde en la caja fuerte.

Casey permaneció sentada.

—No tengo caja fuerte.

—Yo sí. ¿Le gustaría que los guardase yo?

—Por favor.

Winning sacó una tarjeta del bolsillo.

—Esta es mi dirección.

Casey cogió la tarjeta.

—¿Y qué hay de... sus cosas? ¿Están todas en la casa?

—Los objetos personales, sí. Le pidió a Emmett Walsh que se hiciera cargo de las cosas relacionadas con el trabajo, así que se llevó el ordenador, los archivos de sus clientes y el Rodolex.

Una lejana burbuja estalló.

De vez en cuando, Casey había tenido un sueño. En él, Connie llegaba a manifestar su respeto por ella como profesional, y lo hacía enviándole clientes. Incluso la convertía en su protegida, y hasta la invitaba a compartir sus sesiones, a formar un equipo entre ambos.

El desengaño no duró mucho. El sueño, después de todo, nunca había tenido viso alguno de convertirse en realidad.

—Bien —musitó sin levantarse.

—Está pálida —dijo el abogado—. ¿Se encuentra bien?

Ella asintió.

—Solo un poco sorprendida.

Él sonrió.

—Pásese por allí y échele un vistazo a la casa. Tiene cierto encanto.

Casey no podía ir ese mismo día. Debía atender varios pacientes hasta las ocho, así que dejó el tema de la casa de su padre aparcado en un rincón de su mente y se reunió con sus socios en la sala de conferencias. Cornelius Unger,

el epítome del decoro, se habría retorcido de vergüenza ante la escena que siguió. El ánimo no fue el adecuado desde el principio. Ocasionalmente el grupo había mostrado diferencias internas, pero estas se habían magnificado debido a la crisis.

—¿Dónde está Stuart?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? He hecho una docena de llamadas.

—Tenemos que avisar a la policía.

—¿La policía? Este es un asunto privado. Se trata de nuestro amigo.

—Di mejor tu amigo. Eso hay que dejarlo claro.

—¿En qué estábamos pensando cuando permitimos que se hiciese cargo de los fondos?

—Lo hizo porque ninguno de nosotros quiso encargarse de esa tarea.

—Siempre se comportó de un modo racional, lo cual es mucho más de lo que puedo decir de algunos terapeutas —remarcó Renée, que había estudiado con Casey.

—Perdona —dijo John en tono de enfado—, pero me ofendes al decir eso.

—Ha sido una broma.

—No lo creo. Tú y Casey no siempre entendéis que sin nosotros no estaríais en condiciones de ejercer.

Casey se sintió ofendida.

—Sí lo estaríamos.

—Y el ambiente de trabajo sería más agradable —replicó Renée.

—Adelante, entonces —dijo John, desafiante—. Así tendremos que alquilar menos espacio.

—¿Qué propietario os alquilaría un local?

—Eh, nosotros no hemos estafado a nadie —arguyó la especialista en adolescentes, Marlene Quinn, necesitada de excusas por tratarse de la persona más cercana al ladrón—. Stuart firmó el contrato. El suyo era el único nombre que figuraba. Él es el único que ha estafado.

—Tiene nuestro dinero.

—¿Cómo vamos a recuperarlo?

—Yo no quiero mudarme.

—¿Cómo arreglaremos lo del dinero?

—¿Desde cuándo te preocupa el dinero, Casey? —se burló John—. Eres una ingenua, tú tratas a algunos de tus pacientes gratis.

—Lo que yo haga —se defendió Casey— no tiene nada que ver con ser ingenua y sí con el hecho de poner fin al tratamiento, estén de acuerdo las aseguradoras o no. ¿Acaso me he retrasado en mi parte del alquiler?

—No —intervino Renée—, y yo tampoco. No podemos pensar en el desahucio. Tengo pacientes a los que tratar.

—Clientes —corrigió John—. Yo tengo pacientes. Tú, clientes.

—Ninguno de nosotros tratará a nadie si nos echan de aquí —señaló Casey—. Y el casero ya ha echado a otros inquilinos. ¿Recordáis lo que les hizo a los abogados de la tercera planta?

—Pero encontraron un alquiler mucho mejor en otro edificio —dijo Marlene.

—¿Por qué no nos vamos a Copley Square? Solo con trasladarnos a cuatro manzanas de aquí encontraríamos un alquiler más barato.

—No voy a trabajar en el South End.

—¿Cómo pudo Stuart sacar el dinero de la cuenta? —preguntó Casey con suspicacia.

—Estaba autorizado a hacerlo. El banco no tenía motivo alguno para negárselo.

—Pero ¿por qué? ¿Tenía deudas? ¿Era jugador? ¿Su matrimonio estaba en crisis?

—¿Y ninguno de nosotros lo vio venir? —dijo Renée, tomando el testigo de Casey—. Nuestro trabajo consiste en conocer el interior de las personas.

—Pero no en leer la mente —argumentó Marlene—. No podemos conocer el interior de nadie hasta que no trabajamos con el cliente lo bastante como para echar abajo el muro de la desconfianza y la negación.

Casey no captó la analogía con Stuart.

—Eso no es así.

—Sí que lo es.

—No —insistió ella, y echó mano de la vieja teoría del sentido común—. Somos humanos. Stuart cumplía con su trabajo, así que vimos lo que queríamos ver.

—Bien, pero eso no nos lleva a ninguna parte —dijo Renée—. Necesitamos dinero, y rápido. ¿Cómo vamos a conseguirlo?

La reunión acabó sin que llegaran a ninguna decisión. Agotada, Casey salió del despacho y se encaminó hacia Copley Square a grandes zancadas, practicando la respiración abdominal, según las técnicas del yoga, mientras recorría la calle Boylston en dirección a la avenida Massachusetts. Giró a la izquierda y después a la derecha, tomó calles laterales hasta llegar a Fenway, con sus hileras de edificios de piedra roja sobre una franja de agua y árboles.

La respiración abdominal no le fue de gran ayuda. Hacía ya un rato que había agotado las lágrimas, pero como cada vez que pasaba por allí, no pudo evitarlo. No era en ese lugar donde ella deseaba estar, en camino de visitar a su madre. Si pudiese cambiar una sola cosa de su vida, sería eso.

Tras ascender cinco escalones, entró. Saludó con la mano al portero, ascendió dos tramos más de escaleras, llegó a la tercera planta y saludó a la enfermera de turno.

—Hola, Ann. ¿Qué tal está?

El estilo maternal y la calma que transmitía Ann Holmes daba a entender que llevaba tiempo encargándose de personas con problemas mentales. Caroline Ellis estaba en tratamiento desde hacía tres años.

—No ha tenido un buen día —respondió Ann—. Ha sufrido un par de ataques esta mañana. El doctor Jinsji te llamó, ¿verdad?

—Sí, pero en su mensaje decía que el Valium causó efecto. —El mensaje también decía que el doctor estaba preocupado por el aumento de la frecuencia de los ataques, pero a Casey eso la animaba más de lo que le preocupaba. Quería creer que tras muchos meses de permanecer en estado vegetativo, los ataques constituían un signo de que Caroline empezaba a despertar.

—Se le pasó —dijo la enfermera—. Ahora está dormida.

—Tendré cuidado entonces —susurró Casey.

Recorrió el pasillo en dirección a la habitación de su madre y entró. La estancia apenas se hallaba iluminada por las luces que llegaban de la calle. Aparte de los aparatos médicos necesarios para la alimentación y la respiración asistida, la habitación era lo bastante grande para albergar otra cama, un par de sillas y un tocador, y como había sido Casey quien había llevado y colocado aquellos muebles, sabía exactamente dónde estaban por lo que la semipenumbra no suponía un problema. Había visitado a Caroline Ellis varias veces a la semana durante los tres años transcurridos desde el accidente. Había pasado tantas horas allí, caminando de un lado a otro, observando las paredes, tocando los muebles, que conocía cada centímetro del lugar.

Caminó en línea recta hacia la cama y besó a su madre en la frente. Caroline olía a limpio. Siempre era así, y esa era una de las razones por las que Casey la había llevado a ese centro. Más allá de las flores frescas colocadas sobre el tocador cada semana, los cuidados tenían en cuenta aspectos de calidad de vida como la higiene, aunque eso —incluidas las flores— estaba pensado más bien para los familiares de los pacientes que para

estos. Y era particularmente cierto en el caso de Casey. La Caroline que ella había conocido siempre estaba limpiando los establos de sus animales, así que el único olor que Casey asociaba a ella era el fresco perfume de la crema de eucalipto que utilizaba. Casey había dejado en el centro una buena provisión de la misma, y las enfermeras se la aplicaban a Caroline con generosidad. No podía decirse que eso ayudase en algo a esta, pero al menos calmaba a Casey.

Se sentó junto a Caroline, la tomó de la rígida mano, destensó su muñeca, le estiró los dedos y los colocó sobre su propia garganta. Caroline tenía los ojos cerrados. Aunque no era consciente de ello, su cuerpo seguía el ciclo circadiano de sueño y vigilia.

—*Hola, mamá. Es tarde. Sé que estás dormida, pero tengo que despertarte.*

—*¿Has tenido un mal día?* —preguntó Caroline.

—*No sé si ha sido malo. Extraño, más bien. Connie me ha legado su casa de la ciudad.*

—*¿Cómo dices?*

—*Me ha dejado su casa de la ciudad.*

—*¿La casa de Beacon Hill?*

La pregunta despertó un recuerdo. De repente, Casey volvió a tener dieciséis años, y estaban en Boston por la tarde temprano. «¿Beacon Hill?», había repetido Caroline cuando, en un amago de rebeldía, había soltado aquellas palabras. Beacon Hill era una zona que podía significar muchas cosas, pero aludir a ella en casa de los Ellis solo hacía pensar en una: Connie Unger. «¿Has ido a verlo?», le preguntó Caroline. Casey lo negó, pero su madre se sintió herida. «Él nunca ha venido a verte, Casey. No ha venido a vernos a ninguna de las dos, y nos las hemos arreglado bastante bien».

En aquellos tiempos, aún había rabia y dolor. Lo que Casey imaginaba que podía sentir Caroline en la actualidad era más bien perplejidad.

—*¿Por qué te habrá dejado la casa?*

—*Tal vez no sabía qué hacer con ella.*

Caroline no respondió de inmediato. Casey supo que estaba pensando en la mejor manera de tratar la situación. Finalmente, con mucho tacto, preguntó:

—*¿Cómo te hace sentir?*

—*No lo sé. Me he enterado esta tarde.*

Casey no mencionó el funeral. No estaba segura de que Caroline fuese a entender por qué había acudido, y no quería que pensase que andaba buscando algo de Connie. Caroline había sido la madre perfecta, segura en

todo a excepción de lo relacionado con el padre de su hija. Dada su situación actual, y considerando que sus ahorros se habían invertido en el tratamiento médico, podía sentirse amenazada por semejante legado procedente de Connie.

Deseosa de cambiar de tema, Casey abrió la boca para explicarle a Caroline el problema que tenían en el despacho. Antes de pronunciar una sola palabra, sin embargo, pensó dos cosas. Las crisis iban y venían. No tenía por qué agobiar a su madre con sus problemas. Caroline necesitaba dedicar toda su energía a recuperarse.

De modo que permaneció en silencio durante un rato, acariciando aquellos rígidos dedos y dándoles calor al apoyarlos en su cuello. Mientras Caroline dormía confortablemente, ella dejó la mano con mucho cuidado bajo la sábana y besó a su madre en la mejilla.

—*La casa no significa nada. Tú sí me importas. Eres la única familia que tengo, mamá. ¿Te pondrás bien por mí?*

En la oscuridad, estudió el rostro de su madre. Un minuto después, salió silenciosamente de la habitación.

Dejó atrás Fenway con un profundo dolor en su interior. Caminó hacia el río durante diez minutos en dirección al pequeño apartamento de un solo dormitorio, en Back Bay, que había comprado dos años atrás y que todavía se preguntaba si podría costeárselo. La cuestión quedaría solucionada si se trasladaba a Providence para dar clase, pero no se hallaba en condiciones de encontrar una respuesta esa misma noche. Tras mirar el correo y calentarse la cena, se sintió exhausta. Tenía un paciente a las ocho de la mañana, de manera que se fue a dormir.

No fue a Beacon Hill el jueves, pues entre paciente y paciente se reunió con Renée, Marlene y John para intentar aclarar el tema de Stuart. La esposa de este afirmaba no tener ni idea de dónde se encontraba, y el banco aseguraba que jamás había habido en la cuenta corriente de la sociedad el importe de siete meses de alquiler. Ninguna de las discusiones que mantuvieron en la sala de conferencias resultó productiva. No hicieron más que intercambiar puntos de vista.

—¿Nunca miraste los extractos bancarios? —le preguntó Marlene a John.

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacerlo? Era cosa de Stuart.

—Pero tú eres el psiquiatra. Eres el mayor. Fuiste tú quien quería este despacho.

—¿Cómo dices? Yo quería estar en Government Center, no en Copley Square.

—¿Cómo haremos para conseguir otros veintiocho mil dólares? —preguntó Casey.

—Dirás más bien treinta y ocho. El casero nos cobrará intereses, y seguro que querrá los siguientes dos meses por adelantado.

—Podemos pedir un préstamo.

—No estoy en condiciones de asumir otro crédito.

—Bien, entonces ¿qué propones?

—Mudarnos a un sitio más pequeño.

—¿Cómo? Seguimos necesitando cuatro despachos, una sala de conferencias y un lugar para el contable.

—El contable puede trabajar en su casa.

—Lo cual es una invitación a que también nos robe...

Casey se marchó a las seis, tan maltrecha que se fue directa al Y. Necesitaba hacer yoga mucho más que acudir a Beacon Hill, y cuando acabó la clase estaba demasiado relajada para pensar en Connie Unger. Se sentía tan necesitada de trato amable que fue a cenar con dos amigos de clase, y después de reír un buen rato gracias a una botella de Merlot, era ya demasiado tarde para ir a cualquier sitio excepto a la cama, y aun así no sería por mucho tiempo. A las seis de la mañana del viernes ya se había levantado, pues tenía que acudir a un taller en Amherst.

Cuando emprendió el regreso ya había anochecido. Mientras conducía escuchó los mensajes grabados en el contestador. Los correspondientes a sus socios expresaban las mismas cansinas objeciones, y de repente se sintió cansada del tema. Trasladarse a Rhode Island para dar clases suponía una vía de escape para aquel embrollo.

No contestó a sus llamadas. La mezquindad la incomodaba, más incluso que pensar en lo que habría dicho Cornelius Unger sobre un grupo tan discordante de colegas. Había vuelto a fracasar, habría dicho Connie. A él nunca le habría robado uno de sus socios.

Él, por descontado, siempre había pasado consulta en solitario. Y Casey también podría hacerlo. Si aceptaba la propuesta de dar clases, solo vería a sus pacientes unas pocas horas a la semana, y lo haría en la propia universidad. No se veía a sí misma dedicándose exclusivamente a la terapia. Le encantaba el trabajo clínico.

Trasladarse a Providence, sin embargo, suponía otro problema. No tenía claro si quería estar tan lejos de su madre, lo cual era una ironía de primer orden. Casey había crecido en Providence; Caroline había vivido allí hasta sufrir el accidente. Durante el tiempo transcurrido hasta entonces, Casey había deseado con todas sus fuerzas poner tierra de por medio. Caroline constituía el máximo exponente del hogar y el corazón, todo lo que Casey no era. Cuanto más cerca vivían la una de la otra, más evidente se hacía la diferencia. A pesar de la profesión de Casey, seguir la evolución de Caroline era difícil.

Para demostrarlo, al llegar a casa Casey no se puso a limpiar la nevera, ordenar la creciente pila de correo que se amontonaba sobre la encimera de la cocina, o leer un libro, sino que se sentó en el sofá a ver una reposición de *Buffy, cazavampiros* hasta que el sueño la venció. Se despertó a medianoche y se fue a la cama, pero no durmió bien. Si la desagradable palabra «preocupación», que el doctor había vuelto a utilizar ese día no se hubiera grabado en su mente, habría pensado en la opción de dar clases, pues necesitaban que les diera una respuesta inmediata, o en la situación del despacho, pues el asunto olía cada vez peor, o en el hecho de que tenía treinta y cuatro años y aún no había encontrado su lugar en el mundo. Pero comenzó a pensar en la casa de Beacon Hill, que había heredado de manera inesperada, y se impuso un fastidioso silencio.

Hasta entonces había evitado pasar por allí. No necesitaba la opinión de colega alguno para saberlo. Estaba haciendo una declaración de principios frente a su padre muerto; venía a decirle que le dolía que hubiese reconocido su existencia una vez muerto y que no necesitaba su casa de tres millones de dólares. Le estaba haciendo esperar. Así de simple, y de infantil, era el asunto.

El sábado por la mañana se levantó envalentonada. Quería pensar como una persona adulta, aunque temía pedir demasiado. No hizo caso del saber popular que indicaba que, en caso de acudir a una zona acomodada de Boston, uno debía vestirse del modo adecuado, siquiera como muestra de respeto a su padre. No se maquilló, sino que se puso unos pantalones cortos de deporte y una vieja camiseta sin mangas, y se recogió la rubia cabellera en una cola de caballo que sacó por el hueco trasero de su raída gorra. Tras atarse sus gastadas zapatillas y colocarse sus más oscuras y modernas gafas de sol, salió camino de Beacon Hill. Apenas había recorrido dos manzanas cuando, desilusionada, dio media vuelta corriendo y regresó a casa en busca de la

llave que había olvidado. Metió la llave, el teléfono móvil y una botella de agua dentro de una riñonera y volvió a salir.

Era una preciosa mañana. A las nueve, había en la calle tantos coches como corredores. A un ritmo cómodo, recorrió la avenida Commonwealth bajo la sombra de los añosos arces y robles que dominaban el paseo central. Tras detenerse, sin dejar de trotar en el sitio, ante un semáforo en rojo en la calle Arlington, entró en los Jardines Públicos. Sin motivo aparente, rodeó el lago, dejando atrás las barquitas que empezaban a cobrar vida en esos momentos, los padres que empujaban los cochecitos de sus hijos, y a otros niños que corrían a arrojar piedras al agua. Cada piedra atraía a una multitud de patos que se dispersaban en cuanto comprendían que no se trataba de cacahuètes.

Cuando completó el círculo, continuó hacia la intersección de Beacon y Charles. Dejándose llevar por un capricho —un capricho un tanto insolente, un último intento de meter las narices en el espíritu de Connie—, se tomó tiempo para recorrer al completo la calle Charles. Al llegar al final torció a la derecha y ascendió por la calle Cambridge; después, resoplando, por la calle Joy, y giró hacia Pinckney para descender al trote.

Siempre le había gustado la calle Pinckney. Tenía las mismas casas de ladrillo rojo que el barrio de Hill, con alguna que otra de madera para añadir algo de encanto. Las aceras eran igualmente largas y estrechas, con el suelo embaldosado, el mismo tipo de ventanas con flores, y la misma clase de hierros forjados en puertas y ventanas.

Cuando había recorrido más de la mitad del camino, sin embargo, sus piernas dijeron que ya habían tenido bastante. Desde Pinckney giró a la izquierda hacia West Cedar, y después de nuevo a la izquierda por Leeds Court.

Se trataba de una calle adoquinada y muy estrecha que se dividía formando en el centro una isla ovalada donde crecían cicutas y pinos.

Sin aliento y sudorosa, Casey pasó junto a los coches aparcados y dirigió una rápida mirada, casi furtiva, a la casa que acababa de heredar. Encajonada entre otras dos casas, estaba encarada al oeste desde lo más profundo de la calle Court. Con sus muros de ladrillos de color vino cubiertos ahora de hiedra, se alzaba a una altura de tres pisos. La planta baja y el primer piso tenían altas ventanas y gruesas cortinas negras; las ventanas de la segunda planta eran de dos hojas; la tercera planta era más baja, en forma de cúpula.

A Casey siempre le había intrigado esa tercera planta, como una guinda colocada sobre las dos aguas del tejado. Siempre había imaginado que debía

de haber sido un escondite encantador... y debía de seguir siéndolo. Pero en ese momento no reparó en ello. Había muchas otras cosas que ver.

Los marcos de las ventanas de la planta baja y el primer piso estaban plagados de flores rosas. Una valla de hierro rodeaba el pequeño jardín delantero, a los lados del cual crecían pequeñas flores azules en torno a un árbol con flores blancas. Ignoraba de qué especie sería. Lo suyo no eran los árboles ni las flores, en cualquier caso. La experta en esas cuestiones, siempre había sido su madre. Como no había querido competir con ella, Casey había dejado de lado el mundo de las flores y las plantas. Lo poco que sabía de ellas lo había asimilado por osmosis.

A primera vista, podía decir que las flores que había en las ventanas eran minutisas, aunque no estaba segura de cómo había acudido el nombre a su mente. Fuera como fuese, eran hermosas. Estaban bien cuidadas y sin duda dejaban en ridículo los geranios de las ventanas de la casa de la izquierda y los pensamientos que adornaban las ventanas de la casa de la derecha. Supuso que el jardinero de Connie, que al parecer amaba aquella casa, era el responsable de las mismas, por lo que se permitió admirar su trabajo durante más rato del que les habría dedicado si las hubiese plantado el propio Connie.

Era la parte final de su táctica de acercamiento retardado. Pero el tiempo pasaba. No quería pasarse allí todo el día. Tenía otras cosas que hacer.

Sacó la botella de agua de la riñonera, bebió un buen trago, cerró la botella y volvió a guardarla. Al hacerlo, encontró un viejo chicle de sabor a fruta. Sin importarle el tiempo que llevara allí, le quitó el envoltorio y se lo introdujo en la boca.

Sin dejar de mascar con aire desafiante, echó los hombros hacia atrás, abrió la puerta de hierro y caminó hacia la casa.

Capítulo 2

El sendero de entrada era de losas azules. Un camino lateral llevaba a una escalera que bajaba al nivel inferior. Casey siguió en línea recta y ascendió cuatro escalones. La puerta principal y las ventanas laterales eran de madera, y estaban pintadas con el mismo color negro brillante de las contraventanas. El pomo de la puerta, el llamador y la cerradura eran de latón pulido.

Con el corazón en un puño y el chicle en la boca, metió la llave en la cerradura, la hizo girar y abrió la puerta. Había memorizado el código de la alarma, pero no hubo zumbido alguno que indicase que había saltado. Consciente de que podía tratarse de una alarma silenciosa —y poco dispuesta a llamar la atención de la policía—, cruzó deprisa el pequeño recibidor y pasó al vestíbulo. Todo en él era oscuro, la madera, la alfombra, las paredes. Casey odiaba ese tipo de decoración.

Pero notaba el aire fresco sobre su piel caliente, y eso le agradaba.

Se quitó las gafas de sol y echó la cabeza hacia atrás para ver mejor por debajo de la visera de la gorra. Miró frenéticamente alrededor y descubrió el panel de la alarma en la pared de la izquierda, pero la luz verde estaba encendida. O bien la última persona en salir había olvidado poner en marcha la alarma, o bien había alguien en la casa.

—¿Hola? —dijo al tiempo que se colocaba las gafas de sol en el cuello de la camiseta. Frente a ella, de izquierda a derecha, había un pasillo que conducía a la parte trasera de la casa, las escaleras que ascendían hacia las plantas superiores, y un par de puertas entreabiertas. Sin las gafas de sol el lugar no parecía tan oscuro. El vestíbulo y las escaleras estaban cubiertos de alfombras orientales tejidas en colores burdeos, verde oliva, *beige* y negro. La barandilla era de caoba. Las paredes eran color caramelo. Todo parecía en buen estado y tenía aspecto de limpio. Por comparación, se sentía sucia; sudaba debido a los nervios, por lo que se enjugó con el dorso de la mano las gotas de sudor que le corrían por la nariz. Tras colocarse el chicle en un lado de la boca, volvió a decir con cautela:

—¿Hola?

Su voz apenas se había esfumado cuando oyó pasos subiendo escaleras al fondo de la casa. Había luz; descartó que se tratase de un asesino y, por otra parte, imaginó que un intruso saldría de la casa por la parte de atrás. Tenía que ser la criada.

Esperó, y justo cuando había decidido apoyarse en un aparador de roble flanqueado por dos sillas talladas de madera, apareció una mujer corriendo por el *hall*. Tenía los ojos muy abiertos y estaba pálida. Llevaba un atizador en una mano.

La actitud de aquella mujer debería haber puesto en antecedentes a Casey: una criada tradicional con un discreto uniforme de color gris y una digna cabellera canosa, nunca corre, sino que camina con paso enérgico, pues está obligada a comportarse de modo adecuado.

No parecía el caso de la criada que tenía delante. Sus pantalones de deporte no eran, ni de lejos, tan cortos como los de Casey, y su polo estaba limpio y bien planchado, pero lo tenía metido tan solo a medias dentro del pantalón. Llevaba zapatillas blancas y calcetines enrollados. Había recogido su cabello en una informal coleta tan oscura como la barandilla de caoba.

La aparente suavidad de su piel indicaba que no era mucho mayor que Casey. Aunque, a decir verdad, no parecía más relajada que esta. Debido a la carrera, se la veía pálida y confusa, por lo que permaneció inmóvil.

Casey se tranquilizó al instante.

—¿Meg Henry? —preguntó. Era uno de los nombres de la lista.

La mujer asintió. Casey no le echó más de treinta años.

—¿Quién es usted? —preguntó Meg con voz temblorosa.

—Casey Ellis. La hija del doctor Unger.

—¿Qué hija? ¿Es usted de Ruth?

—No. Soy de Caroline.

Meg tragó saliva.

—Lo siento. No sé de qué Caroline me habla. —Dio un paso hacia Casey, atisbó bajo la visera de la gorra y balbuceó azorada—. Pecas.

—Sí. —Era una de las desventajas de no haberse maquillado—. Tengo unas cuantas.

Meg sonrió.

Sin saber cómo tomárselo, Casey añadió:

—He heredado esta casa. Me dijeron que tú estabas incluida. Pero es sábado. —Miró el atizador—. ¿Te obligaba a trabajar también los sábados?

Meg ocultó el atizador a su espalda.

—Trabajo todos los días. De no ser así, ¿quién cuidaría de él?

Casey no le recordó que Connie había muerto. Había algo frágil en aquella mujer: su mirada, el modo en que inclinaba la cabeza, sus hombros ligeramente cargados.

—¿No tenías ningún día libre?

Meg asintió.

—Siempre que quería, pero nunca me apetecía demasiado. Trabajar para el doctor Unger era estupendo. —Al pronunciar estas palabras sus ojos se llenaron de lágrimas.

«El sucedáneo de una hija», pensó al instante Casey al calcular que Meg debía de pesar y medir más o menos lo mismo que ella. El sucedáneo de una hija que, además, podía limpiar.

Así que Casey también había fallado en eso. Limpiar nunca había sido una de sus prioridades.

Con las manos en los bolsillos traseros del pantalón, respiró hondo. Percibió el olor del cuero. De los libros. De la tierra húmeda y caliente. Frunció el entrecejo y se dirigió hacia una maceta que había justo detrás del poste de la escalera. En ella crecía musgo y un matojo de helechos.

Meg siguió su mirada y dijo a modo de disculpa:

—Los he regado demasiado. Hoy Jordan no está, y me he pasado la semana pensando que estaban secos. Debí de regarlos ayer.

Jordan era el jardinero; Jordan, de Daisy's Mum, según la lista de Casey. Supuso que Daisy's Mum era una de las lujosas floristerías del barrio que habían surgido como setas para atender las demandas florales de los *yuppies*. Connie Unger no era un *yuppie*, pero si los de Daisy's Mum eran buenos y Jordan adoraba la casa, ¿quién era Casey para objetar nada?

—He fregado lo que se derramó —dijo Meg—. La tierra olerá hasta que se seque. Lo siento.

—Está bien. —Casey respiró hondo. Se sentía inquieta. Aparte de la cuestión del sucedáneo de hija, no sabía qué hacer con una criada. Era la primera vez que tenía una—. Me gustaría dar una vuelta. ¿Por qué no continuas... limpiando la chimenea?

—Le estaba sacando el polvo a los libros. ¿Sabía usted que entre los de la biblioteca y el estudio hay nueve mil veintitrés libros?

Casey estaba impresionada.

—Al parecer les has sacado el polvo más de una vez.

—Así es —respondió Meg con orgullo—. No hay nada peor que escoger un libro, subirse a la escalera, sacarlo de la estantería y llenarse la cara de polvo. Así era cuando llegué para trabajar con el doctor Unger. La señora

Wheeler era demasiado vieja para subirse a la escalera y limpiar el polvo de los libros. ¿Le apetece beber algo fresco? Al doctor Unger le gustaba el té helado.

—A mí no —declaró Casey con un punto de satisfacción—. Prefiero el café con hielo. Pero ahora no me apetece, gracias. —Hizo un gesto hacia la puerta de su derecha—. Solo voy a dar una vuelta. —Se volvió, oyó un suspiro y miró atrás.

—Su pelo —dijo Meg—. No he podido verlo por delante. Me ha sorprendido el color.

Con una sonrisa, y tras encogerse de hombros, Casey se dirigió hacia el salón. Era una estancia alargada y estrecha, de altos techos y dividida en dos mitades. En la mitad frontal había sillones y sillas tapizadas con terciopelo y brocados, también una mesita de mármol y otra de madera, lámparas de pie con hermosas pantallas de color marfil; la mitad de atrás estaba presidida por un piano. Ambas secciones tenían sus correspondientes alfombras orientales, y a pesar de las sutiles diferencias en su confección, el color burdeos hacía que unificasen ambas partes. Las ventanas, tanto las que daban a la parte delantera como las que daban a la parte trasera, estaban cubiertas con visillos y flanqueadas por tapices que colgaban hasta el suelo. Junto a los tapices, alimentándose de la luz de las ventanas, había grandes helechos colocados en unos elegantes tiestos de hierro.

Casey se acercó a las mesitas en busca de fotografías. No esperaba encontrar una en que apareciese ella, pero tal vez le hubiese gustado ver una de Connie con algún otro miembro de su familia. Debido a su carácter distante y poco dado a sentimentalismos, cualquiera hubiera supuesto que no habría fotos de familiares, pero él sin duda no había nacido de la nada. Si existían dichas fotografías, ese debía de ser el lugar adecuado para exponerlas; en caso de no haber fotos de familiares, quizá hubiera alguna de Connie cuando era niño. Las fotografías de tonos sepia casaban a la perfección con una estancia como aquella. No había ninguna, sin embargo. Ni allí, ni sobre el hermoso piano de cola cuya tapa estaba levantada.

A pesar de la belleza de la estancia, Casey no podía imaginar para qué la habría hecho servir el asocial Cornelius Unger. El mobiliario se encontraba en un estado impecable y, con toda probabilidad, el piano no constituía más que un adorno. De la pared colgaban paisajes al óleo de bosques y prados, sobre la mesa había interesantes platos y candelabros, pero la estancia parecía fruto de la mano de un decorador. Dudaba mucho que cualquiera de aquellos objetos

guardase un significado especial para el hombre que había sido su padre. Nada de fotografías ni de lo que pudiera considerarse un toque personal.

Casey salió de la habitación y se detuvo un minuto en el vestíbulo para mirar hacia arriba. Si lo que buscaba era algo personal, lo encontraría en las plantas superiores. El pensamiento la inquietó. Las plantas superiores eran el espacio privado de Connie. No estaba segura de estar preparada para invadir su intimidad.

Recordar que aquel hombre había muerto la ayudó un poco. En última instancia, sin embargo, fue su curiosidad lo que la impulsó a subir las escaleras.

La barandilla estaba pulida y resultaba muy suave; si su padre la había tocado, a buen seguro sus huellas ya habían sido borradas. El distribuidor, al final de la escalera, estaba decorado con grandes tiestos llenos de plantas. Había una habitación a cada lado del rellano; otro tramo de escaleras partía de su centro.

Con cautela, se aproximó a la habitación de la izquierda y miró en su interior. Estaba decorada en tonos que iban del azul celeste al azul marino, había una enorme cama con sendos postes en las esquinas, un escritorio y una silla, una chimenea y un sillón tapizado. Le habría gustado aquella habitación —el azul era su color preferido— si no la hubiese sentido tan abandonada. Ni siquiera la cascada de hiedra que colgaba frente a la ventana modificó esa impresión. En el fondo había un lavabo. Tras echarle un rápido vistazo a las afelpadas toallas azules, al papel pintado que aportaba ciertos tonos albaricoque al azul, y a la bata azul celeste —todo lo cual parecía sin estrenar—, regresó al distribuidor.

La habitación del lado opuesto era la de Connie. Lo intuyó al aproximarse, y lo confirmó al ver que el borde de la alfombra estaba más desgastado. La puerta se hallaba entreabierta. Sintiéndose como una intrusa, empujó la puerta un poco y miró dentro. A pesar de la luz que entraba por las ventanas, todo parecía oscuro. Permaneció el tiempo justo para ver las plantas en la ventana, una pesada cama con dosel, una zona para sentarse, un par de cajoneras y la puerta del cuarto de baño. En cuanto retrocedió se sintió más segura; volvió sobre sus pasos y ascendió a la siguiente planta.

No había plantas en ese distribuidor, sino un único óleo que representaba una escena campestre, otro tramo de escaleras y dos puertas cerradas. Abrió una de ellas y encontró una habitación para invitados decorada en tonos lila: dos camas individuales, una cómoda y un sillón. A pesar de todo, el principal cometido de aquella habitación era el almacenamiento. La mayor parte del

espacio estaba ocupado por cajas de cartón. Encontró más de lo mismo al otro lado del distribuidor, en una habitación decorada en tonos *beige*. Como en esta última las camas estaban unidas, quedaba más espacio para almacenar, y habían hecho uso de él.

A Casey la abrumó un poco el elevado número de cajas. Connie le había legado sus archivos a un colega, pero sospechaba que un elevado número de libros y papeles seguía en la casa. La mujer que lo había idolatrado como profesional se preguntó si habría dejado instrucciones para que todos aquellos papeles fuesen entregados a alguna biblioteca. A aquella misma mujer la consumía la curiosidad de saber si habría algún objeto personal en las cajas.

Les echaría un vistazo. Tenía que hacerlo. No podría vender la casa hasta haber solucionado esa cuestión de un modo u otro.

Cerró la puerta de la segunda habitación y ascendió el último tramo de escaleras. Más empinado que los anteriores, conducía a la cúpula que había admirado desde la calle.

Ese lugar transmitía una sensación completamente diferente. Se trataba de un espacio abierto, aunque pequeño, con el techo curvado, las vigas a la vista, y traviesas de roble y cristal delante y detrás. Miró hacia Leeds Court durante un minuto, antes de dirigirse hacia la parte de atrás. Más allá de tres macetas con ficus, un único sofá miraba hacia una terracita a través de unas puertas correderas de cristal. Las puertas estaban abiertas; las mosquiteras cubrían todo el espacio. Cruzó el suelo de madera y salió a la terraza, que no debía de medir más de tres metros y medio por tres metros y medio. El suelo y las paredes, hasta la altura de la cintura, estaban cubiertos con láminas de cedro. Había allí plantas y flores en abundancia en largas jardineras y en tiestos de cerámica en una infinidad de tonos verdes. En medio de todo esto, una triste tumbona de jardín.

A Casey la conmovió la soledad de aquel lugar.

Tras sentir un escalofrío, se centró en las vistas. Las copas de los árboles crecían por debajo; las terrazas de las casas vecinas se extendían a ambos lados. Frente a ella, admiró los tonos lima de los árboles, el verde profundo de las hiedras, y los rojos y los rosas de las flores y de las sombrillas de los patios, así como una sucesión de tejados que ascendían por Beacon Hill hacia el este.

En una de las terrazas había un hombre. Cuando lo miró, él la saludó con la mano. Casey sonrió y correspondió a su saludo, después se volvió hacia la casa.

Su casa. Eso es lo que era; por un breve período de tiempo, al menos. La terraza, a buen seguro, incrementaría el valor de venta. Si se le añadía una barbacoa, una mesa, unas sillas y unas cuantas antorchas con pie para la iluminación, Casey no podía imaginar un lugar más adecuado para una fiesta. Por descontado, a Connie no le gustaban las fiestas. Ese era uno de los muchos aspectos en los que se diferenciaban.

El color del cabello de Casey, aunque Meg Henry posiblemente no lo creería, era natural. Connie había muerto a los setenta y cinco años, y durante los últimos quince el poco pelo que le quedaba era completamente blanco. Muchos años atrás, sin embargo, había sido rubio y, antes de eso, según lo que le había contado a Casey su madre, tenía el mismo color rubio cobrizo que su hija.

Casey tenía también los mismos ojos azules de Connie, pero había heredado la buena vista de su madre, lo cual resultaba perfecto. Así pues, Casey nunca había necesitado gafas, aunque Connie había llevado unas de gruesos cristales que amortiguaban el impacto de sus ojos azules y que había provocado que no se pareciesen tanto a los de ella.

De nuevo en el interior de la casa, Casey empezó a bajar las escaleras. Las puertas cerradas de la segunda planta suponían todo un reto. Se preguntó si habría fotos de Connie de niño en el interior de las cajas que allí se almacenaban, o de parientes desaparecidos hacía mucho tiempo o de la granja de Maine donde él había crecido. Su biografía oficial ofrecía muy poca información aparte del estado y la fecha. Sabía de la existencia de la granja porque fue una de las pocas cosas que su madre llegó a explicarle; y solo lo hizo para comparar la traza social de aquel hombre con las maneras de un asno.

Caroline Ellis no era una mujer dominada por la amargura. Solo había expresado su opinión sobre Connie después de que Casey la presionara para que lo hiciese, aunque en esas ocasiones demostraba una gran parcialidad; con todo el derecho del mundo, por otra parte. Aquel hombre la había amado y dejado, y no le había dolido tanto el rechazo de una relación como el olvido total de la misma. Caroline nunca le había pedido ayuda, pero habría agradecido que él se la hubiese ofrecido. Cuando Casey se hizo mayor y pudo mantenerse por su cuenta, Caroline ya no tuvo motivo para pensar en él.

Casey tenía sus propios resentimientos. Pero había una conexión sanguínea entre Connie y ella, y ese vínculo primario justificaba su curiosidad.

Le resultó interesante la idea de que aquellas cajas habían sido escondidas tras puertas cerradas en un lugar por el que cualquiera podía pasar sin verlas. Cualquier hombre de la talla de Connie estaría más que dispuesto a mostrar sus tesoros, pero él no. Tal vez fuese egocéntrico y miope, pero la arrogancia no era una de sus características. Eso tenía que reconocérselo.

Cabía la posibilidad de que Connie hubiese sido la única persona que había subido aquellas escaleras. Entre el sofá que había detrás del pequeño muro de macetas y la única tumbona en el exterior, aquel era el lugar perfecto para que un hombre solitario observase un mundo exterior al que no podía acceder.

Aun así, Casey se negó a sentir simpatía por su padre. Si Cornelius Unger había sido un solitario, se dijo mientras bajaba las escaleras, él había sido el único responsable. Tenía una esposa a la que no hacía caso. Tenía colegas que se habrían convertido en sus amigos, si él les hubiese dado la mínima posibilidad de serlo. Tenía una hija que habría acudido a toda prisa a la primera invitación; y eso era más cierto de lo que Casey estaba dispuesta a admitir. Tal vez se sentía resentida con él, pero habría ido a verlo nada más recibir su llamada.

Transida por una profunda tristeza, bajó al trote a la primera planta. Si Connie hubiese sido una clase diferente de hombre, Casey habría podido imaginar que había decorado la habitación azul para ella. Pero no había tenido modo de saber que el azul era el color favorito de su hija.

Casey continuó descendiendo. Una vez en el *hall*, giró a la izquierda para llegar a la cocina tras pasar por debajo del arco que había en un extremo de aquel. Contrastaba marcadamente con el salón, pues era amplia y luminosa, con las paredes blancas, los suelos de baldosas también blancas y los armarios y las mesas de roble. La zona de trabajo daba a la parte trasera de la casa, con el fregadero y los armarios junto a una ventana con parteluz que, abierta en ese momento, dejaba entrar una ligera brisa. La zona donde se comía estaba situada frente a un amplio ventanal que daba a los árboles del jardín delantero.

La mesa era redonda, con cuatro sillas de alto respaldo situadas a una confortable distancia una de otra. Estas disponían de cojines a grandes cuadros verdes y blancos, un tipo de estampado que se repetía en las cortinas, en una cesta llena de servilletas y en la tela que cubría la tostadora.

Casey se sintió más cómoda en ese lugar que en cualquier otra estancia de la casa, aunque suponía que, en parte, tenía que ver con el aroma a café recién hecho. Mientras observaba uno de los árboles, arrojó el chicle al cubo de la

basura que había debajo del fregadero y se sirvió una taza de café. Bebió varios sorbos frente al ventanal, mientras observaba a través de las cortinas. Imaginó que su padre debía de haber hecho lo mismo en más de una ocasión, medio escondido, como cuando se sentaba en el sofá de la última planta, dispuesto a observar el mundo sin ser visto.

Se dejó llevar por un impulso y abrió la cortina por completo.

Satisfecha de haber dejado su primera marca personal en aquel lugar, salió de la cocina con la taza de café y bajó las escaleras. De las paredes colgaban paisajes marinos pintados a la acuarela; eran imágenes amables y sugestivas. Casey los estudió hasta que leyó el nombre de la autora en una esquina: Ruth Unger. La esposa de Connie. Debido a la lealtad que sentía hacia su madre, se alejó de ellos.

Al alcanzar la planta baja, vio una puerta a su derecha. Sabía que iba a adentrarse en la zona de trabajo de Connie, por lo que cogió el pomo de la puerta con cautela, y echó un vistazo a una pequeña sala de recepción donde los pacientes habían esperado a que Connie los llamase. Una puerta conducía directamente al exterior; estaba cerrada con llave. Otra puerta, en el lado opuesto de la sala, llevaba al despacho de Connie.

No estaba preparada para eso, de modo que volvió sobre sus pasos en dirección a la habitación que había al otro lado de la escalera. La puerta estaba abierta. Se trataba del estudio. Era un lugar íntimo, bajo el nivel del suelo, con dos pequeñas ventanas en lo alto de la pared. Allí uno podía sentirse protegido gracias al color verde oscuro de las paredes, a la cantidad de muebles pesados, a los cojines desordenados y a la alfombra afgana. Entre las pilas de libros había un televisor y un equipo de música.

Justo en ese momento, con la cabeza inclinada, apareció Meg por el *hall* llevando los productos de limpieza. Estaba muy cerca de Casey cuando alzó la vista y dio un respingo. Pasaron unos segundos hasta que recuperó la calma. Se fijó entonces en la taza que Casey sostenía en las manos y dio la impresión de sentirse contrariada.

—Se ha servido el café antes de que pudiese ponerle el hielo.

Casey sonrió.

—Me gusta con hielo —dijo—, pero también lo tomo caliente. Está buenísimo.

El rostro de Meg se transformó tras el cumplido.

—¡Me alegro! ¿Puedo hacer algo más por usted?

—No, gracias, no necesito nada.

—No sabía que él tuviese una hija. No parece mucho mayor que yo, pero él era muy mayor. —Enarcó las cejas, temerosa; eran del mismo color castaño que su pelo—. Quiero decir, no quería... No lo estoy criticando.

—Lo sé —dijo Casey con amabilidad—. Tengo treinta y cuatro años. Él tenía cuarenta y uno cuando nací.

—Yo tengo treinta y un años —informó Meg con una sonrisa—. Nací en agosto. Soy Leo. ¿De qué signo es usted?

—Sagitario.

—Es una buena época del año. Solía preparar la cena de Acción de Gracias para el doctor Unger. O sea, tenía otras cenas de Acción de Gracias, pero aquí celebrábamos una muy bonita.

—¿Con su mujer?

—No. Solo él. Siempre la celebrábamos la noche anterior, porque tenía que ir a ver a Ruth el día de la celebración. Siempre la he llamado Ruth. Ella me pidió que lo hiciera. ¿Por qué no celebraba el día de Acción de Gracias con usted?

—No teníamos ninguna relación —repuso Casey con calma.

—¿Lo celebraba usted con su madre?

—Y con amigos. Hay montones de gente sin familia.

—Como yo —dijo Meg con falso entusiasmo—. Mi única familia era el doctor Unger. —Su entusiasmo se esfumó—. Era un hombre amable. —Le tembló el labio inferior—. Lo echo de menos.

—Tal vez puedas hablarme más de él alguna vez. —De hecho, Casey creía que esa era una idea excelente. Si el juego consistía en escudriñar en las interioridades de la vida de Connie, Meg Henry podría aportar dos o tres pistas clarificadoras.

Meg apretó los labios y asintió. Todavía temblando de emoción, continuó su camino y subió las escaleras.

Al observarla, a Casey se le ocurrió que la pena que había advertido en Meg quizá fuera la más significativa que alguien había sentido por Connie, lo cual resultaba bastante triste al final de una vida. Incluso Casey habría sentido pena por su padre si la rabia no hubiese imperado en su interior.

Respiró hondo, bebió un sorbo de café y volvió al estudio.

Era un lugar ideal para relajarse, y nada en él le permitía imaginarse allí a Connie. Había sido un hombre formal. Jamás lo había visto sin traje y corbata. Pero ahí dentro no debía vestir de ese modo. Uno no podía llevar traje y corbata mientras veía *Toy Story*, *El último mohicano* o *Algo para recordar*, y esos eran solo tres ejemplos de la variada colección de vídeos y

DVD que guardaba en sus estanterías. Igual de variada era su biblioteca, junto a viejos ejemplares encuadernados en cuero había toda una colección de novelas de éxito y de libros recientes de ensayo, todos con los lomos ajados o las cubiertas arrugadas. Connie había leído esos libros. Casey llegó a la conclusión de que, a pesar de su reclusión, se mantenía en contacto con el mundo mediante los libros y las películas.

La música era otro asunto. Los discos de vinilo que había en el armario debajo del equipo de música tenían el mismo aspecto gastado de los libros, pero su colección era unidimensional, en consonancia con la elegante formalidad del piano que había en la planta de arriba. Había sido, a todas luces, un amante de la música clásica. Casey jamás había tocado el piano ni había escuchado discos de vinilo. La música clásica no era su preferencia. Le gustaba la música folk, el *bluegrass*.

Esa era otra prueba de la poca compatibilidad entre el padre y la hija. A pesar del color del pelo y los ojos, eran dos personas muy diferentes; y uno de los detalles más significativos era la querencia de Casey por los espacios abiertos y el aire fresco. Se dijo que si su estudio se encontrase medio enterrado como aquel, no podría evitar sentir claustrofobia.

En un arranque de bravuconería regresó al *hall*. En un extremo del mismo estaba la puerta que daba al despacho. La abrió, entró y cerró la puerta tras de sí. Con el pulso acelerado, apoyó la espalda en la puerta y miró alrededor. Casi había temido encontrar allí a Connie, esperándola, observando.

No fue así, por supuesto. El despacho estaba vacío. Era, con diferencia, la mayor de todas las habitaciones de la casa, y se extendía de una punta a otra de la misma. Como gran parte del resto de la vivienda, estaba decorada con colores oscuros. Había mucha madera, y estanterías por todas las paredes. Algunas de esas estanterías tenían pequeños armarios en la parte inferior; otras iban del suelo hasta el techo. Percibió un leve olor a humo de madera: a su espalda había una chimenea, entre las estanterías; advirtió que el atizador estaba en un cubo de hierro, junto con otras herramientas.

A su izquierda, vio un enorme escritorio y, junto a él una silla de respaldo alto con tapizado de cuero. A la derecha había una mesa algo más pequeña rodeada por seis sillas de madera con los asientos tapizados de pana. En medio de la habitación había una zona para sentarse, con un largo sofá a un lado, un par de sillones al otro, y una mesita cuadrada de café en medio. El sofá y los sillones estaban tapizados con cuadros escoceses y, al igual que la mesita de café, estaban colocados en las esquinas de una alfombra de color granate, azul marino y verde. Pero no fue en eso en lo que se fijó Casey. A

pesar de lo evocador que resultaba el conjunto, miró hacia un par de puertas venecianas abiertas. Pero tampoco se fijó en las puertas, a pesar de lo hermosas que eran. Su mirada fue atrapada por la luz del sol, las flores y los árboles que se veían más allá de ellas.

Cuando alcanzó a comprender lo que sucedía contuvo el aliento. Fue un intento subconsciente de dar marcha atrás, pero falló. Se trataba de amor a primera vista. Estaba perdida.

Capítulo 3

Más tarde, Casey se dijo que sencillamente se había sentido atrapada por la luz del sol que teñía de color el jardín, en evidente contraste con el oscuro despacho. O que lo que verdaderamente le encantaba era que el jardín no encajara con la imagen que tenía de Connie. O que tras crecer con una madre que adoraba todo lo relacionado con las flores y las plantas, el jardín representaba una especie de hogar.

Fuera lo que fuese, si sintió inexorablemente atraída por aquel lugar. Cruzó la mosquitera y pasó por debajo de una pérgola hacia un sendero flanqueado por grandes piedras. La tierra entre las piedras estaba cubierta de musgo, y el sol no solo iluminaba el sendero, sino también un amplio lecho de flores a su derecha. Vio diferentes tipos de flores blancas agrupadas, así como diferentes flores rosas; más allá, había macizos de flores color púrpura y azul.

Había un patio a la izquierda, frente a un par de abedules que extendían sus gruesas ramas sobre sus troncos de corteza áspera y blanca. Una estilizada mesa de acero con el tablero de cristal, rodeada por tres sillas, estaba ubicada en mitad del suelo empedrado, y en medio del tablero de cristal había un tiesto con jacintos rojos y azules.

Al acercarse, percibió su perfume. Siguió caminando, se volvió, sonrió. Jamás habría imaginado que algo perteneciente a Connie acabaría gustándole, pero no podía evitarlo.

El jardín era sorprendentemente grande, pues ocupaba todo el ancho de la casa e iba haciéndose más amplio a medida que se alejaba de la misma. Tres niveles indicaban la pendiente de la colina. El primero, donde se encontraba ella, era el más cultivado. Por encima de una traviesa de madera que hacía las veces de escalón empezaba el segundo nivel, y el sendero de piedra cruzaba una zona del jardín menos arreglada, en la que había varios arbustos en flor, una fuente, un par de arcos y un roble.

El tercer nivel era todo bosque. El sendero discurría por un terreno cubierto de matojos verdes y arbustos de cicuta. Ocupando uno de los rincones del fondo, como Casey suponía que venía haciendo desde hacía

muchos años, había un alto castaño. Su tronco crecía sin ramas hasta alcanzar el sol, donde se abría, formando una corona de hojas primaverales y flores rosadas. En la base del castaño había un rústico banco de madera.

En la otra esquina se elevaba un cobertizo apoyado contra la alta valla de madera que señalaba el límite del jardín. A medio camino entre el castaño y el cobertizo, había una puerta. Llevada por la curiosidad, Casey se acercó, descorrió el cerrojo y la abrió. Al otro lado de la puerta, como había asegurado el abogado, se extendía un espacio pavimentado lo bastante amplio para aparcar dos coches.

Cerró de nuevo la puerta y regresó sobre sus pasos por el jardín. En el patio, se sentó en una silla, dejó la taza sobre la mesa y se maravilló de cuanto la rodeaba. El jardín era una auténtica joya: brillante, muy bien cuidado y diseñado con inteligencia. Las hojas de los árboles impedían la visión de las casas circundantes, pero sin producir sensación de agobio. Los muros laterales eran de piedra y estaban cubiertos de hiedra. El aire estaba cargado del aroma de las plantas medicinales y la tierra. La temperatura era agradablemente cálida. Vio un par de pinzones dar saltitos bajo uno de los arces y colarse entre las barras de una jaula que rodeaba un tubo con pienso. Picaron un poco y en cuanto se fueron apareció otro par.

Casey le dio la cara al sol. Cerró los ojos y se dejó abrazar por su calor. Respiró hondo, dispuesta a disfrutar de un momento de tranquilidad, y de otro, y de otro. La angustia causada por la crisis en la oficina se había evaporado, llevándose consigo las rencillas que mantenía con su padre, el miedo que sentía por su madre y la soledad a causa de la cual a veces permanecía despierta toda la noche. En ese jardín encontró una paz inesperada.

Dejó la riñonera sobre la mesa, se acomodó en el asiento y se entregó a la luz del sol. Alzaba la cabeza de vez en cuando para beber un sorbo de café, pero estaba mucho más interesada en escuchar el susurro de los árboles, el aleteo de los pájaros cuando alzaban el vuelo y el borboteo de la fuente. Aquel era un lugar encantado, y gracias a él el precio de la casa estaba más que justificado. Casey tal vez no supiera diferenciar el viburno de la vincapervinca, pero estaba segura de que no había en la ciudad un jardín mejor que ese.

La mosquitera se abrió, y Casey alzó la cabeza lo suficiente para ver salir a Meg de la casa portando una bandeja. La llevó hasta la mesa junto a la que se encontraba Casey y no tardó en dejar sobre la misma lo que traía.

Al percibir el olor de algo apetitoso, Casey se incorporó.

—Oh, Dios... Esos cruasanes parecen recién hechos. ¿Los has hecho tú?

—Los ha hecho mi amigo Summer —respondió Meg—. Es el dueño de la panadería que hay en la esquina. Paso por ella cada día de camino hacia aquí. Seguro que usted la conoce —añadió señalando con el dedo hacia Charles Street—. Quiero decir que habrá usted venido aquí antes, ¿no?

—En realidad, no.

—¿Ni siquiera por la noche, cuando yo no estaba?

—No.

En el rostro de Meg apareció un calidoscopio de emociones que iban de la sorpresa a la incomodidad con solo un parpadeo. Se dio cuenta rápidamente de que era incapaz de imaginarlo, y se volvió hacia la bandeja de comida.

—Yo he preparado esto —dijo tras descubrir un plato con una tortilla—. Tiene queso, champiñones y tomate. Le habría añadido cebolla, pero al doctor Unger no le gustaba la cebolla.

A Casey tampoco.

—Pero veo cebollinos.

—Solo unos pocos —admitió Meg—, son muy frescos, y biológicos. —Mientras hablaba, colocó a un lado la taza de Casey, depositó en ella un cubito de hielo y le añadió azúcar y leche.

—Los cultivamos en el cobertizo. Jordan se ha encargado de disponer una jardinera en la que hay cebollinos, perejil, albahaca, salvia y tomillo. Al doctor Unger no le desagradaban los cebollinos.

Casey no sabía si a ella le gustaban o no. Pero la tortilla tenía un aspecto delicioso, y estaba repentinamente hambrienta. Puso una servilleta verde y blanca sobre su regazo y empezó a comer. Meg se quedó a su lado un instante y después regresó a la casa. Casey dio buena cuenta de la tortilla y de un cruasán y medio, así como de un vaso de zumo de naranja.

Sintiéndose definitivamente mimada, se tumbó boca arriba sobre las cálidas piedras, se colocó la gorra sobre la cara y dejó que tuviese lugar la digestión. No pretendía dormirse más de lo que había esperado comerse aquel abundante desayuno, pero para cuando despertó, el sol brillaba en el cenit, la mesa estaba limpia y solo había sobre ella un vaso de café con hielo.

Intentó sacudirse la modorra, se incorporó y miró alrededor. Resultaba tan difícil de creer que todo aquello fuese suyo, y, por supuesto, se preguntó qué iba a hacer con la casa.

Apareció Meg. Tenía un aspecto algo más presentable, como si hubiese arreglado su peinado, su camisa y sus calcetines. Su mirada transmitía entusiasmo.

—He estado pensando que voy a hacer pollo y ensalada para comer — anunció—. Lo prepararé con arándanos y nueces. Está muy bueno.

—Oh, no creo que pueda quedarme tanto tiempo —dijo Casey. Al ver la cara de desilusión de Meg, añadió—: Tengo mi propia casa en Back Bay.

—¿Y no va a mudarse aquí ahora? Hay mucho espacio, con los dormitorios, el despacho, el jardín y el estudio. Puedo ayudarla a buscar un hueco para sus cosas; ya sabe, podría limpiar sus armarios. Oh, aunque sin duda usted preferirá hacerlo sola. Pero solo tiene que decírmelo. Haré cuanto quiera... En serio, cualquier cosa, de verdad.

Casey supuso que si alguien debía tocar lo que había en los armarios de Connie, esa debía de ser su esposa.

—¿Ha pasado la señora Unger por aquí?

—Sí. Pero no se llevó nada.

—¿Ni siquiera las fotografías personales? —Eso explicaría la ausencia de las mismas.

—Nunca he visto ninguna fotografía.

—Tal vez estén dentro de las cajas de la segunda planta.

Meg se volvió al oír un zumbido distante. Después rio entre dientes.

—Solo es la secadora. Estoy lavando otra vez la ropa de cama del dormitorio principal, así estará más fresca. Ahora es su dormitorio.

Casey quiso decirle que ella ya tenía un dormitorio, pero Meg se fue antes de que las palabras llegasen a salir de su boca, y probablemente fue mejor así. La chica se pondría nerviosa si pensaba que Casey estaba considerando la posibilidad de vender la casa.

Al escuchar un leve ruido —la vibración de su teléfono móvil—, Casey lo sacó de la riñonera, lo abrió y miró la pantallita para saber quién llamaba.

—Hola, Brianna —dijo, sintiéndose repentinamente exaltada. Brianna y ella habían compartido habitación tanto en la universidad como durante el posgrado. Tras licenciarse, emprendieron trabajos diferentes en lugar de abrir una consulta juntas, como habían pensado; lo cual parecía tener más sentido.

Brianna seguía siendo la mejor amiga de Casey. Había sido una especie de chaleco salvavidas en los últimos años, pues había llenado el vacío que debería haber ocupado la familia. Saber que era ella quien estaba al otro lado de la línea telefónica hacía que se sintiera más ella misma, lo cual, con toda probabilidad, explicaba su excitación.

Intuitiva como siempre, Brianna preguntó con curiosidad:

—¿Qué pasa?

—Tienes que ver algo. ¿Estás ocupada?

—Acabo de levantarme. Anoche me acosté tarde.

—¿Saliste de marcha?

—Estuve discutiendo.

—Oh, cariño.

Brianna suspiró.

—Lo mismo de siempre —dijo—. Él quiere que sea algo que no soy. Pero ahora se ha ido, pasará el fin de semana en Filadelfia. Alégrame un poco. ¿Qué es lo que tengo que ver?

—Voy a darte una dirección. Es de Beacon Hill. ¿Cuánto tardarás en llegar?

Brianna era la única persona que estaba al corriente de la conexión de Casey con Cornelius Unger. Permaneció en silencio unos segundos antes de preguntar con mucho tacto:

—¿Estamos hablando de Leeds Court?

—Eso es. —Casey había pasado con ella en coche por delante de la casa en más de una ocasión—. ¿Recuerdas cómo llegar hasta aquí?

—Con los ojos cerrados. ¿Tengo que vestirme de etiqueta?

Casey sonrió.

—Vístete como quieras. Yo he estado corriendo.

—Dame veinte minutos.

—¿Es tuya? —preguntó Brianna mientras se encontraban frente a la puerta principal.

—Eso parece.

—¡Qué pasada!

—Sí —reconoció Casey—, pero me habría alegrado más una llamada antes de que muriese. O una carta. Una carta habría sido maravilloso.

—No era de esa clase de hombres, Casey. Lo sabías.

—Sí. Pero siempre hubo una parte en mí que me decía que, en realidad, era muy tímido o vergonzoso o..., o algo que él no sabía cómo hacer. Siempre tuve la esperanza de que encontrase el modo.

—Tal vez este sea su modo de hacerlo.

—¿El gran gesto?

—Hablo en serio —dijo Brianna—. Esto es una casa. Y era suya.

Una de las puertas de hierro chirrió al otro lado de la calle Court. Miraron en aquella dirección y vieron salir a un hombre. Debía de tener unos treinta años, era alto y llevaba una camiseta multicolor y unos ceñidos pantalones

negros de ciclista. Mientras lo observaban, se detuvo para sacar una brillante bicicleta de carreras.

—Oh, Dios mío —susurró Casey, y no estaba refiriéndose a la bicicleta.

—¿Quién es? —le preguntó Brianna al oído.

—No tengo ni idea, pero está muy bien.

El hombre montó en su bicicleta y se puso el casco. Acomodó su prieto trasero en el sillín, encajó el pie en el pedal y a punto estaba de marcharse cuando reparó en ellas. Volvió a desmontar y se acercó llevando la bicicleta por el manillar con una sonrisa.

—Si estáis pensando en comprar esta casa —les advirtió—, debéis saber que tiene un fantasma. Su nombre es Angus y vive en el dormitorio principal.

—¿Es cierto? —preguntó Casey.

—Eso me han dicho, pero hay una historia de fantasmas para la mayoría de estas casas. ¿Estáis interesadas en comprarla?

—Depende —repuso Brianna—. ¿Nos recomiendas el vecindario?

—Está mejorando —contestó él tras reflexionar un instante—. Cada vez hay más gente joven..., a medida que mueren los de la vieja guardia.

Casey señaló con la cabeza hacia la de Connie.

—¿Era él de la vieja guardia?

—Por la pinta, lo parecía. Nunca hablé con él. Era muy reservado, jamás salía. Esa casa necesita un poco de sangre joven. ¿Sois pareja?

No era la primera vez que se lo preguntaban. Brianna era morena y Casey rubia, pero tenían el mismo peso, similar silueta y, a menudo, como en ese momento, vestían igual.

—Somos amigas —respondió Brianna.

—Compartimos habitación en la universidad —puntualizó Casey—. Soy yo la que busca casa. Ella me acompaña. —Para evitar cualquier malentendido, añadió—: Ella tiene novio.

—Pero acabamos de romper —se apresuró a decir Brianna—, y ella —agregó señalando a Casey— tiene a dos haciendo cola.

—Eso es mentira —dijo Casey—. Dylan solo es un amigo, y con Ollie no hay nada que hacer. —Miró a su vecino—. ¿Qué hace un tipo tan simpático como tú en un vecindario de viejos como este?

Él hizo una mueca.

—Invertí bien y gané un buen dinero, así que mi esposa y yo nos mudamos aquí. Ahora que el mercado ha caído en picado, esperamos un hijo. Supongo que me gusta la idea de estar hipotecado hasta el cuello.

Brianna se volvió hacia su amiga.

—Está casado —dijo.

Casey suspiró.

—Los que valen la pena siempre lo están. ¿Cuándo sale de cuentas tu mujer?

—En agosto. Montaba en bicicleta conmigo hasta que el médico le dijo que lo dejara. Si tenéis más preguntas sobre la calle, llamad a nuestra puerta. Ella se llama Emily, y le encanta hablar. Yo soy Jeff, y ahora tengo que montar en bici.

Llevó un dedo hasta su casco, volvió a encajar la zapatilla en el pedal y se marchó, pedaleando sin apoyar el trasero en el sillín. Solo se sentó cuando torció en la esquina hacia West Cedar. Segundos después, desapareció de su vista.

Era una causa perdida, de modo que Casey llevó a Brianna hacia la casa.

—Vamos. Tienes que ver este lugar.

Cruzaron el salón, después ascendieron las escaleras, exploraron la habitación de invitados —«Tu color favorito», indicó Brianna al pasar— y no le echaron más que un vistazo a la habitación de Connie. Abrieron y cerraron las puertas de la segunda planta, admiraron la terraza y miraron por encima la cocina. Si Brianna se dio cuenta de que los cuadros que colgaban de las escaleras que conducían al sótano eran de la mujer de Connie, fue lo bastante lista para callárselo. Vieron el estudio y después el despacho, que no era sino un preludio para el jardín. Al igual que Casey, Brianna se sintió fascinada al instante. El sol se había trasladado lo suficiente para iluminar el banco de madera bajo el castaño, de modo que se sentaron allí. Aquel rincón era tan íntimo como cualquiera de las habitaciones interiores.

Brianna estudió la casa.

—Hay glicinas sobre la pérgola. Es precioso. Todo el lugar es estupendo.

Casey subió las rodillas y se abrazó a ellas. No miraba hacia la casa, sino que observaba el jardín. Tanto verdor la conmovía.

—Me encantaría que fuese un momento mejor. Están pasando muchas cosas en mi vida en estos instantes.

—¿Has decidido si vas a dar clases?

—No.

—¿Cuándo tienes que darles una respuesta?

—La semana pasada.

—¿Aún no te has decidido a causa de tu madre?

—En parte, sí. Podría mudarme a Providence. Si ella estuviese allí, sus amigos la visitarían más a menudo. Pero no me gustaron las instalaciones que vi. Las de aquí son mejores.

—Pero siempre has querido dar clases.

Casey miró entonces hacia la casa. Imaginó a Connie junto a la ventana, mirando hacia afuera, dispuesto a decir exactamente lo mismo, pero en tono de reprimenda.

—El problema es el traslado, no solo mi madre. Se trata de mi consulta. De mis amigos.

—¿Realmente has cortado con Oliver?

Casey encogió la nariz.

—Sí. Tal vez estoy loca. Es un buen tipo.

—La semana pasada era un tipo «estupendo».

—Bueno, lo cierto es que quería que lo fuese, pero no lo es. O sea, algunas mujeres tal vez lo crean, pero yo no. Tenemos intereses distintos. Él está donde quiere estar: es abogado, conduce un BMW, tiene una casa en las afueras.

—No olvides los niños.

—Sí, los fines de semana alternos, pero a mí me encantan los niños, son estupendos, son muy divertidos y espontáneos.

—Lo dices como si te gustasen más ellos que Ollie.

—Y así es; por eso lo nuestro se ha acabado antes de que les hiciésemos daño.

—¿Qué hay de Dylan? ¿En serio es solo un amigo?

—Sí. No hay nada de química entre nosotros. —Casey decidió cambiar de tema; respiró hondo y dijo—: Qué bien huelen estas flores. El jardín es una maravilla.

—Hace que el traslado a Providence sea más difícil.

—No es por eso —dijo. Se negaba a que Connie la retuviese en la ciudad. Cualquiera de sus reparos respecto al traslado era mucho más convincente—. Puedo vender todo esto.

—Es la clase de casa que una sueña con poseer. ¿Por qué ibas a venderla?

—Porque era suya.

—Pues ese es el principal motivo para quedártela.

—Si me la quedo, estaré invitándolo a juzgar cada uno de mis actos.

Brianna no podía analizar los sentimientos y pensamientos de un modo tan acertado como la terapeuta que tenía al lado. Lo que Casey adoraba de

ella, sin embargo, era su estupenda capacidad para mantener los pies en el suelo. Así que dijo:

—Está muerto, Casey.

—Técnicamente sí —puntualizó Casey—, pero espiritualmente no. Para mí es como si estuviese presente en todos los rincones de esta casa.

—Oye, ¿no será el fantasma que vive en el dormitorio principal?

—¿Te refieres a Angus? Buen nombre para un fantasma, pero no. Estoy hablando de Connie. Él sigue aquí.

—Pues yo no lo he visto. Este lugar es casi tan impersonal como tu apartamento.

—Mi apartamento no es impersonal —replicó Casey—. Mis cosas están por todas partes.

—El desorden no es sinónimo de toque personal. El desorden indica, sencillamente, que no eres ordenada, y además no me estaba refiriendo a eso. Las paredes están desnudas. Tus estanterías están llenas de libros sobre tu profesión. Tu nevera no contiene nada que pudiese ofrecer una pista sobre ti o tus amigos.

—Mi tablón de anuncios está lleno de fotografías personales.

—Sujetas con chinchetas o con cinta adhesiva. Unas encima de otras, como si no supieses si van a seguir ahí o no, ni te importase. Desde que lo compraste, has dicho que ibas a poner cortinas, pero ni siquiera has ido a comprarlas.

—Las cortinas son caras. Ya tengo suficiente con pagar la hipoteca. Si vendiese esta casa, podría pagar diez veces la hipoteca.

Aquel dato asombroso hizo que las dos callasen. Gracias al silencio resultante, empezó a dejarse notar el ruido de la ciudad. El sonido del tráfico llegaba hasta Beacon Hill procedente de las autopistas, acompañado por el ulular de una sirena y el estruendo de un claxon. Un helicóptero sobrevoló el barrio. Un autobús recorrió Beacon Street gruñendo y quejándose.

Todo estaba allí, pero distante. Casey se sintió lejos del mundo exterior. Allí, en el jardín, imperaban los olores de la tierra húmeda, los capullos de las flores y el agua que goteaba sobre las piedras desgastadas por el paso del tiempo. Y respecto a la sirena, el claxon y los gruñidos y quejidos del autobús, quedaron atenuados por el arrullo de las hojas cuando una ardilla gris ascendió por el tronco del roble cercano en dirección al comedero de pájaros que colgaba de él. Recorrió a toda prisa una de las ramas y descendió hasta la jaula que rodeaba el tubo con semillas. Al no poder meterse entre las barras,

probó primero con una, luego con otra y otra más. Finalmente se rindió, descendió hasta el suelo y se alejó a toda prisa.

—¿Acaso parecía desanimada? —reflexionó Casey—. ¿O confusa? ¿Daba la impresión de haberles fallado a sus padres? No. Solo... sigue... adelante. Creo que me gustaría ser una ardilla.

—No, no te gustaría —dijo Brianna—. He visto a una aplastada en la calle cuando venía hacia aquí. Y fue porque no tienen el cerebro suficiente para mirar a ambos lados. —Le dedicó una sonrisa irónica—. ¿Se lo has contado a Caroline?

Casey sintió en su interior la comezón que siempre le provocaba pensar en su madre.

—Sí, se lo dije. Ni pestañeó.

—Oh, Casey.

—Lo digo en serio. Creí que conseguiría que reaccionase. Ya sabes, hacer que me mirara a los ojos y dijese algo perfectamente razonable para hacer que me sintiera culpable. —Miró a Brianna fijamente—. No pronunció una sola palabra.

Brianna tampoco dijo nada. Debería de haber dicho: «Por supuesto que no. Está demasiado cerca de la muerte cerebral». Pero Casey no quería escuchar algo así. Habían hablado de ello en una ocasión. Casey creía a pies juntillas que Caroline oía algo, sentía algo y pensaba algo. La ciencia médica indicaba que la probabilidad de que eso fuese cierto era remota. Aun así, se apreciaban ondas cerebrales. Eran débiles, pero perceptibles.

—¿Le alegraría eso, Brianna? —preguntó Casey.

—Sí. Caroline te adora. Quiere lo mejor para ti. Le entusiasmaría que te quedases con ella.

Casey quería creerlo, pero tenía sus dudas. Se sentía una traidora por el mero hecho de sentarse en el jardín de Connie.

Ese pensamiento la llevó a sentarse sobre el suelo desnudo. Se apoyó en las manos y los talones y después dejó que, poco a poco, el peso de su cuerpo descansase sobre los muslos. Se echó hacia delante hasta tocar el suelo con la frente. Dejó los brazos a los lados, con las palmas hacia arriba, cerró los ojos y tomó aire muy lentamente.

El olor de la tierra era agradable. Sintió su humedad. Realizó unas cuantas respiraciones abdominales, se centró en dejar la mente en blanco, en liberarse de las preocupaciones, en relajarse, en la fuerza positiva de la energía que creaba su cuerpo.

—¿Te ayuda eso? —preguntó Brianna desde algún lugar por encima de ella.

Casey se concentró en el frescor primordial de la tierra. Respiraba lenta y profundamente.

—Mmm.

—¿No es tu teléfono eso que suena encima de la mesa?

—No hagas caso —murmuró Casey. Un minuto después, giró la cabeza a un lado y a otro para desentumecer el cuello.

—Sigue vibrando —le advirtió Brianna.

—Vale, toma el recado —dijo Casey. Su madre no iba a ir a ningún sitio. Los médicos siempre se mostraban alarmistas. Sus amigos podían esperar, no quería hablar con Oliver ni con Dylan, y sus clientes no la llamaban al teléfono móvil.

—¿Diga?... No, soy Brianna. Quién... Ah, hola, John. Casey no puede ponerse ahora... No, tardará un rato... Estoy segura de que no habrías llamado si no se tratase de algo importante, pero en este momento no puede ponerse.

Casey soltó el aire de los pulmones. Tras incorporarse con la espalda recta, extendió una mano hacia Brianna cuando esta se acercó a ella con el teléfono. Se lo llevó al oído y dijo:

—Espero que sean buenas noticias.

—Creo que lo son —repuso John sin darle importancia—. He tomado una decisión. Voy a dejar el grupo.

Casey se puso tensa.

—¿Dejar el grupo? ¿Por qué?

—Walter Ambrose y Gillian Bosch tienen un despacho listo para mí. La recepcionista ya ha empezado a llamar a mis pacientes para comunicarles el cambio.

—¿Y qué hay de nosotros? ¿Qué hay de nuestro grupo? ¿Y qué hay del alquiler?

—Tal como lo entiendo, he pagado mi parte todos los meses. Si Stuart decidió quedarse con el dinero, es un problema del propietario. Deja que sea él quien persiga a Stuart. Y respecto al grupo, ya no me sirve. Estoy fuera, Casey. Tengo una consulta y una reputación.

—Yo también —dijo Casey.

—Tengo cosas mejores que hacer que discutir contigo.

—Yo también —replicó Casey.

—Me voy.

—Pues yo también —dijo Casey casi a gritos, y no se retractó.

Llevada por la indignación, le contó a John los planes que acababan de ocurrírsele. Solo después de desconectar el teléfono miró a su amiga con una expresión que venía a decir: «¿Qué he hecho?».

Capítulo 4

Casey permaneció en silencio. Se limitó a aguantar la respiración y mirar a Brianna.

Pasó un buen rato antes de que Brianna dijese:

—No es que tú mires siempre a ambos lados de la calle, precisamente.

—De acuerdo —admitió Casey reflexionando en voz alta—. Se me ha ido un poco la mano, pero no es tan descabellado, ¿no crees? Tengo un despacho ahí dentro —dijo señalando la casa—, con sala de espera y entrada propia. Y no he de pagar alquiler.

—Acabas de decir que ibas a venderla.

—Eso fue antes de que John nos dejase tirados. Sin él, el grupo es inviable. —Al pronunciar aquellas palabras, la realidad la golpeó—. Tendríamos que encontrar otro psiquiatra, porque un grupo de terapeutas necesita uno como mínimo, lo que significaría empezar a buscar y entrevistar a los candidatos, pero antes de eso debo decidir si quiero quedarme con Marlene y Renée o no, por no mencionar el problema de encontrar otro local, porque no hay manera de afrontar la deuda del alquiler, sobre todo ahora que John acaba de lavarse las manos en este asunto. Tiene razón: todos hemos pagado nuestra parte del alquiler. Stuart firmó el contrato; Stuart se hacía cargo del dinero, y fue Stuart quien se largó con él. Si el propietario tiene que ir tras alguien, ese es Stuart. Así que debería preocuparme por si le ha ocurrido algo grave, pero él y yo nunca conectamos. Ahora entiendo el motivo. Ha abandonado a su esposa, es una auténtica víbora, de modo que ¿por qué iba a preocuparme por él? Se las ha pirado, llevándose consigo el dinero que tanto me costó ganar. Pues bien, tengo una consulta que mantener, y necesito un lugar en el que ver a mis pacientes. —Miró hacia el despacho—. ¿Te imaginas que visite ahí a mis pacientes, que miren hacia afuera y vean esto? Sería absolutamente terapéutico.

—Es de tu padre.

—Era. Está muerto. Tú misma lo dijiste.

—Cierto. Y cuando lo hice, dijiste que para ti seguía vivo.

Casey respiró hondo.

—Bueno, pues tendré que elaborar ese tema. Y ambas sabemos que la mejor manera de hacerlo es afrontándolo. Desafiar el león en su guarida. Y esta es su guarida.

—¿Venderás el apartamento?

—No lo sé. No he llegado tan lejos. Quiero decir que no estamos hablando necesariamente de una decisión permanente. Quizá se trate de algo temporal.

—¿Cómo de temporal? Providence no puede esperar eternamente.

—Las cosas suceden por una razón —dijo Casey al tiempo que cogía el teléfono—. Si hago el esfuerzo de instalarme aquí, llamar a mis pacientes y ponerlo todo en marcha aunque sea por poco tiempo, tal vez esté dando a entender que tengo que quedarme en Boston. Tal vez mi madre despierte. Tal vez el hombre perfecto viva aquí, en este barrio, y me vea si me cuelgo del tejado el tiempo suficiente. Tal vez me guste más la práctica terapéutica que la enseñanza. —Tecleó un número con el pulgar—. Si todo eso es cierto, tal vez la desaparición de Stuart y el plantón de John sean cosa del destino. —Miró a Brianna con expectación mientras esperaba que la amiga a la que había llamado contestase.

—Hola —dijo la voz del contestador—. Soy Joy. Me pillas en mal momento, así que deja tu mensaje y yo te llamaré.

Cuando sonó la señal, Casey dijo:

—Soy yo, y lamento que no estés disponible, pero el plan A era que estuvieses aquí, ahora mismo, con Bria y conmigo. Como no estás en casa, pasaremos al plan B. Voy a celebrar una especie de fiesta porque mañana por la mañana me cambio de despacho y te necesito allí. Estaremos empaquetando en Copley Square y después lo llevaremos todo a Beacon Hill. La recompensa final será un almuerzo en el Jardín del Edén, Así que te espero en mi despacho a las nueve de la mañana. Sé que es temprano, pero, confía en mí, lo pasaremos bien. Nos vemos. —Desconectó el teléfono con una sonrisa y pulsó otro número.

—¿Almuerzo? —preguntó Brianna.

—Ajá —repuso Casey llevándose el teléfono al oído.

—¿Tu criada?

Casey asintió.

—Tienes que probar sus tortillas. —Un movimiento en la puerta del despacho llamó su atención—. Ahí está. Mira.

Meg se acercó con otra bandeja. Su intención había sido impresionar a Brianna, y el momento había sido inmejorable.

—Hola, Darryl —dijo Casey cuando contestaron a la llamada—. Eres el hombre que necesito.

—¿Es una propuesta romántica? —preguntó él.

—Si lo fuese, tu mujer me mataría. —Mientras se acercaba para echarle un vistazo a lo que Meg llevaba en la bandeja, Casey dijo—: Os necesito a los dos mañana por la mañana. De hecho, necesito vuestra furgoneta. —Le explicó lo de la mudanza mientras Meg colocaba las cosas sobre la mesa del patio y preparaba dos servicios—. Jenna estará encantada. Odiaba mi grupo desde el principio. —Jenna, la mujer de Darryl, había estado en la universidad con Casey, Brianna y Joy—. Así que estaría bien que se pasase por allí en algún momento. Al final, habrá una sorpresa: almuerzo en el jardín de Beacon Hill. —Los platos contenían ahora la ensalada de pollo de la que Meg había hablado. Tenía un aspecto espectacular—. Te va a encantar, Darryl. Bueno, tengo que dejarte. Será divertido. ¿Podrás hacerlo?

—No lo dudes —prometió Darryl.

Tras desconectar el teléfono, Casey contempló la mesa. La ensalada de pollo estaba servida sobre un lecho de lechuga con una guarnición de zanahoria, pasas y crujiente pan frito. Por si no fuese bastante, Meg había traído dos grandes jarras de porcelana.

—Dime que eso es limonada fresca —aventuró Casey.

Meg sonrió, radiante.

—Lo es —contestó—. Al doctor Unger le encantaba la limonada fresca.

Casey procuró no mostrarse sorprendida cuando Brianna comentó:

—Adoro la limonada.

A Casey también le gustaba. Y, curiosamente, estaba sedienta. Tras beber un buen trago, se volvió hacia Meg.

—Quería hacerte una pregunta. Si trajese aquí una docena de personas mañana entre las once y las doce, ¿podrías prepararnos el almuerzo?

Un brillo de entusiasmo infantil apareció en los ojos de Meg, que respondió:

—Por supuesto. Antes trabajaba con un chef. Preparábamos almuerzos constantemente. Cocinar para doce personas es tan sencillo como hacer una tarta. ¿Qué les gustaría?

Casey y Brianna intercambiaron miradas inquietas.

—Alguna tarta —propuso Brianna—, ¿qué tal quiche?

—Sé preparar quiche —respondió Meg.

—Y también tortilla, cruasanes y *brioche*s —indicó Casey.

—Eso está hecho.

—Y mimosas, limonada, refrescos, café.

—Ya tengo la mayoría de esas cosas en casa.

—Y ensalada..., de pollo.

—Pero es lo que van a comer ahora —señaló Meg—. ¿Por qué no ensalada de jamón y de langosta?

—¡Ensalada de langosta! —dijo Brianna con un suspiro.

—Es mi favorita —sentenció Casey alzando las manos—. Muy bien —le dijo a Meg.

Una vez decidido el menú, se sentó a la mesa como una dama, desplegó otra de aquellas deliciosas servilletas verdes y blancas y le hizo un gesto a Brianna de que se uniese a ella.

Acabaron siendo catorce en el almuerzo del domingo, de nuevo bajo un cálido sol y un cielo despejado. Meg había dispuesto una mesa en el jardín, cubierta con un mantel, y sobre este todos los platos de comida de los que habían hablado el día anterior. No habían dicho nada de los postres. Pero sirvió pastelitos italianos del North End. Los invitados de Casey, como era de prever, se mostraron encantados.

Todos comieron hasta hartarse; se lo merecían tras unas horas de frenética actividad embalando las cosas del despacho de Casey y trasladándolas a Beacon Hill. Como Casey no había tocado los cajones de Connie, las únicas cajas que abrieron fueron las que contenían archivos, que cabían exactamente en el espacio que había vaciado el colega de Connie con anterioridad. El resto de las cajas se quedaron en el *hall*. Una vez instaló el ordenador —con su agenda, las notas de los casos y la información de las facturas— en un lado del escritorio, y Evan, su amigo experto en informática, lo conectó a internet, ya lo tenía todo listo, o casi, y ahí finalizó el trabajo de sus amigos.

Sin embargo, tardaron en marcharse. Se sirvieron otro café helado, picaron alguna cosa más, se acomodaron en el jardín siguiendo la trayectoria del sol y se relajaron. Permanecieron allí tanto como pudieron, sin atender a las exigencias de sus propios quehaceres hasta el último minuto. Solo entonces, uno tras otro, y de mala gana, se fueron marchando.

A media tarde, reinaba la calma por fin. Ya no quedaban señales de la fiesta en el jardín. Meg se había ido. Casey estaba sentada en el banco de madera bajo el castaño, con Brianna a su izquierda y Joy a su derecha, y allí

se quedaron hasta que, también ellas, tuvieron que irse. Sola ya en el jardín boscoso, Casey miró alrededor con una sensación de estupor que nada tenía que ver con lo que había bebido.

Ni en sus más descabellados sueños habría imaginado, poco menos de una semana antes, una escena semejante. Sí, aquella casa suponía una gran responsabilidad, y se la había endosado sin consultarla siquiera un hombre que en treinta y cuatro años no había podido dedicarle un solo minuto de su tiempo. Pero adoraba ese jardín. Con el amparo que proporcionaban los árboles, sus vibrantes flores y sus senderos sombreados, sus pájaros, sus ardillas y su fuente; era un verdadero oasis. Apreciaba el resto de la casa en un plano intelectual. Con el jardín sentía una conexión visceral.

Ese pensamiento provocó en ella un sentimiento de culpabilidad.

Casey dedicó después algo de tiempo para ir a ver a su madre. Beacon Hill estaba a un tiro de piedra de Fenway, pero tuvo que enfrentarse al tráfico y a una breve parada en su apartamento de Back Bay para cambiarse de ropa. En los cuarenta y cinco minutos que duró el proceso, no dejó de darle vueltas al tema de Providence.

Había hecho el trayecto de ida y vuelta entre Providence y Boston innumerables veces. Desde los trece años, ella y sus amigos iban en tren. Daban una vuelta por Common, comían en Copley Place y miraban escaparates en Newbury Street. Casey se perforó las orejas en una tienda de Boylston cuando tenía quince años, y cuando cumplió los dieciséis y descubrió que su padre biológico vivía en Boston, conoció Beacon Hill.

Por aquel entonces, ya se había sacado el carnet de conducir, y de ese modo dieron comienzo los viajes que en ese instante recreaba mentalmente, y que solo variaban cuando Caroline se mudaba de casa. Los primeros recuerdos de Casey eran de una casa de ladrillo de estilo federal en el acomodado barrio de Blackstone. Caroline prácticamente se había arruinado al comprar aquella casa, pero, en tanto que madre soltera que necesitaba dinero al tiempo que un horario flexible, había entrado a trabajar en el mundo inmobiliario, y un bonito hogar formaba parte de la imagen que debía dar. Batalló durante doce años, con la casa y con su carrera profesional. Acabó por tirar la toalla, compró una casa estilo Victoriano con cuarenta hectáreas de terreno en las afueras de la ciudad, y dedicó todo su talento artístico al tejido. La solitaria mesa en que tejía se convirtió en cuatro mesas. Después se sumó un gran telar vertical, y más tarde, cuando contrató a una ayudante para la

confección de las telas que diseñaba, otro. El garaje se convirtió en taller, pero no tardó en quedarse pequeño. Además, a esas alturas, las miras de Caroline se habían ampliado. Compró una granja de ovejas algo más alejada de la ciudad y se las apañó para esquilas, hilar y teñir la lana que tejía.

En el momento del accidente seguía conservando unas pocas ovejas. Su máximo interés por aquel entonces, sin embargo, eran los conejos de angora. Los tenía encerrados en unos cuartos especiales que había construido en la parte trasera de la casa, con calefacción y aire acondicionado. Limpiaba sus jaulas cada dos días, los cepillaba cada cuatro, y limitaba sus encuentros sexuales a uno cada siete días. Los alimentaba con una dieta rica en proteínas a base de heno y agua fresca. A cambio, sus conejos producían lana fina y aromática cuatro veces al año. Tenía mucha demanda, tanto hilada como sin hilar.

Sumida en el tráfico de Boston, Casey recorrió mentalmente la curva de la carretera rural por delante de los buzones pintados a mano que flanqueaban el camino de acceso a la casa de Caroline. Las ovejas pastaban en campos lisos y abiertos; la hierba estaría totalmente verde en esa época del año, y los árboles cubiertos con nuevas hojas primaverales. Al aproximarse a la granja, todo era hermoso y tenía un aspecto bucólico; de eso no había duda.

Casey no pudo evitar las comparaciones. La conexión visceral que sentía con el jardín de Beacon Hill... Nunca había experimentado nada parecido en la granja de su madre. Aquel lugar era tan natural como Caroline, e igual de franco, honesto y directo. Todo estaba presidido por la sinceridad. Lo que se veía era lo que había.

Pero a Casey le gustaba la complejidad. La terapeuta que había en ella solía levantar la piel que cubría personalidades, lugares y acontecimientos. La granja de su madre siempre le había resultado encantadora para ir de visita, pero al cabo de poco tiempo dejaba de resultarle interesante.

Agobiada por la culpabilidad, Casey estacionó su pequeño Miata rojo en una plaza de aparcamiento unos cuantos edificios más allá de la entrada de enfermeras. Llevaba una blusa blanca, pantalones negros y sandalias de tacón alto, y el cabello recogido con un ancho pasador. Con el bolso de cuero al hombro, subió las escaleras y entró en la residencia.

Había otras visitas en esos momentos. Los conocía a todos de vista y sabía sus nombres, así que les saludó. Subió hasta la planta en que estaba su madre, saludó con la mano a la enfermera del domingo, sentada tras el mostrador, y enfiló el pasillo.

Era uno de esos días. Nunca sabía qué era lo que los provocaba, si el modo en que la luz del sol entraba por la ventana, el ángulo en que la enfermera había colocado la cabeza de Caroline, o algo que procedía del interior de aquella cáscara que los médicos aseguraban que no contenía sustancia alguna, pero la crueldad del destino, que se había cebado en su madre, hacía que Casey se detuviera ante la puerta durante un minuto.

Caroline era hermosa. Uno sesenta y cinco de estatura, con una larga cabellera que el paso de los años había teñido de un llamativo tono plateado; aunque el color del pelo no la hacía parecer mayor. Su piel era suave y pálida. Sonreía a menudo.

O solía hacerlo, se corrigió Casey, porque ahora no mostraba expresión alguna. Los rasgos de Caroline transmitían la misma neutralidad desde hacía tres años. Antes tenía los ojos completamente abiertos, en lugar de entornados, y el color avellana de los mismos destilaba calidez. Hablaba y los labios se le humedecían. Se quedaba absorta en las conversaciones, podía sentarse inclinada hacia delante con la barbilla apoyada en la mano y una mirada de embeleso.

Cuando concibió a Casey, Caroline tenía veinte años, estaba en el último curso de la universidad y asistía a unas sesiones de psicología avanzada que impartía Connie. Casey imaginaba que este había quedado prendado de su madre; aunque, a decir verdad, no tenía ni idea de quién había seducido a quién ni cómo. Caroline nunca le había hablado de ello, y Casey, a pesar de su terquedad, nunca había tenido el valor de preguntárselo. Su nacimiento cambió la vida de Caroline para siempre. De no haber sido por aquel asunto de una sola noche, ¿quién sabía aónde habría llegado Caroline? Tal vez hubiese seguido estudiando y se hubiese doctorado. Tal vez hubiera dispuesto de la libertad para dejarse llevar por su amor al arte y dedicarse a enseñar o escribir. Tal vez se hubiera convertido en una famosa artista textil y hubiese viajado por todo el mundo. Liberada del peso de sacar adelante a una hija, quizá se hubiera casado y formado una familia numerosa con un hombre que pagase las facturas sin que ella tuviera que preocuparse.

Una cosa estaba clara: no tenía por qué estar en la cama de aquel hospital. A Caroline la había atropellado un coche al cruzar una calle de Boston cuando iba a ver a Casey. El impacto dañó su cerebro y la dejó sin oxígeno el tiempo suficiente para multiplicar los efectos. A pesar de respirar sin asistencia mecánica, de seguir el ciclo circadiano habitual de sueño y vigilia, y de realizar ciertos movimientos reflejos ocasionales, no mostraba signo alguno

de actividad cerebral. Dependía de la alimentación y la hidratación asistida para seguir con vida.

Si Casey no hubiese existido, Caroline no habría realizado ese viaje y estaría sana y bien.

Negándose a creer que nunca más volvería a ser la que fue, Casey abrió la puerta y entró en la habitación.

—Hola, mamá.

La besó, le tomó la mano y se acomodó, como de costumbre, en un lado de la cama.

—Hola, cariño —dijo Caroline con evidente placer, tan acogedora como siempre.

Si hubiese estado en Providence, sin duda habría ido descalza, habría llevado una camiseta muy holgada por fuera del pantalón y unos gastados vaqueros que evidenciarían su delgadez. Si hubiese acabado de salir de la ducha, habría dejado tras de sí aquel fresco perfume a eucalipto, se habría recogido el cabello en lo alto de la cabeza con una aguja de bambú.

Sí, también hacía punto. No solo criaba a los conejos de angora, los esquilaba, cardaba la lana, la hilaba y la tejía, también hacía jerséis. Y guantes y bufandas. Se moría de ganas por hacerle algo a su nieto. Se lo comentaba a menudo a Casey.

—Me alegra que hayas venido —le dijo—. Hoy voy a preparar estofado de cordero.

Casey se sintió fatal.

—Oh, no. ¿Se trata de Rambo?

Caroline lo alzó.

—Murió tranquilamente. Estuve con él. Ha vivido una larga vida.

Estaba racionalizando. Rambo había sido la favorita entre sus ovejas. Casey sabía que iba a echarla de menos.

—Lo siento, mamá.

Caroline se pasó el dorso de la mano por debajo de la nariz.

—Bueno, ya no está con nosotros. En algún lugar, ahí arriba, es feliz. Quiero celebrarlo.

Casey no quería celebraciones. Ya había pasado por eso, años antes, con otras ovejas.

—Lo sé. —Caroline se adelantó a su respuesta—. No entiendes en absoluto cómo puedo comerme algo que he amado, pero así es como funciona la naturaleza, cariño. Para un animal como Rambo es todo un honor no solo

producir lana durante su vida, sino producir comida cuando su vida se acaba. Me encantaría que compartieses la comida conmigo.

—Lo haría cualquier otro día —dijo Casey—, pero ando un poco justa de tiempo.

—Haré chuletas, entonces. Es más rápido.

—Solo quería contarte algo.

Caroline abrió mucho los ojos.

—¿Buenas noticias?

«Buenas noticias», según el idioma de Caroline, significaba «un hombre». Caroline quería un yerno casi tanto como deseaba un nieto.

Casey frotó los dedos de Caroline manteniéndolos abiertos y después los entrelazó con los suyos.

—Creo que son buenas noticias. Dejo el consultorio.

Caroline dio un respingo, sorprendida.

—Vaya. ¿Por qué?

—Problemas de dinero y conflictos de personalidad, y no por mi culpa. El grupo se ha deshecho. Todos hemos hecho planes por nuestra cuenta.

—¿Justo cuando empezabas a establecerte?

—Mis pacientes se vendrán conmigo.

—¿Adónde?

—Tengo un nuevo despacho.

Se produjo una pausa, y por fin Caroline dijo:

—Te refieres a la casa de Connie, ¿verdad?

—Es un sitio estupendo, mamá. Tres plantas, más una cúpula, un jardín y un garaje.

No le hablaría de la criada ni del jardinero. Dado que Caroline hacía todas esas labores por muy cansada que estuviese, habría sido como echar sal en una herida.

—¿Tres plantas, con cúpula, jardín y garaje en Beacon Hill? —preguntó Caroline con su tono de agente inmobiliaria—. Eso debe de andar por los dos millones.

—El abogado me habló de tres.

—¿La has hecho tasar?

—Todavía no. Esa casa será mi despacho. No puedo ponerla a la venta hasta que encuentre otro sitio para atender a mis pacientes.

—¿Cuánto tiempo tardarás?

—No lo sé.

—No esperes mucho, Casey. El mercado está muy fuerte ahora, pero no hay garantías de que lo esté el mes que viene o el año próximo. Mantener una casa así tiene que costar un riñón. ¿A cuánto asciende la hipoteca?

—No tiene hipoteca.

Caroline se echó hacia atrás.

—Bueno, eso es algo, supongo. —Se incorporó rápidamente—. Pero esa es la principal razón para ponerla en venta. Si inviertes todo ese dinero tendrás un nidito increíble. Sin duda, yo no podría darte algo así. Mi granja no vale más que una fracción de eso. Si vendes la casa e inviertes el dinero, estarás en disposición de alquilar un despacho para ti sola.

Casey lo sabía.

—¿Lo harás? —preguntó Caroline.

Casey nunca había sido buena a la hora de mentir.

—Es posible.

—¿Pronto? —insistió Caroline.

—¿Y qué pasaría si decidiese quedarme la casa durante un tiempo?

Caroline se mordió el labio inferior. Miró a Casey, después bajó la vista. Cuando volvió a alzarla, sus ojos reflejaban angustia.

—No me gustaría.

A Casey se le encogió el corazón. Caroline había sido sincera, y le estaba agradecida por ello, pero eso no la libró del sentimiento de culpa.

—De acuerdo, mamá. Se trata de una analogía. ¿Recuerdas lo que me dijiste de Rambo?

—Amaba a Rambo —dijo Caroline, que sabía muy bien cuál era la intención de Casey—. No dejó de dar durante toda su vida.

—Pero ya no está, y tienes el estofado en la nevera... Tienes razón, en la más primitiva de las situaciones, Rambo nació para que se lo comiesen. ¿Y por qué no? Bueno, pues con Connie es igual. Del mismo modo que el cuerpo de Rambo es tuyo, la casa de Connie es mía. Puedo hacer lo que quiera con ella, ya sea cubrir las paredes de grafitos, comportarme mal con los vecinos, o montar fiestas que hagan que se retuerza en su tumba. —Suavizó el tono—. Pero también hay cosas positivas. Puedo utilizar la casa para mi propio beneficio. Necesito un despacho, y ahora me he instalado allí...

—¿Ya te has instalado? —preguntó Caroline, alarmada—. ¿Vives allí?

—No.

—¿Tienes pensado hacerlo?

—No lo sé. Pero la casa es preciosa, mamá. ¿Por qué no vienes a verla conmigo?

Caroline respiró hondo.

—No creo que pudiese hacerlo.

—¿Por qué? Él ya no está.

—No es eso, cariño. Es por mí. Estoy cansada.

—Ya lo sé —dijo Casey—. Estás cansada de esta habitación, de esta cama. Este encierro es una señal, mamá. Te dicen cosas que curan por dentro. Pronto despertarás.

Caroline contuvo la respiración por un instante y después preguntó con mucha calma:

—¿Y si no es así?

—Lo será —insistió Casey—. Debes despertar. Tenemos cosas que hacer, tú y yo... Cosas de madres e hijas.

—Cassandra —repuso Caroline—, nunca te han interesado esas cosas.

—Antes tal vez no, pero ahora sí. Eres parte de mi vida. Por eso necesito que vayas conmigo a ver la casa.

—Lo siento, cariño. Tengo mi orgullo.

—No se trata de orgullo sino de ser práctico. Necesito un despacho, y la casa cuenta con uno.

Caroline se llevó las puntas de los dedos a la boca. No necesitaba hablar. Sus ojos expresaban una profunda tristeza. Finalmente, dejó caer la mano y suspiró.

—Si todo consiste en ser práctica, pon la casa en venta, coge el dinero y corre. Lo cierto es que siempre has estado obsesionada con él.

—Obsesionada, no.

—Entonces, fascinada. Trabajas en lo mismo que él. Ibas a comprar a la ciudad en la que vivía. Tu apartamento está a diez minutos de su casa. ¿Te envió alguna vez un cliente? ¿Te invitó alguna vez a su casa? Te preparaste para el fracaso, y eso es lo que obtuviste. Fracasaste a la hora de llamar su atención.

—Pero sí me tuvo en cuenta —dijo Casey—. Me ha dejado su casa.

—Es cierto. No te preguntó si la querías, no te preguntó qué ibas a hacer con ella, sencillamente te la echó encima. No tuvo tiempo para ti mientras estuvo vivo, pero ahora que ha muerto, quiere que le limpies los armarios.

Casey no había pensado en los armarios.

—Deberías ver el jardín, mamá.

—Ya tengo un jardín. —Era cierto, y no se trataba de un mero pedazo de tierra, sino que crecían lechugas en él, y también judías verdes, zucchini y brécol. Y tomates.

—Este es diferente —insistió Casey.

—Oh, cariño. Siempre lo es. Pero eso no basta. Te mereces más.

—Yo creo —insistió Casey— que una casa de tres millones de dólares es algo.

—¿Te dará estabilidad?

Casey inclinó la cabeza. Era una discusión que ya habían mantenido con anterioridad. Suspiró y volvió a alzar la cabeza.

—Quieres que me case y tenga hijos, y yo también, pero no es esa la cuestión en este momento. Yo no pedí la casa, mamá. Estaba preparada para enterrar a Connie y olvidarme de él, pero me ha dejado la casa, y eso abre todo un mundo de nuevas posibilidades... y problemas.

—Eso es cierto —confirmó Caroline.

—Quiero que me ayudes.

—Mi consejo es que la vendas. Eso es todo lo que puedo decirte.

—Quiero que la conozcas.

Caroline la miró fijamente y negó muy despacio con la cabeza.

—Es solo una casa, mamá: ladrillos y cemento. ¿Por qué te asusta tanto?

Caroline alzó una mano y miró a Casey con expresión admonitoria, como diciendo: «No me psicoanalices».

Casey se echó hacia atrás, pero solo consiguió tener más aspecto de terapeuta.

—Esto no tiene nada que ver con el amor —dijo—. Te quiero. Tú me criaste. Te sacrificaste por mí. Pero nunca supe nada de él. No quisiste hablar...

—No puedo —la interrumpió Caroline—. No tengo nada que decir. Ese hombre no se abrió a nadie.

—Tuvo que decirte algo... antes..., o después... Quiero decir, tú y él...

—¿Nos acostamos juntos? Apenas habló. —Caroline le dedicó una dura mirada—. ¿Nunca te han atraído los hombres oscuros y silenciosos? Connie no era oscuro, pero te aseguro que era silencioso. El silencio entraña misterio y resulta atractivo. Todas las mujeres creen que serán ellas las que lo consigan. Bueno, pues yo no lo hice. Fracasé.

—No me vale.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Y tú también sabes a qué me refiero yo —insistió Casey, porque quería desesperadamente que su madre la entendiese—. Tú no lo conseguiste. Otras personas tampoco. Ahora se me presenta una oportunidad.

—Está muerto.

—Pero su casa no. Tal vez tenga historias que contar. Míralo de ese modo. Cuando tenga hijos, llevarán la mitad de mis genes, que son tus genes y los suyos. Te conocerán a ti y te querrán, y lo que no vean con sus propios ojos, habré de explicárselo. No será agradable no tener nada que decirles de él.

Caroline reflexionó durante unos segundos en lo que acababa de decir Casey. Después de eso, apareció la madre que quería algo más para su hija de lo que había tenido ella, y sonrió.

—¿Me prometes que primero encontrarás un marido?

Sentada en el coche aparcado junto al Fenway, con los sentimientos que había despertado su madre aún frescos, Casey llamó al agente inmobiliario que le había encontrado el apartamento. Oyó una señal al otro lado de la línea, después sonó una voz grabada que la invitó a dejar un mensaje. Respiró hondo para poder hacerlo, nerviosa, y desconectó el móvil. ¿Cómo iba a explicar que, de repente, era dueña de una casa en Beacon Hill y quería venderla? Uno no prefería un apartamento minúsculo a una casa en Beacon Hill. El agente inmobiliario pensaría que había perdido la cabeza. Hablar personalmente con él en lugar de dejarle un mensaje. Lo intentaría en otra ocasión. Caroline estaba en lo cierto. Lo mejor era vender la casa, invertir el dinero y olvidarse de Connie. Él no se merecía otra cosa.

Sin embargo, antes quería explorar la casa, aprender cuanto pudiese sobre Connie, aclarar de una vez por todas que no había nada en él que resultase interesante. Antes de eso, sin embargo, tenía que avisar a sus pacientes del cambio de consulta.

Con esas ideas en mente, condujo hasta la casa. Aparcó delante, abrió la puerta y entró. La asaltó un pensamiento mientras bajaba a la carrera las escaleras: si se quedaba allí durante un tiempo, tendría que quitar los cuadros de Ruth Unger. Volvió a concentrarse, entró en el despacho, abrió el archivo de sus pacientes en el ordenador y empezó a hacer llamadas. Cuando abrió las puertas que daban al jardín, se dijo que era para dejar entrar el aire de la tarde. Cuando salió a dar una vuelta entre llamada y llamada, se dijo que era para estirar las piernas. En cuanto dejó los mensajes para los pacientes del lunes y el martes, sin embargo, apagó el ordenador, dejó el teléfono a un lado, y se rindió a la evidencia.

El atardecer en el jardín era sugerente. Las lámparas con forma de champiñón iluminaban el sendero; los aspersores escondidos tras los setos

lanzaban una fina cortina de agua sobre los árboles. No había pájaros ni ardillas en ese momento, pero el agua de la fuente continuaba con su rumor. Hasta ella llegaron los sonidos atenuados procedentes de las ventanas de las casas vecinas. Alguien estaba haciendo una barbacoa.

Se estiró sobre el banco de madera bajo el castaño y miró hacía arriba. Se veían más estrellas de las que habitualmente se apreciaban en la ciudad. Se preguntó si se debería a la claridad de la noche o al poder de la sugestión. Ese jardín era un lugar mágico. Cerró los ojos y experimentó un placer profundo. Sumida en los olores de los árboles y las flores cuyos nombres no conocía pero cuyos perfumes adoraba, de la tierra y de la carne asada, y el arrullo de la brisa del anochecer a través de las ramas de los árboles, se sintió plenamente satisfecha.

De nuevo, comprendió que se trataba de aquella conexión visceral. Si hubiese creído en la reencarnación, habría pensado que en alguna vida anterior había sido una ninfa de los bosques. En ese jardín se sentía como en casa.

Se despertó hecha un ovillo. Eran las dos de la mañana y tenía frío. Espantada por el hecho de haberse quedado dormida en el banco —durante tanto tiempo—, entró en la casa, apagó las luces y conectó la alarma. Las escaleras estaban lo bastante oscuras para no tener que enfrentarse a los cuadros de Ruth, pero cuando llegó a la cocina, tuvo una extraña sensación. Se dijo que debía de ser la fatiga.

Siguió hasta la habitación de invitados, se desvistió, se lavó y se puso el albornoz azul claro que colgaba del perchero, con su cinturón perfectamente colocado. Estaba sin estrenar, nadie se lo había puesto nunca. En su soñoliento estado, quiso creer que lo habían comprado pensando en ella y que la había esperado todo ese tiempo. Se trataba, sin lugar a dudas, de su color favorito.

Regresó al dormitorio y fue a cerrar la puerta porque, después de todo, la habitación de Connie se hallaba justo al otro lado del distribuidor. Sí, Connie estaba muerto, lo sabía, pero algo de él persistía en aquella estancia. ¿Angus, el fantasma? No lo creía. Bromas aparte, no creía en fantasmas. Pero había allí alguna clase de presencia.

Decidida a no dormir en aquella planta, bajó hasta el estudio. Sí, Connie estaba presente allí, pero también era un lugar acogedor. Se acurrucó en el

sofá, se cubrió los pies con el tapete afgano, colocó un cojín bajo su cabeza y volvió a dormirse.

Despertó antes de las cinco, con las primeras luces del alba, completamente desorientada. Cuando comprendió dónde se hallaba, ni siquiera intentó volver a dormirse. Se levantó y permaneció durante un minuto en mitad de la habitación intentando decidir dónde ir, qué hacer y descifrar cómo se sentía. Levantarse por la mañana en casa de su padre era algo completamente nuevo para ella, anormal.

Necesitaba normalidad. El café era normal.

Así pues, se dirigió a la cocina y preparó una cafetera. Mientras esperaba, miró por la ventana que daba al jardín, pero aún estaba demasiado oscuro. A pesar de que el cielo clareaba por minutos hacia el este, el sol no había ascendido lo suficiente para superar la colina.

Se sirvió café en una taza verde oscuro y regresó al despacho. Allí estaba su ordenador. Su Rodolex también se encontraba allí. Normalmente, un lunes por la mañana, a una hora razonable, trabajaba con ambas cosas y el teléfono, si no estaba discutiendo con una compañía aseguradora acerca del comportamiento de uno de sus pacientes, después repasaba las facturas; por eso los lunes no quedaba con sus pacientes antes de las diez. Su primera cita de ese día era a las once, de modo que tenía que ir a su apartamento a buscar ropa y regresar. Pero solo eran las cinco. Tenía muchísimo tiempo.

El café le proporcionó calor, por lo que miró alrededor en busca de señales de su padre. Las únicas cosas que llevaban su nombre eran un par de diplomas que colgaban de la pared, pero no le dijeron nada que no supiese. Había unos cuantos grabados originales, enmarcados de un modo sencillo; pero, aparte de ser bonitos, lo único que señalaban de Connie era la habilidad de este para encontrarlos.

Buscaba menciones o premios. Alguien que visitase aquel despacho nunca llegaría a saber que el hombre que había vivido y trabajado allí era una autoridad en su campo, que había recibido innumerables distinciones a lo largo de su carrera, o que había publicado en numerosas ocasiones. Hizo un repaso de las estanterías, pero no encontró ninguno de sus libros, y los habría reconocido a simple vista. Los tenía todos.

Vio algunas de las obras de referencia que también ella poseía. Eran los libros de rigor en la consulta de un terapeuta; la clase de libros que, precisamente, un padre le entregaría a un hijo o una hija que ejerciese su

misma profesión. Dejó la taza sobre el escritorio, sacó uno de los libros y lo abrió; esperaba encontrar algún tipo de dedicatoria: «A Casey, de su padre, con todo mi cariño y mis mejores deseos de que tengas una brillante carrera». Se habría sentido satisfecha aunque solo hubiese sido con la mención al cariño. Pero no encontró nada.

Lo intentó con otro libro, también sin éxito. Y lo mismo ocurrió con el tercero.

Desilusionada, estudió el resto de los libros. Los que estaban al alcance de la mano eran de psicoanálisis. Con una punzada de resentimiento, sacó los que estaban más arriba y los llevó a los estantes más alejados. Hizo lo mismo con el resto hasta que los dos estantes principales quedaron vacíos. Buscó entonces en las cajas que había dejado en el *hall* hasta encontrar sus libros favoritos. Muy pronto estuvieron colocados en el lugar de honor, pulcramente ordenados.

La reorganización hizo que los estantes pareciesen más acogedores, pensó. Animada, centró su atención en el escritorio. Era una enorme mesa de caoba con tres cajones a cada lado y otro, poco profundo, para lápices en el medio. La silla también era grande, estaba tapizada en cuero, y tenía un respaldo muy alto. Se sentó, para probarla, y se movió hacia atrás y hacia delante y de derecha a izquierda. Giró otra vez hacia la izquierda, abrió el primer cajón de ese lado y encontró un taco de hojas de papel rayado de color amarillo. El segundo cajón contenía una grapadora y grapas, cajas de lápices de grafito y lápices rojos, cajas de clips de metal, un magnetófono de mano y un paquete de cassetes.

Cogió el magnetófono, tal como su padre debería haber hecho, y lo puso en marcha con la esperanza de escuchar su voz, pero la cinta estaba en blanco.

Lo devolvió a su lugar, cerró el cajón y abrió el tercero. Los soportes metálicos indicaban que había servido como archivador. Estaba vacío, pero no por mucho tiempo. Al cabo de poco rato, ella ya lo había llenado con sus propios archivos. Hizo lo mismo con el tercer cajón del lado derecho. El segundo cajón guardaba los artículos de escritorio de Connie, dos pilas de hojas con el membrete de Harvard, del que disponía como miembro de la facultad, y sus propias hojas. Estas últimas eran de color marfil y tenían grabadas, con letras mayúsculas negras, las palabras: CORNELIUS B. UNGER.

Casey no tenía ni idea de qué significaba la be. Le había preguntado a unas cuantas personas a lo largo de los años, pero nadie había sabido darle una respuesta.

Aquellas hojas le ofrecían una oportunidad de oro. Si ella hubiese estado en el lugar de Connie, legándole su casa y sus pertenencias a un hijo al que no conocía, le habría dejado una nota en ese lugar.

Ambas pilas estaban muy bien ordenadas, pero ninguna de las primeras páginas tenía la más mínima inscripción.

Desanimada, cerró ese cajón, abrió el primero y encontró media docena de pequeñas cajas. Una contenía gomas elásticas, otra gomas de borrar y la tercera blocs de notas autoadhesivas. El resto del cajón estaba lleno de dulces de mantquilla Callard & Bowser.

Los dulces le proporcionaron a Casey algo por donde empezar. Le encantaban esos dulces; había sido una devoradora compulsiva en su adolescencia, hasta el punto de fastidiarse unas cuantas muelas por su costumbre de morderlos en lugar de chuparlos. No era un buen ejemplo como comedora de dulces, pero Connie no había tenido modo de conocer ese detalle. Podría haber imaginado que había llenado el cajón pensando en ella, pero no parecía muy probable.

Tendió la mano en busca de uno, o mejor dos, pero la retiró.

Cerró el cajón y abrió el menos profundo del medio. Media docena de bolígrafos Bic reposaban sobre una bandeja. Odiaba los bolígrafos Bic, y jamás había usado uno. Utilizaba una pluma Mont Blanc; regalo de su madre.

Sintiéndose redimida al pensar que habría frustrado a Connie en eso, al menos, abrió un poco más el cajón. Bajo la bandeja para bolígrafos había una regla de madera y, debajo de esta, un sobre grande de papel manila.

Cuando lo sacó, el pulso se le aceleró. Tenía una C garabateada en la parte anterior, de su puño y letra. Era la «ce» de «Cornelius», pero no sabía por qué había escrito su propia inicial. Por otra parte, la C también podía corresponder a «Casey».

El corazón le latía con fuerza. Abrió el sobre y sacó un fajo de hojas mecanografiadas sujetas por un clip. *Soñando con Pete*, leyó en la primera página, y debajo, con letras más pequeñas: «Un diario».

Soñando con Pete. Un diario.

Casey pasó las páginas. Estaban mecanografiadas a doble espacio, a página completa, numeradas. Volvió a la primera.

Soñando con Pete. Un diario.

La «ce» era por Casey. Algo la había llevado hasta allí.

Dejó las hojas sobre el escritorio, volvió la primera y empezó a leer.

Capítulo 5

Little Falls

La niebla del viernes por la mañana era tan densa que Jenny Clyde no podía ver más que una mancha de maleza a su derecha, una ringlera de carretera a su izquierda y las marcas que iban dejando las punteras de goma de sus zapatillas de deporte mientras se dirigía hacia el pueblo. Al desplazarse hacia la izquierda vio menos hierbajos y más carretera. Siguió un poco más a la izquierda y la maleza desapareció por completo.

Se mantuvo en medio de la carretera, mirando al frente. A excepción del veteado gris del asfalto, todo lo demás quedaba oculto tras la bruma blanca. La niebla era un elemento esencial de finales del verano en Little Falls. Encajado en una hondonada entre dos altas montañas, el pueblo había quedado atrapado en la guerra que libraban los días cálidos y las noches frías. Jenny siempre había imaginado a las nubes atrapadas en esa misma guerra golpeando contra las laderas, ascendiendo hasta la cima y permaneciendo allí indefensas y olvidadas.

A ella no le molestaba la niebla. Le permitía fingir que el pueblo ofrecía protección, olvido y amabilidad. La protegía de las frías y duras embestidas de la vida.

Se acercaba un coche. Al principio solo era un murmullo apagado, pero después se transformó en un petardeo cada vez más audible a medida que se acercaba. Jenny no se apartó del medio de la carretera. El petardeo se convirtió en un fuerte chisporroteo. Ella siguió caminando. El ruido se aproximaba y se hacía más fuerte..., más cercano y más fuerte..., más cercano y más fuerte..., más cercano y más fuerte...

En el último segundo, evitó sufrir daño.

Se hundió la gorra sobre los ojos, bajó el mentón, metió las manos en los bolsillos e hizo todo lo posible por pasar inadvertida. Pero Merle Little la vio. La vio más o menos en el mismo lugar que la veía todos los días: mientras

conducía camino de su casa tras tomar el café de media mañana con su esposa.

—¡Sal de la carretera, MaryBeth Clyde! —gritó a través de la ventanilla de su coche, segundos antes de que la niebla lo engullese de nuevo.

Jenny alzó la cabeza. «Eh, señor Little —podría haber dicho si hubiese aminorado la velocidad—, ¿cómo está?». «Regular —habría contestado el viejo Merle de haber sido un hombre más compasivo—. ¿Y tú, Jenny? Hoy se te ve muy guapa».

Ella tal vez hubiese sonreído con dulzura o se hubiera sonrojado. Tal vez le hubiera dado las gracias por el piropo y hubiera fingido que había sido sincero. Sin duda, le hubiera dicho adiós con la mano mientras se alejaba, porque ese es el gesto amistoso que se le dedica a alguien que conoces de toda la vida —alguien cuya familia fundó el pueblo—, alguien que vive en tu misma calle; aun cuando a esa persona le molestase que así fuera y desease que fuese de otro modo.

Siguió caminando. Los perros de los Booth ladraron, aunque no pudo verlos debido a la niebla. Tampoco vio las bisagras oxidadas de la puerta principal de los Johnson, o los macizos de flores del jardín de los Farina, pero sabía que todas esas cosas estaban ahí. Oyó a los primeros y olió las últimas.

«Chist —podría haber advertido a sus posibles hijos—. Hablad bajito. El viejo Farina tiene mal carácter. Mejor no hacerlo enfadar». «Pero no puede perseguirnos, mamá —habría dicho uno de los niños—. No puede caminar». «Sí que puede —habría argumentado otro de los niños—. Tiene bastones. A Joey Battle le pegó con uno de ellos, a pesar de que el agente Dan le dijo que no lo hiciese. ¿Por qué lo hizo, mamá, si el agente Dan le dijo que no lo hiciese?».

«Porque algunas personas son malas», podría haber respondido Jenny si hubiese tenido hijos y, mientras tanto, llevaría a cuestas sobre la cadera a la más pequeña: una dulce niñita de pelo sedoso, tan cariñosa y cuidadosa con el amor y el afecto por el que Jenny suplicaba que difícilmente volvería a sentirse mal más allá de lo que dura un sueñecito. «A algunas personas no les importa qué permite la ley y qué no. Algunas personas no escuchan ni una palabra de lo que dice el agente Dan».

La niebla se dispersó unos segundos para proporcionar una visión de las verdes hojas de septiembre de los abedules y de las blancas cortezas de sus troncos. En un par de semanas, esas hojas se volverían amarillas. Para entonces, reflexionó Jenny, tal vez ella ya se hubiese marchado de allí.

Cuando la niebla volvió a espesarse, imaginó que más allá se encontraba un pueblo diferente. Imaginó algo parecido a Nueva York, con altos edificios, largas avenidas y donde nadie supiese de su procedencia, quién había sido o qué había hecho. Y si no Nueva York, algún lugar de Wyoming, con grandes espacios abiertos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Allí también podría perderse. Pero, en primer lugar, tenía que huir de Little Falls.

Volvió a desplazarse hacia la izquierda de nuevo y cerró los ojos, notando cómo las pisadas de sus zapatillas deportivas sobre el asfalto se trasformaban en el ruido que haría el trapo de Eddie Bunch al golpear contra la barandilla del porche más allá de la niebla. Se desplazó todavía más hacia la izquierda, hasta que supuso que se encontraba en medio de la carretera. Mentalmente contó las antenas parabólicas, oyó la voz de Sally Jessy Raphael procedente de la ventana abierta de los Webster, el sonido del televisor de los Clegg, y el QVC desde la de Myra Ellenbogen. Cuanto más se acercaba a la ciudad, más próximas estaban unas casas de otras. Oyó voces amortiguadas, el chasquido de una bandera al flamear en su asta, el ruido de una sierra cortando leña para las frías noches de septiembre que se avecinaban.

Los sonidos eran reales, pero cuando abrió los ojos, los remolinos de la niebla parecían algo de otro mundo; como Pearly Gates, que había sido un sueño como no había otro igual. Jenny Clyde no iría al cielo, eso seguro.

Otro coche se materializó en las profundidades de la niebla. El sonido de su motor era más suave, nuevo, más concreto. El ruido que producían los neumáticos sobre el pavimento agrietado indicaba que iba más despacio. Conocía aquel sonido. El coche pertenecía a Dan O'Keefe.

Jenny permaneció en el medio de la carretera un poco más..., un poco más..., un poco más..., un poco más...

Se echó a un lado segundos antes de que el *jeep* emergiese de la niebla. Como era de prever, llegó a su altura y se detuvo.

—Jenny Clyde —le regañó el agente—. Te he visto.

Ella se encogió de hombros y miró hacia la parte trasera del coche. La niebla jugueteaba a su alrededor como pequeños diablillos blancos, primero en el guardabarros, después en la ventanilla y finalmente en el techo.

—Te la estás jugando al hacer eso —prosiguió él con un tono de voz que evidenciaba una preocupación genuina que ella demasiado a menudo no tenía en cuenta. No había heredado ese tono de voz de su padre. Edmund O'Keefe era duro. Tal vez lo exigía el que fuese jefe de policía. Pero Dan era diferente—. Un día, alguien no te verá —añadió.

—Me aparto a tiempo.

—Sin duda, porque sabes quién conduce cada coche y la velocidad a la que va, pero un día aparecerá un coche que no tendrás previsto. Si esperas demasiado te lanzará por los aires y solo Dios sabe dónde irás a caer. Escucha, Jenny Clyde. Estás jugando a la ruleta rusa.

—No —dijo Jenny con convencimiento—. Si estuviese jugando a la ruleta rusa me taparía los oídos.

—Dios del cielo, ni siquiera se te ocurra hacer algo así —la increpó él. Se frotó el hombro—. Esta es la semana, ¿no?

Ella se encogió de hombros, pero uno de estos se negó a moverse con la despreocupación que intentaba expresar.

—¿Te preocupa? —preguntó él.

Ella clavó la mirada en el suelo y sonrió.

—¿Por qué debería preocuparme? Es mi padre.

—¿Por qué eso no hace que me sienta mejor?

Jenny intentó pensar de forma positiva.

—He estado preparándome para verlo. He mantenido la casa, tal como él quería, así que todo está igual que cuando se fue. O sea, he hecho algunas cosas, como comprar un horno cuando me dijeron que el viejo no tenía arreglo y reconstruir el tejado en la parte sobre la que cayó el roble, pero eran cambios inevitables y, en cualquier caso, me dio permiso, así que no se enfadará. —Cuando Darden Clyde se enfadaba se convertía en una auténtica pesadilla. Jenny lo sabía muy bien.

—Hace seis años —señaló Dan.

Seis años, dos meses y catorce días, pensó Jenny.

—¿Y te parece bien que vuelva?

—Sí. —¿Qué otra cosa podía decir?

—¿Estás segura?

Jenny no estaba en absoluto segura, pero no tenía muchas posibilidades. Cuando se permitía pensar en ello, se le revolvía el estómago y su mente se debatía entre sensaciones contrapuestas —vete, quédate, vete, quédate—, hasta que le dolía todo el cuerpo. De modo que no pensaba muy a menudo en sus posibilidades. Resultaba más sencillo mirar hacia la niebla y pensar en cosas más alegres.

—Esta noche voy a ir al baile —anunció.

—¿En serio? Es una buena idea —dijo el agente—. No has asistido al baile del pueblo desde hace años.

—Me compraré un vestido nuevo.

—Otra buena idea.

—En Miss Jane. Algo bonito. Sé bailar.

—Apuesto a que sí, Jenny.

Ella dio un paso hacia el *jeep*, se mordió el labio superior y entonces se fijó en la prominente vena del interior del antebrazo del agente, que estaba apoyado en la ventanilla abierta, y murmuró:

—No sabe que he estado utilizando el nombre de Jenny. No creo que le guste. Quiero decir que es mi segundo nombre, pero a él le gusta MaryBeth, que era como se llamaba mi madre... —Por eso, precisamente, lo odiaba ella, porque el sonido de aquellas palabras era como un golpe en el estómago. Pero un golpe era mejor que sufrir las iras de Darden—. Así que lo mejor será que de ahora en adelante vuelvas a llamarme MaryBeth, por si acaso.

Al advertir que Dan no respondía, lo miró a la cara. Lo que vio no la tranquilizó en absoluto. Él sabía muchas más cosas que la mayoría acerca de lo que había llevado a Darden a pasar lejos de casa seis años, dos meses y catorce días, y lo que no sabía se lo imaginaba.

Ella meneó la cabeza en un segundo intento, después apartó la mirada.

—Jenny va más contigo —dijo él.

Su amabilidad le produjo ganas de llorar. En lugar de eso, se limitó a encoger los hombros; los dos, en esta ocasión.

—Jenny... MaryBeth, deberías marcharte del pueblo antes de que regrese.

Ella introdujo el costado de su zapatilla en una grieta del asfalto.

—Adoptar un nuevo nombre y empezar una nueva vida en algún lugar lejos de aquí —prosiguió él—. Entiendo por qué no lo hiciste antes, porque solo tenías dieciocho años y nada a tu favor, pero ya has cumplido los veinticuatro. Tienes experiencia laboral. Hay restaurantes por todas partes a los que les encantaría contratar a una camarera competente como tú. Él no podrá encontrarte. Debes irte. Es un hombre malo, Jenny.

Dan no dijo nada que Jenny no se hubiese dicho a sí misma centenares de veces, miles de veces. La seguridad que experimentó cuando su padre se hubo marchado se había visto reducida a polvo en las últimas semanas. Si se detenía a pensarlo, sentía pánico.

Así que no lo hacía. En lugar de eso, retomó la marcha a través de la niebla camino del pueblo pensando en el vestido que iba a comprarse. Había estado expuesto en el escaparate de Miss Jane gran parte del verano, mirándola directamente a ella como si le dijese: «Me han hecho para ti, Jenny Clyde». Tenía diminutas florecillas sobre un fondo color vino, las mangas cortas, cuello de barco y cintura entallada. Al maniquí le llegaba hasta la mitad de la pantorrilla. Si a Jenny le estaba igual de largo, le cubriría las

cicatrices de las piernas. De no ser así, podría llevar medias oscuras. Quizá las llevase de todos modos. Meg Ryan llevaba medias oscuras con un vestido casi idéntico al suyo en una película que Jenny había visto. No es que Jenny se pareciese a Meg Ryan, ni tuviese su sonrisa o sus agallas. No es que Jenny pudiese soportar que la gente la mirase, como miraba a Meg Ryan. Jenny era la persona más reservada del mundo.

Esa noche, sin embargo, las cosas iban a cambiar. Esa noche, iba a conocer al hombre más guapo del planeta. Estaría de paso en el pueblo camino de un lugar donde tendría un buen trabajo y una bonita casa, y se iba a enamorar tan perdidamente de Jenny que antes de que finalizase la semana le suplicaría que se fuese con él, y ella lo haría. No se lo pensaría dos veces. Llevaba mucho tiempo esperándolo.

Cuando volvió la esquina para enfilar Main Street, la niebla se disipó revelando los toldos que, en nombre de la renovación urbana, los votantes del pueblo habían decidido que se instalasen el último mes de marzo. Eran de un verde muy oscuro, con grandes letras blancas indicando, por orden, la ferretería, la droguería, la redacción del periódico, la tienda de baratillo y la panadería, a un lado de la calle, y el supermercado, la floristería, la cafetería, la heladería y la tienda de ropa, en el otro.

Jenny no sabía nada de renovación urbanística. Ignoraba qué efecto podían causar los toldos si todo lo demás seguía igual. Los coches aparcados en batería eran los mismos que aparcaban en los mismos lugares a la misma hora cada mañana. La misma gente seguía comprando en las mismas tiendas. La misma gente se sentaba en los mismos bancos de madera. La misma gente la miraba cuando pasaba.

Ella no podía evitar que la mirasen, pero no tenía por qué ver cómo lo hacían. Bajó la cabeza lo suficiente para que la visera de la gorra le cubriese la cara, se metió las manos en los bolsillos y echó a andar. No esperaba que nadie la saludase, y ella tampoco saludaría a nadie. Cuando llegó a Miss Jane, miró con ilusión su vestido y entró en la tienda.

La señorita Jane era una mujer menuda de voz potente. Fueran cuales fuesen las dificultades a las que se estuviese enfrentando al plegar y desplegar las largas hojas de papel con la intención de envolver lo que parecía una compra considerable por parte de Blanche Dunlap, lo hacía a voz en grito.

—... Así que se fue hasta Concord y compró esos platos por su precio real. Podría entender que lo hiciese por un vestido —dijo—, pero ¿por unos platos? En los platos se sirve estofado, bistecs sanguinolentos, hígado, por el amor de Dios, y después de eso, las sobras, y sobras tienen para dar y vender,

porque la chica no sabe cocinar nada decente. Me preocupa, te lo aseguro. — En ese momento, se percató de la presencia de Jenny. No movió un solo músculo. Después asintió—. MaryBeth.

—Hola —dijo Jenny con lo que esperaba que fuese una mirada amable. Se quedó junto a la puerta, mirando alternativamente a las mujeres y la puerta, hasta que la señorita Jane y Blanche Dunlap volvieron hacia el paquete. Mientras oía el frufrú del papel, intentó pensar en algo que decir, pero lo único que se le ocurrió fue que muy pocas personas en el pueblo la llamaban Jenny. Habría que cambiar menos cosas. Lo cual resultaba más seguro.

Y todavía tuvo menos que decir cuando se abrió la cortina del probador y salió del mismo la hija de Blanche, Maura.

—Necesito ayuda, mamá —dijo Maura, intentando sujetar el portabebés que le colgaba por delante.

Jenny había ido al colegio con Maura. A pesar de que nunca habían sido buenas amigas, Jenny le dedicó una sonrisa.

—Hola, Maura.

Maura la miró sorprendida. Luego miró a su madre, y después a la señorita Jane. Se acercó a su madre y dijo:

—Hola MaryBeth. Dios, no te veía desde hacía un siglo. ¿Qué tal te ha ido?

—Bien. ¿Es tu hijo?

—Ajá.

El bebé era poco más que un bulto. Jenny dio un paso adelante —lo máximo que se atrevió a hacer— y alargó el cuello. No consiguió ver gran cosa.

—¿Niño o niña?

—Niño. ¿Ya está envuelto mi vestido? Es tarde.

La señorita Jane seguía afanándose con el paquete. Blanche aseguró las cintas del portabebés. Maura cubrió la calva cabeza de su pequeño con un gorro.

Jenny sintió un doloroso vacío en su interior. Tras toda una vida de recibir miradas recelosas, de nerviosas carrerillas por las aceras, y de ser evitada deliberadamente, debería haberse acostumbrado. Pero nunca había perdido la esperanza de que las cosas cambiaran. Seguía soñando con el día en que la gente del pueblo la saludaría con la misma calidez que se mostraban los unos con los otros.

El sueño no tardó en convertirse en una súplica. Darden Clyde iba a regresar. Necesitaba ayuda.

Blanche hizo un gesto para indicar que había acabado con la cinta. Maura cogió los paquetes, al tiempo que ella y su madre le daban las gracias a la señorita Jane y sonreían de forma condescendiente. Las sonrisas desaparecieron cuando se volvieron hacia Jenny. Ella se hizo a un lado para dejarlas pasar.

—Tengo mucha prisa —dijo Maura—. Cuídate, MaryBeth.

Jenny apenas había alzado una mano para despedirse cuando la puerta se cerró. Cruzó los dedos de las manos y esperó un minuto a que el doloroso vacío desapareciese.

—¿Puedo ayudarte en algo, MaryBeth? —preguntó la señorita Jane amablemente.

Jenny se volvió hacia el vestido del escaparate.

—Me gustaría comprarlo.

—¿El qué?

Jenny señaló con el mentón hacia el vestido.

—Me he pasado el verano mirándolo. Me gustaría llevarlo en el baile de esta noche.

—¿Esta noche? ¿Ese vestido? Oh querida, me temo que será imposible. Ya lo he vendido.

A Jenny se le cayó el alma a los pies.

—¿Y por qué sigue en el escaparate si lo ha vendido?

—Bueno, ese de ahí no lo he vendido, pero dudo que sea de tu talla. El que debía ser de tu talla es el que he vendido.

Al observar el vestido por detrás, Jenny vio dónde había sido recogido para que se ciñese al maniquí. Pero el maniquí representaba a una mujer muy delgada. Jenny no lo era tanto. Sin embargo, tal vez le fuese bien.

—¿Podría probármelo?

—Podrías, para ver cómo te sienta el color y el modelo, pero sería una pérdida de tiempo. No tendría uno de tu talla a tiempo para el baile. De hecho, dudo que pudiese conseguirlo. Este vestido forma parte de la colección de verano. Todo lo que está llegando es ya de otoño e invierno.

Jenny había pensado en el baile durante semanas. En todo momento se había imaginado con ese vestido. Se acercó al escaparate y tocó la tela. Era más suave de lo que creía.

—Usted hace arreglos, ¿verdad?

—Arreglos, sí, pero no reformas. Este vestido te quedaría ridículamente grande, MaryBeth.

—Me llamo Jenny —puntualizó Jenny en tono suave pero desafiante, porque algo en su interior le dijo que la señorita Jane la llamaría MaryBeth hasta el día de su muerte y no supondría una amenaza para cuando su padre regresase—. ¿Podría probármelo, por favor?

Tras una mirada a su reflejo en el panel de tres espejos que había al fondo del probador, a Jenny casi le dio un ataque de nervios. Pero quería aquel vestido. De modo que se volvió, se quitó las zapatillas de deporte y la gorra y, aún de espaldas al espejo, volvió a colocarse la goma elástica que le sujetaba el pelo. Intentaba volver a colocar los mechones sueltos en la cola cuando, de mala gana, la señorita Jane le trajo el vestido.

Jenny tendió las manos. Pero en lugar de pasárselo o colgarlo de una percha, la señorita Jane deslizó las manos por dentro del mismo, desde el dobladillo al escote, y esperó.

Jenny no había esperado tener público. Nadie la había visto sin ropa desde hacía más de seis años, dos meses y catorce días. Que la señorita Jane la viese era casi tan malo como verse a sí misma en el espejo. Pero no había modo de evitarlo. Sabía que la señorita Jane no le entregaría el vestido sin pelear, y Jenny tenía un objetivo.

Así pues, se quitó deprisa los vaqueros y la camiseta y se refugió en el interior del vestido antes de que pudiese ver demasiado. Mientras ella se lo ajustaba por delante, la señorita Jane abrochó los botones de la espalda, tiró de los hombros y alisó las mangas.

—Bueno —admitió la mujer con un suspiro—, no te va tan grande como creía, pero sigo sin creer que sea tu talla. La cintura te queda muy arriba.

Jenny bajó la vista.

—¿No se supone que es donde tiene que quedar?

—Bueno, sí. Tal vez el problema sean las mangas. No parece que te resulten cómodas.

Jenny movió los brazos.

—Están bien.

La señorita Jane se puso una mano en la cadera y meneó la cabeza.

—El escote está mal. Alguien con pecas como tú necesita un escote más alto. Y además está la cuestión del color. Para serle franca, no le va a tu pelo.

—Para serle franca —dijo Jenny—, nada le va bien a mi pelo, pero sigo necesitando un vestido para el baile.

—Tal vez podrías probarte uno de los otros.

Jenny tocó los pliegues que tan buena caída tenían desde la cintura, a pesar de que la señorita Jane había dicho que le quedaba muy arriba.

—Me gusta este.

—Ya sabes, querida, que la gente viene a mi tienda porque respeta mi opinión. Confían en que si se prueban un vestido y no les sienta bien, yo se lo diga. Todo el mundo en el pueblo ha visto este vestido en el escaparate. Sabrán dónde te lo has comprado. Pensarán que no he hecho lo correcto contigo. Y eso no me gustaría.

Jenny recorrió el escote, justo por debajo de sus pecas, con las puntas de los dedos.

—Yo les diré que lo compré sin atender a sus recomendaciones. Les diré que insistí.

—Mírate en el espejo, MaryBeth —dijo la señorita Jane exasperada—. No va contigo.

Jenny imaginó que llevaba puestas medias oscuras y zapatos de tacón. Imaginó que acababa de darse un baño y olía bien, que se había cepillado el pelo y se había aplicado color en las mejillas y rímel negro. Con todo eso en mente, lista para superponerlo a su imagen, se volvió hacia el espejo y, muy despacio, alzó la vista.

Se quedó sin aliento. El vestido era precioso. Era del largo justo, lo bastante ceñido, y el color era el adecuado. Jamás había llevado nada tan elegante, y le quedaba bien.

La señorita Jane tal vez estuviese en lo cierto: quizá el vestido no fuera con ella. Pero iba con la persona que quería ser, lo cual, dadas las esperanzas que había depositado en esa noche, era suficiente.

Capítulo 6

Jenny estaba de muy buen humor mientras recorría los tres kilómetros que separaban su casa del salón VFW donde se celebraba el baile. No importaba que le doliesen los dedos de los pies metidos en aquellos pequeños zapatos de tacón de ante que su jefa le había prestado, o que ninguno de los coches que había pasado por su lado se hubiese detenido para llevarle a dar una vuelta. No la habían reconocido, ese era el motivo, de tan guapa que iba.

Y lo cierto es que estaba guapa. Lo había comprobado. Solo había tenido que retirar tres cosas de delante del espejo —el sobre de la invitación para la fiesta de compromiso de Lisa Pearsall, una pegatina para coche firmada, y el menú impreso del banquete de aniversario de las bodas de oro de Helen y Avery Phippen— a fin de tener espacio suficiente para verse la cara. El resto del cuerpo lo vio reflejado en el cristal esmerilado de la puerta principal. La imagen era oscura y algo borrosa, pero hermosa; más hermosa de lo que había estado en mucho tiempo.

Distinguió a lo lejos el salón VFW. El resplandor que salía de su interior atravesaba la oscuridad de la noche, esparciendo franjas amarillentas de luz por el aparcamiento, donde las risas y los saludos se oían por encima del sonido de las puertas de los coches al cerrarse.

Jenny aminoró la marcha para ver el flujo de personas subiendo las escaleras y cruzando el porche de entrada. Todos los que sabían hornear llevaban bandejas cubiertas con papel de plata. La propia Jenny había preparado pastas de limón, por las cuales era conocido el servicio de *catering* de Miriam, Comida a su Medida. Notar su peso en la mano era una forma de compromiso. Significaba que no podía echarse atrás. En esta ocasión, no presenciaria el baile escondida tras un castaño. Esta vez asistiría a él.

Manteniendo cuidadosamente el equilibrio de su bandeja con una mano, se sacudió con la otra el polvo de los zapatos que le había prestado Miriam. Cuando se incorporó, se horrorizó al ver que también se le habían llenado de tierra los bajos del vestido. Los sacudió deprisa. Cuando retiró la mano, la

sacudió contra la parte de atrás del vestido, donde nadie vería la mancha. Respiró hondo.

Entonces se puso a pensar en su pelo. Suspiró y se llevó una mano a la cabeza para comprobar si algún mechón había escapado al efecto de la espuma y la coleta. Todo estaba en su sitio. Respiró hondo para darse ánimos, pero se detuvo, en esta ocasión para llevarse los dedos al puente de la nariz; menos mal que lo hizo, porque encontró gotas de sudor. No sabía si se debía al haber caminado o a los nervios, pero tuvo mucho cuidado de enjugarlas sin estropear el maquillaje. El poco maquillaje que se había aplicado era crucial, especialmente el de la nariz. Las pecas rojas espantaban a los hombres.

Observó los rostros de quienes iban delante de ella, buscando alguno nuevo, pero todos le resultaban familiares.

Tenía el estómago hecho un manojo de nervios. Se llevó una mano al vientre, respiró hondo una vez más, y se obligó a seguir adelante. En cuestión de segundos, se uniría a los que ascendían por las escaleras. Para su alivio, nadie pareció percatarse de su presencia. Podría haber sido uno más de ellos.

Una vez dentro, echó un rápido vistazo alrededor. Miriam le había dicho que fuese directamente hacia la mesa de los refrescos, por lo que se apresuró, destapó la bandeja con las pastas y la dejó en un extremo de la mesa junto al resto de los dulces. Después de eso, se volvió hacia la pista de baile. No había demasiada actividad, y se sintió incómoda allí de pie, de modo que se volvió hacia la mesa y observó la comida. Había tres platos con pastelillos de chocolate y nueces y galletas de avena, dos platos con galletitas de mantequilla con nueces y con trocitos de chocolate, y todo un surtido de pasteles de zanahoria, minitartas de queso y pastelillos de jengibre. En medio de la mesa, más allá de los dulces, había patatas fritas, frutos secos y palomitas. Las bebidas estaban en el extremo opuesto.

—Todo está dispuesto de un modo muy práctico —dijo dirigiéndose a las mujeres que estaban al otro lado de la mesa, pero ninguna de ellas pareció escucharla. Volvió a observar la comida y dijo más alto—: Quienquiera que ordenase la mesa lo hizo de un modo excelente. Miriam y yo preparamos las mesas de bufé exactamente igual.

En esta ocasión, dos de las mujeres la miraron.

—Está muy bien —dijo con una sonrisa.

Parecían incómodas. No, incómodas no, se dijo Jenny: confusas.

De modo que les echó una mano.

—Soy MaryBeth Clyde. Sé que tengo un aspecto diferente. Es el vestido.
—Para ponérselo aún más fácil, se volvió.

La banda tocaba algo ligero, pero la gente no bailaba. Iban de un sitio para otro, había más pares de piernas de los que Jenny podía contar. Vio pantalones vaqueros y chinos. Vio piernas desnudas. Pero las que más le gustaron fueron las que estaban cubiertas con medias negras como las suyas. Las llevaban mujeres con estilo. Eran un buen augurio.

—Cuánta gente —dijo volviéndose hacia las mujeres de la mesa. Y añadió—: ¿Necesitan ayuda?

—No, gracias —respondió una.

—Lo llevamos bien —apuntó otra.

Jenny asintió y caminó hasta la pared para apoyarse en la misma en el espacio que había entre dos sillas. Desde allí tenía una buena vista, de la que sacaría partido. La gente seguía entrando por la puerta. Les echaba un rápido vistazo y después, cuando ya estaban dentro, los observaba con detenimiento. El pueblo al completo parecía haberse decidido a celebrar el final del verano.

Recordó que así había sido también hacía unos cuantos años. Ella tenía doce por aquel entonces, y había ido con sus padres, pero no habían sido un trío feliz, pues su padre estaba furioso con su madre por no haberle comprado a Jenny un vestido nuevo, y su madre furiosa con Jenny por necesitarlo.

Ahora tenía un vestido nuevo, y era precioso. Sonrió y dirigió la mirada al escenario. La canción había acabado. El líder de la banda —el reverendo George Putty, de la comunidad cristiana—, marcaba el tiempo con los dedos índices. Jenny dio un salto cuando sonaron de golpe los címbalos y la batería a modo de fanfarria. Su corazón apenas había recuperado el ritmo cuando el reverendo Putty empezó a seguir el compás de la música dando golpecitos en el suelo con las puntas de los pies. Segundos después, la banda empezó a tocar algo más rápido, a mayor volumen. Jenny estaba convencida de que era del todo diferente de lo que podía escucharse en el interior de los fríos muros de la iglesia del reverendo.

La gente se animó y empezó a moverse al son de la melodía.

Jenny llevaba el ritmo con el pie. Al finalizar la canción, aplaudió durante un minuto. Se cruzó de brazos, pero al recordar un artículo sobre lenguaje corporal aparecido en la revista *Cosmopolitan*, los descruzó y los dejó caer a los lados del cuerpo.

Atrapada por la animación de la gente, estaba sonriendo cuando su mirada se cruzó con la de Dan O'Keefe, que la observaba desde el otro extremo del salón. Él se llevó un dedo a la visera de la gorra. Ella asintió y miró hacia otro lado, en busca de un hombre distinto, un desconocido que se fijaría en ella,

mirándola como nadie de por allí lo había hecho jamás. Hablaría con ella. Le pediría que bailase con él. Y todo el pueblo sería testigo.

Sería muy bonito.

Recorrió el perímetro del salón con la vista antes de centrarse en la puerta. Deseaba que apareciese ese hombre. Sí, estaba impaciente, pero tenía derecho a estarlo. Le había costado un gran esfuerzo llegar hasta allí, semanas de cambios de opinión, de darle vueltas y más vueltas, hasta darse cuenta de que no tenía opción. Era ahora o nunca. Una vez que su padre estuviese en casa, no habría bailes para ella, ni hombres, ni esperanza.

Y esa noche estaba hermosa, realmente hermosa.

Se le cortó la respiración. Había alguien entre las sombras, justo al otro lado de la puerta. Se quedó allí..., sin entrar..., mirando quizá alrededor, estudiándolo todo. Jenny se estiró un poco, se humedeció los labios y esperó, esperó, esperó a que diese un paso hacia la luz.

Finalmente lo hizo. Pero solo se trataba de Bart Gillis. Rondaba la cincuentena, tenía la tripa hinchada, estaba casado, tenía cinco hijos y estaba en el paro.

Suspiró. La noche era joven. Aún tenía tiempo.

Con el paso de los minutos, Little Falls bailaba una canción tras otra. Las parejas ocupaban la pista de baile, jóvenes y viejos, del mismo sexo, de sexos diferentes, hermanos y hermanas, padres e hijos. Si los bailarines lo hacían bien, estupendo. Si no tenían ni idea de lo que estaban haciendo, también. Y respecto a Jenny, no estaba haciendo el tonto. Cambiaba el peso de un pie a otro para aligerar la presión de sus pies, esperando la canción adecuada.

Y por fin llegó. La banda se puso a tocar una melodía *country* y se formó una fila. Jenny sabía cómo se bailaba aquello. Había practicado delante del televisor y podía hacerlo tan bien como cualquiera. Y lo más importante, no se necesitaba pareja.

Cuando se encaminó hacia la pista, vio a amigos emparejándose con amigos, amantes con amantes, hermanas con tías, y hasta los más pequeños mostraban sus habilidades moviendo los codos y el trasero. Era algo digno de ver... Pero, sin saber cómo, antes de que Jenny dejase de observar y se uniese al baile, la canción se acabó.

Regresó a su puesto de observación junto a la pared y se prometió ser más rápida la siguiente vez.

Cuando la banda empezó a tocar *Blue Moon*, todos los que habían dado saltos de un lado a otro tomaron a sus parejas y bailaron muy despacio, de manera romántica, mejilla contra mejilla, tal como Jenny había hecho en casa tantas veces con una almohada a modo de compañero. Bajó la vista para ver cómo se deslizaban los pies y el íntimo roce de las piernas, sintiéndose más sola y fuera de lugar con cada minuto que pasaba.

De pronto vio un rostro pequeño y familiar. Su piel era del color del alabastro, cubierta de llamativas pecas rojas que hacían juego con una melena pelirroja. La tomó de la mano, como siempre hacía cuando la veía. Eran colegas.

Su nombre era Joey Battle, y a pesar de que su familia lo negaba, Jenny estaba convencida de que, de algún modo, en algún punto del árbol genealógico, eran parientes. Entre las personas que conocía, solo tres de ellas tenían un color de pelo tan parecido: su madre, ella misma y Joey. Si el niño hubiese sido mayor, Jenny podría haber pensado que era su hermano biológico. Pero Joey tenía apenas cinco años, y para cuando nació la madre de Jenny llevaba dos años muerta.

Apretándola de la mano, el niño se deslizó en el estrecho espacio que quedaba entre ella y la silla. Jenny se acuclilló a su lado y le preguntó:

—Eh, Joey, ¿qué pasa?

—Mamá me está buscando —susurró él.

—¿Has hecho algo malo?

—Dice que solo puedo quedarme hasta las nueve. Pero nadie más se va. No entiendo por qué tengo que irme el primero a la cama.

Para que tu madre pueda recibir los favores del hermano de tu papá, pensó Jenny. Había oído rumores. Era difícil no enterarse si uno pasaba por alguna caja registradora del pueblo. No es que le sorprendiese. Había ido al colegio con Selena Battle. Había visto a aquella chica en acción. Selena tenía tres hijos de tres hombres diferentes y al parecer esperaba un cuarto. No tenía intención de permitir que Joey fuese por el mismo camino.

—Tal vez tu mamá piensa que necesitas dormir, porque por la mañana tienes que ir a la guardería.

—Pero si no voy a ir hasta dentro de tres días, entonces ¿por qué tengo que irme a la cama ahora?

—Joey Battle, ¿dónde te habías metido? —Su madre lo cogió de la camiseta y lo sacó de un tirón de su escondrijo. Miró nerviosa a Jenny—. Hola, MaryBeth. ¿Te ha estado molestando? —Dirigiéndose al niño, espetó

—: ¿Qué estabas haciendo aquí? Ella tiene mejores cosas que hacer que cuidar de ti.

—Yo no quería... —balbuceó Joey, pero Selenia ya tiraba de él hacia fuera; el enorme reloj que colgaba sobre el escenario señalaba las nueve.

Jenny miró el reloj e intentó no preocuparse. Hacía un buen rato que no llegaba nadie nuevo, aunque eso no significaba nada, se dijo. Su hombre se retrasaba, eso era todo. Imaginó que a causa del trabajo, o del tráfico de la interestatal. Imaginó que, a última hora, se había dado cuenta de que no tenía ninguna camisa limpia, y casi pudo verlo corriendo de la lavadora a la secadora, y después planchando..., o intentando planchar, porque no debía de ser muy bueno con la plancha. No, sin duda necesitaba a alguien como Jenny para que le planchase las camisas.

Ella era una experta planchadora de camisas.

Supuso que tardaría un poco más, y se permitió sonreír y relajarse. A su alrededor, la gente hacía más o menos lo mismo. Anita Silva se había dejado caer en una silla a la derecha de Jenny y estaba hablando con Bethany Carr. Todo lo que Jenny pudo ver de Johnny Watts, que charlaba con su esposa, a su izquierda, fueron sus anchos hombros y su espalda.

Jenny se apoyó en la pared. Adelantó un pie y luego el otro, e hizo todo lo posible para dar la impresión de que estaba agotada de tanto bailar y agradecida por el descanso, como todos los demás.

—Elijan a sus parejas, señoras —dijo el reverendo Putty, y de inmediato las mujeres buscaron por todo el salón a sus hombres y regresaron a la pista de baile.

Elige a alguien, se dijo Jenny, y miró con inquietud alrededor. A cualquiera, se dijo, pero no vio a nadie con quien quisiera bailar. Ciertamente no había nadie a mano, a excepción de uno que aceptaría si se lo pidiese. Un minuto después, se sintió tonta por haber considerado siquiera semejante posibilidad.

Así pues, se tocó la garganta para dar a entender que tenía sed y rodeó la pista de baile en dirección a la mesa de los refrescos. Había una larga cola. Cada vez que le llegaba el turno de pedir, alguien más sediento la hacía a un lado y se ponía delante, pero ella no quería hacer una escena. Cuando finalmente consiguió que le sirvieran un vaso de sidra, se buscó un nuevo rincón en el lado opuesto del salón. Bebió. Alternativamente, daba con el pie

en el suelo, se golpeaba el costado con la mano o seguía el ritmo de la música con la cabeza.

Casi había acabado su bebida cuando se formaron varias filas para bailar el Electric Slide. Con rapidez, antes de perder los nervios, cruzó la pista y se colocó junto a los otros, y si su corazón latía el doble de rápido, aunque nadie se dio cuenta, era porque el Electric Slide era su baile. Su cuerpo conocía cada movimiento. No tuvo que pensárselo dos veces. Antes de que pudiese ver quién la estaba mirando y quién no y con qué grado de desconfianza, ya se estaba moviendo por la pista en perfecta sincronía al resto de bailarines.

Se sentía relajada por primera vez en muchos días, y su cuerpo se entregó al ritmo de la música. Brazos, piernas, cintura... Se movía con comodidad, ¡y qué divertido resultaba! No pensó en su pelo ni en sus pecas ni en su padre. Le dirigió alguna mirada al reverendo Putty y a la gente que tenía a los lados. Aunque pareciese increíble, también la miraban. En esos momentos, era todo lo que nunca había sido en Little Falls: hermosa, feliz y parte del grupo.

Bailó hasta que dejó de sonar la última nota, después lanzó vítores como el resto. Las filas se rompieron demasiado deprisa y se convirtieron en pequeños grupos que se dispersaron. Aferrada a ese instante, alzó las manos y aplaudió a la banda. Pero su aplauso sonó aislado. Todos se habían ido.

Se sentía acalorada, por lo que se encaminó hacia la puerta. Una ráfaga de aire fresco fue a su encuentro en cuanto salió al porche. Se abanicó con la mano, consideró las opciones y, finalmente, encontró un sitio libre en la vieja barandilla de madera y se apoyó en ella.

—Eh, MaryBeth.

Miró alrededor. Dudley Wright III se encontraba a un par de metros de distancia. Era alto, delgado y su aspecto seguía siendo el de un adolescente, aunque calculó que debía tener unos veintiséis años, pues iba dos cursos por delante de ella en el instituto.

En cualquier caso, no era el hombre de sus sueños.

Trabajaba de reportero en el semanario local fundado por su abuelo y dirigido en la actualidad por su padre. Todo el mundo sabía que Dudley III quería ser el editor jefe cuando alcanzase la treintena, pero el ascenso dependía de que fuese capaz de demostrar la tenacidad, imaginación y habilidad en la escritura que su abuelo, el viejo Dudley —que, aunque jubilado, aún controlaba el negocio—, entendía necesaria para proseguir la tradición familiar.

En una ocasión, Jenny intentó hacerse cargo de la presión bajo la que vivía el pobre Dudley. Pero no era el caso en ese momento. Dado que los

Wright se aproximaban a los Clyde única y exclusivamente por una razón, se puso en guardia.

Él se acercó un poco más.

—Te he visto bailar. Parecías feliz. ¿De qué se trataba, del baile o de que te alegra que Darden vaya a salir?

Jenny se llevó la mano a la nuca y descubrió algunos mechones sueltos. Volvió a remeterlos en la coleta.

—Hace mucho calor ahí dentro.

—El martes es el gran día, ¿verdad?

Jenny no quería pensar en ello. No esa noche.

—¿Cómo te sientes? ¿Cuánto tiempo ha pasado..., cinco años?

Supuso que él sabía que habían sido seis años, no cinco. Supuso que había estado hablando con su padre al respecto. Su padre había escrito sobre el caso desde el arresto al juicio y la encarcelación. Supuso que habían decidido que había llegado el turno de Dudley III.

Ella buscó su castaño en la oscuridad de la noche, lo encontró y deseó estar bajo sus ramas.

—Saldrá pronto —insistió Dudley.

—Le han reducido algo de pena por buena conducta.

—Aun así, es convicto por asesinato.

—Homicidio involuntario —lo corrigió.

—Me pregunto qué se sentirá sabiendo que has acabado con una vida humana.

—Podrías preguntárselo a él —dijo ella, a pesar de que sabía muy bien que si Dudley Wright III se acercase a casa, Darden le cerraría la puerta en las narices. Darden era un hombre reservado. Afirmaba que, después de verse acosado por la prensa, la prisión había supuesto un alivio.

—¿Y qué hará cuando vuelva? —preguntó Dudley—. Tendrá que trabajar, ¿no es cierto? ¿No es una de las condiciones de la libertad condicional?

—Tiene una empresa de mudanzas.

—Tenía —puntualizó Dudley—. Después de todo este tiempo, habrá perdido sus contactos, por no hablar del camión. ¿Todavía funciona?

Jenny no quería hablar de eso. Se imaginó apoyada contra su árbol en la oscuridad de la noche, hablando con alguien que quisiese cuidar de ella. El hombre que ella esperaba tendría más capacidad de cuidarla en su dedo meñique que Dudley Wright III en todo su abultado cuerpo.

—Debo decirte una cosa —le advirtió él como si le estuviese haciendo un favor—, la gente está preocupada. No están seguros de cómo serán las cosas con un exconvicto en el pueblo. ¿No te preocupa que no llegue a adaptarse?

—Nunca se ha adaptado —respondió ella distraídamente. Casi podría jurar que había advertido movimiento bajo su árbol. Allí había alguien.

—Ser independiente es una cosa —argumentó Dudley—, y ser rechazado es otra. ¿Cómo se tomaría tu padre algo así? ¿Ha pensado en ello?

Un coche salió del aparcamiento. Al girar, iluminó con sus faros a un hombre bajo el castaño. ¿Sería alguien del pueblo tomándose un descanso? Jenny no lo creía. En el pueblo, no había hombres tan altos. Ninguno de ellos llevaba chaqueta de cuero y botas lo bastante relucientes para reflejar las luces del coche. Ninguno de ellos llevaba consigo un casco de motorista.

—¿Ha pensado en lo que supone regresar a un lugar en el que todo el mundo sabe dónde has estado y por qué motivo? —preguntó Dudley.

Inquieta, Jenny estaba intentando decidir si quedarse donde estaba y dejar que el extraño se aproximase o acercarse a él, cuando Dudley la sacó de su ensimismamiento de manera cortante.

—¿MaryBeth?

—Perdona.

—Te preguntaba si Darden está al corriente de las consecuencias de su regreso a la escena del crimen.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—Algunos creen que debería empezar de nuevo en otro lugar.

Jenny había pensado lo mismo, pero sabía que eso no sucedería. Darden lo había dejado muy claro la última vez que había ido a verlo. Little Falls era su hogar, le dijo. Tenía derecho a volver, añadió, y le importaba muy poco lo que opinase la gente. «Dejemos que alguna vez las cosas no sean como les gusta, para variar», dijo.

—Le pasaron cosas malas aquí —prosiguió Dudley—. Tal vez no debería regresar.

—¿Es eso lo que dice la gente?

—Algunos. Bueno, muchos.

—¿Tú también?

—Soy periodista. No puedo tomar partido.

Jenny no soportaba a los cobardes. Así que decidió que no merecía un solo segundo más de su tiempo, y se volvió hacia el árbol. Pero intuyó, por

algún motivo, que el motorista había desaparecido. Se colocó la mano a modo de visera para evitar la luz de la farola. Tampoco así consiguió verlo.

Había sido culpa de Dudley. La había visto con Dudley y había pensado que estaba con él.

—¿Te asusta Darden? —preguntó Dudley.

Jenny lo miró con rabia.

—¿Por qué tendría que asustarme? ¿Por qué me preguntas todas esas cosas? ¿Qué quieres de mí?

—Una entrevista. La gente desea saber cómo te sientes ahora que Darden saldrá de la cárcel y regresará al pueblo. Quieren saber qué tiene pensado hacer. Quieren saber qué vas a hacer tú cuando regrese. Sienten curiosidad, y están preocupados, y tú eres la única que puede darles algo de información. Esta es la historia más significativa por estos pagos desde el día en que el primo de Merle dijo que se había casado con una bailarina de *strip-tease*. Es un tema de portada.

Jenny sacudió con fuerza la cabeza. La curiosidad de la gente del pueblo no era asunto suyo. Ya tenía suficientes problemas para añadir uno más. ¿Una entrevista? Dios del cielo, eso era lo último que quería. Darden la mataría.

—Vete, por favor —dijo Jenny, porque se le ocurrió que tal vez no fuese demasiado tarde. El hombre del castaño quizá se hubiese adentrado en el bosque. Si veía alejarse a Dudley, tal vez volviese a aparecer.

—Podrías ayudarles a entender cómo van a ser las cosas —insistió Dudley.

—Nadie puede entender —espetó ella, aun cuando sabía que era una pérdida de tiempo intentar razonar con Dudley. Nada de lo que este pudiese decir, hacer o escribir cambiaría un ápice de su vida.

Jenny se deslizó por la barandilla.

—¿Quieres decir que las cosas irán mal? —preguntó Dudley.

Ella se volvió y echó a andar por el porche.

—Te pagaré, MaryBeth.

No supo si escupirle a la cara o rogar para que la tierra se abriese y la engulliese. Todas las personas que había en el porche la estaban mirando.

—Se lo debes al pueblo —añadió él.

Con la cabeza bien alta, retó a quienes la miraban a hablar mientras bajaba las escaleras. Cruzó el césped y se dirigió directamente hacia su árbol. La parte de atrás era familiar y oscura. Se apoyó en él y su rabia desapareció lentamente, pues la rabia no era su único problema. También se sentía

incómoda. No tendría que haber huido, decidió, no delante de toda aquella gente. Eso hacía que regresar resultase más difícil.

Pero tenía que hacerlo. No habría otra noche como esa cuando Darden regresase. Era su última oportunidad. Tenía que volver al salón.

Se apartó del árbol y miró hacia el porche. La música había cambiado varias veces, algunos de los asistentes se habían marchado y otros habían llegado. Dudley no estaba a la vista.

Con los labios apretados, se llevó una mano al pelo. Se palpó la nariz. Se alisó el vestido. Respiró hondo, recordó sus sueños, y regresó al baile.

Pasaron dos horas. Jenny estuvo observando las idas y venidas de la gente a la izquierda del salón, a la derecha del salón, frente a la mesa de los refrescos, en las escaleras cercanas al escenario. Sonrió. Siguió el ritmo de la música con la cabeza. Intentaba parecer accesible.

El único que la miró fue Dan O'Keefe, con su aire de vigilante, y la única que se acercó a ella fue Miriam, que pasó por su lado varias veces mientras bailaba.

—¿Les ocurre algo a tus pies? —le preguntó Miriam una de las veces. Y en otra le dijo—: ¿Por qué no bailas? —En la última—: ¿Quedamos mañana por la mañana a las diez? —La fila la arrastró antes de que Jenny pudiese responder.

A medida que fue haciéndose de noche, empezaron a imperar las canciones lentas. Con cada familia, cada grupo de amigos y cada pareja, que se marchaba, Jenny se sentía más atemorizada. Se suponía que esa iba a ser su noche. Se le estaba acabando el tiempo.

Se quedó allí hasta la última canción, hasta que el reverendo Putty dio unas cuantas palmadas dirigidas a la banda y dijo:

—Gracias, buenas noches y que Dios os bendiga a todos.

Hasta que el último de los bailarines salió por la puerta, y los encargados metieron la basura en bolsas, vaciaron las mesas y doblaron las sillas. Solo entonces se marchó.

No quedaba nadie en el porche. Solo unos pocos coches permanecían en el aparcamiento. Bajó las escaleras y se detuvo durante un minuto en el camino de acceso, mirando con tristeza hacia el castaño. Entonces miró hacia la carretera.

Era una noche sin luna, oscura como boca de lobo. La niebla flotaba sobre las copas de los árboles igual que un pesado telón que espera para poner fin a

la función. Hazlo de una vez, se dijo Jenny. De camino a casa, pensó que el fracaso de esa noche no era el fin del mundo. Pero su corazón no aceptó su justificación; lo sentía pesado como el plomo.

Tanto esfuerzo dedicado al vestido nuevo. Tanto esfuerzo dedicado al maquillaje y el peinado. Tanto esfuerzo para pedirle prestados los zapatos a Miriam y aguantar de pie durante horas con los pies doloridos...

Se detuvo, se quitó los zapatos y reemprendió la marcha descalza. Se sintió tan liberada que, al poco, se detuvo otra vez y se quitó las medias. Las arrojó entre los árboles y siguió andando. Segundos después, deshizo la coleta.

Sus pasos se hicieron más largos y desafiantes. Gratificó a sus pies caminando por la fresca hierba durante un rato, después se apartó de la hierba y volvió al centro de la carretera, y allí se quedó. No tenía nada que perder, nada en absoluto.

Apareció un coche a su espalda e hizo sonar el claxon. Ella se tomó un tiempo para apartarse, y aun así apenas se movió. El coche pasó de largo por el arcén y el conductor le dedicó unos cuantos insultos. Segundos después, la espesa niebla lo engulló.

Dan O’Keefe ni hizo sonar el claxon ni la insultó. Se colocó a su altura y esperó hasta que lo miró.

—Sube.

Jenny se fijó en el modo en que los faros del *jeep* cortaban la niebla, y pensó en la espada láser de Luke Skywalker.

—Estoy bien.

—Además de la niebla, empezará a refrescar. Te pondrás enferma y tendré que dar cuenta de ello a Darden. Vamos, Jenny. Te llevaré a casa.

Pero Jenny no estaba preparada para ir a casa todavía. Una vez allí, la desilusión que le había causado la noche caería sobre ella como una losa. No estaba preparada para eso.

—¿Estás segura? —preguntó el agente.

—Sí.

Él suspiró, se encogió de hombros y esperó. Al ver que ella no se movía, dijo:

—Bueno, yo te lo he ofrecido. —Pisó el acelerador y se fue.

Jenny vio las luces traseras desaparecer en la niebla. Entonces se sentó en medio de la carretera y esperó a que llegase otro coche.

Pero no apareció ninguno. Sentada allí, desnuda a excepción del vestido —que no era muy grueso—, sintió la humedad y el frío. Se puso de pie,

encontró un pedazo de tierra más suave y cálido a un lado de la carretera, y echó a andar.

No había llegado muy lejos cuando una motocicleta atravesó la niebla, la adelantó y aminoró la marcha. Se detuvo justo en el límite de un arco algodonoso de luz. El motorista apoyó un pie en el suelo y miró hacia atrás. Segundos después, se quitó el casco.

Jenny apenas podía respirar.

Capítulo 7

Boston

«Jenny apenas podía respirar».

Casey volvió a leer aquella frase, después cogió el sobre y buscó más páginas en su interior. Al no encontrar nada, lo abrió por completo y miró en su interior. El sobre estaba vacío, en él no había ni una pista que le indicase qué era la historia que acababa de leer o de por qué estaba allí; no había nota alguna, tan solo la letra «ce» garabateada en el anverso. Una «ce» que podía ser de «Casey», «Cornelius» o la «ce» de un mediocre aprobado en un texto de inglés.

Casey, sin embargo, le habría puesto a ese texto un sobresaliente, una A. La sofisticación que quizá le faltara, quedaba compensada por el contenido. La lectura le había atrapado. En ese momento, sentada en el despacho, sintió una urgente necesidad de saber si el tipo de la motocicleta era bueno o malo, si iba a llevarse a Jenny lejos de allí antes de que su padre regresase o, de no ser así, qué iba a sucederle a Jenny... Y eso antes de empezar a elaborar una lista de preguntas acerca de Jenny y su padre. La terapeuta que llevaba dentro había sentido la desesperación. Se preguntó si Connie también la habría sentido... Tal vez Jenny fuera una de sus pacientes, lo que llevó a Casey a hacerse otro montón de preguntas. Por otra parte, deseaba saber quién había escrito aquellas páginas, qué estaban haciendo en el escritorio de Connie y si las habían dejado allí deliberadamente para que ella las encontrase.

Pero no obtuvo respuesta alguna. La habían dejado en ascuas.

Inquieta, volvió a sentarse y abrió al máximo el cajón central del escritorio. No había nada más en su interior, ni hojas sueltas ni blocs de notas. El cajón estaba vacío, a excepción de los lápices y los bolígrafos de la bandeja y del sobre que había descansado bajo la misma.

La «ce» era por Casey. Lo presentía.

O tal vez deseara que lo fuese.

No hizo caso a ese último pensamiento y empezó a buscar el resto de la historia. Rebuscó en el interior de todos los cajones del escritorio para asegurarse de que no se le había pasado por alto otro sobre la primera vez. Al no encontrar nada, se volvió y, de manera sistemática, buscó en los armarios que había bajo las estanterías a su espalda. Había dado por supuesto que estaban vacíos cuando, con ayuda de sus amigos, había llevado sus cosas al despacho. Se puso a examinar todos los cajones y todos los estantes.

No encontró nada, y se dedicó a los armarios que no habían tocado.

Estaban vacíos.

Revisó uno por uno los estantes buscando un sobre que pudiera estar entre los libros o debajo de ellos. Decepcionada, empezó a examinar otros lugares del despacho.

Involuntariamente miró hacia el jardín. Estaba iluminado por la luz de la mañana, un resplandor verde amarillento que anunciaba otro cálido día de junio. Sintió la necesidad de formar parte de algo así, por eso abrió las puertas; le asaltó de inmediato el perfume de los árboles. Estaba a punto de abrir la mosquitera cuando un movimiento al fondo del jardín la detuvo. La puerta se abrió y entró un hombre. Era alto y tenía unos hombros tan anchos que presentaba un aspecto casi ridículo... Casey no tardó en darse cuenta de que cargaba con algo. Caminaba en dirección al cobertizo cuando identificó ese «algo»: era una caja llena de flores.

El jardinero.

Casey no se movió.

El hombre se arrodilló junto al cobertizo y dejó la caja en el suelo. Se puso en pie de nuevo, descolgó la manguera que pendía de un lado del cobertizo y la conectó a un aspersor. Cuando una ligera cortina de agua empezó a rociar las más hermosas flores, regresó a la puerta. Vio retazos de sus movimientos a través de la puerta; conducía un *jeep* polvoriento. Reapareció con dos bolsas de turba al hombro y otra bajo el brazo. Las dejó apoyadas contra el cobertizo y entró en este.

El jardinero.

El maravilloso jardinero, añadió Casey para sí cuando aquel hombre emergió cargado de herramientas. Tenía el pelo oscuro, hombros anchos y piernas largas. Llevaba una camiseta negra con un desgarrón en la manga, vaqueros con estratégicas marcas de desgaste y manchado de tierra, y botas de trabajo atadas de cualquier manera en una presuntuosa muestra de negligencia. Vio sus antebrazos desnudos y musculosos, y sus fuertes manos. Calculó que debía de ser uno o dos años mayor que ella.

«Sal y preséntate —pensó Casey—. Eres la nueva propietaria y él es uno de tus empleados».

Aun así, no se movió..., o al menos no creía haberlo hecho, pero algo llamó la atención del jardinero. La miró con los ojos muy abiertos, con expresión de alarma al principio, y de sorpresa al cabo de unos cuantos segundos. Casey tuvo tiempo de apreciar la oscura sombra de la barba antes de que la saludase asintiendo brevemente con la cabeza antes de reemprender su trabajo.

Casey nunca había sido vergonzosa en lo que a hombres se refería. Abrió la mosquitera y echó a andar por el sendero del jardín —atravesó el primer nivel, subió el escalón de la viga de madera, y atravesó la mitad del menos trabajado nivel intermedio— antes de detenerse a pensar si estaba obrando de la manera adecuada. Descalza y desnuda bajo el albornoz, parecía recién salida de la cama. No era la mejor manera de presentarse ante un extraño, y mucho menos si aquel hombre de pinta desaliñada era uno de sus empleados.

Pero no podía dar media vuelta. La estaba observando. Y, por otra parte, le encantaban los hombres desaliñados.

—Hola —dijo mientras cruzaba el tercer y último nivel—. Soy Casey Ellis. Usted tiene que ser Jordan.

Él resultaba incluso más irresistible de cerca. Sus ojos eran de un profundo color castaño, su pelo lo bastante corto para dejar a la vista unas orejas planas, y lo bastante largo —y tupido— para dar la impresión de estar también recién levantado. Su piel era morena y tenía un deje entre rojizo y bronceado en la nariz y las mejillas. Unas leves arruguitas partían de las comisuras de sus ojos.

Dichas arruguitas hicieron que Casey reconsiderase la edad que le había echado. Si ella tenía treinta y cuatro, él debía de rondar la cuarentena, pero no se trataba solo de las patas de gallo. Sus ojos reflejaban sabiduría. Destilaban profundidad y una radiante clarividencia. Fijos en los de Casey, como lo estaban en ese momento, resultaban acariciadores.

—Soy la hija del doctor Unger —anunció ella.

Él asintió.

—He heredado la casa —añadió Casey.

—Me lo contó el abogado —dijo él con voz profunda—. No esperaba el parecido.

—¿Lo aprecia usted?

Él volvió a asentir. Examinó el rostro de Casey por un minuto, después su mirada descendió por el albornoz hasta sus pies desnudos.

—No sabía que se había instalado aquí.

—No lo he hecho. Anoche me quedé dormida aquí y no me fui a casa. Tendré que ir ahora para cambiarme de ropa. Me espera un paciente a las once. —Miró las flores que él estaba a punto de plantar. Algunas eran rosadas, otras rojas, algunas blancas. Todas eran pequeñas—. ¿Son begonias?

—Balsaminas.

—Parecen un poco...

—¿Pequeñas? No lo serán dentro de un par de semanas. Las balsaminas crecen muy rápido.

—Ah. Eso explica lo mucho que sé de plantas. ¿Son las que hay en el jardín de delante?

—Minutisas las de las jardineras. Arrayanes las del suelo. Y los árboles son plátanos.

Ella sonrió, recordando sus suposiciones.

—No está mal. Dos de tres. Las balsaminas no las conocía.

—¿Entonces no le molesta que las plante?

¿Molestarle? Podría plantarlas en el fregadero de la cocina, siempre que le permitiese ver cómo lo hacía.

—Plántelas donde crezcan mejor.

Él señaló hacia la paleta que yacía en mitad del nivel intermedio.

—A las balsaminas les gusta la sombra. Por lo general, las plantábamos debajo de los árboles.

—¿Las plantábamos?

—El doctor Unger y yo.

—¿Se ocupaba él del jardín? —inquirió. Al darse cuenta de lo absurda que podía parecer la pregunta, Casey se explicó—: No le conocía. —A la ligera, agregó—: Fui el fruto de una sola noche de pasión.

El jardinero la miró fijamente. Sus ojos eran masculinos y demostraban atención.

—Totalmente irrelevante —se vio forzada a añadir—, pero eso no elimina el resto de preguntas. Y yo tengo una para usted: ¿cada cuánto viene a ocuparse del jardín?

Él no parpadeó. Tal vez se produjo un levísimo movimiento en la comisura de su boca. Antes de que ella pudiese reaccionar —no quiso entender en ello una doble intención, costaba tiempo encontrar las palabras, aunque mucho menos que recuperarse de lo que decían sus ojos— dijo fríamente:

—Lunes, miércoles y viernes.

Ella asintió y se esforzó por pensar cómo proseguir.

—¿Siempre a esta hora? —preguntó por fin.

—A veces más pronto y a veces más tarde.

Sabía lo temprano que era.

—¿Qué significa más tarde?

—A las cinco o las seis de la tarde. Es mejor regar cuando se está poniendo el sol. Cuando tengo que plantar, como hoy, necesito tres horas. Cuando no tengo que plantar, basta con una hora o dos. En invierno, con una hora, dos veces a la semana, es suficiente.

—¿Qué es lo que hay que hacer en invierno?

—No mucho —respondió él—, pero hay que atender las plantas de interior.

Ella volvió a asentir y sonrió. Sin ser consciente de lo que hacía, cogió las solapas del cuello del albornoz y las unió.

—Están preciosas. Debían de gustarle mucho las plantas.

—Sí.

—Las hay en todas las habitaciones.

—Excepto en el despacho. No quería arriesgarse a encontrarme allí cuando estuviese con un paciente.

Casey tampoco. Perdería por completo la concentración.

—Así pues, dígame cuándo no debo entrar en la casa —añadió Jordan.

—Oh, eso no es un problema. Puedo trabajar aunque esté presente.

—Entonces ¿no va a ver aquí a sus pacientes?

—Sí —respondió Casey. Al parecer, él sabía sobre ella algo más que el mero hecho de que había heredado la casa de Connie—. ¿Le contó el abogado que soy psicoterapeuta?

De nuevo, él la miró fijamente sin pestañear.

—Su padre lo mencionó en una ocasión.

—¿En serio? —Eso era muy interesante—. ¿Dijo algo más?

—No. ¿Debería de haberlo hecho?

Ella sonrió.

—Por supuesto que no. —No dijo nada más acerca de Connie. Habría sido inapropiado involucrar al jardinero en cuestiones personales. Aunque no parecía un jardinero, sus ojos transmitían sabiduría, y tampoco tenía el acento de la zona. A pesar de la rudeza de su aspecto, no se parecía en nada a los trabajadores que su madre contrataba para la granja.

Se mecía sobre sus talones y señaló con el mentón hacia la alfombra de hojas verdes que se extendía bajo el castaño.

—¿Qué son esas plantas?

—Paquisandras.

—¿Y las que suben por la pared del cobertizo?

—Clemátides. Florecerán dentro de un par de semanas. Dan flores de color rosa.

—Ah. —Casey dirigió la mirada hasta los arbustos que crecían cerca de la cicuta.

—Los más anchos son enebros —explicó él—. Los más altos, tejos.

Al descender un nivel, ella se fijó en unas hermosas flores blancas que se arracimaban entre hojas verdes bajo el roble.

—¿Y esas?

—Trilium. Son bulbos de floración primaveral. Crecen bien bajo los árboles de hoja caduca.

Casey apretó los labios, asintió y miró hacia la casa. Segundos después, volvió a mirar a Jordan, que se había detenido y la miraba.

—¿Tiene hora? —preguntó con amabilidad.

Él le echó un vistazo a su reloj. Era un reloj deportivo con una desgastada pulsera de color negro.

—Las siete y treinta y cinco.

Estaba impresionada. Jordan había cogido las balsaminas, así como otras cuantas cosas, y ya se había puesto manos a la obra.

—Se levanta usted muy temprano —comentó ella.

—Nada me retiene en la cama. —La miró durante unos pocos segundos antes de concentrarse de nuevo en las flores.

No se perdió gran cosa por el hecho de que ella no encontrase una respuesta a sus palabras, así que Casey se limitó a seguir el sendero de regreso a la casa. Notó las piedras frías bajo sus pies desnudos. Aceleró a medida que se acercaba, y los últimos pasos los dio a la carrera. Una vez dentro del despacho, cerró la mosquitera.

No volvió a mirar al jardinero. Con la intención de tomar algo más de café y vestirse, cruzó el despacho. Ya en la puerta, sin embargo, un pensamiento la hizo regresar junto al escritorio. Si el jardinero tenía libre acceso a la casa —lo cual no dejaba de constituir una idea atractiva—, un poco de prudencia no estaría de más. Cogió las hojas mecanografiadas del diario, volvió a colocarles el clip y se disponía a meterlas de nuevo en el sobre cuando algo la detuvo. Volvió a sacarlas y las dejó sobre el escritorio, vueltas del revés en esta ocasión para ver lo que había llamado su atención. En el reverso de la última página, escrito con lápiz, de tal modo que casi no se veía, había una

nota garabateada de Connie. Era breve pero significativa: «¿Cómo ayudarla? Es de la familia».

Eso lo cambiaba todo. Si Jenny era «de la familia», no importaba si la «ce» correspondía a «Connie» o «Casey». Quienquiera que fuese de la familia para Connie lo era para Casey.

Sí, eso lo cambiaba absolutamente todo.

Se apartó del escritorio y se volvió hacia las estanterías otra vez. Sin duda, el diario continuaba. Tenía que continuar. Pero ¿dónde estaba?

Recorrió estante tras estante, libro tras libro, sin dar con nada ni remotamente parecido al sobre del escritorio. Meg había limpiado el polvo, pero si hubiese encontrado algo, con toda probabilidad lo habría dejado en su lugar. Casey no creía que fuese tan atrevida para quedarse con los papeles que encontraba.

Se desplazó hasta los estantes laterales y los examinó con el mismo cuidado. Al no encontrar nada, se fue al estudio. También había estanterías allí. De nuevo, se colocó frente a cada una de ellas, alzó los ojos hasta lo más alto, desplazándose de un estante a otro. Comprendió que tenía que sacar los libros y dejarlos a un lado para averiguar si había algo detrás, de modo que miró alrededor en busca de una silla sobre la que subirse, pero todo era demasiado grande y pesado para moverlo.

En el despacho era diferente. La silla del escritorio tenía ruedas.

Regresó por ella cuando le llamó la atención algo que había visto con anterioridad. Le llevó un minuto, de pie con las manos en jarras frente a una de las estanterías laterales, encontrar lo que quería. Sin el saliente de los armarios para apoyarse, colocó la silla y se subió con cuidado. Se agarró de uno de los estantes a fin de no perder el equilibrio, se estiró todo lo que pudo y cogió varios libros. Permitted que la silla se desplazase un poquito y estaba bajándose de ella con los libros en las manos cuando de pronto se abrió la puerta.

—Se va a caer —le advirtió Jordan.

Casey lo oyó acercarse.

—No. No me toque —dijo—. Estoy bien.

Segundos después, se las apañó para colocar una mano en el brazo de la silla y sentarse de mala manera. No fue un movimiento particularmente grácil, ni muy propio de una dama, pero lo hizo igualmente. Era importante para ella.

Con cuidado, cogió los libros con una mano y mantuvo cerrado el albornoz con la otra, sacó los pies de debajo de su trasero, los bajó al suelo y se puso en pie. Jordan era más alto que ella, tanto que tenía que inclinar la cabeza para mirarla a los ojos. Su sonrisa era lo bastante amplia —triumfante, se diría— para compensar la diferencia de altura.

—Ya está —dijo—. No ha estado tan mal. —Alzó los libros—. Y tengo lo que andaba buscando. Hoy debe de ser mi día. —Echó mano de toda la dignidad que pudo reunir dadas las circunstancias, y pasó junto al jardinero camino de las escaleras.

Little Falls aparecía en el mapa: había uno en Minnesota, otro en Nueva York y otro en Nueva Jersey.

Se sentó a la mesa de la cocina, donde Jordan no podía verla, y localizó cada uno de ellos. Descartó de inmediato el de Nueva Jersey, pues estaba demasiado cerca de zonas metropolitanas para ser tan rural como el Little Falls de Jenny Clyde. Tanto el de Minnesota como el de Nueva York eran posibilidades reales, aunque remotas. Supuso que habría otros pueblos con ese nombre, lugares tan pequeños que no aparecerían en el mapa, más aldeas que pueblos. Little Falls quizá perteneciese a South Hadley Fall en Massachusetts, River Falls en Wisconsin, o Idaho Falls en Idaho. Podía ser una prolongación de Great Falls, ya fuese el de Montana o el de Carolina del Sur. O incluso podía tratarse de un nombre inventado por el autor del diario para conservar el anonimato.

Las publicaciones del Sierra Club que había sacado junto con el atlas se centraban en Nueva Inglaterra, pero buscó en el índice de todos modos. Al no encontrar nada, volvió a llenar su taza de café y se acercó a la ventana.

Jordan seguía allí, visible entre las ramas de los árboles, plantando flores. Estaba trabajando entre los tallos y un saco de turba, a ratos se inclinaba y a ratos se acuclillaba. A pesar de ser un hombre alto, parecía gustarle estar muy cerca del suelo, entre sus plantas.

Ella admiraba oficios como el de jardinero o carpintero, que obligaban a trabajar al aire libre... Valoraba a la gente que era capaz de usar su cuerpo de ese modo. No tenían que correr ni hacer ejercicio para combatir el estrés. Les envidiaba por la simplicidad de sus vidas.

Él miró hacia donde ella se encontraba. Casey debería de haberse echado hacia atrás para que no la descubriese. En lugar de eso, alzó la taza a modo de

saludo, y después bebió un sorbo de café. Podía dejarse ver si quería. Era la jefa.

Todavía observaba a Jordan cuando se abrió la puerta del jardín y entró Meg. Habló con él durante un minuto, miró sorprendida hacia la casa y se dirigió hacia esta, pero no entró por el despacho, sino que Casey la vio desaparecer por una esquina del jardín. Poco después, oyó cerrarse una puerta y pasos escaleras arriba.

Casey esperó hasta que Meg se presentó.

—¿Cómo has entrado en la casa? —le preguntó.

—Por la entrada de servicio —respondió Meg mientras se acercaba a ella—. Está a un lado. Lo siento. No sabía que se quedaría aquí. Habría venido más temprano. He traído pan recién hecho. ¿Quiere que le prepare algo para desayunar?

Casey negó con la cabeza. Al ver que Meg bajaba la mirada, asintió.

—Me encantaría un huevo frito con muy poco aceite, una rebanada de pan tostado y un poco más de café. ¿Qué te parece?

Meg sonrió.

—Eso está hecho —dijo poniéndose manos a la obra.

Casey fue al dormitorio a vestirse. Tenía pensado ducharse cuando llegase a su apartamento, pero aquel cuarto de baño era demasiado tentador: todo era nuevo, limpio, esperando a ser estrenado. Encontró jabón. Encontró champú. Encontró crema hidratante. Incluso disponía de cepillo de dientes y pasta dentífrica, pues la había traído en su neceser.

Veinte minutos después, recién duchada, aunque con la ropa del día anterior, salió del dormitorio. Se disponía a bajar las escaleras cuando oyó un murmullo procedente del dormitorio de Connie. Se detuvo y aguzó el oído. Se aproximó a la puerta pero el murmullo cesó.

Al instante, Meg apareció sonriente.

—Siempre limpio un poco por la mañana —dijo—. Está usted preciosa. Tengo preparado el desayuno. ¿Prefiere tomarlo en la cocina o en el patio? El doctor Unger siempre desayunaba fuera si hacía buen tiempo. A Jordan no le importará. Seguirá trabajando. Puede sentarse allí y leer el periódico. Está fuera.

—Se me ocurre una idea mejor —dijo Casey—. Tengo que mirar unas cosas en internet. ¿Podrías traérmelo al despacho?

Mientras comía, Casey buscó información de Little Falls. Encontró referencias a lo que ya había descubierto, pero ninguna de ellas le pareció adecuada. Connie era de Maine; afirmaba que Jenny Clyde era de la familia. Buscó información referente a Maine, pero no encontró nada relativo a Little Falls. Encontró Island Falls, Lisbon Falls, Kezar Falls y Livermore Falls. En teoría, Little Falls podía ser una población de cualquiera de esas localidades. Intentó una segunda manera de búsqueda, y después una tercera, pero no extrajo ninguna conclusión definitiva y, además, se le estaba haciendo tarde.

Una vez en su apartamento, se maquilló, se recogió el pelo en una coleta y se puso unos pantalones de lino y una blusa de seda. Estaba a punto de salir, pero regresó sobre sus pasos. Se le había ocurrido meter el neceser del maquillaje y una muda de ropa en una bolsa de gimnasio. Tras eso, se encaminó al coche.

El *jeep* de Jordan ya no estaba cuando ella recorrió el estrecho callejón y dejó el coche junto a la puerta trasera del jardín. Sin embargo, no tuvo tiempo de sentirse decepcionada, porque en cuanto cruzó el jardín y entró en la casa, llegó el primer paciente.

Dejó de pensar en Little Falls. Tampoco quiso pensar en lo extraño que resultaba recibir a sus pacientes en la que había sido la consulta de su padre. Algún destello de esa clase de pensamientos se colaba en su mente de vez en cuando —la imagen de una jovencita jugando a ser mayor sentada detrás de un gran escritorio—, pero ella atendía a sus pacientes en la zona donde estaban los sillones, lo que resultaba mucho más relajado.

Tuvo sesiones a las once, a las doce y a la una, dedicando cincuenta minutos a cada uno de ellos y diez más para tomar notas. Entre las dos y las dos y media, comió un bocadillo mientras llamaba por teléfono. Después se presentaron cuatro pacientes más.

El primero de ellos fue Joyce Lewellen. A Casey siempre le había gustado Joyce. Era una mujer precisa, y a pesar de vestir siempre elegantes trajes chaqueta y de disfrutar de una vida muy ordenada, estaba al borde de la obsesión compulsiva. Se expresaba bien y se conocía a sí misma lo bastante para identificar un problema con facilidad. Casey siempre había sospechado que Joyce utilizaba sus sesiones para airear sus pensamientos ante alguien imparcial.

Joyce tenía poco más de cuarenta años. Su marido había muerto dieciocho meses atrás debido a las complicaciones que habían surgido en lo que debería de haber sido una operación sencilla. Incapaz de aceptar su muerte, y mucho menos de explicarle lo sucedido a sus hijas, Joyce tuvo que encontrar un

culpable. Decidió que había sido un error médico. Su caso no era sólido, pues tuvo que hablar con tres abogados diferentes antes de que aceptasen representarla.

Casey la había visto semanalmente durante meses. El mayor problema de Joyce era la furia. Le impedía dormir por las noches, la distraía durante el día, y la había convertido en una mujer con una fijación. La terapia se había concentrado en tratar que esa furia desapareciese.

—Es bastante tiempo —le dijo Casey. Joyce estaba sentada en el sofá, y Casey frente a ella en una silla.

—Cuatro meses —reconoció Joyce. En apariencia, era una mujer muy serena; la única señal de tensión eran sus manos, que tenía cruzadas sobre el regazo, crispadas—. Estaré bien. Y las niñas también. Volverán a hacer lo de siempre: jugar a fútbol, ir de excursión, *ballet*. El campamento de verano empezará dentro de una semana.

—¿Y tú? ¿Estás trabajando?

Joyce había sido escaparatista antes de casarse. Había hecho algún trabajo esporádico después de que las niñas empezasen a ir al colegio, pero dejó de hacerlos cuando Norman murió. Casey y ella habían hablado de la conveniencia de que volviese a trabajar, no solo por el dinero, que no le iría mal, sino por el valor terapéutico.

Joyce arqueó la nariz.

—No. Quiero estar disponible por si el abogado me necesitase. Lo sé, lo sé. Tú opinas que eso solo sirve para mantener viva la furia, pero no puedo evitarlo. Tengo que hacerlo por Norman. Pero lo llevo bien, en serio. El abogado está trabajando. Mi furia está bajo control.

—¿Has vuelto a salir con tus amigos?

—Bueno, a comer. Por la noche, nunca.

—Sigues vistiendo de negro.

—Me parecía lo más apropiado mientras duraba el pleito. El mes pasado, hubo una vista previa al juicio. Ambas partes presentaron declaraciones juradas e informes legales. La otra parte exigía un juicio sumario, pues afirmaban que no podríamos probar el caso ante un jurado. El juez tomará una decisión a finales de semana.

—Y tú ¿cómo te sientes?

—Como un cubo de basura —respondió Joyce—. Por eso estoy aquí. Sí, necesito el dinero, pero es más que eso. Es una cuestión de principios. Norman no tendría que haber muerto. Sus dos hijas pequeñas lo echan de

menos, y yo. También dependía de él. Se suponía que envejeceríamos juntos. Ahora no podremos hacerlo. Alguien tiene que pagar por eso.

La furia no había remitido. Cuando empezaron, hablaron de que a la gente buena también le ocurrían cosas malas. Joyce no lo había aceptado más entonces de lo que lo aceptaba ahora.

—Nuestras posibilidades de ganar son escasas —prosiguió Joyce—. Mi abogado me lo dijo en cuanto lo contraté, y me lo repitió después de la vista. Algunas de las cosas que hizo el juez y ciertas preguntas que formuló no pintan bien para la causa. ¿Y yo qué voy a hacer? ¿Qué pasará si el fallo nos perjudica? Lo que quiero decir es que esto no tiene por qué ser el fin. Podemos llevar el caso a un tribunal de apelación. Pero mi abogado no quiere hacerlo. Dice que debemos estar dispuestos a aceptar la decisión del juez, y quizá tenga razón. Hay veces en que todo esto me hace sentir tan mal que tengo ganas de dejarlo correr. Pero entonces me recupero y deseo ganar; y voy a hacerlo.

—¿Y si ganas, qué?

—Habré probado algo. Estaré en disposición de dejar todo esto atrás y seguir adelante.

—¿Y si no ganas?

Joyce tardó algo más en responder.

—No lo sé. Eso es lo que me inquieta. Tú y yo hemos hablado de la furia que siento, pero ¿qué haré con ella si no tengo a nadie a quien culpar?

Tres pacientes después, Casey seguía dándole vueltas a las palabras de Joyce. Le había resultado fácil controlar su furia mientras Connie estaba vivo, pues podría haberla llamado por teléfono, enviarle un *e-mail* o escribirle una nota, incluso mandarle un mensaje a través de alguien. Pero ahora estaba muerto, y todas las vías de contacto habían desaparecido. ¿Y qué pasaba con su furia?

Mientras caminaba hacia el jardín, le resultaba imposible sentirse furiosa. Lo intentó. Pensó trasladar la mesa del patio y las sillas a otro lugar, sencillamente para hacer lo que le viniese en gana. Tras dar tres pasos bajo la pérgola, sin embargo, no pudo imaginar un mejor lugar para la mesa que justo donde se encontraba.

El jardín era un agujero negro en lo que a pensamientos negativos se trataba: los engullía y los hacía desaparecer.

El cielo estaba encapotado, el ambiente era más húmedo, pero aquel lugar no sufría por la ausencia del sol. Es más, la luz difusa le aportaba una especie

de suavidad. Los árboles se diferenciaban unos de otros por el color más que por la textura de sus ramas. Las flores eran silenciosas, las piedras más suaves.

En cuanto se quitó el ancho pasador que había ceñido su coleta, el cabello se le empezó a rizar y ondular. Se pasó los dedos para acelerar el proceso. Cerró los ojos, solo para abrirlos segundos después al oír que se abría la mosquitera y unos pasos se acercaban. Era Meg. Llevaba consigo una botella de vino y un plato con pequeñas brochetas de ternera y verdura. Casey se estaba preguntando cómo iba a acabar con todo aquello cuando llegó la compañía que la ayudaría a conseguirlo.

—He pasado para ver si estabas —explicó Brianna alegremente mientras daba el primer bocado—. No me costaría acostumbrarme a esto.

Casey pensaba que a ella tampoco le costaría.

—¿Qué tal es eso de ver a tus pacientes donde veía él a los suyos? —preguntó Brianna.

Casey dejó una de las brochetas a un lado, se sentó en una de las sillas del patio con su copa de vino e intentó analizar sus sensaciones.

—Muy muy raro. Pensaba: «¿Qué estás haciendo aquí, Casey? Él escribía en este escritorio. Él hablaba por este teléfono. Las ideas que nacieron en este despacho han dado la vuelta al mundo. Y ahora todo lo que queda eres tú».

—¿Y qué hay de malo en ello?

—No puedo empezar a hacer lo que él hizo. Me he identificado con mi paciente de la una. Es una inversora muy brillante y de mucho éxito, posee tres restaurantes que van de maravilla, pero sufre un serio complejo de impostura.

—¿Y de dónde le viene eso?

—Su padre tenía una charcutería. Su madre se encargaba de la casa. Ellos creían que estaba malgastando su vida en la escuela de cocina. Se opusieron a que comprase el primer restaurante, dijeron que se arruinaría, y entonces abrió el segundo, y cuando abrió el tercero, la desheredaron.

—¿Por qué?

—Dijeron que no estaba en sus cabales y que no querían que derrochase los ahorros que tan duramente habían reunido. Y así están las cosas, instalada en el lado oscuro, haciéndolo mejor cada año y, aun así, sintiendo que sus restaurantes son un castillo de naipes a punto de venirse abajo. Sus padres la ven de ese modo. Y ella lo ha interiorizado.

—Pero esa no es tu historia. Connie nunca te dijo que no fueses buena.

—No con palabras —dijo Casey, rozando con sus labios el borde de la copa de vino.

—¿Te habría dejado esta casa, sabiendo que pasarías consulta aquí, si pensase que eres una mala terapeuta?

Casey se encogió de hombros. No tenía ni idea de lo que Connie pensaba de ella, ya fuese bueno o malo.

—Tienes una buena consulta, Casey. Joy y yo tomamos el camino fácil. —Joy trabajaba para el Estado, Brianna en un centro de rehabilitación.

—Yo no diría que lo que tú haces sea fácil.

—Pero no hemos de preocuparnos de tener pacientes. Siempre están ahí. Tú sí debes preocuparte, y mira la consulta que has montado. Hazme un resumen de la lista de hoy.

Casey podía contar con que Brianna la animara.

—Dos fobias, dos bajas autoestimas, tres desórdenes de adaptación y un ataque de pánico.

—¿Tuyo o de ella?

—De ella. No podía encontrar la casa. Siente pánico cuando algo no está exactamente en su sitio, y empieza a imaginar toda clase de cosas.

—¿Como qué?

—La voz de su marido. Ha abusado de ella verbalmente durante tantos años, que ella lo oye gritar en cualquier situación. Eso la pone muy nerviosa.

—¿Ha llegado al nivel de saber que no lo oye realmente? —preguntó Brianna.

—Intellectualmente, sí. Emocionalmente, no. A veces, se queda paralizada.

—Debería dejarlo, ¿no?

—Sí..., si la cuestión radicase únicamente en su desarrollo personal. Pero es un poco más complicado. Tienen cuatro hijos, y el único trabajo que conoce es el de ama de casa. Considera a su marido como su jefe. Si le deja, ¿dónde irá, qué hará y qué le pasará a los niños? No, no puede dejarlo. Lo que yo puedo hacer es ayudarla a adquirir perspectiva, a dar un paso atrás y evaluar qué es lo que hace bien, enseñarle a relacionarse con lo que él dice.

Brianna guardó un suspicaz silencio. Le dio un trago a su copa de vino, con aspecto pensativo. Después, con tranquilidad, le preguntó:

—¿Cómo está tu madre?

Casey la miró de reojo.

—Hablando de oír voces...

—¿Sigues oyéndola?

—A mi manera.

—Casey... —la regañó Brianna suavemente.

—Lo sé. Si es cierto lo que los médicos afirman respecto a su estado vegetativo persistente, ella no puede oír nada, ni pensar, ni saber. Pero siento que está ahí, Brianna. Te lo juro. Sé lo que piensa.

—¿Ha habido alguna mejora?

—Hoy ha tenido otro ataque. El doctor dice que empeora por momentos.

—Y tú ¿cómo te sientes?

—Debería sentirme aliviada. Lo que ella está viviendo no puede considerarse vida.

—Entonces, ¿cómo te sientes?

—Si está empeorando, sé que eso es lo mejor. No lloraré más. Después de tres años, ya he llorado todo lo que tenía que llorar. Sencillamente me he acostumbrado a verla de ese modo.

—Así pues, ¿cómo te sientes? —insistió Brianna.

—Hecha polvo —respondió Casey llevándose una mano al pecho.

A lo largo de tres dolorosos años, Casey había aprendido que la mejor manera de tratar con la devastación era mantener la mente ocupada con otros asuntos. Se encontraba bien cuando estaba con sus pacientes, cuando era su trabajo lo que ocupaba su mente. Se encontraba bien cuando practicaba yoga, cuando corría o estaba con sus amigos.

Aquella tarde, sin embargo, después de que Brianna se fuese, solo disponía de los pensamientos relativos a Connie y a *Soñando con Pete* para ocupar su mente. Si el manuscrito formaba parte de la búsqueda, se trataba de algo más que un juego.

Examinó el estudio centímetro a centímetro. No encontró nada ni remotamente relacionado con el diario, pero sí los archivos personales de Connie: extractos de cuentas bancarias, cheques cancelados, facturas devueltas. Estaban metidos en carpetas de plástico en los armarios inferiores, ordenados con etiquetas y perfectamente clasificados. Observó que escribía a mano los cheques, que pagaba sus facturas de inmediato, que apoyaba económicamente a la radio y la televisión públicas, y que el año anterior había donado una gran cantidad de dinero a causas ecologistas de Maine.

Había nacido en Maine. Seguía sintiendo algo por ese lugar. Casey habría apostado a que Little Falls estaba allí, fuera ficticio o no.

Buscó en los recibos relativos a Maine en busca de alguna referencia al pueblo. Encontró folletos de excursiones a pie, viajes en canoa, expediciones de observación de pájaros y aventuras de escalada. Algunos parecían intactos, como si nunca hubiesen sido enviados; unos cuantos incluso tenían todavía las etiquetas de envío enganchadas. Otros sí habían sido enviados, porque tenían las notas de confirmación de recepción. Los ojeó todos. En ninguno encontró referencia alguna a Little Falls.

Para cuando lo había devuelto todo a su sitio, estaba demasiado cansada para regresar a su apartamento. Debía ver a un paciente a las ocho de la mañana siguiente, por lo que no tenía demasiado sentido.

En esta ocasión, se fue directamente a la habitación de invitados.

Connie seguía estando al otro lado del distribuidor, pero después de repasar sus facturas y de comprender la responsabilidad que había depositado en sus manos, se sentía con más fuerzas. Al fin y al cabo, razonó, dado que era ella —no un fantasma— la que ahora tendría que pagar todas esas facturas, estaba en su derecho a dormir donde le diese la gana.

Se quedó dormida pensando en cosas seguras, prácticas y físicas como la calefacción, el aire acondicionado, el tejado que había que reparar, los pintores y los exterminadores de plagas... Pero despertó a medianoche sobresaltada, convencida de que había oído un ruido. Se incorporó en la cama y miró a su alrededor. La habitación estaba iluminada por la luz de las farolas que llegaba de la calle. Podía ver con bastante claridad.

No vio nada.

Contuvo la respiración y aguzó el oído. La ciudad dormía, ronroneando suavemente al otro lado de la ventana. No oyó nada dentro de la habitación. No oyó nada fuera, en el distribuidor.

Se dijo que había sido cosa de su imaginación, volvió a tumbarse y cerró los ojos. Segundos después, sin embargo, despertó otra vez, y en esta ocasión salió de la cama. Se puso el albornoz y se acercó a la puerta. La había dejado entreabierta y entreabierta estaba.

Por descontado, eso no significaba nada, pues los fantasmas podían atravesar las puertas.

Pero ella no creía en fantasmas.

Salió al distribuidor con mucho sigilo. Oyó una especie de zumbido procedente de las profundidades de la casa, pero se trataba de un sonido mecánico, nada extraño o inquietante. Se aproximó de puntillas a la puerta del dormitorio de Connie. Percibió entonces un sonido muy suave. No podía definirlo.

Como siempre, la puerta estaba entreabierta. Se metió dentro, pero no consiguió ver gran cosa.

No se adentró. No era tan valiente. Se dijo que sin duda existía una explicación perfectamente racional para el ruido que estaba oyendo y que Meg se la daría por la mañana. Entonces, al volverse, vio los ojos.

Capítulo 8

Casey no permaneció allí ni un segundo más. Regresó de inmediato a su habitación y cerró la puerta con fuerza.

Sin duda había imaginado aquellos ojos. Nada de psicosis, solo se trataba del poder de la sugestión. Su vecino había hablado de un fantasma, así que fue un fantasma lo que ella vio. No era tan diferente, a decir verdad, de mantener una conversación con su madre. Los médicos afirmaban que Caroline llevaba tres años sin hablar, de modo que ¿quién era ella para negarlo? No oía una voz, sino que se la imaginaba.

Oía la voz de Caroline porque quería oírla, pero no era el caso del fantasma.

Entonces, ¿había sido la extrañeza que le producía la casa la que le había llevado a imaginarlo? ¿O tal vez el hecho de que la habitación al otro lado del distribuidor había pertenecido a su padre, y de que una parte de sí misma quizá deseaba que todavía estuviese allí?

Muy despacio, volvió a la cama. Sin quitarse el albornoz —no quería que un fantasma imaginario la viese desnuda—, se tumbó boca arriba, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el vientre y un ojo fijo en la puerta.

No se produjo movimiento alguno, ni oyó ningún ruido. Mantuvo los ojos abiertos y permaneció alerta durante una hora, hasta que el sueño la venció. Pero no durmió bien, pues no cesó de despertarse cada tanto para mirar y aguzar el oído. Cuando finalmente se hizo de día, se sentía más perturbada que cualquier otra cosa.

Sacó una camiseta amarilla de tirantes y unos pantalones cortos de su bolsa de deporte, se los puso a toda prisa y se hizo una cola de caballo. Repasó durante un momento lo acontecido durante la noche, los ruidos que había oído, antes de abrir la puerta... y echarle un vistazo a la estrecha franja de oscuridad que mostraba la puerta entreabierta de la habitación de Connie. Pero se encaminó hacia las escaleras sin detenerse. Desde allí, solo había que bajar, atravesar el *hall* de entrada, dejar atrás los cuadros de Ruth —sin apartar la vista en las escaleras—, cruzar el despacho y salir al jardín.

En cuanto estuvo bajo la pérgola, se sintió reconfortada. El amanecer hacía que el jardín transmitiese frescor, a pesar de que se preveía otro día caluroso. El aire olía a lilas. El perfume surgía de un par de setos que tenía a su derecha. Un espléndido macizo color púrpura formaba frondosos ramos verdes que crecían tras las flores. Sonrió, cerró los ojos y disfrutó de aquella fragancia.

Minutos después, serenada por las flores, que eran como estimulantes caricias espirituales, llegó hasta un punto del jardín, donde crecían los árboles, y se sentó en el suelo. Tenía interiorizada la rutina: se concentró en su respiración, así como en la fluidez y la elasticidad de su cuerpo. Fue relajando una parte de este tras otra, concentrándose ahora en desprenderse de la tensión que le habían comportado todos esos atemorizados pensamientos sobre fantasmas, el fracaso como terapeuta en el despacho de Connie y la muerte de Caroline, que la dejaría sola en el mundo. Su organismo se fue llenando de energía positiva, y se sintió aliviada de la rigidez del cuello, la espalda, el vientre y las piernas. Cuando su mente empezaba a divagar, la reconducía de nuevo. Una y otra vez, realizó las respiraciones abdominales y dejó ir el aire muy despacio.

Realizó el ciclo de las posiciones tres veces, y para cuando acabó se sentía infinitamente más relajada. Como siempre, dejó lo mejor para el final. Apoyándose en el viejo castaño, reposó la cabeza en el suelo, colocó los dedos detrás para hacer fuerza y alzó lentamente el resto de su cuerpo — primero las caderas, después las piernas y los pies—, hasta alcanzar una postura de perfecto equilibrio y reposo.

La inversión resultaba restauradora. Siempre lo sentía de ese modo, pero nunca como después de una noche de poco descanso. La fuerza de la gravedad tirando de su cuerpo en una dirección diferente aportaba al flujo de su sangre una refrescante sacudida. Le hacía sentir un hormigueo en todo el cuerpo, que su piel respiraba, que su pecho se henchía. Como si de agua fría sobre unas mejillas enfebrecidas se tratase, la despertaba.

Visto cabeza abajo, el jardín era un mundo nuevo de formas y colores. Allí no había fantasmas. Todo era geométrico y sólido... Al igual que lo era el hombre que, de repente, silenciosamente, apareció frente a ella. Sin duda había entrado por la puerta trasera mientras ella estaba concentrada en su respiración, pero era tan real como los enebros y los tejos que formaban el trasfondo de aquel mundo vuelto del revés.

Como mínimo, ella creyó que era real.

Pero cambió de opinión. El martes no era su día de trabajo. Ella, sencillamente, había deseado que estuviese allí; quería que viese lo atlética que era, lo atractiva que estaba con su camiseta amarilla. Quería tomarle el pelo, quería sentir el poder de la burla para contrarrestar la debilidad que sentía respecto a sus padres. Quería que estuviese allí para experimentar algo de la relación entre un hombre y una mujer. Su presencia añadía un toque de placer al jardín, era un Adán para Eva..., o sea, ella.

Se dijo que Jordan no era tanto fruto del poder de la sugestión como del deseo. El jardinero era el tipo ideal al que conjurar..., lo que resultaba fascinante si se hacía cabeza abajo. De ese modo, era sólido como el metal, y soportaba el peso de su cuerpo con los hombros, que eran lo bastante fuertes para hacerlo. Eran unos hombros hermosos, pensó. No demasiado macizos. Solo ligeramente musculosos. Podía apreciarlo porque, en su imaginación, llevaba una camiseta sin mangas. Era de color negro y la llevaba metida dentro de los vaqueros. Calzaba botas de trabajo atadas solo hasta la mitad. Sabía que para su jardinero los vaqueros y las botas suponían una protección, pero imaginaba que debían hacerle pasar calor. Sus mejillas enrojecidas así lo indicaban. Pero luego estaban aquellos ojos marrones, fijos en el castaño que ella tenía ahora a su espalda. Y su cabello oscuro y despeinado. Viéndolo así, cabeza abajo, fantaseó con la idea de que estaba plantado en mitad del jardín de su padre, y que el pelo eran sus raíces.

La imagen se movió. Fue un movimiento sutil, cuando cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra, pero fue lo bastante real para impresionarla.

Empezó a tambalearse.

Él dio un paso hacia ella y extendió un brazo.

—No, no, no —le advirtió ella de inmediato. Su voz sonó más fuerte de lo normal—. No me toque. —Recuperó el equilibrio—. Estoy bien. —Se concentró, respiró hondo.

Él seguía allí.

—Hoy no es miércoles —dijo al fin. Por lo general, ni se tambaleaba ni le costaba mantener el equilibrio. A su instructor de yoga le maravillaba la cantidad de tiempo que podía estar cabeza abajo. Sin duda, ese no era su mejor día.

—Las balsaminas necesitan agua —dijo.

Era una explicación bastante razonable, aunque entrañaba otra pregunta.

—Mi padre tenía todo tipo de aparatos modernos en la casa. ¿Por qué no instaló más aspersores aquí fuera?

—No era necesario. Me tenía a mí.

—Que tenga que venir a regar las plantas supone un coste adicional de tiempo y dinero.

—No me molesta —dijo Jordan encogiéndose de hombros.

—Le gusta regar.

—Me gusta regar.

—Pero tener que venir...

—La tienda no está lejos.

—Ah. —Ella había pensado en la casa de Jordan. No podía imaginar que viviese en ese barrio. Incluso los apartamentos más pequeños eran demasiado caros—. ¿Desde cuándo cuida de este jardín?

—Desde hace siete años.

—Y antes de usted, ¿quién lo cuidaba?

—Nadie. Este lugar no era más que hierbajos y hojas secas.

—Y, misteriosamente, crecieron viejas cicutas, arces, abedules y robles —dijo ella con suavidad.

Jordan se quedó quieto durante un minuto, antes de asentir.

—Sí. Esos ya estaban.

—¿Qué me dice de los arbustos del primer nivel, esos con los capullos a punto de florecer? Parecen muy viejos.

—Los más grandes son rododendros, los pequeños, azaleas, y no, los trajimos nosotros.

—¿Quién diseñó el jardín?

—Yo.

—¿Por indicación de Daisy's Mum?

—Sí.

—¿Estudió usted diseño de jardines?

—No. Pero sé de plantas.

—¿Él también sabía?

—¿Quién?

—Mi padre. Hemos dejado claro que le gustaban. ¿Las conocía?

—Conocía las que le gustaban.

—Y de ahí tomó usted las ideas.

Él permaneció en silencio.

—¿Eso le molesta? —preguntó al fin.

Era la clase de pregunta que podría haber formulado Brianna, la clase de pregunta ante la que Connie habría asentido, porque era, a todas luces, la adecuada. ¿Y la respuesta? Sí, a Casey le molestaba. Quizá por celos o envidia, o por resentimiento. Le daba la impresión de que los empleados de su

padre habían merecido la confianza y el respeto de este, incluso su afecto, mientras que su hija se quedaba sin nada.

Pero Casey no podía culpar por ello al jardinero. Obviamente, era bueno en lo que hacía.

—Ha creado usted un jardín increíble —dijo—. Sin embargo, no me ha dicho si él también se ocupaba del jardín.

—¿Su padre? Echaba una mano de vez en cuando.

—¿Así que... le gustaba trabajar en el jardín?

—No. Era el modo que tenía de agradecerme mi ayuda con otras cuestiones.

—¿Qué otras cuestiones?

—Mover cosas. Trasladarlas de un piso a otro.

—¿Qué tipo de cosas?

—Archivos. Cuando finalizaba un caso, colocaba la ficha en un cajón especial. Cuando el cajón se llenaba, lo llevaba arriba.

—¿A las habitaciones vacías? Todas esas cajas no pueden estar llenas de fichas.

—Son libros.

—¿Más libros? Dios mío.

—Y cartas. Correspondencia profesional.

—¿Algo personal?

—En las cajas con la palabra «mi» en la parte de arriba.

Los archivos «mi» de Connie. Si el diario continuaba, tenía que estar allí. Los pensamientos de Casey se desplazaron con tal rapidez hacia las cajas de cartón que llenaban los dormitorios de arriba que volvió a perder el equilibrio.

De nuevo, Jordan avanzó hacia ella.

—No me toque —le advirtió Casey. Volvió a concentrarse—. Estoy bien.

Apenas se había calmado cuando él le preguntó:

—¿Le supone un problema?

—¿El qué?

—El que la toquen. Para su padre lo era. No le gustaba que le tocasen. Cualquier clase de roce con el brazo o la mano era accidental. Mantenía cierta distancia física con todo aquel que estuviese cerca.

Casey siempre lo había supuesto, pero había visto a Connie únicamente en situaciones profesionales donde la distancia física resulta apropiada. Trabajando o en casa, la cosa era diferente. Debería haber seguido interrogando a Jordan, pero la primera pregunta de este la había trastornado.

Su propia imagen era la que se estaba poniendo en cuestión. Se sintió impelida a ser directa con él.

—No. No tengo problemas con el hecho de que me toquen.

—Entonces debe de tenerlo con los trabajadores. Es la tercera vez que me dice que no la toque.

La tercera vez. Ah, sí. Una en el despacho la tarde anterior, dos ahora.

—No —replicó ella con paciencia—. Se trata de seguridad en uno mismo. No iba a caerme de la silla, y tampoco voy a caerme ahora. —Y, como si se propusiese probarlo, dobló lentamente las rodillas. Colocó las manos a los lados de los hombros y, con mucho cuidado, dobló el cuerpo hacia delante y bajó las piernas hasta tocar el suelo. Dispuesta a no hacer las cosas deprisa, a pesar de la visión de su trasero que sin duda estaba teniendo el jardinero, alzó la cabeza poco a poco. Cuando se sentía a gusto no se tambaleaba. Respiró hondo, se puso en pie y se volvió hacia él.

Jordan era alto, superaba con creces el metro sesenta y cinco de Casey. Lo compensó mirándolo fijamente a los ojos.

—Algunos hombres creen que las mujeres son frágiles. Yo no lo soy.

Él pareció levemente sorprendido.

No, comprendió Casey. Parecía ligeramente intrigado. Aquellos ojos oscuros transmitían un definitivo destello de apreciación.

Incitada por eso —y, a decir verdad, por el repentino recuerdo del apasionado romance de la lady Chatterley de D. H. Lawrence y su viril guarda—, Casey se le acercó.

—Y respecto a lo de que me toquen —dijo deslizando un brazo alrededor de la cintura del jardinero—, me encanta.

Le mantuvo la mirada, retándolo a que fuese él quien diese un paso atrás. Apoyó una mano sobre su pecho y la llevó al hombro, después descendió por su brazo hasta llegar a la muñeca y cerró los dedos alrededor de esta, agarrándola durante un instante.

—Me encanta que me toquen —añadió suavemente—. Nunca he tenido problemas con eso. Y respecto a que sea usted un trabajador, crecí comiendo junto a trabajadores del campo. Compartí el apartamento con uno de ellos mientras estaba en la universidad y perdí mi virginidad con otro. —No tendría que haber dicho eso, pero el instante se convirtió en un repentino instante de excitación. El destello en los ojos del jardinero se transformó en algo que iba más allá del roce de sus manos, algo que ardía justo en el punto en el que sus cuerpos se tocaban; y hablar de sexo no ayudaba en absoluto. Con la intención de apagar aquel calor sin moverse, porque no solo era encantador

tocarlo sino también percibir su olor de hombre auténtico, dijo—: No, no tengo problema con los trabajadores. Sí tengo un problema con los fantasmas. ¿Qué sabe de Angus?

Jordan no abrió la boca cuando bajó la mirada hacia ella. Sus ojos destilaban una mayor profundidad y riqueza, sus mejillas parecían más marcadas. Casey notó que la respiración de él se agitaba casi imperceptiblemente. Pero entonces cayó en la cuenta de que en realidad estaba conteniendo la risa. Se liberó de su mano y retrocedió con algo parecido a la indignación.

—¿Lo de Angus es una broma? —preguntó.

—No —respondió él, aunque con una media sonrisa—. Es un gato.

—¿Un gato?

—¿Ya se ha cruzado con él?

Unos ojos en la oscuridad, unos pasos apenas audibles en la noche, un sonido que podría haber pasado por la respiración de un fantasma.

Comprendiendo su ingenuidad, Casey dijo con ceño.

—No, todavía no me lo he encontrado. Nadie me habló de un gato.

—Si supone un problema, me lo llevaré.

—Si va incluido en la casa, es mío.

—Angus y yo lo hemos pasado bien juntos.

—Él y yo también lo pasaremos bien —dijo ella, aunque podría constituir un problema—. ¿Siempre está en el dormitorio principal?

—Durante el día, sí —respondió él, de nuevo serio—. A veces ronda por la casa por la noche, pero desde que Connie murió, no va muy lejos. Está esperando que regrese su amigo.

Casey sintió una punzada en su interior.

—Qué triste. —Echó a andar hacia la casa, se detuvo y volvió la cabeza hacia Jordan—. ¿Se enfadará conmigo?

—No lo sé.

—¿Muerde o araña?

—Nunca lo ha hecho.

Casey enarcó las cejas, apretó los labios, dio un paso atrás, inclinó la cabeza a modo de despedida y se fue. Atajó por el despacho y ascendió a la carrera un tramo de escaleras y luego el otro. Frenó al llegar al rellano del dormitorio. Giró hacia la habitación de Connie y se aproximó con cautela. No era un fantasma sino un gato. Se lo repitió varias veces, pero aun así el corazón le latía con fuerza. Cuando solo le faltaba un metro para llegar, se sentó sobre la alfombra y cruzó las piernas.

Conocía a los gatos. Su madre siempre había tenido gatos en la granja. Dos de ellos corrían por allí cuando tuvo el accidente. Casey se los habría llevado consigo si una de las tejedoras no le hubiese suplicado que no lo hiciese. Aquella mujer tenía una casa grande, un corazón enorme y un gigantesco vacío en su vida, pues el año anterior había perdido a su marido, con el que había estado casada treinta años. ¿Cómo podría Casey haberle dicho que no? Su apartamento era pequeño, estaba desconsolada por lo que le ocurría a Caroline, y ya se había acostumbrado a hacer caso omiso del vacío que sentía en su interior; pero eso no significaba que se plantease secuestrar a aquellos gatos. Le habría gustado que le hiciesen compañía por la noche. Sin embargo, más aún le habría gustado poder decirle a Caroline que se estaba encargando de ellos. Caroline habría estado de acuerdo.

—Angus —dijo en voz baja acercándose un poco más—. ¿Estás ahí, Angus? —Esperó, atenta, sin oír absolutamente nada. Tal vez el gato estuviese dormido al fondo de la habitación, y en ese caso sería mejor dedicar el tiempo, del que no disponía mucho antes de ducharse y vestirse, en examinar las cajas de Connie con la inscripción «mi». El diario quizá fuese una historia real o ficticia, pero en cualquier caso no era una cuestión inmediata.

Sin embargo, el gato estaba vivo. Si realmente aguardaba a que Connie regresase, llevaba haciéndolo unas cuatro semanas. Casey tenía que hacerle saber que ella también podría encargarse de él.

—Angus —repitió en tono zalamero, acercándose unos centímetros. El gato de Connie, ¿le pertenecía ahora a ella? A pesar de no haberlo visto, se sentía su dueña—. Ven a saludar, bonito —canturreó, porque nunca había conocido un gato que no fuese bonito, y tampoco ninguno al que no le gustase recibir halagos.

Avanzó un poco más hasta llegar junto a la puerta. Se inclinó y observó a través de los pocos centímetros que dejaba la abertura. Cuando creyó ver unos ojos, se echó hacia atrás. No es un fantasma, Casey. Es un gato, se recordó. Se inclinó de nuevo y abrió la puerta un poco más.

Allí estaban los ojos, definitivamente no eran imaginaciones suyas. Estaban a medio metro de la puerta y resplandecían en la oscuridad. Con la luz del día filtrándose desde atrás, pudo apreciar la silueta del animal, el contorno de las orejas, y poco más.

—Espera a que regrese su amigo —dijo en voz baja, y sintió que se le encogía el corazón. Podía reprocharle muchas cosas a Connie, y no eran las menos importantes el que no se hubiera sentido querida ni merecedora de ser

su hija, pero no podía reprocharle que le hubiese dejado un gato. Un gato era lo más cercano a un pedazo vivo de su propio ser. Un gato era más importante que una casa. Podía cuidar de un gato. Podía cuidarlo muy bien.

Extendió una mano hacia aquellos ojos.

—Oh, Angus, lo lamento mucho. Yo no soy Connie, pero me gustan mucho los gatos. Me haría muy feliz poder cuidar de ti. —Avanzó un poco más, casi hasta llegar al umbral de la puerta. Estiró la mano, invitando al gato a que la oliese—. Vamos, di hola, grandullón...

—¿Cómo sabe que es grande? —preguntó Jordan mientras acababa de subir las escaleras.

—Ojos grandes, orejas grandes, gato grande —repuso ella, y añadió un prudente—: ¿No?

Al fin y al cabo, Jordan conocía al gato, tanto como el jardín y la casa. Casey debería de haber resuelto la injusticia que suponía que un extraño supiese todo lo que ella desconocía, en lugar de haber estado pensando en algo que ya sabía. Sabía que, a pesar de su aspecto despreocupado, aquel hombre olía a jabón, que cuando había deslizado la mano por su pecho había notado el vello bajo la camisa, que incluso a aquellas horas de la mañana su cuerpo era cálido. Esas cosas eran las que ocupaban su mente y, al acercarse, hicieron que se le formase un nudo en la garganta.

—Sí —confirmó mientras rodeaba el poste de la escalera.

Ella se permitió disfrutar de lo que veía por un instante, después, como una buena chica, se concentró de nuevo en el gato.

—¿Es muy mayor?

—Tiene ocho años. Le quedan un montón más. Connie lo cuidaba muy bien. —Se acuclilló junto a Casey y dijo en tono amable—: Eh, Angus. Ven aquí. Soy tu colega. —Chasqueó la lengua.

—¿Tiene comida y agua ahí dentro? —susurró Casey.

—Todo lo que necesita. Los gatos son muy frugales. —Jordan apoyó una rodilla en el suelo y abrió la puerta un poco más—. Sal de ahí, Angus. Ella no va a morderte.

Cuando pudo verlo realmente, Casey suspiró con delectación.

—Qué preciosidad.

Era de color gris, con llamativas manchas blancas y negras, tenía el hocico cuadrado, la nariz chata y una gran mata de pelo en el pecho. Miró a Jordan con sus grandes y suplicantes ojos verdes, que podrían haber sugerido infelicidad, confusión o miedo.

—Es un gato de Maine, ¿verdad? —preguntó Casey.

—Sí. —Jordan tendió los brazos para coger al gato, pero este retrocedió —. Eh —lo regañó—. ¿Qué es esto? Me conoces. Soy tu amigo.

Angus lo sabía. La mirada que le dedicó a Jordan era por demás significativa. «Tal vez seas mi amigo —parecía haber dicho mientras volvía los ojos hacia Casey—, pero ¿quién demonios es ella?».

—Es la hija de Connie. Es de fiar.

Angus no parecía satisfecho con la explicación.

—Jamás habría dicho que a Connie le gustasen los animales —murmuró Casey. Siempre le había parecido demasiado formal.

—Solo los gatos; o Angus, para ser más exacto. El doctor Unger no sentía mucha atracción por otros animales, ni por otros gatos, y el sentimiento era mutuo. El único regazo en el que Angus se acurrucaba era el del doctor Unger.

—¿Y Connie se lo permitía? —preguntó Casey, sorprendida, mientras miraba a Jordan.

Él también la miró.

—¿Se refiere a que lo tocase? Supongo que solo le molestaba que lo hiciesen las personas. Se enternece con Angus.

—¿Por qué?

—¿Quiere decir por qué quería a Angus?

—¿Por qué no quería a la gente?

Jordan se encogió de hombros.

A Casey no le valían los encogimientos de hombros, y aunque aquel hombre supiese mucho más sobre plantas que sobre la mente humana, era lo único de lo que disponía por el momento.

—¿Le hizo alguna vez algún tipo de insinuación? Ya sabe, sobre si su padre le pegaba de niño o si creció con gente que no soportaba que la tocasen, o si abusaron sexualmente de él.

El jardinero le dedicó una mirada cortante.

—De haber sido así, sin duda lo había superado, puesto que la concibió a usted.

—Una sola noche. Ese fue todo el tiempo que compartió con mi madre. Y lo que compartía con su mujer no puede denominarse matrimonio.

—Parecían bastante felices estando juntos. Además, ¿quién es usted para decir que no fue ella la que quiso que viviesen separados?

—Si así fuese —sugirió Casey—, tal vez se debiera a que no deseaba tocarla. Creo que algo así volvería loca a cualquier mujer al cabo del tiempo.

—No todas las mujeres son como usted.

Se volvió hacia él.

—¿Cómo dice?

—No todas las mujeres se definen a sí mismas en términos sexuales.

—Yo no lo hago —replicó Casey.

—¿Qué fue lo que pasó en el jardín, entonces?

—Quería dejarle claro que no soy como mi padre —puntualizó ella—. Me gusta estar con la gente. Me gusta tocar a la gente. El mayor de mis sueños es despertarme todas las mañanas junto a un cuerpo cálido, y no estoy hablando de un perro o un gato. —No podía creer lo que acababa de decir, ni siquiera podía creer que fuese cierto, pero el daño ya estaba hecho. Siguió adelante—. Empiezo a sospechar por qué a mí padre no le gustaba que lo tocasen. Tengo pacientes disfuncionales. Algunos son socialmente disfuncionales y otros lo son sexualmente, pero solo un puñado de ellos son tan solitarios como parecía serlo Connie Unger. No era una persona normal. Era brillante, pero no era normal.

—Usted es normal —señaló Jordan—, ¿también es brillante?

Ella le sostuvo la mirada.

—No. No podría haber obtenido el doctorado en Psicología ni aunque mi vida hubiese dependido de ello. Trabajé duro en el instituto, y también en la universidad, y le aseguro que no fui una figura en mi curso de posgrado. Pero soy una buena terapeuta. —Tras decir eso miró su reloj—. Oh, Dios. —Se puso en pie de un salto—. Tengo que irme. —Se acordó del gato. Volvió la mirada hacia la puerta, pero se había ido. Miró con suspicacia a Jordan.

—Ha vuelto dentro —dijo él—. A esperar.

Casey sintió de nuevo una punzada en su interior.

—Qué triste. —Se acercó al umbral de la puerta—. ¿Angus? Volveré.

—Puede entrar y verlo.

Podía. Pero no estaba preparada para hacerlo.

—Tal vez más tarde.

—No estará asustada por el gato, ¿verdad?

Casey lo miró dando a entender que no y echó a andar en dirección a su habitación. Estaba a medio camino cuando se volvió de repente. Jordan acababa de ponerse en pie.

—Las cajas de cartón que hay arriba..., las personales, ¿están ordenadas de alguna manera particular?

—¿Como cuál? —preguntó él.

—Cronológicamente, por ejemplo.

—No lo sé.

—Usted lo ayudó a llevarlas ahí arriba.

—No examiné lo que contenían. No es cosa mía. Solo soy el jardinero.

Casey tenía la absurda sensación de que aquel hombre era algo más que el jardinero. Al no saber si estaba en lo cierto, y de ser así qué significaría, se sintió amenazada.

—Si es usted solo el jardinero, ¿qué hace aquí arriba? —No vio manguera alguna ni tijeras de podar—. ¿No debería estar abajo, con los tulipanes?

—No tenemos tulipanes.

—Con los pensamientos, entonces.

—Viburnos, agapantos, gardenias, verbenas, lupinos, aquilegias, heliotropos, pero nada de pensamientos.

—¿Todas esas?

—Eso para empezar.

—De acuerdo. Entonces ha interrumpido su trabajo, ¿no es cierto?

Él la miró durante unos segundos. Después, alzó las manos y se dirigió a las escaleras.

—El gato es suyo. Haga lo que quiera con él.

Lo que Casey quería era dividir la mañana entre las cajas de cartón que Connie había almacenado y sacar a Angus de su escondrijo a base de zalamerías. Una vez vestida, sin embargo, tuvo que revisar las notas sobre los pacientes del día. Lo hizo mientras se comía el desayuno que Meg había insistido en preparar. Luego tenía que hacer una serie de llamadas telefónicas, darles la nueva dirección del despacho a los pacientes del miércoles y el jueves, a su contable, al servicio de proveedores con el que trabajaba de forma frecuente, y al psiquiatra que tenía que hacer las recetas de los medicamentos para los pacientes ahora que John se había independizado. Una vez que hubo acabado con todo ello, llegó su primer paciente, y entonces ya no tuvo tiempo de pensar en Angus ni en las cajas de Connie. Cuando estaba con un paciente, concentraba toda su atención en él.

Esa mañana se sentía más cómoda en el despacho; lo que no significaba que se hubiese tomado una barrita de chocolate, pues ni siquiera pensó en ello. Las de Callard & Bowers estaban bien. Había probado alguna, pero eran los dulces de Connie. Y la comodidad de esa mañana procedía de que sentía más suyo aquel lugar.

Lo había conseguido desperdigando sus papeles, dejándolos por todas partes. A Connie no le habría gustado nada. Pero ella no era Connie. No era una maníaca del orden. Organizada, sí. Sabía qué había en cada montón de papeles. Pero eran sus papeles, y estaban junto a su ordenador, con sus libros

en los estantes que tenía a la espalda. Y esos eran sus pacientes. Les debía toda su atención.

Así pues, no pensó en otra cosa que en ellos hasta que se fue el último. A esas alturas, eran ya las seis, y estaba mentalmente agotada. Necesitaba relajarse un poco. Meg había preparado café con hielo y ella se lo llevó al jardín.

El ambiente era cálido y húmedo.

Jordan estaba podando los setos.

Le sorprendió encontrarlo allí. Seguía siendo martes, y ya no tenía que regar las balsaminas. Quiso hacer un comentario sagaz, pero estaba demasiado cansada. Llevó el café hasta la mesa del patio, se sentó en una silla y lo observó trabajar.

Llevaba la misma ropa desaliñada de la mañana. Tenía el cabello húmedo, barba incipiente, los vaqueros estaban sucios en las rodillas y el trasero. El sudor había oscurecido la camiseta y hacía que su piel brillase.

Pensó en preguntarle si quería algo fresco de beber, pero no era un invitado en su fiesta.

A pesar de que no la miró, ella supo que él era consciente de su presencia; y ella, relajada, no dejó de mirarlo, presa de una agradable pereza.

Él se tomó tiempo, cortando una rama aquí y otra allá. Dejó lo que había cortado a un lado, dio un paso atrás y observó el seto, se inclinó y cortó dos o tres ramitas más. Se enjugó la frente con el antebrazo. Minutos después, se pasó el dorso de la mano por el puente de su nariz. Su cabello estaba desordenado y húmedo. Sus hombros mostraban un par de arañazos. Sin duda tenía calor.

Casey sintió lástima por él y se disponía a preguntarle si quería beber algo cuando lo vio dejar las tijeras de podar y sacarse la camiseta. Se secó la cara con ella, la arrojó a un lado, recogió las tijeras y prosiguió con su tarea. Al cabo de unos minutos volvió a dejar las tijeras. En esta ocasión, fue en busca de la manguera —que había estado vertiendo agua sobre la tierra de los setos— la colocó sobre su cabeza, alzó la cara y dejó que el agua corriese por ella, descendiese por su torso y se metiese dentro de sus vaqueros.

Fue un espectáculo fascinante. Casey apenas podía respirar, pues no quería perderse ni un solo segundo. Jordan tenía un cuello fuerte, con una nuez de Adán bastante prominente. Su pecho era musculoso y estaba cubierto de vello. Sus vaqueros estaban lo suficientemente bajos para dejar a la vista una flecha de vello. Apremiar los rastros que había dejado el agua sobre todo ello, la dejó embelesada.

Y él lo sabía. Casey estaba segura de ello porque no la había mirado ni una sola vez. Ella había notado el calor de su mirada aquella mañana. Ahora estaba jugando a hacerse el distante. No hizo ningún gesto delator, pues se le daba muy bien ese juego. Pero lo que ella quería era que todo quedase claro. No estaría nada bien que se sintiese atraída por él y que él no experimentase otro tanto.

La atracción no correspondida existía, era un hecho. El pobre Dylan se sentía atraído por ella, pero ella no sentía nada por él. Y eso se debía, se dijo en un arrebato de ironía, a que se había estado reservando para el jardinero de su padre. La química estaba actuando. Su cuerpo podía sentirla. No conseguía recordar que hubiese experimentado semejante atracción física por otro hombre. Ver trabajar a Jordan suponía un placer que, sin duda, tenía que ser pecado.

Cuando acabó con su ducha particular, Jordan dejó la manguera en el centro de uno de los setos y siguió podando; y ella siguió observándolo. Casey no hizo más movimientos que llevarse el vaso a la boca para beber el café helado, se limitó a permanecer sentada y a admirar aquel cuerpo mientras se inclinaba, se volvía, cogía y tiraba.

A medida que fueron pasando los minutos, sin embargo, el placer empezó a desvanecerse, dando paso a algo más oscuro, semejante a una tormenta de verano. Sabía reconocer la soledad cuando se presentaba, había vivido con ella durante mucho tiempo, había llegado a sentirla intensamente. Ahora, como fruto de un profundo deseo, la sintió con más fuerza y provocó una mayor tristeza en ella, y no estaba preparada para eso. Cuando sus ojos se llenaron de lágrimas, no pudo hacer nada por detenerlas. Tampoco podía irse. No sabía si se debía a lo repentino de sus emociones o a la fatiga de la jornada de trabajo, pero algo la mantenía sujeta a la silla. Mortificada, apretó los dedos contra el labio superior.

Aquel movimiento llamó la atención de Jordan. La miró, frunció el ceño y echó a andar hacia ella.

Sin saber qué hacer, Casey se inclinó, hundió la cara entre sus rodillas, y se echó a llorar en silencio. Quería detenerse, lo deseaba con desesperación, porque no era ese el lado de sí misma que quería que Jordan viese. Pero había anhelos mayores contra los que ese pequeño deseo nada podía hacer.

Casey quería estar con alguien. Quería una familia. Quería ser amada.

Jordan, sin duda, no era el hombre adecuado. La atracción física no era garantía de que una relación funcionase. Aunque en ese momento, consumida como lo estaba por la soledad, le habría gustado que él la abrazase, que la abrazase con fuerza hasta que la soledad desapareciese.

Aunque tenía la cabeza inclinada, sabía que Jordan estaba justo enfrente de ella, agachado.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó él, pero la amabilidad que destilaba su voz no hizo sino incrementar el dolor de Casey.

¿Qué podía hacer ese hombre? No podría conseguir que Caroline despertara o que Connie resucitase, y ella no podía empezar a contarle la historia de su vida. Él no era su psicoterapeuta. Ni siquiera era un amigo.

Meneó la cabeza.

De pronto sintió un roce, tan leve en un primer momento que creyó que lo estaba imaginando, pero después se hizo más firme. Era la mano de Jordan, acariciándole la cabeza, aportándole un sorprendente consuelo. Durante unos instantes, al menos, no estaba completamente sola.

Casey no se movió, no quería que él apartase la mano. Poco a poco, las lágrimas fueron remitiendo. Aparte de los ocasionales suspiros, se fue calmando.

—Acabaré el trabajo mañana —dijo Jordan con el mismo tono amable de voz. Segundos después, retiró la mano.

Ella no levantó la cabeza. Se sentía demasiado incómoda. En lugar de eso, lo oyó limpiar sus herramientas, llevarlas al cobertizo y salir del jardín. Oyó que ponía en marcha el coche, aunque todavía tardó unos minutos en partir. Solo cuando lo hubo hecho ella se incorporó, se enjugó las lágrimas con la mano y regresó a la casa.

Veinte minutos más tarde, sonó el timbre de la puerta. Casey había aliviado sus ojos con un trapo húmedo y había vuelto a maquillarse para sentirse más a gusto consigo misma. Aun así, esperó a que Meg abriese la puerta, pero Meg ya se había ido.

Bajó las escaleras y miró por la ventanita lateral. Se trataba de una mujer de cabello oscuro y piel morena. Vestía blusa y mallas, llevaba un montón de papeles bajo el brazo y tenía la piel más bonita, y el vientre más abultado, que Casey hubiese visto nunca, aunque el resto de su cuerpo era elegantemente esbelto.

Casey abrió la puerta con una sonrisa cautelosa.

La sonrisa que recibió a modo de respuesta fue más espontánea.

—Soy Emily Eisner, y venía a darte la bienvenida al barrio. Conociste a mi marido, Jeff, el otro día. Vivimos en esta calle, cuatro casas más abajo.

—Me acuerdo de Jeff. Dijo que estabas muy embarazada, pero no dijo que eras tan hermosa.

—Apuesto lo que quieras a que tampoco mencionó que soy negra —dijo Emily con una franqueza que Casey valoró al instante—. A la gente le sorprende. Creo que soy la primera de mi especie en este barrio que no se dedica al servicio, no sé si me entiendes.

Casey la entendía. Alargó la mano hacia ella.

—Soy Casey Ellis. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo —respondió Emily estrechándole la mano—. Jeff no sabía que eras familia del doctor Unger. No estaba al corriente de los chismorreos de los criados. Mi más sentido pésame.

—Gracias. Pero, a decir verdad, no lo conocía.

—No importa. Era tu padre. Una pérdida es una pérdida. Sé que te has mudado aquí y que tienes mucho que hacer, pero quería devolverte esto. —Le entregó los papeles; eran libros, como Casey comprobó—. Es música. El doctor Unger y yo solíamos intercambiarla. Esto era suyo.

Casey los aceptó.

—¿Tocas el piano?

—No tan bien como él. Estudié, pero nunca había tenido tiempo para practicar hasta ahora. De hecho, creo que me moriría de aburrimiento si no fuese por el piano. Yo trabajaba, pero llegamos a la conclusión de que preferíamos tener un hijo a ganar algo más de dinero. He sufrido dos abortos en tres años, así que estoy siendo extremadamente cautelosa con este.

—¿Por qué no pasas y te sientas? —la invitó Casey.

—Oh, no —repuso Emily con una sonrisa—. Me encanta estar de pie. —Hizo una pausa y, ahora seria, añadió—: Solo quería que supieses que echaré de menos a tu padre. No se relacionaba mucho con la gente de la calle. Yo era una de las pocas que podía llamar siempre a su puerta. Le oí tocar un día y no pude resistirme.

—No sabía que tocaba hasta que vi el piano. ¿Y dices que tocaba bien?

Emily volvió a esbozar una sonrisa.

—Era... preciso. No poseía cualidades naturales, no podía coger una partitura y ponerse a tocar sin más. Tenía que trabajarla, que estudiar y practicar y practicar y practicar, pero obtenía buenos resultados.

—¿Había estudiado piano?

—No, que yo sepa.

—¿Nunca?

—Eso fue lo que me dijo, lo que resultaba aún más destacable. O sea, lo había conseguido por su cuenta. Perfectamente podría haber tocado en una orquesta de cámara, pero no creo que nadie aparte de Meg o de mí misma le

oyese tocar. Era como si para él el hecho de tocar el piano fuese una cuestión totalmente personal.

—Era vergonzoso —dijo Casey, por primera vez no era una crítica sino una observación.

—Mucho. Nunca hablamos demasiado, solo tocábamos.

—Has dicho que intercambiabais música. ¿Tenía él algo tuyo?

—Unos cuantos libros —Emily hizo un gesto para restarle importancia—. Pero ya los recuperaré otro día.

—¿Sabes dónde podrían estar? —preguntó Casey.

—En el banco del piano. Todo lo guardaba ahí.

—Bueno, entonces será fácil encontrarlos —dijo Casey mientras dejaba que Emily cruzase el recibidor camino del salón. En un extremo, tras la sombra del piano, estaba el banco. Era de la misma madera noble que el piano, y tenía tapizado el asiento. A Casey jamás se le habría ocurrido abrirlo.

De hecho, lo que le sorprendió fue que pudiese cerrarse, ya que había tres pilas de partituras. Y para su sorpresa descubrió un sobre grande debajo de ellas.

Capítulo 9

Little Falls

Con un pie apoyado en el suelo y el casco sobre el muslo, el motorista le dijo:

—Es un poco tarde para andar sola. —Tenía una voz potente, por lo que no necesitó alzarla.

Jenny no se movió.

—Además, hace frío —añadió—. ¿Dónde está tu acompañante?

—Yo, eh... se ha ido.

Él miró de soslayo hacia la niebla.

—¿Va a venir a buscarte alguien?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces será mejor que subas. —El motorista le hizo espacio en el sillín.

Jenny no pudo hacer otra cosa que seguir mirando. Reconoció la chaqueta y las botas. Y el casco. Vio que llevaba vaqueros, y barba de tres días. Su pelo era tan negro como la chaqueta, las botas y la moto. Y, de cerca, parecía más corpulento, peligroso incluso.

Darden lo habría odiado por ser más grande y joven que él. Se habría sentido amenazado.

Jenny se pellizcó en el codo. No era un sueño; el dolor era real: el atractivo motorista seguía allí. Cruzó el claro antes de que se arrepintiera de su ofrecimiento.

La cuestión era cuál sería la mejor manera de montar en la moto. Nunca antes lo había hecho, y el vestido que llevaba no ayudaba en absoluto. Tras sopesar las posibilidades, alzó una rodilla y la pasó al otro lado. Se arregló el vestido y se acomodó en el sillín.

—No está mal —señaló él.

Jenny creyó apreciar que parecía sorprendido.

—Gracias —dijo.

—Ponte esto. —Cogió los zapatos que ella llevaba en la mano y le entregó el casco.

—¿Y tú que te pondrás?

—Nada.

—Pero...

—Si nos estrellamos y te matas, tendría que cargar toda la vida con la culpa. Así que será mucho mejor que si eso ocurre me mate yo.

Jenny podía identificarse con ese pensamiento; le pareció bien. Sabía lo que era sentirse culpable: ella siempre se sentía así. Pero no insistió en el tema, se colocó el casco, que olía deliciosamente a hombre, y entonces, las manos del motorista —unas manos grandes y hábiles— la cogieron por detrás de las rodillas para que lo apretase más con los muslos. Estaba intentando recuperarse de la impresión cuando él levantó el pie del suelo y se pusieron en marcha adentrándose en la niebla.

Jenny notaba los latidos del corazón en la garganta. Se agarró a los costados de la chaqueta de él, mientras iban cada vez más rápido hasta que lo único que tuvo sentido fue abrazarse a aquel hombre como quien se aferra a la vida. Estaba aterrorizada, pero si se hubiesen detenido y él le hubiese propuesto que se bajase, ella se habría negado. Era algo demasiado bueno para dejarlo escapar.

Al poco, disminuyó la velocidad. El motorista apoyó un pie en el suelo y se detuvieron. Jenny estaba preparándose para resistir, decidida a no ceder, cuando notó que se movía. Oyó el sonido de una cremallera y el roce del cuero. Le tendió su chaqueta.

—Será mejor que te pongas esto. Estás temblando de frío.

Tenía razón, aunque también podía deberse a la humedad, el miedo, el alivio o la alegría. Seguramente esto último. Solo después de ponerse la chaqueta, que era muy grande y también muy cálida, se dio cuenta de que él no llevaba otra cosa que una camisa de algodón.

—¿Y tú qué...?

—Tengo calor de sobra. —Volvió a encender el motor. La moto se puso en marcha derrapando sobre la grava y lanzando un rugido.

Jenny le abrazó ahora con más facilidad. No tenía barriga cervecera, su vientre era plano como una tabla y desprendía un agradable calor que notaba en las palmas de las manos.

Se preguntó de dónde vendría. Se preguntó hacia dónde iría y si podría quedarse, y en caso de quedarse, si lo haría por mucho tiempo.

Llegaron a un cruce. Ella le indicó el camino, y después volvió a hacerlo cuando llegó el momento de girar otra vez. A esas alturas, había dejado de sentir miedo. Admiraba el modo en que él controlaba la moto y estaba relajada. La noche había acabado haciendo desaparecer todo los aspectos desagradables de su vida. Lo único que le importaba ahora era ese hombre, su moto y la increíble sensación de que algo bueno estaba a punto de suceder. Mientras recorrían el último trecho hasta su casa, Jenny supo que todo aquello formaba parte del destino.

Cuando llegaron al sendero de entrada y se detuvieron ante la puerta lateral por la que solía entrar, ella se quitó el casco y sacudió la cabeza. Pero él no hizo el menor gesto de bajarse de la moto.

—¿Es aquí? —preguntó.

—Sí.

Él la miró intentando hacerse una idea de sus rasgos bajo la escasa luz del porche.

—¿Hay alguien en casa?

Ella desvió la mirada. La dirigió hacia la neblinosa línea que señalaba el garaje donde estaba aparcado el viejo Buick de Darden.

—Sí —contestó en tono vacilante.

—No quiero hacerte daño —dijo él con amabilidad—. Solo me preguntaba por qué no quieres entrar. Si la casa está vacía y eso te pone nerviosa, yo puedo entrar contigo.

—No —repuso ella, y se sintió tonta—. No es necesario. —Pero le gustaba llevar puesta su chaqueta, y le había gustado sentir sus muslos apretados contra él. No quería que se fuese. Se bajó de la moto y dijo—: ¿Quieres entrar?

Él la miró durante un instante, después meneó la cabeza.

—No soy la clase de hombre al que te gustaría tener en tu casa durante mucho tiempo.

Ella miró hacia lo lejos. Era una negativa muy considerada. Pero la consideración era algo nuevo para ella, de modo que preguntó.

—¿Por qué no?

—Porque no, sencillamente.

—¿Por qué?

Él suspiró.

—Porque solo estoy de paso. Los tipos que están de paso actúan sin pensar. Son solitarios. Y como están solos, se vuelven egoístas. Yo soy

egoísta, esté solo o no. —Volvió a menear la cabeza—. Si fuese tú, no me arriesgaría.

Pero Jenny no tenía alternativa.

—¿De dónde eres? —preguntó intentando que pareciese algo casual, como si quisiese trabar conversación, como si hiciese esa clase de cosas constantemente. No quería que él descubriese que estaba desesperada.

Por otra parte, ansiaba conocer la respuesta. Él no era de por allí, podía asegurarlo por su manera de hablar. Y también por su aspecto misterioso. No lograba dejar de mirarlo.

—¿Te refieres a dónde nací? —preguntó—. En el Oeste.

—Vaya. ¿Dónde?

—Wyoming. Justo al sur de Montana.

¡No podía creerlo! Siempre había soñado con ir a Wyoming, justo al sur de Montana. Caballos, ganado, búfalos. Amplios espacios abiertos. Gente amistosa que vivía y dejaba vivir.

—No voy por allí desde hace tiempo —añadió el motorista.

—¿Tienes familia en Wyoming?

—Me temo que sí.

No podía creerlo. Era un sueño.

—¿Mucha familia?

—Mucha familia —respondió él—, muchas responsabilidades, mucho sentimiento de culpa. Como te he dicho. No voy por allí desde hace tiempo.

—¿Y dónde has estado?

—Aquí y allí.

—Esos lugares no salen en mi mapa.

Él hizo un ruidito que bien podría haber sido una risa si hubiese abierto la boca.

—Dime dónde —insistió ella. Había hablado con él mucho más de lo que lo había hecho con cualquier otra persona en el último mes, y él no se había ido, ni la miraba como si estuviese sucia.

—Atlanta, Washington, Nueva York, Toronto.

—¿Y qué hacías en todos esos sitios?

—Demostrar que era más listo que cualquier otro tipo.

—¿Y lo eras?

—Ya lo creo.

—¿Y qué haces aquí?

La miró fijamente a los ojos.

—Intentando descubrir por qué ser un tipo listo no me hace feliz.

—¿Has encontrado la respuesta?
—No. Sigo buscándola.
Ella observó sus ojos, y apreció algo acogedor en ellos.
—¿Tienes hambre?
—También estoy cansado. Llevo conduciendo desde el amanecer.
—Puedo prepararte algo de comer.
—Eso significaría que tendría que entrar en la casa, y ya te he dicho que no creo que sea una buena idea.
—Solitario y egoísta.
—Ajá.
—¿Qué significa eso?
—Que supongo que sí.
—Pues yo no lo sé.
Pasó un minuto antes de que él dijese:
—Tú no lo crees, ¿verdad?
Ella negó con la cabeza.
—Te vi en el baile. ¿Lo sabías? —dijo él.
Ella asintió.
—Bueno, no vi a nadie más —añadió él—. No habría podido. No desde el momento en que te vi.
Jenny no le creía.
—Tuviste que ver a Melanie Harper —dijo—. Estaba en las escaleras. Una rubia con... —Hizo un gesto para indicar que Melanie era exuberante.
—Las rubias no son tan interesantes como las pelirrojas.
Jenny se tocó el pelo, dispuesta a contestar, pero la cara de él le dijo que no lo hiciese. De modo que sonrió, y luego se echó a reír. Después se cubrió la cara con una mano.
Él le bajó la mano.
—Llamas mucho la atención.
De nuevo, habría replicado si él no la hubiese mirado dando a entender que sobraban las palabras. A continuación le miró los pechos; fue solo un segundo, pero se trataba de una mirada intencionada.
—Es por el vestido —dijo Jenny.
Él meneó la cabeza.
—Así que será mejor que no entre. Hace muchísimo tiempo que no como comida casera. —Su voz era una especie de rugido que casaba con la imagen que ella se había hecho de Wyoming, justo al sur de Montana.
Jenny se olvidó de todo lo relativo a su cabello y sus pechos.

—La comida casera es mi especialidad. Tengo un servicio de comidas a domicilio. —Era una pequeña mentira, solo había cambiado una palabra—. Mañana tengo un almuerzo y resulta que he preparado albóndigas. Están en la nevera. Puedo calentarlas ahora mismo.

—¿Albóndigas caseras?

—Sí, con pimienta, cebolla y berenjena.

Él dejó escapar un gemido.

—Si me las comiese, ¿qué servirías mañana en el almuerzo?

—Tengo tantas que podría servirte docenas y aun así me quedarían.

Él parecía estar considerando seriamente la oferta.

—Por favor —dijo Jenny intentando no parecer desesperada. Pero era tan guapo, tal como había imaginado que debía ser el hombre que conocería esa noche, y además ella parecía gustarle.

Se pellizcó de nuevo en el codo y sintió el dolor. No estaba soñando. Y sí, ella le gustaba. La manera en que la miraba se lo revelaba. Tenía que quedarse. Si se iba ahora, ella moriría.

—De acuerdo —dijo él—. Solo para comer. Si no es demasiado engorro.

Jenny se volvió, ascendió los escalones y entró en la cocina sin mirar atrás. Como llevaba consigo el casco y la chaqueta, sabía que él la seguiría. Dejó el casco sobre la encimera y se dirigió a la nevera. Dentro había cuatro bandejas de albóndigas. Sacó dos de ellas y encendió el fuego.

La puerta de la cocina se cerró. Jenny se quedó sin respiración al darse la vuelta. Hacía muchos años que un hombre no entraba allí, y este era incluso más alto de lo que había creído. Debía de medir más de metro noventa. Y era robusto. Y guapo; tal vez no tan perfecto como Tom Cruise o Brad Pitt, pero era lo mejor que había visto por Little Falls. Además, había recorrido el país y se apreciaba en sus ojos, que hacían que pareciese aún más corpulento.

Ella tragó saliva e intentó pensar en algo que decir. Miró alrededor, pero no encontró nada que la inspirase.

Él le echó una mano:

—Tu cocina está muy limpia.

Ella se aclaró la garganta.

—Siempre limpio después de cocinar. Preparé las albóndigas esta tarde. Y también pastas de limón, para el baile. —Deseó haber tenido alguna para ofrecérsela, pero habían desaparecido todas, sospechosamente rápido, justo después de ponerlas en la mesa de los refrescos. Así que tal vez las viejecitas se hubiesen deshecho de ellas. Toda una pérdida. Aquel hombre se las habría comido sin desperdiciar una sola miguita.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jenny.

—Pete.

Pete. Le gustaba. Sonaba real.

—Yo me llamo Jenny.

—El tipo del porche no te llamó así.

Ella respiró hondo.

—¿Lo oíste? ¿Qué más oíste?

—Solo el final de la conversación. Se estaba poniendo pesado. Un minuto más de quejas y me habría visto obligado a cerrarle la boca.

A Jenny se le subieron los colores. Nadie la había defendido nunca. Era tan perfecto que no podía resistirlo, tan alto y tan guapo que sus ojos no sabían dónde posarse. Querían pasar de largo, pero recalaron en su pecho.

—Oh, Dios. Tu camisa está húmeda. ¿Quieres una seca? Mi padre tiene un montón en su armario. —Secas y perfectamente planchadas. Pero Pete no querría una camisa planchada. Si fuese de ciudad tal vez sí, pero era de Wyoming, justo al sur de Montana. La que llevaba puesta era de batista, según apreció. Era una camisa suave que no necesitaba planchado.

Quería tocarla otra vez, como lo había hecho mientras iban en la moto, aunque temía que él pensase que era una lanzada. En lugar de eso, señaló hacia el recibidor.

—El lavabo está ahí, a la derecha. ¿Te apetece una cerveza?

—Claro —repuso él, y entró en el lavabo.

Jenny metió las bandejas en el horno y dejó la puerta medio abierta. Empezó a sentir calor. Se apartó y se llevó las palmas de las manos a las mejillas. Estaban calientes, y sin duda tenían que estar coloradas, imaginó. Pero no le preocupaba, esa noche no.

«No vi a nadie más. No habría podido. No desde el momento en que te vi».

Intentó conservar la calma, pero tenía una sensación de inminencia tan intensa que temía que fuese a explotar de un momento a otro a causa de los nervios, lo que le llevó a abrir la nevera casi bailando. Había allí cuatro *packs* de cerveza Sam Adams, que había comprado por orden de Darden como anticipo de su regreso. No había pensado en beberse una. Si Darden se enteraba le preguntaría dónde había ido a parar, y si le suponía un problema, podría emprenderla con Pete.

Pete no se enfadaría por semejante tontería, por supuesto. Apareció precisamente en ese momento.

—Estoy impresionado —dijo con su voz de barítono—. Por el aspecto del espejo, debes de ser una chica muy popular.

Su apariencia volvió a sorprenderla. Ahora se había refrescado la cara y se había peinado con los dedos el espeso y oscuro cabello. Tenía mejor aspecto aún que antes.

—Debes de tener un montón de amigos —dijo.

Ella le dio una tarjeta de la empresa de Miriam.

—Los amigos te salen de todas partes cuando preparas comida. —Le tendió la botella de cerveza.

Él la cogió por el cuello pero no bebió, sino que se limitó a sostenerla y mirar a Jenny.

—Un negocio de comidas a domicilio, ¿eh?

Dile la verdad, pensó ella.

—Comida a su Medida.

—Bonito nombre. ¿Desde cuándo lo tienes?

La verdad, Jenny.

—Llevo trabajando —miró hacia el techo—... desde hace cinco años. —No había mentido. Había acabado el instituto un año después de lo que le tocaba debido a la muerte de su madre, y de inmediato Dan la había puesto a trabajar con Miriam—. Comenzamos con encargos locales. Después empezó a llamarnos gente de fuera. Ahora, a veces tenemos que conducir dos o tres horas. Organizamos una fiesta en Salem. Está justo al sur de Boston.

Él le echó un vistazo a la cocina.

—No preparas toda esa comida aquí, ¿verdad?

—Oh, no. Tenemos un local muy grande en el pueblo. Y coches y una furgoneta. —Se lo dijo porque supuso que se lo estaba preguntando—. Mantengo los muebles viejos en esta cocina a propósito. Me recuerda mis raíces. Aquí aprendí a cocinar. —No sabía por qué había dicho eso. De acuerdo, era la verdad, pero prefería no recordarlo.

Él parecía satisfecho.

—Resulta estimulante en estos tiempos escucharle decir a una mujer que sabe cocinar. Tú eres una de las pocas a las que he conocido que saben hacerlo, aparte de mis hermanas. Te gustarían.

Sin duda; por supuesto que le gustarían. Siempre había querido tener una hermana, y Pete tenía más de una.

—Me apuesto lo que quieras a que tienes un viejo libro de recetas familiares —dijo Pete.

—No. La mayoría de ellas pasaron de una generación a otra. —Jenny rememoró los gritos de su madre, como si todavía estuviese allí y no hubiese muerto hacía años. «Por todos los santos, MaryBeth, no hace falta tener mucha cabeza. Limítate a cortar lo que tengamos, échalo en la sartén con huevos y mantequilla y tendrás una comida».

Hizo un esfuerzo para sobreponerse a la desagradable impresión que le producía el recuerdo.

—¿Cómo es Wyoming?

—Grande y abierto.

Ella respiró tranquila.

—¿Cuántos sois de familia?

—¿En la actualidad? Tres abuelos, mis padres, cinco hermanos, cuatro cuñados y cuñadas, y once sobrinos y sobrinas. ¿Y tú?

—Ninguno.

—¿Ninguno?

—Mis padres murieron. —¿Debería de darte vergüenza, Jenny!, se dijo—. No. Eso no es cierto. —Se miró las manos—. Mi padre está vivo. Pero se fue hace un tiempo.

—¿De quién son esas cosas que hay en el colgador?

En el recibidor. Lo había olvidado. Dos chaquetas de Darden, su chubasquero y, en el suelo, sus botas, todo ello limpio y nuevo, porque, de hecho, era limpio y nuevo. Jenny lo había sacado del garaje y lo había aireado y cepillado y lo había dejado en el colgador hacía una semana, de ese modo Darden tendría la impresión de que habían estado allí todo el tiempo, que era lo que él quería.

Oyó un chisporroteo.

—Ay, Dios —dijo con voz entrecortada. Abrió de inmediato la puerta del horno. Las albóndigas estaban algo más que listas. Las dejó sobre los fogones y sacó un plato y un tenedor.

—¿Puedo echarte una mano?

Ella negó con la cabeza y señaló hacia una de las sillas. Al poco, dejó sobre la mesa un plato con un montón de albóndigas.

Él dio cuenta de cuanto le sirvió y repitió dos veces; y no es que las engulliese sin masticar, pues hacía gala de buenas maneras en la mesa. Cuando se detuvo fue para alabar lo buena que estaba la comida.

A Jenny le alegraba el mero hecho de sentarse a verle comer, de sonreír cuando la miraba y de volver a llenarle el plato. Mientras tanto, siguió

pellizcándose el codo, porque jamás había tenido una suerte como aquella, y quería que fuese real.

—Esto es lo mejor que he comido en muchos años —dijo Pete cuando finalmente echó la silla hacia atrás—. Me he comido todas las albóndigas. ¿Estás segura de que no te he metido en un lío? ¿Qué servirás mañana?

—Tenemos más —repuso Jenny cogiendo el plato y dejándolo en el fregadero. Lo lavó y lo aclaró con agua, y se disponía a dejarlo en el escurridor cuando él pronunció su nombre. Ella se volvió. Estaba mirándole la parte posterior de los muslos. Se alisó el vestido—. ¿Qué?

—¿Qué son esas marcas?

—Oh, nada. Tuve un accidente cuando era pequeña. —Se le encendieron los ojos—. ¿Quieres ver una cosa?

—Sí, claro.

Lo llevó al recibidor y subieron las escaleras. Pasaron por su dormitorio, pero eso no supuso un problema. Jenny actuó con normalidad, como si entrasen hombres en él constantemente, y lo parecía, con aquella cama enorme y las sábanas de seda que Darden le había comprado, bien que a precio de saldo.

Miró a Pete con expresión tranquilizadora, abrió la puerta del armario, hizo a un lado el viejo edredón que colgaba de la barra y bajó la escalera que conducía al desván. Allí arriba, el espacio entre las fuertes tablas y el tejado era escaso. Abrió la ventana con facilidad. Dios sabía que Jenny hacía eso con bastante frecuencia. Se sentó en el alféizar y dejó las piernas colgando por fuera.

—Jenny, ¿qué estás haciendo? —le preguntó Pete.

Ella estiró las piernas y se dejó ir.

—Dios mío, Jenny...

Sus talones desnudos se adaptaron al canalón con facilidad. Se desplazó un poco hacia un lado hasta alcanzar las tejas y enfilear la vertiente abierta del tejado, después se desplazó un poco más para hacerle sitio a Pete.

—Jenny —le advirtió él desde la ventana, tal como hacía Dan O’Keefe cada vez que la veía en el tejado y se dirigía a él.

—Mira qué vistas —dijo ella con una sonrisa—. ¿Qué te parece? ¿No es genial?

Pete sacó una pierna. Metió la bota en el canalón.

—Veo niebla.

—Espera. La niebla desaparecerá.

Sacó la otra pierna y la estiró. Se colocó junto a Jenny sin esfuerzo y se apoyó en los codos, como ella.

La niebla se dispersó.

—Parece un pueblo de juguete —dijo Pete—. Explícame qué es lo que estamos viendo.

Ella señaló.

—La línea de luces es el centro del pueblo. Las luces pequeñas son las calles laterales. ¿Ves aquello? Es la escuela. ¿Y aquello de allí? La biblioteca. Y la aguja de la iglesia.

—¿Qué es eso? —Pete señaló hacia el este.

—La cantera. Hace cien años sacaban granito de ahí. Cuando lo dejaron, el enorme agujero que había se llenó de agua, y así la gente del pueblo tiene un lugar donde ir a nadar. La leyenda dice que si se quiere que un matrimonio funcione, hay que ir allí a pedir la mano de la chica. A mí lo que me gustaría es bañarme a medianoche, con la luna y las estrellas y todo eso. Las luces que ves son de los coches. La gente aparca justo detrás del límite.

—¿Para nadar?

—No exactamente.

Él sonrió, lo que hizo que Jenny sintiese un nudo en el estómago.

—Ajá. Amantes. Claro. ¿Has estado allí alguna vez?

—Docenas de veces —respondió ella despreocupadamente, como si en efecto fuese una chica muy popular. Pensó entonces en Selena Battles, que sí había estado allí docenas de veces. No quería que Pete pensase que era como ella. De modo que confesó—. Es mentira. Solo he estado allí en un par de ocasiones. —Hizo una pausa y añadió—: Para nadar. A plena luz del día.

Él sonrió de nuevo, mostrándole sus grandes y brillantes dientes, provocando que algo en el interior de Jenny se agitase.

—Me alegra saberlo —dijo.

Le encantó oír esa frase. Quería gustarle. Y como él había sonreído cuando le dijo la verdad, prosiguió:

—Y te mentí respecto a lo de tener un negocio de comidas a domicilio. Trabajo en ese negocio, pero no es mío.

—Pero sabes cocinar.

—Sí.

—Y sirves y limpias y haces todo lo que hace tu jefe.

Ella asintió.

—Entonces también es tu negocio —concluyó él—. Y, en cualquier caso —le echó un vistazo al pueblo—, no necesitas tener tu propio negocio con

estas vistas tan estupendas.

—Sí —dijo ella con una sonrisa de satisfacción—. Tengo estas vistas. —Sabía que él lo entendería. Por ese motivo lo había llevado allí arriba. Cruzó las piernas, respiró hondo, llenándose por completo los pulmones por primera vez en mucho tiempo, y disfrutó del momento—. Dicen que es peligroso subirse aquí. Que podría caerme. Pero no me asusta. Además, aquí me siento importante. Son mis vistas. Puedo mirar o cerrar los ojos o incluso darme la vuelta. Puedo hacer lo que quiera. Aquí arriba decido yo.

—La mayoría de gente, a eso lo llama poder —apuntó Pete.

—Yo lo llamo libertad —dijo Jenny.

—Es como estar en lo alto de la colina que hay sobre el rancho, con la tierra firme bajo los pies y el cielo infinito y las estrellas y la luna. Es un poco como la cantera pero sin agua. Te gustaría.

Sin duda. Pero la libertad sería diferente si estuviese allí con Pete. Como lo era estando sobre el tejado con él. Era menos solitaria. Más completa. La libertad de estar y la libertad de disfrutar.

—Pasa la noche aquí —susurró ella. Cuando sus ojos se encontraron con los de Pete, agregó—: Solo para dormir. Dijiste que estabas cansado. Tengo una habitación libre.

—Sería una molestia.

—No.

—Apenas me conoces.

—Te conozco lo suficiente.

Pasó por encima de él —¡Dios del cielo! Notó el calor y la fuerza de su cuerpo debajo del suyo— y regresó al desván. Pero él bajó primero las escaleras y apartó el edredón para que ella pudiese pasar sin dificultades.

Lo instaló en la habitación para invitados y regresó a su cuarto. Dejó la puerta abierta, se quitó el vestido que tan buen servicio le había hecho esa noche y lo colgó con cuidado. Se puso el camisón y se metió en la cama, sabiendo que él dormía al otro lado del distribuidor.

Pero las sábanas de seda parecían chirriar, de modo que se incorporó, totalmente despierta. Sus ojos se posaron en una revista abierta sobre la silla. La cogió y fue pasando las páginas, visitando de nuevo Jeffrey City, Shoshoni, Casper y Cheyenne. Cuando acabó con ella la dejó en el estante.

La noche era tranquila. En medio de la habitación, intentó oír los latidos del corazón de Pete. Pero sus propios latidos resonaban con demasiada fuerza,

revelando la emoción que la embargaba. En el pasado, se habría debido al miedo y la frustración, pero esa noche la causa era algo nuevo y maravilloso.

Se sacó el camisón. Con las yemas de los dedos tocó el espacio que se formaba entre sus pechos. Cerró los ojos. Echó la cabeza hacia atrás. Imaginó que Pete la miraba, que la amaba, y con esa fantasía llegó una satisfacción interior que casi la hizo gritar.

Pero no quería hacerlo. No quería despertarlo. Así que descolgó el viejo edredón que él había tocado y, todavía desnuda, se envolvió con él. Después se tumbó en el suelo y apoyó la cabeza en aquella acolchada almohada de esperanza.

Capítulo 10

Jenny se levantó con las marcas de la almohada en la cara y sabiendo que Pete se había marchado.

—Bueno, ¿qué esperabas? —le preguntó a su propio reflejo en el espejo con la boca llena de pasta dentífrica—. ¿Por qué iba a quedarse contigo pudiendo tener a quien le apetezca, una mujer, por ejemplo, diez veces más guapa, más lista y más limpia que tú? —Escupió en el lavabo—. ¡Tienes suerte de que se quedase tanto tiempo! —Se enjuagó la boca una vez, dos veces, e incluso tres veces, porque volvía a sentir el desagradable sabor del miedo.

Faltaban tres días. Haz algo, Jenny, se dijo. Pero ¿qué?

Fregó el baño, aunque estaba limpio. Fregó la cocina, aunque estaba limpia. Vació todo su armario, sacó toda su ropa y después volvió a meterla.

Finalmente, con su polo azul claro, sus pantalones cortos, calcetines altos y zapatillas de deporte, o sea, el uniforme de Comida a su Medida para las ocasiones informales, sacó las albóndigas de la nevera y las metió en la mochila hermética de Miriam. Se colgó la mochila del hombro y se encaminó hacia el pueblo.

La niebla era más ligera de lo habitual. No había andado mucho cuando el Pairlane de Merle Little pasó petardeando. Mantuvo la vista en un lado de la carretera para no tener que atender al siguiente saludo, pero los perros de los Booth la saludaron igualmente. Ya casi había llegado a la altura de la casa cuando salieron del porche y echaron a correr ladrando con todas sus fuerzas. No se mostró amistosa con ellos. Lo había intentado centenares de veces. Imaginaba que lo sabían todo sobre ella y que, al ser perros, sencillamente se mostraban menos comedidos que un ser humano a la hora de mostrar su desagrado.

—Oh, callaos —gruñó al pasar con la vista fija al frente. La puerta de los Johnson chirrió y tras ella creyó percibir que algo se movía. Cuando la niebla se disipó, pudo ver las flores del jardín de los Farina.

Jenny adoraba las flores. Los mejores días —los absolutamente mejores— eran cuando los floristas que trabajaban con la empresa de comidas a domicilio dejaban en la puerta algunas flores que habían desechado. A veces estaban marchitas. Pero otras veces, si no era muy tarde, Jenny podía llevarse un ramo a casa. Transformaban su cocina en un lugar de ensueño.

Las flores de los Farina eran hermosas, de innumerables colores y formas y tamaños que cambiaban con cada estación. Jenny no podía decir si prefería los colores rosas de la primavera, los rojos y azules del verano o los amarillos y púrpuras del otoño. En ese momento imperaban las maravillas y sus favoritas, las Susan de ojos negros.

Respiraba con dificultad y dio un respingo cuando uno de los abuelos Farina surgió de detrás de los macizos de ásteres.

—¿Crees que tú lo harías mejor? —la retó—. Bueno, pues no podrías. El verano ha sido tan seco que todo se ha marchitado. —Llevaba un bastón—. O sea que no me mires por encima del hombro, señorita. No tenéis ni una pizca de color en todo ese terreno vuestro. Es una desgracia. Todo es una desgracia.

No hizo caso de él, miró los abedules que crecían al otro lado de la carretera y siguió caminando. Al menos, los abedules no podían responderle. Tampoco podían convertir sus sueños en realidad, aunque bien sabía el Señor que se lo había pedido. Había escrito un deseo tras otro en trozos de corteza de abedul y los había arrojado al fuego, pero ninguno de sus deseos se había convertido en realidad.

Aun así, adoraba los abedules. En días como ese, sus troncos parecían perlas.

O piel.

Entornó los ojos. ¿Una chaqueta? ¿Unas botas? ¿Qué era aquello? Observó las franjas de sombra entre los árboles, y también la carretera.

Nada.

¿Quién va a salvarte ahora, Jenny Clyde?, pensó.

No lo sabía. No lo sabía. No lo sabía.

Dejó atrás la casa de Essie Bunch, los sonidos de la televisión, el ruido del cortacésped. Una casa más allá de la cocina de Comida a su Medida, Dan O’Keefe se acercó a ella.

—Me ha llamado John Mills. Es el agente de la condicional de Darden. Quería saber de ti.

A Jenny se le encogió el estómago. Se inclinó y dejó la mochila en la acera, se acuclilló a su lado y se entretuvo con la cremallera.

—¿Qué quería saber?

—Si trabajabas y, de ser así, si ibas a dejarlo cuando Darden regresase.

—¿Por qué iba a dejarlo?

—Para ayudar a que Darden volviese a poner en marcha su negocio. Darden debió de decirle que lo harías.

Jenny recordó lo que Dudley Wright le había dicho.

—Tal vez no vaya tan deprisa —dijo.

—Entonces, ¿seguirás con Miriam?

Tenía que hacerlo. No quería trabajar con Darden. No quería ver a Darden, ni oírlo, ni olerlo. No quería estar cerca de Darden.

—Voy a ofrecerle trabajar más horas. Para mantenerme ocupada, ¿sabes?

Era prácticamente su última esperanza, su última esperanza de que alguien como Pete la llevase a un lugar al que Darden no pudiese llegar. El regreso de Darden era su condena. Él había cumplido la suya, ahora le tocaba a ella.

Antes de que Dan pudiese empezar otra vez a decirle cosas que ella ya sabía pero que no podía cambiar, se puso en pie, cogió la mochila y se marchó.

—Oh, ojalá pudiese —le dijo Miriam cuando, finalmente, Jenny reunió el valor para pedirle más trabajo. Habían pasado cuarenta de los cincuenta minutos que duraba el trayecto a casa desde el lugar del almuerzo. El resto del equipo, otras tres personas, iban en el coche. Ella y Miriam iban solas en la furgoneta. El viaje había transcurrido en silencio hasta ese momento—. Pero supongo que es bueno que me hables de esto ahora. No sabía cómo sacar el tema.

A Jenny no le gustaba el modo en que Miriam la miraba.

—He decidido acabar con Comida a su Medida.

Jenny pensó que debía de haber oído mal. Permaneció inmóvil, deseando que aquellas palabras no fueran realidad.

—No voy a aceptar encargos después de final de mes —prosiguió Miriam—. Voy a cerrar.

El mensaje era el mismo, pero resultaba inimaginable.

—No puedes cerrar.

—Es lo que he estado diciéndome a mí misma. Soy feliz aquí, tengo buenos encargos y estoy haciendo dinero... Así que me di un mes más, y después otro mes, pero estoy en un punto en que o aumento la apuesta o lo dejo estar.

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Conoces a mi hermano, el que tiene un restaurante en Seattle? Ha estado pidiéndome que me vaya con él y me encargue de la cocina. Le he dicho que no podía irme de aquí, pero tendrá que cerrar si no hace algo drástico, y yo soy la única salida drástica que tiene, ¿entiendes?

Jenny no lo entendía. Lo único que entendía era que trabajaba para Comida a su Medida, y que si el negocio cerraba se quedaría sin trabajo. Y Darden estaba a punto de regresar.

Se sintió enferma. Tragó saliva una vez, y luego otra.

Miriam la miró, nerviosa.

—Nadie en el pueblo lo sabe todavía —dijo—. Iba a contártelo la semana que viene. Eso te daría algo de tiempo para encontrar otro empleo. Sé que no es un buen momento para ti, Jenny, pero no tengo alternativa.

Jenny quería encontrar alguna otra razón.

—¿Mis albóndigas no son lo bastante buenas?

—Tus albóndigas son estupendas. No tiene nada que ver contigo.

—¿Ha sido por el plato con la salsa de menta? —Se le había escurrido entre las manos.

—El plato con la salsa de menta... El vaso con los palillos... Hoy has tenido un mal día. Y creo que sé por qué.

Jenny colocó la palma de la mano sobre el estómago.

—Estoy un poco nerviosa.

—No tienes por qué estarlo. Es tu padre. No te pondrá la mano encima. Además, no es como si lo fueras a ver por primera vez.

Cierto. Jenny lo visitaba una vez al mes. Era un largo, sofocante y desagradable viaje en autocar, que ella habría realizado alegremente el resto de su vida con tal de que Darden se quedase allí.

Se volvió hacia Miriam con expresión suplicante.

—Su vuelta no cambiará nada. Estaré tan disponible como siempre. Te lo prometo. Lo que necesito es más trabajo.

—¿Y él? ¿Acaso no va a trabajar?

—No es por el dinero. Es por mantenerme ocupada. —Comida a su Medida era una de las pocas cosas buenas en su vida—. Dame más trabajo, Miriam. Trabajaré más duro. No tendrás que pagarme las horas extra.

Miriam esbozó una sonrisa de compromiso.

—Jenny, esto no tiene nada que ver contigo —repitió.

—Entonces, con Darden. Tiene que ver con él, ¿no es cierto? Temes lo que pueda pasar cuando vuelva. Pero él no te hará nada. No es un asesino.

—Jenny. —Miriam soltó un suspiro, con los ojos fijos en la carretera—. Por favor. No hagas esto más difícil de lo que es. Encontrarás otro trabajo.

—¿Dónde?

—¿Por qué no en el motel de Tabor?

Jenny meneó la cabeza. Un trabajo como ese estaba a años luz de lo que ella hacía para Miriam. Miriam la dejaba casi siempre en un segundo plano, e incluso cuando tenía que servir comida, era diferente. El menú era fijo. No había pedidos individuales. Rara vez tenía que hablar con los clientes.

Pero trabajar de camarera en un restaurante significaba atender a un millón de comidas distintas para un millón de personas distintas que tenían un millón de maneras distintas de decirte que apestabas. Trabajar de camarera significaba mirar a la gente a los ojos. Significaba estar expuesta, indefensa.

—No hay autocares hasta Tabor —dijo.

—Tu padre podría llevarte.

Oh, claro que podría. Le encantaría la intimidad que supondría el viaje en coche de ida y vuelta, le encantaría involucrarse en su vida de ese modo. También le encantaría atemorizar a cualquier amigo que ella pudiese tener, como había hecho antaño. Se volvería loca.

Miriam debió de sentir su aversión, porque dijo:

—Entonces, inténtalo en la panadería del pueblo. Annie está embarazada, y Mark necesitará a alguien para sustituirla.

Jenny miró por la ventanilla. Mark Atkins no la contrataría, y menos cuando Darden hubiese regresado.

—¿Jenny? —dijo Miriam mirándole el brazo—. ¿Qué es esa marca roja? No te habrás quemado a propósito, ¿verdad?

Jenny se frotó la marca que tenía en la parte interior del codo. No podía decirle que se debía a sus propios pellizcos, pues habría pensado que estaba loca. Así pues, respondió:

—Debo de haberme golpeado con algo.

—¿Hoy? ¿Mientras trabajabas?

—No. Anoche.

—Uf. Estaba preocupada. Las lesiones laborales son lo último que necesito ahora que voy a cerrar el negocio. Hoy en día, los empleados pueden denunciarte por las cosas más absurdas. No es que tú fueses a hacerlo. —Aminoró la velocidad cuando llegaron al centro de Little Falls, y luego giró a la izquierda. Después de aparcar bajo el toldo de Comida a su Medida, se volvió hacia Jenny—. Bueno. ¿Mañana, a las tres de la tarde? Nada de comida. Solo tú. Ponte la misma ropa, pero lávala. ¿De acuerdo?

Durante el trayecto a casa, Jenny intentó relajarse. Se concentró: pie izquierdo, pie derecho, pie izquierdo, pie derecho. Caminaba de forma regular: pie izquierdo, pie derecho, pie izquierdo, pie derecho. Apartó las preocupaciones de su mente, y volvió a hacerlo cuando quisieron regresar. Hizo absolutamente todo lo que la revista indicaba para calmarse: pie izquierdo, pie derecho, pie izquierdo, pie derecho. Aun así, sentía el estómago revuelto cuando subió los escalones y entró en la casa.

Vio las flores. Estaban encima de la mesa de la cocina, en una botella de plástico que ella había sacado de un bidón de basura en el Bicentennial Bash. Había tres Susan de ojos negros. Adoraba aquellas flores.

Miró alrededor, de la cocina al recibidor, de ahí al salón y al recibidor y la cocina, pero no parecía haber nadie.

Fue entonces cuando oyó el sonido de la motocicleta. Corrió a la puerta con la esperanza de verlo subir los escalones, pero él no se apeó. Solo se quitó el casco.

—He estado yendo y viniendo, yendo y viniendo —dijo en tono vacilante—. Por si tiene alguna importancia, tendría que estar cruzando otro estado a estas horas. —La miró a los ojos—. Pero no he pasado del pueblo siguiente.

«Pregúntale por qué», se dijo Jenny, pero cambió de opinión porque ni siquiera quería pensar en ello; creía que él tenía que irse.

Sin embargo, necesitaba que se quedase.

«Pregúntale cómo se encuentra. Pregúntale cómo pasó la noche. Pregúntale si encontró mucho tráfico o dónde ha parado a comer o si tiene hambre. Pídele que entre, por amor de Dios».

—Te traje flores —dijo él—. Pensé en rosas o lilas, pero las Susan de ojos negros son las mejores. Tal vez se deba al chico de campo que hay en mí.

«Son preciosas», pensó ella, pero le asustó expresarlo en voz alta, le asustó decir cualquier cosa en voz alta por si provocaba que volviera a irse.

Pete se mordió el labio inferior.

—He estado pensando en ti —dijo—. Eres diferentes de las mujeres que he conocido. Eso te hace interesante. Empezando por tu pelo. Nunca había visto un pelo como el tuyo. O las pecas.

—Son horribles.

—Son preciosas.

—No.

—Sí. Y te diré más. Desde que me fui de casa, y de eso hace una eternidad, no conocí a una mujer que arriesgase su vida por subir a un tejado

sencillamente por el placer de disfrutar de las vistas.

—La gente de por aquí cree que estoy loca.

—Si estar loco significa pensar por uno mismo, entonces yo estoy como una cabra. He conocido a un montón de personas que hacían únicamente lo que se esperaba de ellas, y eran mortalmente aburridas. Tú eres independiente. Te buscas la vida en lugar de tumbarte y esperar a que otro lo haga por ti. Por eso odio la idea de volver a casa.

Jenny quería que siguiese hablando.

—¿Por qué la odias?

Él sonrió y meneó la cabeza.

—Primero tú. ¿Por qué vives sola?

Jenny respiró hondo.

—¿Con quién debería de vivir? —dijo.

—Con un marido.

—No hay ningún marido. —Nunca lo habría mientras Darden viviese. Él lo había jurado. Había jurado que lo único que le mantenía con vida en la prisión era pensar en volver a casa con ella. Había dicho que Jenny se lo debía, y quizá tuviese razón. Pero era algo asqueroso, asqueroso, asqueroso.

—¿Dónde está tu padre?

—En el Norte.

—¿La camioneta que hay detrás del garaje es suya? —Al oír que ella asentía, preguntó—. ¿Y el Buick que hay dentro del garaje? —Ella volvió a asentir—. ¿Por qué no lo conduces?

—No tengo carnet.

—¿Por qué?

—He estado muy ocupada, y supongo que se me olvidó sacármelo. Pero está bien. Puedo ir andando a cualquier lugar del pueblo, y hay autobuses para la mayoría de sitios. Así pues, ¿qué es lo que odias de tu casa?

—¿Cómo murió tu madre?

Jenny no podía responder.

—¿Qué es lo que odias de tu casa?

Él lo soltó al fin.

—La gente que se rinde —dijo.

—Rendirse es un lujo. Y, a veces, es bueno.

—A veces, pero no siempre. Hay que hacer cosas en la vida. —Pete respiró hondo—. Aunque yo no soy quién para hablar de ello.

—¿Por qué no?

—Bueno, mírame, de aquí para allá, a medio camino de ninguna parte, sin arrestos para hacer lo que tendría que hacer.

—¿Y qué es lo que tendrías que hacer?

—Volver a casa. —Pete le dedicó una luminosa sonrisa—. Qué raro. Por lo general no le hablo a la gente de mis defectos, pero tú consigues que lo haga.

Ella se sintió asustada.

—No era mi intención. No importa, de verdad. Olvidaré lo que has dicho, y ya no tienes que decir nada más. No pretendía ser entrometida, pero estás aquí y eres interesante, también, y hacía muchísimo tiempo que nadie me hablaba de ese modo... —Guardó silencio, incapaz de creer lo que acababa de decir. Ahora él sabría lo sola y desesperada que estaba.

Pero estaba sonriendo.

—¿Hacemos un trato?

Jenny temía confiarse.

—¿De qué tipo?

—Otra de esas comidas caseras a cambio de lo que desees.

—No creo que debieras ofrecer algo así.

—¿Por qué no?

—Porque podría aceptarlo.

Él recapacitó. Estudió su casco durante unos segundos. Desmontó de la moto, dejó el casco sobre el asiento y le dio la espalda durante otro minuto. Después se volvió y caminó hacia Jenny.

Ella tenía la mano apoyada en la mosquitera. Cuando él alargó la mano hacia ella, Jenny sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Él acercó un nudillo a la palma de su mano y la rozó ligeramente. Al observar el leve movimiento de su cuerpo, dijo:

—Mantengo la oferta. No hay nada que me pidas que no pueda darte, al menos hoy. No sé cómo será mañana, o pasado mañana. No soy bueno con las promesas a largo plazo. Eres tú la que tendría que pensárselo dos veces. Ya te lo he dicho. Tengo la mala costumbre de desaparecer cuando las cosas se ponen feas. La gente me odia por eso.

—Entonces, ahora tienes una oportunidad de redimirte —dijo ella, pero se quedó sin habla cuando él la miró a los ojos. Era una mirada cálida e invitadora como ella jamás había visto, y le produjo una oleada de calor que descendió por su rostro, pasó por su garganta, llegó a su pecho, donde le acarició el corazón, y aterrizó en su vientre.

Él miró su boca.

—Peligroso —susurró—. ¿Sabes qué es lo que yo quiero?

Él quería sexo. Hacer el amor con un hombre como Pete tenía que ser estremecedoramente hermoso.

Jenny abrió la mosquitera por completo. Él pasó y caminó delante de ella. Era tan alto que Jenny tenía que alzar la vista, tan ancho que se sentía como ante una muralla. Ella sentía calor en su interior, calor y temblores, tal como afirmaban las revistas que debía sentir una mujer ante el hombre adecuado.

Iba a besarla. Lo sabía. Y, de repente, le asustaba esa posibilidad, pues temía que desapareciesen las sensaciones agradables. Porque ella le necesitaba. Era todo lo que le quedaba. Era su única, su última esperanza de escapar.

Los labios de Pete rozaron su boca. Se preparó para la decepción, pero no llegó. Nada de decepción, ni de malestar, ni de terror. Solo dulzura, algo totalmente nuevo, y quería más.

Pero él estaba inclinado, susurrando; besar, lamer, mordisquear, todo entre susurros. Él no le había pedido nada a cambio, lo que era fantástico. Jenny no habría podido hacer nada aunque su vida dependiese de ello. Se sentía demasiado sobrecogida por la novedad de lo que sentía como para hacer nada aparte de estar allí, rendida, con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y los labios entreabiertos.

Estaba preguntándose qué otras cosas de las que contaban aquellas revistas serían ciertas, cuando él la apartó y tomó aire. Se estiró cuan largo era. Echó la cabeza hacia atrás y volvió a tomar aire.

Jenny se recostó contra la pared con la cabeza gacha y esperó a que él dijese algo desagradable. Al ver que no decía nada, lo miró. Sonreía.

—¿Lo ves? —dijo Pete—. Eso ha sido interesante. Y todavía estamos vestidos.

Ella tragó saliva. Era encantador. Tenía que conseguir que se quedase.

—No tenemos por qué estarlo.

—Nos sobra el tiempo —dijo él con una sonrisa.

Jenny sintió cómo se le derretía el corazón. Pete era todo lo que siempre había soñado que un hombre fuera. Pensó en pellizcarse de nuevo para estar segura de que todo aquello era real, pero ¿cómo no iba a serlo semejante presencia física? Lo miró, y al sentir la caricia de su sonrisa, supo por primera vez qué significaba estar enamorada de un hombre y desear dárselo todo. Por desgracia, sus posesiones eran escasas.

—¿Te gustan las fajitas de pollo^[1]? —preguntó.

—Me encantan las fajitas de pollo.

—Las preparé para una fiesta, pero hice demasiadas, así que tengo un montón en la nevera. Te freiré unas cuantas, a menos que prefieras algo de...

—Fajitas de pollo está muy bien.

Ella sonrió.

—Buena elección —dijo.

—Vuelve a hacerlo, riéte otra vez.

—¿Que me ría?

—Sí. Hace que resplandezcas.

—Hace que mis pecas exploten, querrás decir.

—Hace que parezcas feliz.

Jenny, en efecto, se sentía feliz.

Entonces sonó el teléfono y se le heló la sangre. Las llamadas telefónicas nunca anunciaban nada bueno. Nunca.

Quería dejarlo sonar, pero si era Darden, no dejaría de hacerle preguntas sobre dónde había estado y qué había estado haciendo, por qué no había respondido al teléfono.

—¿Diga?

—Soy Dan. Tengo un pequeño problema, MaryBeth. El viejo Nick Farina se ha puesto hecho una furia. Dice que le has robado unas flores. Sé que, sin duda, hay una explicación, pero él no quiere oírme. No deja de insistir en que tengo que ir a tu casa y arrestarte. Asegura que le has robado unas Susan de ojos negros del jardín. ¿Lo has hecho?

—¿Por qué iba a hacer yo algo así?

—Eso mismo le he dicho. Las Susan de ojos negros crecen por todas partes. Jura que te ha visto arrancar tres de ellas de su jardín.

—Yo estaba en la carretera. No tengo más remedio que pasar por delante de su casa al volver del trabajo.

—También se lo he dicho. —Dan suspiró—. Le diré que he hablado contigo, pero prepárate. Es capaz de tirarte algo cuando pases mañana por ahí.

Jenny le dio las gracias por el aviso y colgó el auricular. Se volvió conteniendo la respiración y le dedicó una amplia sonrisa a Pete, porque seguía allí. Eso la hizo sentir feliz de nuevo.

—¿Quieres una cerveza mientras preparo la comida?

—Cómo no.

Jenny sacó una Sam Adams de la nevera —otra botella de la que debería dar cuenta— y se la pasó. Después abrió la nevera. Al cabo de un instante las fajitas estaban friéndose en una sartén pequeña y las tortillas tostándose en el horno, y no tiró nada al suelo, pues no estaba nerviosa. Pete no se parecía a

nadie que ella hubiese conocido. Mientras ella cocinaba, él se sentó tranquilamente a observarla, como si el mero hecho de hacerlo le supusiese ya un placer. No hizo que se sintiera avergonzada. No le preguntó nada que ella no quisiese responder, no juró ni la amenazó con vengarse. Se ofreció para ayudarla a cocinar, ella volvió a negarse, y ambos rieron. ¡Cuán maravilloso era reírse! De repente, Jenny comprendió que se sentía relajada, lo que constituía una sensación nueva para ella.

Acabaron de cenar y permanecieron sentados el uno frente al otro, y fue entonces cuando ella empezó a sentirse avergonzada por la elección que tenía que hacer. ¿Qué era lo que deseaba a cambio de la comida? No podía escoger.

De modo que le preguntó:

—¿Por qué dijiste que eres egoísta? —Al ver que Pete fruncía el ceño, añadió—: Anoche, cuando te invité a entrar, dijiste que eras egoísta, ya fueses solitario o no.

Pasó un minuto antes de que respondiese.

—No me comporté bien.

—¿Con tu familia?

Parecía apesadumbrado.

—Yo era el hermano mayor. A medida que crecía iba teniendo más responsabilidad. Mi padre me presionaba diciéndome que tenía que ser un ejemplo para los más pequeños. Yo odiaba eso. Así que cuando tuve la oportunidad de ir a la universidad, la aproveché y me fui lo más lejos posible. Suponía que los demás aprenderían a hacer el trabajo, igual que había aprendido yo. Y así fue. Pero tuvieron algunos problemas y yo no los ayudé. Soy muy bueno cuando se trata de no responder a las llamadas.

—¿Por qué? —preguntó Jenny, no podía apartar sus ojos de él. Le gustaba el modo en que movía las manos, con energía pero sin suponer una amenaza. Y lo mismo podía decirse del antebrazo que aparecía bajo la camisa remangada: era fuerte pero para nada amenazador. Incluso el modo en que enarcaba las cejas indicaba sabiduría.

—Durante un tiempo me sentí furioso, sencillamente —repuso él—. Estaba convencido de que me había ganado el derecho a un poco de libertad. No quería ni oír hablar de sus preocupaciones y verme atrapado en ellas. No quería tener que decir que no y sentirme culpable por ello. No quería tener que explicarles mis motivos. Ahora, no tengo motivo alguno, y me siento paralizado.

—Como si quisieras volver pero no te permitieses hacerlo.

—Eso es.

—Como si supieses lo que debes hacer. Tienes toda una lista de razones, y otra gente también, pero aun así no puedes irte.

—¡Sí!

—Como si de todas las posibilidades que se te presentan solo una tuviese sentido, pero escoger esa posibilidad fuese demasiado duro.

Pete parecía totalmente sorprendido.

—Tú lo entiendes.

Oh, claro que sí. Jenny sabía muy bien lo que era la parálisis, y también conocía el engaño y la culpa.

—¿Cómo murió tu madre? —preguntó él.

—Fue un accidente.

—¿Estabais muy unidas?

Jenny negó con la cabeza.

—Yo no fui el niño que ella deseaba. Tuvo uno antes de mí, pero murió cuando era muy pequeño. Se suponía que yo tenía que reemplazarlo, pero nací niña. Nunca le gusté.

—No lo creo.

—Es cierto, y no solo por ese motivo.

—¿Qué otros motivos?

Jenny, sin embargo, ya había hablado demasiado. Se miró las manos.

—No tengo nada que darte.

Pete se echó a reír, obligándola a levantar la vista.

—Preparas una fajitas estupendas —dijo. Apoyó los codos en la mesa y le dedicó una endiablada sonrisa que la derritió—. ¿Qué otra cosa tendrías que darme? ¿Qué es lo que quieres tú?

Que te quedes aquí, pensó Jenny. Para poder ver el reflejo de tu cara entre todas las invitaciones que robé y que cuelgan del espejo. Para congelar este momento y disponer de él cuando..., cuando...

—Una vuelta en moto —dijo en cambio—. Hay una carretera con muchas curvas que asciende por la montaña. Nebanonic Trail se llama. Te quita el aliento cuando conduces rápido.

—¿Lo has hecho antes?

—No —respondió Jenny. Darden no había querido llevarla cuando era pequeña, y nadie se lo había propuesto después. Pero había oído lo que decían los chicos del pueblo, y había soñado con hacerlo muchas veces.

Dio una palmada sobre la mesa y se puso en pie.

—Vamos —dijo.

Capítulo 11

Dos horas más tarde, Jenny seguía sin estar preparada para entrar. De regreso en la casa, se había sentado en el suelo dentro de la tienda de campaña hecha con ramas de pino en el jardín trasero, para recuperarse de la excitación que le había producido recorrer Nebanonic Trail. Cuanto había oído decir todos esos años era cierto. Aquella carretera era aterradora y fascinante a partes iguales. Recorrerla en la moto de Pete había supuesto una experiencia increíble: veinte minutos saltando de una curva a otra, de agarrarse a Pete mientras soplaba el viento y la niebla crecía y la noche guardaba sus secretos hasta justo el último segundo, cuando la moto tomaba una curva o encaraba un barranco. En todo momento se había sentido viva, libre y audaz. Si se hubiesen estrellado, habría muerto feliz.

Las ramas se abrieron y apareció Pete. Tuvo que inclinarse mucho para poder entrar, pero en lugar de estirarse una vez dentro, se sentó en el suelo y cruzó las piernas como ella. Sus rodillas se tocaron.

A pesar de la oscuridad, Jenny percibió su sonrisa y también sonrió. Sabía que era una sonrisa tonta y que tenía el pelo revuelto debido al viento, pero a Pete no pareció importarle. De haber sido así, podría haberse marchado, podría haber dicho algo como: «Bueno, tu deseo ya se ha hecho realidad, ahora es el momento de irme», pero no se había ido.

Quería darle las gracias por ello, y por llevarla en la moto, así que le habló un poco de sí misma.

—Este es mi rincón particular. Cuando era pequeña pasaba horas escondida aquí.

—¿Escondida?

—Mi madre me pegaba cuando se ponía furiosa. Y se ponía furiosa cada dos por tres. Me escondía aquí hasta que se le pasaba.

—Fue ella la que te hizo las cicatrices de las piernas, ¿verdad? —preguntó Pete.

Jenny respiró hondo y dijo:

—Utilizó el bastón de su padre. Tenía una pieza de metal en un extremo y me cortó.

—¿Y te pegaba con él? ¿Qué clase de madre haría algo así?

—La hacía enfadar.

—De acuerdo, y podría haber gritado; pero ¿hacerte sangrar? ¿Dejarte las piernas cubiertas de cicatrices? Alguien debería habérselo impedido. Sin duda, alguien tuvo que darse cuenta.

—Yo siempre llevaba pantalones largos. O calcetines altos.

—Entonces, tu padre. Él debía de estar al corriente. ¿Por qué no la detuvo?

—Tenía una empresa de mudanzas. A veces estaba fuera durante cuatro o cinco días.

—¿Nunca te vio las piernas?

—Bueno, sí, pero era como si la dejara hacer porque se sentía culpable.

—¿Culpable de qué?

A Jenny le fallaron las fuerzas. Se agarró las piernas, apoyó el mentón en las rodillas y meneó la cabeza.

Pete le tomó la mano y Jenny sintió que el pasado se desvanecía por momentos. Se concentró en los dedos de Pete. Eran largos, delgados y tan reales que otras cosas también se hicieron reales. Como el tamaño de Pete y su corpulencia. Como el hecho de que oliese a limpio y a viento. Como la calidez de su piel, el hormigueo que sentía en el vientre y aquel profundo deseo.

Ella nunca había experimentado un deseo como aquel, o la curiosidad que conllevaba, pues tenía que ver con aspectos físicos de Pete. Como si tendría vello en el pecho, o cuán oscuras serían sus tetillas, o si tendría marcas en la espalda. A ella deberían de haberle resultado repulsivos pensamientos como aquellos, pero no fue así. En lugar de eso, se preguntó si él se estaría preguntando la misma clase de cosas sobre ella. No estaba tan sereno como para no oír su respiración. ¿Se debía al deseo sexual? ¿A algo más profundo tal vez? ¿O acaso todo eran imaginaciones suyas? Seguía sin saber por qué un hombre como Pete podía desearla.

Pero allí estaba, acercándose a ella, tocando su rodilla, su cuello, y, de repente, Jenny se sorprendió abrazándolo, sintiendo un deseo que no podía expresar con palabras porque se trataba de algo completamente nuevo.

—Dímelo —susurró Pete mientras le cubría los pechos con las manos. Ella sintió que crecían, incluso que le dolían, tal vez porque los pechos dolían al hacer el amor.

Se sintió confusa, pero también excitada, y gritó:

—Haz lo que quieras conmigo, cualquier cosa, nada me molestará.

Lo que hizo fue tomarla con fuerza entre sus brazos sencillamente, hasta que se calmó un poco. La tumbó en el suelo. Ella sintió el peso de su cuerpo sobre los pechos y el vientre, incluso entre las piernas durante un breve instante, antes de que se colocase a su lado y le pasase un brazo por debajo del cuello.

No había amenaza, ni fuerza, solo cariño. Jenny exhaló y se apretó contra él. El doloroso sentimiento que la había invadido desapareció. El placer fue ocupando su lugar, y entonces, cuando notó el calor de Pete en su interior, llegó la satisfacción, que la hizo sonreír.

—Ah, Jenny —dijo Pete—, ¿por qué no nos conocimos antes?

—Porque te necesitaba ahora —respondió ella. Se concentró por un instante en los sonidos de la noche y añadió—. ¿Crees en Dios?

—A veces. ¿Por qué?

—Recuerdo que cuando era niña iba a la iglesia y miraba los hábitos del párroco. Imaginaba que Dios llevaba unos hábitos como aquellos. Así que cuando me escondía aquí creía estar bajo Su ropa. Hacía que me sintiera segura. Como ahora. Como si estuviésemos a salvo del mundo. Como si la fealdad no pudiese alcanzarnos. ¿Sabes a qué me refiero?

Pete dormía en la habitación contigua, después de llevarla hasta la casa y decirle algo por lo cual nadie podría acusarlo de no ser un caballero.

Ella podría haber pasado sin aquel gesto de caballerosidad. Cuando estaba entre sus brazos, el mundo se convertía en un lugar plagado de oportunidades y esperanza. Le hubiese gustado pasar la noche así, abrazada a él.

En lugar de eso, estaba tumbada sobre el viejo edredón en el suelo de la habitación. No podía acostarse en la cama, entre aquellas desagradables sábanas de seda, no estando Pete dentro de casa. Se habría sentido sucia. Y, en cualquier caso, no estaba cansada. Se tumbó, se incorporó y volvió a tumbarse, se volvió hacia un lado y hacia el otro y se levantó. Se acercó a la puerta de Pete y aguzó el oído. Al oír su profunda respiración, entró en la habitación y se apoyó contra la pared.

Estaba tendido bocabajo. Tenía un brazo bajo la almohada y el otro colgando fuera de la cama. Sus hombros eran anchos, su piel suave y lustrosa por encima de las sombras de vello. Su torso acababa en una fina cintura. No llevaba ropa interior. Solo la sábana le cubría las largas y musculosas piernas.

Jenny se acercó de puntillas. Al ver que no se despertaba, se aproximó aún más, hasta distinguir los recovecos de su oreja, la curvatura de su nuez de Adán, las arrugas de la parte interior del codo. Y se sintió plena, henchida de emoción, a punto de explotar.

Conmovida por esas sensaciones, se agachó con cautela y se acurrucó cerca de él. No quería explotar, pues habría significado perderlo, y no estaba preparada para eso. Así pues, se abrazó a sí misma, cerró los ojos y contó las respiraciones de Pete hasta que el sueño la venció.

Durmió hasta tarde y resultó muy desagradable cuando sonó el teléfono. Había preparado té para despejarse, pero el sonido del aparato resultó más efectivo.

Eran las ocho y media. Sabía quién llamaba. Y también lo sabía su estómago, en el que sintió que se le hacía un nudo.

«No contestes, Jenny —pensó, aunque sabía que tenía que hacerlo—. Estará en casa dentro de dos días. ¿No puede esperar? —Había pasado seis años entre rejas... por ella—. ¿Y qué? No contestes».

—¿Diga?

—Hola, cariño.

Tragó saliva con dificultad. Aquella voz zalamera y empalagosa la ponía enferma.

—Hola, papá.

—¿Cómo está mi chica? ¿Estás nerviosa?

«Dile que no —pensó Jenny—. Dile que no estarás aquí cuando él vuelva a casa. Dile que te vas».

—He hecho todo lo que me pediste —dijo. No era cierto, pero tenía que decir algo.

—¿Te has deshecho de las cosas de mamá?

—Sí. —Otra pequeña mentira. Un trabajo desagradable. Lo habría hecho para cuando él estuviese en casa.

—¿Los cajones están vacíos?

—Sí. —Lo haría al día siguiente.

—No debe quedar nada. Empezaremos de cero, cariño. El pasado ha quedado atrás para siempre.

Jenny se inclinó sobre el fregadero y respiró hondo.

—No es que no la quisiésemos —continuó Darden—, pero era demasiado celosa. Celosa y mala. Ya podemos decirlo. Hemos pagado por su muerte.

Ahora empiezan los buenos tiempos. Dos noches más aquí, y estaré en casa. Me han dicho que saldré después de comer, pues han de poner los papeles en regla. ¿Puedes creerlo? Malditos jodidos burócratas —masculló—. Pero está bien. Así podrás dormir hasta más tarde, tomarte tu tiempo para arreglarte y peinarte. Llevas el cabello suelto, ¿verdad? Ya sabes que me gusta que lo lleves suelto.

—No podré ir.

—¿Qué? —dijo él levantando la voz.

—No podré ir a buscarte. Tengo trabajo.

—¿Tu viejo sale de la trena y tú tienes que trabajar? A mí me parece una buena razón para tomarse el día libre.

Jenny temblaba de arriba abajo, pero ¿qué significaba otra pequeña mentira cuando la alternativa era tan vil?

—Hay una gran comida, más grande que cualquiera que hayamos preparado. Es en una casa en las montañas, y el propietario es alguien relacionado con el gobernador, y va a ir gente de todas partes, en aviones privados, e incluso en helicópteros. Miriam me necesita.

—Pues yo te necesito más que ella. Me he estado pudriendo aquí por tu culpa. ¿A quién vas a escoger, a Miriam o a mí?

Jenny estaba a punto de echarse a llorar. Él siempre se lo ponía terriblemente difícil.

—No es cuestión de elegir entre ella o tú —repuso—. Ir a trabajar tiene más sentido. Si pudiese conducir, entonces sería diferente, pero no puedo. Habré acabado a tiempo para ir a buscarte a la parada de autobuses del pueblo.

—Ahí, no. Aquí, MaryBeth.

—No puedo, papá —se disculpó, y entonces tuvo otra idea—. Escucha, papá. Si hago este trabajo para Miriam, no podrá oponerse cuando le diga que ya no voy a seguir trabajando con ella, así podré pasar más tiempo contigo.

Aquello lo tranquilizó.

—¿No trabajarás el resto de la semana?

—No.

—Supongo que eso está bien.

—Bueno, tal vez no. Quiero decir que, probablemente esté ocupada. Habrá muchas personas a las que querrás ver... —Se detuvo. Había sido una tonta al decir aquello. No había nadie a quien quisiese ver, a excepción de ella.

Con el tono de voz que Jenny más detestaba, ese que implicaba que no estaba dispuesto a dialogar, él dijo:

—Quiero que me esperes en la parada del autobús, que lleves puesto el vestido de flores del catálogo que te envié, y quiero que te laves el pelo y que dejes sueltos los rizos. A estas alturas, debe de llegarte hasta la cintura. Lo mediré cuando estemos en casa, contra tu piel, así que manten suave la piel bajo el vestido, y espérame en la parada, ¿de acuerdo?

Jenny apenas tuvo fuerzas para colgar el auricular antes de vomitar lo poco que tenía en el estómago, e incluso después continuó sintiendo náuseas. Se mojó la cara y el cuello. Bebió agua y se enjuagó la boca una y otra vez. Para entonces, ya estaba llorando, desconsoladamente porque solo faltaban dos días y tenía miedo y... rabia por no haber sido ella a la que enviaron a la cárcel o la que murió ahí, en el suelo del salón, porque no era justo, y sabía que sería aún peor. No le importaba que él dijese que lo había hecho por ella; lo había hecho por sí mismo, y ahora iba a tomarse su recompensa, y si ella intentaba detenerlo él se lo recordaría, y se lo haría revivir punto por punto hasta hacerla llorar, y así podría abrazarla y acariciar su cabello...

Sacó las tijeras de cocina de un cajón, cogió un mechón de su odiada melena pelirroja y lo cortó, y después otro mechón y otro, y otro, hasta que la encimera, el suelo y la mesa de la cocina quedaron cubiertos de rizos rojos.

—Eh, eh, eh —dijo Pete con una voz profunda, en tono de preocupación—. Jenny, Jenny, ¿qué estás haciendo? —Le quitó las tijeras de la mano—. Dios santo, Jenny, ¿qué ha pasado? —Le tocó la cara y la miró a los ojos.

—¡Odio este pelo! —exclamó ella—. ¡Es asqueroso!

Él le enjugó las lágrimas con los pulgares.

—Tonterías.

—Lo odio. ¡Te juro que preferiría ser calva!

Él meneó lentamente la cabeza.

—No, no te gustaría.

—Sí. ¡Tú no lo entiendes! —replicó Jenny—. El que ha llamado era mi padre. Llegará a casa el martes. ¿Sabes dónde está ahora? En prisión. Desde hace seis años. ¿Y sabes por qué? Asesinato. ¿Sabes a quién asesinó? ¡A mi madre! —Se le revolvieron las tripas, tal como le había sucedido durante el juicio. Era la primera vez desde entonces que lo decía con tanta franqueza, y el horror resultó terrible. Nada había cambiado, nada en absoluto.

Solo una cosa había cambiado: no se lo había dicho a las paredes sino a Pete. Ahora él estaba al corriente de lo que todo el pueblo sabía, y de por qué

la habían rechazado durante todos esos años. Esperó su reacción, la expresión de desagrado, o de pena, o de miedo.

Pero Pete no reaccionó, y lo que expresaba su rostro era tal dolor y preocupación que ella se echó a llorar.

—Oh, Jenny —susurró él, atrayéndola hacia sí—. Lo siento.

Ella lloró a lágrima viva. Apretó la cabeza contra su pecho, después lo rodeó con los brazos y apretó. Dejó que las manos de Pete la protegiesen del mundo. A medida que las lágrimas fueron desapareciendo, también lo hicieron los pensamientos más oscuros. En su lugar, aparecieron pensamientos cálidos, brillantes. Recuperó las fuerzas.

—Le encanta que lleve el pelo largo —dijo entre dos hipidos—. Me lo acaricia con los dedos. Me produce ganas de vomitar.

—¿Lo odias?

—Sí... No. —Jenny se echó a llorar otra vez—. ¿Qué puedo decir? Me da miedo. También le da miedo a la gente. La controla. Antes de que se lo llevaras, les hizo saber a todos que si alguien me hacía daño lo lamentaría. Que si alguien me tocaba lo lamentaría. —Alzó la vista hacia Pete—. Así que la gente no se ha comportado mal, pero nadie se acerca a mí. Te estás complicando la vida quedándote aquí.

Él le enjugó las últimas lágrimas y con una sonrisa de medio lado dijo:

—Ya hablamos del tiempo. —Se puso serio, le miró el pelo y meneó la cabeza—. ¿Sabes una cosa? No te queda mal. No te queda nada mal. Se te ve más la cara sin tanto pelo. Tendrías que arreglarlo un poco. —Cogió las tijeras—. ¿Me permites?

Pete estuvo cortando durante unos cuantos minutos, moviéndose a su alrededor. Después, se agachó para estar a la altura de sus ojos, la cogió de la barbilla y le hizo volver la cabeza a un lado y a otro.

—No está nada mal —sentenció con una sonrisa de satisfacción—. Ve a ducharte. Yo recogeré esto. —La obligó a volverse hacia el recibidor y le dio un empujoncito.

Miriam se sorprendió cuando vio aparecer a Jenny por la puerta trasera de la furgoneta de Comida a su Medida. Abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla.

—¿Jenny? —dijo al fin.

Jenny se tocó el pelo. Se había sentido confiada cuando se miró en el espejo de casa, pero la confianza había ido diluyéndose de camino al pueblo.

Ahora pensaba lo mismo que debía de pensar la gente que la viese: Darden iba a matarla.

—Quería cambiar —le dijo a Miriam.

—Pues lo has conseguido. —Miriam colocó las bandejas en los estantes de la furgoneta, se secó las manos en el trapo que le colgaba de la cintura y cogió a Jenny por el brazo—. Deja que le dé un repaso, al menos.

—Oh, no te preocupes, ya lo ha hecho Pete.

—¿Pete? ¿Qué Pete?

Jenny no estaba segura de si tenía que contárselo. Pero lo hizo.

—Es un amigo —repuso, y sintió un deje de orgullo tan novedoso que se le encendieron las mejillas—. No lo conoces. No es de por aquí.

—¿De dónde es?

—Del Oeste.

—¿Cómo os conocisteis?

—Oh, fue por casualidad, después del baile del viernes por la noche. Es alto, corpulento, lleva chaqueta de cuero y botas. Tal vez lo viste. —Miró de reojo a Miriam, que parecía atontada.

—No. No vi a nadie así.

—Estaba fuera. Tal vez por eso no lo viste.

—También estuve fuera. ¿Chaqueta de cuero y botas? Me habría fijado en alguien vestido de ese modo.

—Bueno, no estuvo allí todo el tiempo. Es de los que no paran quietos. Debía de ocultarlo el árbol, y por eso no lo viste. Conduce una motocicleta.

—Ajá —dijo Miriam en tono juguetón—. Ya voy entendiendo. ¿Qué está haciendo aquí?

—Está de paso.

—¿Y se ha quedado contigo? Vaya con Jenny, pequeño diablillo.

—Todo ha sido muy correcto —dijo Jenny antes de darse cuenta de que Miriam estaba bromeando. Se encogió de hombros.

—Conque Pete, ¿eh? ¿Y te ha cortado él el pelo?

—Me lo corté yo. Pero él me lo arregló.

—De acuerdo —dijo Miriam—. Yo lo retocaría un poco más.

Jenny pensó que el pelo estaba bien como estaba, pero Miriam era su jefa, y era honrada y tranquila como ninguna. Además, Jerry no podía arriesgarse a contrariarla diciéndole que no.

—Solo por la parte de atrás —añadió Miriam al cabo de unos instantes.

A Jenny no le parecía que fuese solo por la parte de atrás, pues le había espantado comprobar la extensión de los mechones que habían caído al suelo,

pero Miriam ya estaba pasándole el peine por aquí y por allá, con una sonrisa.

—Te queda bien. Es más sofisticado. Estarás más fresca. —Volvió a Jenny hacia el espejo.

Jenny tocó las puntas que se curvaban hacia la mandíbula, y la zona del medio. Más sofisticado. Le gustaba cómo sonaba. También le gustaba cómo le quedaba. Podría haber parecido un peinado a lo *garçon* de no haber sido por los rizos.

Entonces Miriam le recogió el cabello en una cola de caballo, pues en su opinión era más higiénico. A pesar de los tirones, sin embargo, la imagen de Jenny volvió a ser la misma. Más sofisticada. De hecho, le encantaba.

A Darden no iba a gustarle nada. Pero a Pete sí. Sonrió. No veía la hora de enseñárselo.

Pensó en él y sintió el calor que había experimentado cuando la había acompañado hasta la puerta.

—¿Seguro que no quieres que te lleve? —se había ofrecido.

Ella asintió. No quería que la gente le preguntase quién era y por qué estaba con ella. No quería que se lo contasen a Darden, al menos hasta saber qué era lo que iba a decirle.

—Necesito tiempo para pensar. Tengo que decidir qué hacer.

Le había tomado la cara entre las manos y le había susurrado:

—¿Cómo puedo ayudarte?

Jenny se había jurado que no suplicaría, pero las amenazas de su vida acechaban más allá del roce de sus manos. Así que dijo:

—No te vayas. Quédate un poco más. Quiero que estés aquí cuando vuelva a casa.

La besó en la boca, en la nariz y en los ojos, que tenía cerrados. Sin la distracción que suponía verlo, su voz resultó más penetrante.

—Estaré aquí. No tardes.

Jenny trabajó a toda prisa. Llevó las últimas bandejas de pollo a la furgoneta, y después desde la furgoneta a la casa donde iban a hacer la barbacoa, y al jardín donde todo estaba preparado para asar la carne. Recorrió todas las mesas que rodeaban la piscina, dejó las servilletas y las velas. Llevó las bebidas desde la cocina hasta la mesa del bufé y las dejó en un extremo, acomodó las cestitas con los bollos de pan y las bandejas de condimentos en medio de la mesa, llevó platos de papel y servilletas y cubiertos de plástico hasta la mesa más próxima a las barbacoas.

—Frena un poco —le dijo Miriam en un momento dado, pero Jenny no podía permitírselo. Suponía que cuanto antes estuviese preparado todo, antes podría regresar a casa junto a Pete.

Por desgracia, sus manos no eran tan buenas como sus pies. Tuvo que reordenar las servilletas cuando Miriam le dijo que no las había puesto bien, tuvo que secar el suelo después de que se le cayera de las manos una botella de Mountain Dew, y tuvo que llevar de vuelta a la cocina una bandeja de patatas asadas porque la había colocado demasiado cerca del borde de la mesa y también se había caído.

—Jenny —le dijo Miriam en voz baja, pues los invitados empezaban a llegar—, relájate. No hay prisa. Cálmate.

Jenny tuvo más cuidado a partir de ese momento. Se concentró en cada una de las labores que le encargaba Miriam, y lo habría hecho muy bien si la anfitriona de la barbacoa no le hubiese pedido una infinidad de cosas. Cuando no era «El caballero de la americana verde necesita salsa», era «Un vaso de agua del grifo para la mujer de azul que hay allí», o «Quiero sal y pimienta en todas las mesas», o «Llena el biberón del niño con leche de la nevera y caliéntala un poco, no mucho, solo un poco. Sabes como comprobar la temperatura, ¿verdad?».

Jenny lo hizo lo mejor que pudo, pero con Miriam y la clienta pidiendo cosas sin parar, no pudo evitar cometer errores, porque cuando se encontraba en un callejón sin salida, se equivocaba. Tuvo un mal día. Sin embargo, un día malo no era una desgracia. La comida seguía siendo buena. Y, en cualquier caso, si Miriam tenía pensado cerrar el negocio, ¿qué importaba si las cosas no salían a la perfección?

Aun así, ninguna de esas justificaciones hizo que se sintiera mejor cuando Miriam habló con ella.

—Verás, Jenny. Quiero que te tomes unos días libres. Creo que estás muy despistada.

—Estoy bien, de verdad.

—Bueno, las cosas no son como dices. Tómate un tiempo hasta que Darden regrese y te ubiques un poco. Después estarás mejor.

—Pero tengo que trabajar —insistió Jenny, y se puso a limpiar la larga mesa de acero inoxidable—. Quiere que trabaje. Se sentirá decepcionado si no lo hago. Te doy mi palabra. Es mejor que siga trabajando.

Miriam la cogió de la mano y la obligó a detenerse.

—Pues para mí no lo es. Mira, esta semana, en cualquier caso, solo tengo dos pedidos y son pequeños. AnneMarie y Tyler ya están trabajando en ellos.

Tú debes hacer compañía a tu padre, o buscar otro empleo.

—No conseguiré ninguno.

—Sí que lo conseguirás. Te daré unas excelentes recomendaciones.

Jenny sabía que ni siquiera una recomendación del Papa le serviría de nada. La gente no la quería cerca. No importaba si se debía a su cabello, a sus pecas o a su nombre, no podía evitar que lo hiciesen. No podía hablar con facilidad o reír con facilidad especialmente con conocidos, con quienes sabían quién era ella en realidad.

Miriam se había comportado con ella de manera afectuosa. Pero Miriam iba a irse.

—Trabajarás en la boda de los DeWitt el próximo domingo, ¿de acuerdo?

Jenny asintió. Le dio una última pasada a la mesa y colgó el trapo sobre el fregadero. Después se aventuró en la incipiente noche y se encaminó hacia casa. Por el camino se negó en redondo a pensar en todo lo que podría pasar antes de que volviese a ver a Miriam, pero los pensamientos aparecieron igualmente; no solo aparecieron, sino que se multiplicaron e invadieron su cabeza con tal intensidad que empezaron a temblarle las piernas. No había recorrido ni una manzana cuando se vio obligada a sentarse en la acera. Bajó la cabeza y se puso a pensar en Pete.

Se dispuso a levantarse, pero se sentó de nuevo. No sabía si era mejor quedarse allí e imaginar que él la esperaba en casa o ponerse de pie y descubrir que se había marchado. Le había dicho que se quedaría, pero eso había sido antes de que tuviese la oportunidad de reflexionar sobre sus palabras. Ahora él conocía parte de la verdad, y lo más probable era que se hubiese ido. Y ella no lo culparía por eso. Estaba acostumbrada a las malas noticias.

Se quitó las horquillas del pelo y las dejó una a una en el suelo. Solo dejó de hacerlo cuando una pequeña figura apareció por la acera y una pequeña mano tocó su pierna.

Se esforzó por sonreír.

—Eh, Joey Battle, ¿qué pasa?

—Nada. —Su piel era pálida, casi azulada, y sus pecas brillaban en la noche como debían de brillar las de ella—. ¿Quién te ha cortado el pelo? —preguntó.

—Yo. —Jenny intentó levantarle la gorra y echarle un vistazo a su pelo, pero él se lo impidió cogiéndola con fuerza de la visera de plástico.

—Yo tengo un peinado de tonto —le dijo—. Me lo ha cortado mucho porque dice que es muy difícil de peinar. Así que llevo esta gorra a la escuela.

No me importa lo que diga ella. Ella dice que tu padre va a volver a casa. Que mató a tu madre. ¿Lo hizo?

Jenny colocó un codo entre las rodillas y apretó.

—¿Lo hizo? —insistió Joey.

—No.

—Entonces, ¿por qué está en la cárcel?

—Porque el jurado decidió que sí lo había hecho.

—¿Por qué?

—Porque dijo que lo hizo.

—Entonces, ¿lo hizo?

—No.

De pronto oyó una voz:

—¿Joey? Joey Battle, ¿dónde te has metido?

Rápido como al rayo, Joey echó a correr calle abajo. Jenny no se volvió, sino que agachó la cabeza para que Selena no pudiese verla y saber dónde había estado Joey. Esperó hasta que los pasos se alejaron. Después, con un nudo en el estómago, se fue a casa.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Caminó de forma regular, colocando un pie delante del otro, intentando ir erguida, como indicaba la revista, pero sus hombros no querían echarse hacia atrás, y cuando intentaba sacudirse de encima las preocupaciones, aparecía la cara de Darden; Darden, y el hecho de que se había quedado sin trabajo, y que no llevaba el pelo largo, y que no tenía posibilidad de escapar...

Echó a correr, con los brazos abiertos, y notó que su cabello cobraba vida entre la niebla, y no se detuvo hasta que una punzada en el costado la obligó a aminorar la marcha, pero aun así no se detuvo. Tenía que saber si Pete la esperaba. Tenía que saberlo. Él era la única cosa buena que quedaba en su vida.

Para cuando llegó a casa, estaba frenética. Atravesó a toda prisa la niebla, subió los escalones y entró en la cocina. No lo encontró allí. Entró en todas las habitaciones, miró en cada rincón, cada armario, incluso bajo las camas, por si acaso le había dado por hacerle una broma, aunque sabía que no era tan cruel.

Jadeaba, se llevó las manos a la cabeza. Si se había marchado, era el fin de todo. Ni comodidad, ni calor, ni un último vistazo a la felicidad tan corriente para el resto de personas. Si se había ido, sus sueños habían muerto para siempre.

Aterrorizada, cerró los ojos con fuerza, respiró hondo, y volvió a abrirlos al acordarse de la tienda de campaña formada con ramas de pino en el jardín. Dio media vuelta y salió a la carrera de la habitación hasta toparse con una corpulenta forma humana.

Capítulo 12

Boston

Casey temblaba cuando dejó la última página del manuscrito sobre la pila de hojas. Su reacción se debía en parte a la brusca aparición de una corpulenta forma humana, pero lo más escalofriante había sido descubrir que el padre de Jenny había ingresado en prisión por haber matado a la madre de la muchacha. Casey nunca había tratado a ningún paciente relacionado con un asesinato. Con la muerte, sí. A menudo había ayudado a pacientes a superar la muerte de un pariente, una esposa o un amigo cercano. Pero el asesinato era algo diferente. Conllevaba un nivel de violencia que Casey nunca había experimentado. Sus padres jamás habían reñido; de hecho, ni siquiera se habían hablado. A pesar de ser extraño —a pesar de que en muchas ocasiones había relacionado términos psicoterapéuticos con sus particulares formas de disfuncionalidad—, imaginaba que llevar vidas separadas era preferible a la clase de odio que conducía al asesinato.

Pero Connie había escrito que Jenny era de la familia, lo que convertía aquel asesinato particular en algo personal.

No. Casey se detuvo. Connie había escrito que «ella» era de la familia. Por lo que Casey sabía, ese «ella» remitía a la persona que había escrito aquel diario como una obra de ficción, y el «¿cómo ayudarla?» se refería al hecho de publicar el manuscrito. Casey no tenía modo de ayudar en eso.

Sin embargo, no podía darle la espalda a Jenny Clyde. Su mundo se cerraba. Su desesperación iba en aumento. Casey tenía que saber qué le había ocurrido.

Por algún motivo le parecía que Jenny era real. Sin embargo, algo en las páginas que acababa de leer seguía resultándole extraño. Pero no lograba descifrar de qué se trataba.

Si ya estaba tensa, cuando sonó el teléfono, dio un brinco. Era un sonido apagado que procedía de la cocina. No había teléfonos en el salón, que era donde se había quedado después de que se marchara Emily Eisner. Tampoco

había relojes, aunque supuso que debían de ser cerca de las diez. Meg ya se había ido, y los amigos de Casey no solían llamar tan tarde.

Incómoda, dejó el manuscrito a un lado, corrió hacia la cocina y al llegar a esta cogió el teléfono.

Diez minutos después, tras una breve inmersión en el, por fortuna, fluido tráfico de la ciudad, Casey subió las escaleras de la residencia, cruzó la puerta y subió a toda prisa a la tercera planta. El médico de su madre se hallaba sentado detrás del mostrador, esperándola después de ponerla al corriente del estado de Caroline.

Casey se detuvo, con el corazón desbocado. El médico tenía el cabello oscuro y corto. Era un hombre tranquilo y serio. La seriedad sin duda formaba parte de una cuestión cultural más que de su personalidad, y Casey suponía que le servía para protegerse de la implicación personal. Muy pocos de sus pacientes se recuperaban. Sobrevivían al igual que Caroline lo estaba haciendo, pero tarde o temprano casi todos morían.

Casey miró al médico con cautela.

Él le dedicó una ligera sonrisa para tranquilizarla.

—Se encuentra bien. Le ha durado más tiempo en esta ocasión, pero lo ha superado.

Casey inclinó la cabeza con un suspiro de alivio. Dos años antes, cuando Caroline había permanecido en estado vegetativo el tiempo suficiente para hacer que las posibilidades de recuperación fuesen mínimas, Casey había firmado un permiso para que los médicos no empleasen medidas de resucitación. Había hablado con otros médicos antes de dar ese paso, y también con el párroco de Providence, que conocía a Caroline, y había contrastado los pros y los contras con los amigos de esta. Casey seguía apostando por lo que había firmado, pero no estaba tan segura de cómo reaccionarían sus emociones si Caroline llegaba a morir sin que se hubiese hecho todo lo posible por salvarla.

—Que lo haya superado —le dijo Casey al médico—, imagino que ya es algo. No está preparada para morir, y yo no lo estoy para dejarla ir.

La sonrisa del médico se hizo más triste.

Casey recorrió la corta distancia que la separaba de aquel hombre. Lo respetaba, pero tendría que haberle impedido estar a cargo de Caroline hacía tiempo.

—Dígame qué piensa —lo urgió.

—Ya hemos pasado antes por esto, usted y yo.

—En lo referente a las infecciones. —Se habían producido un montón de ellas a lo largo de los años—. Pero no a los ataques. Los ataques son algo nuevo.

—Sí, lo son.

A Carey no le gustaba el modo en que la miraba.

—¿Usted cree que está intentando morir?

Él enarcó una ceja y se encogió de hombros.

—A menudo, ocurre.

—Entonces, ¿por qué no ha muerto?

—Por definición, un estado vegetativo persistente es aquel en el que el cuerpo del paciente no tiene relación alguna con la vida inteligente. Las funciones vegetativas se mantienen. Al igual que las respuestas reflejas. Probablemente sean estas las que estén detrás de esta particular serie de ataques.

—¿Cuántos ha sufrido?

—Tres, cuatro, cinco pequeños ataques en la última hora.

—Pero han sido pequeños. Y los ha superado. Sigo creyendo que eso significa algo. —Casey se volvió para dirigirse a la habitación de Caroline, pero se volvió de nuevo. Como siempre, se sentía dividida entre lo que sentía su corazón y lo que dictaba su mente. Aceptaba que podía existir una discrepancia entre cómo quería que fueran las cosas y cómo eran en realidad.

Cruzó los brazos.

—Si está usted en lo cierto —dijo en voz baja—, ¿qué sucederá a partir de ahora?

—Quizá nada. Tal vez lo supere y siga como hasta ahora un poco más. Usted conoce casos como el de ella.

Era cierto. Había conocido los casos de Karen Ann Quinlan, Nancy Cruzan y docenas de otras personas que habían vivido durante años alimentados y asistidos artificialmente. Sabía a cuánto podían ascender las facturas médicas. Sabía el precio que tenían que pagar los familiares de una persona en un prolongado estado vegetativo.

Casey tenía su propia manera de afrontarlo. Era, de hecho, una derivación de la teoría de su padre de buscar en las basuras. Este creía que el autoconocimiento surgía del hecho de abrir todas las habitaciones de la vida de uno; ella no estaba de acuerdo con que tuviesen que ser «todas». Era una mujer funcional. Tenía éxito a nivel profesional, era activa a nivel personal, equilibrada, racional y feliz. Si una de las habitaciones de su casa interior

estaba ocupada por el miedo, y no tenía modo de cambiar este hecho, solo entraba en ella cuando no podía evitar hacerlo, pero, de no ser así, mantenía la puerta bien cerrada.

Visitaba a Caroline a menudo. Cuando estaba allí, se entregaba por completo. Cuando se iba, cerraba la puerta tras de sí. No siempre estaba cerrada, pero cuando las preocupaciones se escapaban, hacía todo lo posible por contenerlas de nuevo.

¿Acaso era eso una muestra de frialdad e insensibilidad? Quizá. Pero no sabía qué más podía hacer. El dolor, la frustración, la indefensión que entrañaba pensar en Caroline todo el día, todos los días, durante más de mil días, y los que quedaban aún, la habrían destrozado.

En ese momento, sin embargo, estaba allí y sentía curiosidad.

—Si tiene usted razón y mi madre está intentando morir, ¿cree que volverá a intentarlo?

—Es muy probable.

—¿Mediante ataques?

—No necesariamente. He tenido pacientes que experimentaron un episodio de *status epilépticas*, o sea un período de ataques continuos, pero lo superaron y nunca volvieron a sufrir otro. Diferentes cosas pueden señalar un cambio de condición. Los pacientes sumidos en un estado vegetativo persistente siguen el ciclo circadiano de sueño y vigilia. Su madre lo cumple. Podemos hacerla reaccionar a la luz cuando está despierta, pero no cuando está dormida. Un cambio en esa reacción suele indicar la proximidad de la muerte. Se pasa más tiempo durmiendo y le resulta más difícil despertar. Eso sugeriría un cambio en el metabolismo. Si las extremidades se enfrían, eso indicaría un cambio en su circulación. Si sus funciones reflejas empiezan a fallar, las secreciones orales pueden quedarse en la parte posterior de la garganta, lo cual le llevaría a respirar con dificultad.

—Estupendo —masculló Casey.

—Pero ella no está sufriendo —la tranquilizó el médico con más delicadeza de la que había mostrado hasta ese momento—. Debe tener usted presente que ella no siente dolor. Tampoco sensación alguna. Su cerebro funciona a un nivel demasiado bajo para eso.

—Entonces —indicó Casey—, si lo que le sucede fuese el primer paso para volver a despertarse, podría empezar a sentir dolor.

—Lo sabremos si sucede. Aunque no pueda hablar, lo sabremos, si no yo, las enfermeras. No deja de impresionarme el instinto de estas mujeres.

Siempre son las primeras en saber cuándo un paciente está a punto de realizar un movimiento.

Realizar un movimiento. Significaba morir. Casey lo había oído en boca de las enfermeras y a los miembros de las familias de los pacientes en esa misma planta del edificio, y más de una vez. Las enfermeras lo sabían, y por ese motivo no tenía la menor intención de preguntarles. No quería conocer la respuesta.

De modo que asintió, dio las gracias al médico en silencio, señaló hacia el pasillo y se fue.

Todo era tranquilo y tenue en la habitación de Caroline. La única prueba de que hubiese habido alguna anomalía esa noche era el gota a gota de Valium que colgaba por encima de la cabecera de la cama. Caroline estaba tumbada de lado, con dos almohadas en la espalda.

Casey la besó en la mejilla, y percibió el perfume a eucalipto. Resultaba familiar y tranquilizador. Optó por interpretarlo como un signo de vida.

—Hola mamá —susurró—. Me han dicho que ha habido un poco de jaleo por aquí.

Tomó la mano de Caroline, pero no parecía más fría que otras veces. Estudió su rostro pero, con los ojos cerrados, parecía tan relajado como siempre. Prestó atención a su respiración, pero no apreció dificultad alguna.

—¿Querías mantenerlos alerta con esos ataques? —Sonrió—. Eso es típico de ti. Como cuando me hiciste aprender a lo bruto que había que comprobar el nivel de gasolina del coche. —Tenía dieciséis años, acababa de sacarse el carnet de conducir, se fue a dar una vuelta por los alrededores, sin más peligro que la frustración, y sin que Casey le hubiese advertido, en su primer día, que apenas si quedaba gasolina—. Pero no te culpo. Pagamos mucho dinero por tenerte aquí. Es cierto. —Se corrigió a sí misma—. No se trata de nosotros, al menos directamente. Pero incluso así, fuiste guardando el dinero durante todos estos años cuando tu salud era perfecta. Ahora mereces lo mejor.

Con mucho cuidado, movió la muñeca de Caroline de un lado a otro.

—Hablando de lo mejor —prosiguió en voz baja—. Creo que deberíamos planear un viaje. Siempre has querido ir a España. Creo que deberíamos hacerlo. —Al ver que Caroline permanecía en silencio, añadió—: No tendría que ser hasta dentro de un tiempo, la primavera o el verano que viene, o incluso el verano siguiente. Puedo ir preparando el viaje. —Ya lo había hecho el año anterior—. Siempre estaríamos a tiempo de cancelarlo si cambiamos de opinión. —Que es lo que ella había tenido que hacer—. En realidad, tal vez

no debiésemos hacerlo en verano. Durante la primavera o el otoño seguro que hay menos gente. ¿Qué te parece, mamá? Es algo por lo que pensar en el futuro, ¿no?

—¿Y estaré lo bastante bien?

—Por supuesto.

—¿Cómo para caminar durante horas? Para eso hacen los viajes turísticos. ¿Recuerdas cuando fuimos a Washington D.C.? Te estuviste quejando todo el rato de que te dolían los pies.

Casey recordó aquello con disgusto.

—Estaba en séptimo. No quería ir a Washington con mi madre. Quería estar con mis amigos, y todos habían ido ya a Washington con el colegio, pero tú no me dejaste.

—Porque quería que fuésemos juntas, Casey. Estabas creciendo demasiado deprisa, y sabía que cada vez ibas a pasar más tiempo con tus amigos. Aparte de eso, no confiaba en que no hicieseis alguna diablura.

Casey no la corrigió. A menudo, ella y sus amigos hacían diabluras cuando estaban juntos, y, de vez en cuando, Casey era la instigadora de las mismas. Le encantaban las fiestas en que corría la cerveza, le encantaba la idea de entrar en un cine porno siendo menor de edad, le encantaba la idea de teñirse el pelo de verde para que hiciese juego con el vestuario del equipo de baloncesto el año que ganaron el campeonato estatal.

—Me encantaba meter baza —dijo—, pero ya sabes por qué. Estaba probando. Siempre estaba probando. Tenía que comprobar si me querías, con el pelo verde o lo que fuese. Por otra parte, ¿qué gracia tendría ser adolescente si no consigues que tus padres se suban por las paredes?

—Ajá. Eso ha sido un lapsus freudiano, cariño. Has dicho «padres», en plural. En esa nimiedad recalca el origen de tus gamberradas. Tú no tenías padre. Estabas resentida conmigo por no haberte proporcionado uno.

—No quería que me proporcionases uno. Quería el mío.

Caroline no replicó. No había nada que ella pudiese decir que no hubiese dicho ya; y Casey seguramente estaría de acuerdo, si las cosas no hubiesen cambiado como lo habían hecho.

—Siempre decías que no sabías nada de él —dijo en voz alta—. Pero ahora está muerto, y yo tengo su casa. Eso tal vez te diga algo de él.

Caroline permaneció en silencio.

—¿Sabías que tocaba el piano? ¿O que pasaba horas sentado a solas en el desván? ¿O que su mejor amigo era un gato? Creo que se trataba de una persona solitaria. O sea, que todos esos años que pasé resentida porque me

daba la espalda, probablemente yo fuese más feliz con mi vida que él con la suya.

Caroline siguió callada.

—Murió de repente —espetó Casey, preguntándose si lograría provocar algún tipo de reacción—. Fue un ataque al corazón.

Durante esos últimos tres años, y como era típico de los pacientes en su condición, Caroline había realizado pequeños movimientos con la cabeza, las manos o la boca, pero en ese momento no gimió, ni parpadeó ni hizo mueca alguna.

—*Tal vez eso sea mejor que esta postergación de la muerte —imaginó Casey que decía.*

—No estás postergando tu muerte. Te estás curando.

Caroline se dejó llevar por el sueño... O, como mínimo, eso fue lo que Casey quiso pensar. De no haber sido así, habría seguido discutiendo con su madre. Si Caroline sentía autocompasión, Casey no quería participar de ella. Con autocompasión no se conseguía nada. Ella quería que Caroline estuviese bien.

Tras sopesar sus emociones, susurró:

—Tengo que irme, mamá. —Besó la mano de Caroline y arregló con cuidado las sábanas—. Volveré muy pronto. Seguiremos hablando de ello. —Se puso en pie—. Sobre España. —Analizó lo que acababa de decir—. Si España es demasiado, podríamos ir a Hawai. Es un vuelo largo, pero una vez allí podremos relajarnos durante una semana. Nada de esfuerzo. Nada de turismo. Tan solo piñas coladas y sol, y si no te sientes al cien por cien, estará bien. Si te preocupa la duración del vuelo, podemos ir a Costa Rica. Hay un hotel de lujo increíble. Me enteraré del nombre, ¿te parece bien?

De vuelta en la casa, Casey durmió profundamente desde medianoche hasta las cinco, pero a esa hora despertó y ya no consiguió conciliar el sueño. Ni siquiera pudo quedarse en la cama. Su mente no dejaba de darle vueltas a un montón de cosas.

Se puso ropa de deporte, se recogió el pelo y se puso la gorra, y salió a correr bajo una fina lluvia para ir a ver a su madre. Sabía que si hubiese empeorado las enfermeras la habrían llamado. Ella también podría haber llamado para ponerse al corriente y ahorrarse el viaje. Pero se sentía intranquila, lo cual no era habitual en ella. Quería ver con sus propios ojos

que Caroline estaba bien. Correr de ida y vuelta hasta Fenway suponía a la vez hacer un poco de ejercicio, lo que no dejaba de tener sentido.

Caroline parecía estar bien. La encontró en una posición diferente de cuando la había visto por la tarde, y a pesar de que quería pensar que se había movido, conocía la verdad: las enfermeras le habían dado la vuelta hacía unas horas. En ese momento estaba tumbada boca arriba, y le estaban dando el desayuno. Un tubo de alimentación colgaba por encima de la cabecera de la cama, de modo que la fuerza de la gravedad condujera los nutrientes directamente a su estómago.

Casey sintió náuseas de repente. No supo por qué. Había visto aquello antes, más veces de las que podía recordar, de modo que no se trataba de repulsión, consternación o sorpresa. Tras el impacto inicial, tres años atrás, daba por supuesta aquella forma de alimentación.

Algo, sin embargo, había cambiado. El médico le había dicho que Caroline estaba intentando morir, y Casey no podía evitar pensar en esa posibilidad. Eso la hizo sentirse sola y vacía, y pensar en la cercanía que debería haber mantenido con su madre en tanto que adultas. Al pensar en ello la invadió una tristeza profunda. Quería sacar aquella sombría versión de Caroline de la habitación, pero no podía cerrar la puerta. Deseaba con desesperación que su madre abriese los ojos y la reconociese, que hablase, que sonriese.

No se quedó mucho rato. Estaba demasiado mojada a causa de la lluvia y demasiado atemorizada. Tras permanecer unos minutos junto a la cama de Caroline, regresó a la calle por donde había venido.

El tiempo, pesado y húmedo, incidió en su estado de ánimo. Corrió rápido, y las gotas de lluvia se mezclaron con el sudor y las lágrimas. Solo cuando le dolieron las piernas aminoró la marcha hasta dar con un ritmo normal. Cruzó los jardines públicos, bajó por Charles y ascendió Chestnut hasta el sendero que conducía a su coche.

Vio el *jeep* de Jordan aparcado junto al Miata.

Jadeando a causa del esfuerzo, se inclinó, colocó las manos en las rodillas e intentó recuperar el ritmo respiratorio. La lluvia caía de la visera de su gorra, de los árboles, del cielo. Se incorporó, alzó la cabeza y dejó que la lluvia le lavase la cara.

Su respiración se hizo regular, pero el vacío interior seguía allí. ¿Acaso era hambre? Probablemente solo fuese hambre, pero no podía pensar en comer. El vacío de su interior iba más allá de la comida.

No fue necesario que utilizara la llave. Jordan había dejado la puerta abierta. Entró, la cerró con llave, pero pasó más de un minuto hasta que lo vio. Estaba más allá del cobertizo, a la izquierda, medio escondido bajo unas cicutas cuyas ramas más bajas estaban unos treinta centímetros por encima de su cabeza. A pesar de que se hallaba a cubierto, tenía el cabello mojado por la lluvia, y su camiseta y sus pantalones cortos estaban bastante húmedos.

Esa mañana, la camiseta era gris. Jordan estaba de pie, con una mano en el hombro, y el brazo cruzado en el pecho. El otro brazo colgaba a un lado. Los pantalones eran oscuros, le iban holgados y le llegaban hasta la mitad del muslo. Sus piernas eran largas y bien torneadas.

No había nada casual en él. Al advertir la presencia de Casey, pareció alarmado.

No, decidió ella; alarmado no, aprensivo.

No, se dijo, aprensivo no, expectante.

De repente, todas las puertas de su casa interior, menos una, se cerraron. Esa puerta estaba abierta y resultaba invitadora. Jordan era vibrantemente masculino, y la química entre ellos, intensa. Casey la había sentido desde el primer momento, y no había hecho otra cosa que crecer.

Era el jardinero de su padre. Eso debería haberla detenido, pero no lo hizo. De hecho, eso lo hacía todavía más atractivo. En ese preciso momento, de espaldas a la impotencia y al dolor, Casey no podía pensar en nada mejor que pasar un buen rato a expensas de Connie.

También dejó de pensar en Connie, porque el tirón de lo que sentía en su interior era más fuerte que nunca. Mirando a Jordan a los ojos, cruzó el jardín y se acercó a él.

—¿Va todo bien? —preguntó Jordan como si supiese dónde había estado.

Casey no respondió, sino que se limitó a cogerlo de la mano que colgaba a un lado del cuerpo. No dudó ni un instante que él sentía lo mismo que ella. Lo sabía. Cuando alzó la cara, la mano de Jordan le retiró la gorra y le acarició el pelo con sus largos dedos. Sus bocas se encontraron sin asomo de timidez.

Casey se dejó arrastrar por el momento. No pensó, no analizó ni fantaseó. Se concentró en la pura sensación: el calor de la boca de Jordan mientras la besaba profundamente, el fuego lento de su lengua en aquellos esporádicos roces. Sintió que algo se fundía en su interior cuando empezó a rozarle los pechos, y sintió crecer su satisfacción —y su deseo— cuando se quitó la camiseta y utilizó las manos y la boca, y lo deseó con desesperación. Tocó todo lo que de él tenía a mano, apartó la ropa y tocó aún más.

En algún momento inconcreto, ella oyó su voz, ronca y susurrante.

—¿Existe alguna razón por la que no debamos hacer esto? ¿Un novio, algún control de natalidad o algo así?

Ella no podía pensar en nada que no fuera la sensación de solidez y plenitud que le ofrecía el cuerpo de Jordan. Todo lo que pudo hacer fue quitarse los pantalones húmedos mientras él hacía lo propio, y todo se precipitó. Tener a Jordan dentro de sí era una experiencia definitiva. Sí, había solidez y plenitud, pero también había totalidad.

Más tarde, rememoró las diferentes posiciones, cada movimiento, pero eso era ya un pensamiento, y en aquel momento se había dejado llevar por las sensaciones. Aquella sensación de totalidad alteró su deseo, cambiando el deseo de hacer por el de ser. Eso la llevó a desacelerar, a permanecer en suspenso y a aferrarse a la gloria que entrañaba el que él la poseyese, a la riqueza de la respiración irregular y la lluvia sobre el follaje, a la solidez de un cuerpo musculoso y la aspereza de la barba incipiente, al olor húmedo de aquel hombre y de los árboles y la tierra. Del mismo modo que en los ejercicios respiratorios de yoga iba más allá de la norma, en esa ocasión también se abrió al máximo, se abrió sin restricciones, ofreciéndole cada parte de su cuerpo, sus extremidades, su boca, su lengua, su sexo, hasta que se estremeció a causa del orgasmo. La sensación fue más profunda y poderosa de lo que ella hubiese creído posible.

Satisfacción. Ese fue el primer pensamiento concreto que surgió en su mente. Sentada sobre el regazo de Jordan, mientras él apoyaba la espalda contra el árbol —sin importarle y sin saber cómo habían llegado a aquella postura en particular—, se sentía completamente satisfecha.

Tenía los brazos alrededor de su cuello. Tenía la frente apoyada en su áspera mejilla. Su respiración recuperó poco a poco el ritmo normal. Él siguió dentro de ella durante todo ese rato, aunque su sexo ya no estaba erecto.

Cuando, finalmente, tomó aire y alzó la cabeza, él la miró a los ojos. Sus ojos evidenciaban la misma riqueza que ella había sentido con tanta fuerza, pero esa fuerza, precisamente, la asustó en ese momento. No conocía a aquel hombre. Nunca había hecho el amor de un modo tan impulsivo. No se arrepentía, pues había sido demasiado bueno. Pero él era un auténtico desconocido.

No deseaba tener que lidiar con la realidad, no deseaba que empañase el placer que había experimentado, y al advertir que él iba a hablar, le cubrió la boca con la punta de los dedos. Ignoraba qué pretendía decir, pero no quería palabras. Se lo transmitió con la mirada, y sintió que él lo entendía. Solo entonces retiró la mano y lo liberó. Se puso en pie y se vistió lo más rápido

posible, aunque la humedad y la tierra que se le había pegado a la piel le impidieron ir muy deprisa. Él permaneció donde estaba, observándola con creciente lasitud, ya fuese porque se encontraba cómodo con su desnudez o debido a que estaba exhausto.

Su mirada resultaba excitante. Ella ya estaba presentable, así que enfiló el sendero camino de la casa. Pero se detuvo, dio media vuelta y volvió para colocarse a horcajadas sobre las piernas de Jordan. Se sentó de nuevo sobre su regazo, deslizó los dedos por su cabello y le dio un último beso. Fue un beso cálido y contenido al mismo tiempo. Podría haberse quedado allí un poco más, podría incluso haber vuelto a desnudarse por el mero placer de sentir su cuerpo desnudo contra el de Jordan, pero Meg no tardaría en llegar, y además Casey tenía que atender a sus pacientes. Y no quería que él pensase que era su esclava.

Con un último beso rápido, se apoyó en sus hombros, se puso en pie y se alejó. Sin mirar atrás, respiró hondo y corrió bajo la lluvia hacia la casa.

Mojada y manchada de tierra, se dirigió a la entrada de servicio oculta en una esquina, camuflada bajo la hiedra. Cuando se disponía a meter la llave en la cerradura, cambió de idea y se dirigió hacia la puerta del despacho. Quería que Connie la viera y supiese lo que había hecho.

Abrió la mosquitera, hizo girar la llave en la cerradura y entró. No tenía intención de mojar la alfombra, de manera que la rodeó caminando por encima del *parquet*.

Si Connie estaba horrorizado, no lo hizo patente. La madera del suelo apenas crujió. Casey no percibió la presencia de ningún fantasma mientras cruzaba la estancia. Sin embargo, se sintió culpable de dejar marcas húmedas de pisadas en el suelo. Así que se quitó las zapatillas y los calcetines, fue hasta el lavadero junto a la cocina y las dejó allí para que se secasen. Se quitó la camiseta y los pantalones y echó a correr desnuda hacia su habitación.

Aún no estaba preparada para ducharse. Su cuerpo seguía bullendo de Jordan. Se envolvió en una toalla, salió del dormitorio y atravesó el distribuidor. Se sentía audaz y atrevida, por lo que abrió del todo la puerta del dormitorio de Connie. No pasó del umbral pero por primera vez podía contemplarla a su gusto.

La habitación era realmente hermosa. Había un montón de muebles, piezas grandes y sólidas.

Angus estaba tumbado en medio de la alfombra, observándola, esperando; de repente a Casey la audacia y el atrevimiento le parecieron absurdos. Como

siempre, al ver al gato, se conmovió. El pobrecito estaba solo. Deseaba tener a alguien a quien querer, igual que ella.

—Pobre Angus. —Casey se acuclilló y tendió una mano hacia él—. Ven aquí, grandullón. Acércate y deja que te haga unas caricias de buenos días.

Angus la miraba sin pestañear. Casey chasqueó la lengua tal como lo había hecho Jordan. Movi6 los dedos. Esperaba saber cómo tratar a un gato y se propuso encontrar algo para darle en la despensa de Meg.

—Ven aquí, gatito —susurró avanzando hacia él hasta que los dedos de sus pies cruzaron el umbral.

Permaneció en cuclillas, mirando al gato a los ojos hasta que le pudo la curiosidad y echó un vistazo alrededor. Detrás de Angus estaba la cama. Junto a esta, la mesita de noche. Donde en un principio había creído ver dos tocadores había un par de armarios en los lados opuestos de la habitación. También había un sofá de cuero y un sillón orejero. Ambos parecían muy usados.

Se preguntó si habrían compartido mucho con Connie. Tal vez pudiese rastrear sus orígenes. Sería muy interesante.

De hecho, la habitación al completo era interesante, una mina de posibilidades en su investigación para descubrir quién era Connie. Si deseaba encontrar un diario personal o una agenda, inspeccionar aquellos armarios y cajones no resultaría absurdo.

Pero no en ese momento. Antes tenía que inspeccionar las cajas del piso de arriba.

Ese era el plan. Antes de las cajas, sin embargo, debía ir a su apartamento en busca de algo de ropa, repasar la lista de pacientes del día y solucionar varios asuntos administrativos que exigían de toda su atención.

Le pareció bien. No quería pasarse la mañana pensando en Caroline, porque no tenía ningún control sobre lo que pasaba en la residencia. Tampoco quería pensar en Jordan, curiosamente, por unas cuantas razones. En el jardín, su cuerpo había tomado el mando. Ella no había abierto la boca.

¿Estaba bien lo que había hecho? Por supuesto que no. Pero la prudencia nunca había desempeñado un papel destacado en su vida.

El que Jordan se hubiese ido para cuando ella terminó de ducharse, fue toda una ayuda. Tenerlo rondando por la casa, atendiendo a las plantas de interior mientras llovía, habría supuesto un problema a la hora de aclararse las ideas respecto a lo que había sucedido momentos antes.

La única persona que había en la casa, aparte de ella misma, era Meg. En un impulso, Casey le pidió que la acompañase al apartamento. Después de

hacerlo, sin embargo, se dio cuenta de que era mejor reservar el poco espacio del Miata para la ropa, pero a Meg parecía haberle hecho tanta ilusión la invitación que no tuvo ánimo para dar marcha atrás.

El entusiasmo de Meg resultó ser un regalo de Dios: la ayudó a mantenerse distraída. Le encantó el pequeño ascensor que conducía al apartamento de Casey, le encantaron los pequeños fogones de la cocina, le encantaron los ladrillos que elevaban la cama de Casey del suelo. Le encantó la ropa de Casey, le maravilló la blusa de seda, los pantalones de lino, y las sandalias de tacón alto. En un momento dado, mientras Casey estaba frente al armario intentando decidir qué ponerse, Meg sacó un mono de lino.

—Es precioso —dijo sin aliento.

Casey sonrió.

—Quédatelo.

—¿En serio?

—Hace años que no me lo pongo.

Meg se mostró tan agradecida y conmovida que Casey le regaló otras cosas: una camisola de encaje, una camiseta de tirantes para llevar debajo del mono, y tres pañuelos para la cabeza.

Meg se puso de inmediato uno alrededor de su cola de caballo. Casey pensó que le quedaba perfecto, y se lo dijo. El cumplido fue sincero, y lo que recibió a cambio fue devoción. Meg no sabía qué hacer por ella: llevó las cosas al coche, se sentó en el asiento del acompañante durante el viaje de vuelta con un montón de ropa en el regazo, e insistió en sacar las cosas de las bolsas, en planchar lo que fuese necesario y en ordenarlo todo en la habitación de Casey.

Casey no estaba acostumbrada a que trabajasen para ella, pero cuando regresaron a Beacon Hill, el primero de sus pacientes acababa de llegar, así que aceptó el ofrecimiento de Meg.

Apartarse del maremágnum de sus pensamientos suponía una bendición. Dejó de pensar en Jordan, en Caroline, en Connie, e incluso en Angus, y se centró por completo en su trabajo. Algunos días tenía que esforzarse mucho para encontrar las preguntas adecuadas; otros, por el contrario, no formulaba pregunta alguna, sino que se limitaba a escuchar. Esa mañana, estaba inspirada.

Su paciente de las diez en punto sufría una depresión posparto. Casey había enfocado previamente la cuestión en el desdén que había mostrado su madre por ella, que al parecer había ido en aumento, volviéndose descuidada y manifestando un creciente desinterés por cada uno de sus seis hijos. Casey

le preguntó qué era lo que había dicho su padre respecto al deterioro de su madre. Bingo. El padre no se había mostrado comprensivo. Había habido episodios de abuso verbal, negligencia emocional e infidelidad. A la paciente de Casey le aterrorizaba la posibilidad de sufrir el mismo destino que su madre.

La paciente de las doce era una mujer más o menos de su edad que había desempeñado tres trabajos diferentes, y en los tres lo había hecho bien, hasta que aparecía la posibilidad de un ascenso inminente, momento en el que cometía algún error que echaba al traste la promoción. Se sabotaba a sí misma. Lo admitía. Habló abiertamente de su miedo a adquirir más responsabilidades en su vida de las que ya conllevaba el criar a un hijo, mantener una casa y tener una carrera. Casey le preguntó acerca de su marido, no sobre el modo en que se ganaba la vida, porque ya habían hablado de eso, sino si tenía posibilidades de ascender y cuánto ganaba. Descubrió que el sueldo de su paciente era hasta ese momento similar al de su marido, que ella ganaría más que él si la ascendían y que ya había notado su resentimiento ante la posibilidad de que la carrera profesional de su mujer ensombreciera la suya.

La paciente de las tres era una mujer de setenta años que se sentía paralizada emocionalmente desde la muerte de su marido. En las cuatro sesiones anteriores le había descrito lo mucho que lo echaba de menos, lo competente y cariñoso que era, y también lo dominante que había sido. Casey dio por supuesto que a la mujer le intimidaba la idea de cuidar de sí misma. Ese día, sin embargo, Casey profundizó en un tema que solo había tratado de pasada, y le preguntó por sus hijos. Tenía tres, todos ellos muy centrados en sus propias vidas..., y la reacción de pánico que la pregunta de Casey provocó le indicó que la mujer estaba haciendo lo que ella creía necesario para llamar su atención e involucrarlos más en su vida.

Tres avances de consideración en un solo día no eran poca cosa. Casey no sabía si su perspicacia de esa jornada tenía que ver con la satisfacción física, porque existía una coincidencia. Por mucho que había intentado no pensar en Jordan, un movimiento aquí o allí producía una leve tensión en los músculos de sus muslos o la conciencia de la sensibilidad de sus senos.

Por otra parte, su inspiración quizá proviniese de la figura de Connie. Tal vez él se hubiese sentido conmovido por lo que había hecho con Jordan, pero a Casey le gustaba pensar que habría aprobado el modo en que se había desempeñado con sus pacientes.

Se recompensó a sí misma con un dulce. Le quitó el envoltorio y lanzó este a la papelera que había bajo el escritorio, tal como Connie seguramente

habría hecho, y se introdujo el caramelo en la boca. Lo chupó hasta que no fue más que una perla diminuta. Entonces, tras pensar que un hombre tan obsesionado con el orden como Connie probablemente los chuparía hasta no dejar nada en absoluto, lo partió en dos con los dientes, masticó y se lo tragó.

Era un final apropiado para una buena jornada laboral, de ahí que se sintiera exultante cuando Brianna llegó. Salieron al jardín; cómo no hacerlo tratándose de un lugar tan exuberante. Aunque la lluvia había remitido, el aire seguía siendo húmedo, lo cual intensificaba el perfume de la cicuta, las lilas y la tierra. Meg ya se había ido, pero había dejado preparada una bandeja con bocadillos de salmón con *focaccia*. Brianna llevó la bandeja; Casey, un trapo y las latas de refresco.

Casey secó la mesa del patio y dos de las sillas para que su amiga pudiese dejar la bandeja, pero Brianna estaba distraída. Miraba hacia las flores, aunque sin verlas.

—¿Bria?

Brianna la miró a los ojos.

—¿Quieres dejar la bandeja?

Brianna lo hizo, después se sentó en una silla.

Casey se sentó frente a ella.

—Dime qué es lo que pasa.

Brianna la miró con aspecto taciturno.

—Tengo que acabar con esto —dijo.

Casey sabía que su amiga hablaba de Jamie. Habían discutido demasiado últimamente. Estaba empezando a convertirse en una costumbre.

—¿Por qué? —preguntó Casey tras abrir una lata de Coca-Cola y pasársela a Brianna.

—Pretende que sea algo que no soy.

—Pues díselo. Él cree que tendrías que tener tu propia consulta. ¿Es por el dinero?

—No. Sabe que podría acabar ganando menos que ahora. No es una cuestión de dinero, sino por mí. Quiere mi tiempo. Quiere que le acompañe cuando viaja por cuestiones de negocios.

—Algunas mujeres matarían por algo así.

—¿Tú lo harías? Por supuesto que no. Tú tienes tu propia vida. Tú tienes una carrera. Tú valoras tu independencia. Y yo también, pero Jamie, Dios le bendiga, quiere una esposa en toda regla.

—¿Te lo ha dicho él?

—No con esas palabras, pero es lo que piensa. Lo sé. Casey, él habla de tener hijos. ¡Hijos! Y ni siquiera estamos prometidos.

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó Casey.

—Odio a los hombres.

—No los odias.

—¿Por qué intentan siempre dirigir nuestras vidas? O sea, mira lo que Stuart te hizo a ti. Os robó el dinero, rompió el grupo, hizo que todos tuvieseis que mudaros. ¿Tenéis alguna noticia?

Casey negó con la cabeza.

—Antes me llamó Marlene. Nadie sabe nada.

—¿Ni siquiera su esposa?

—Ella asegura que no. Si desaparece la próxima semana, empezaremos a sospechar. La policía está investigando el caso, pero robar veintiocho mil dólares no es un delito muy importante. Dudo que lo encuentren.

—¿Y qué hay de tu dinero?

—Desapareció. Intenté seguir su rastro, pero no pude hacer nada. Tuve que dejarlo. —Pensó en Joyce Lewellen e intentó aplicarse la lección a sí misma—. Podría ponerme hecha una furia, pero ¿de qué serviría?

Brianna no respondió. De repente, parecía estar más alerta, y pasó por su lado camino de la parte trasera del jardín.

—¿Quién es ese? —susurró.

Jordan no se había marchado; estaba apilando bolsas de turba contra la pared del cobertizo.

—Mi jardinero —respondió Casey también en voz baja. Si a alguien podía contarle lo que había ocurrido era a Brianna, pero no era el momento adecuado, ni para su amiga, pues estaba hablando de su propia relación, ni para ella. Sintió una oleada de calor ascendiendo por su cuerpo, lo que significaba que haber hecho el amor con él no había aplacado su deseo en absoluto, sino todo lo contrario: no sabía qué hacer con aquel hombre.

Él les dedicó un breve saludo con la cabeza y volvió al *jeep* en busca de más sacos.

—Está muy bien —susurró Brianna.

—Es un buen jardinero.

—No me refiero a eso.

—Es el jardinero de Connie.

—¿Está casado?

—No. —Al menos, eso era lo que Casey creía. ¿Acaso no le había preguntado a ella si no existía alguna razón para no hacer el amor, «algo así

como un novio»? De ahí se desprendía que él no tenía razón alguna para no hacer el amor.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Brianna.

—No lo sé... Alrededor de cuarenta.

—¿Dónde vive?

—Ya vale —replicó Casey, ahora con un deje de irritación. No necesitaba las preguntas de Brianna. No hacían sino recordarle lo poco que sabía de ese hombre.

—Me gustaría contratarlo.

—Cásate con Jamie y podrás hacerlo.

Brianna se puso a la defensiva.

—¿Con un hombre que no es el adecuado para mí?

—¿Estás segura de que no lo es? ¿Dejará de quererte si no dejas tu trabajo?

—No. Pero me sentiría obligada a hacerlo.

—Obligada. Brianna, lleváis dos años juntos. Ya no tienes diecisiete años. Los dos tenéis treinta y cuatro. Si la relación es la adecuada, tendrías que saberlo.

Jordan salió por la puerta del jardín y cerró con llave.

—Jamie es un tipo estupendo —dijo Casey—. Es guapo. Es *sexy*. Trabaja en la misma empresa desde hace... ¿Cuánto tiempo hace?

—Doce años —repuso Brianna—. Desde que salió de la universidad, y ahí estará hasta que le den un reloj de oro y le peguen una patada en el culo.

—Es una buena empresa.

—Buena. Pero no grande.

—Brianna.

—No es ambicioso, Casey. O sea, me dice a mí que cambie de trabajo y él ni siquiera sueña con cambiar el suyo. Según él es estable, y cree que algún día llegará a vicepresidente.

—¿Y eso es posible?

Brianna se encogió de hombros.

—Tal vez.

Casey cogió un bocadillo. Tuvo que abrir mucho la boca para abarcar el pan, el salmón, la lechuga y todo lo que contenía, pero sabía estupendamente. Masticó y tragó. Después dejó el bocadillo sobre una servilleta y dijo:

—Objetivamente, Jamie es un tipo fabuloso. Está enamorado de ti, y creo que tú también lo estás de él. Y, de pronto, te pones... nerviosa, como te pasó con Rick, y antes con Michael, y aún antes con Sean.

Brianna no replicó, se limitó a mirarla, expectante.

—Jamie es el mejor de todos —prosiguió Casey—. Es un buen chico. Viene de una buena familia, ha estudiado en una buena universidad, trabaja para una buena empresa. ¿Así que esta es buena pero no es grande? Las grandes compañías se caracterizan por venirse abajo sin previo aviso. Las buenas compañías son más estables. Así pues. —La pregunta del millón; no suponía sorpresa alguna porque Casey conocía la historia de Brianna—. ¿Qué diría tu padre de Jamie? —El padre de Brianna había sido un destacado ejecutivo de una gran empresa.

—Diría que Jamie podría hacerlo mejor.

—Tu padre murió hace doce años. El mundo era diferente entonces.

—Pero yo sigo respetando su opinión. No llegó hasta donde estaba siendo tímido y reprimido.

—Jamie no es tímido ni reprimido.

—¿Por qué lo defiendes?

—Porque te conozco —contestó Casey—, mejor que cualquiera, y creo que si algún hombre puede hacerte feliz durante los próximos cincuenta años, es él. En serio, Bria. Si hablásemos de compatibilidad en una escala de cero a diez, le daría un nueve y medio.

—Quiero un diez.

—Eso es la perfección.

—¿No me lo merezco?

—La perfección no existe. Los hombres tienen defectos, como nosotras. ¿Quieres al chico perfecto? El chico perfecto no es real.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando Casey recordó a Jenny Clyde y a Pete, y en ese instante se dio cuenta de lo que le inquietaba de aquel chico. Era demasiado bueno para ser verdad.

Eso equivaldría a decir que el diario era una obra de ficción, o una historia verdadera pero exagerada.

¿Qué era?

No lo sabía. Todo lo que sabía era que *Soñando con Pete* era algo a lo que su padre quería que se dedicase, y ella tenía que hacerlo.

Capítulo 13

Casey no le habló a Brianna del diario. Temía que le dijese que era pura ficción y Casey no quería escuchar algo así. Quería que fuese real. Quería tener un miembro de su familia llamado Jenny que necesitase ayuda. Quería que la tal Jenny fuese un vínculo con la familia de Connie.

El problema, sin embargo, era dar con Jenny. Casey no había logrado localizar Little Falls. Necesitaba más información; para empezar, el nombre del pueblo en el que Connie había crecido.

Si alguien lo sabía, esa tenía que ser Ruth. Pero Casey no estaba preparada para buscarla, como no lo estaba para explorar el dormitorio de Connie. ¿Era una tontería? Tal vez. Pero se trataba de un asunto emocional, y los asuntos emocionales eran los que más resistencia oponían. Además, Casey no había pedido otras opiniones.

Una era la de Emmett Walsh, el psicoterapeuta que se había hecho cargo de los casos y del ordenador de Connie, de sus archivos y de su Rolodex. Casey encontró su número en la guía de teléfonos de Boston y lo llamó. Antes de oír el zumbido al otro lado de la línea, sin embargo, decidió que una entrevista tal vez resultase más productiva, y colgó el auricular. A toda prisa, antes de que cambiara de opinión, se hizo una cola de caballo, cogió la llave de la casa y salió por la puerta.

Sabía dónde vivía Emmett Walsh. Había asistido a un curso que él había impartido; una de las sesiones se celebró en su propia casa. Vivía en la ladera de la colina, a apenas cinco minutos de distancia.

A pesar de la agradable brisa procedente del océano, el aire seguía siendo húmedo. Leeds Court estaba llena de coches aparcados todavía mojados por la lluvia, y las baldosas del suelo estaban resbaladizas y brillantes. El sol lucía por entre un grupo de nubes, haciendo que brillasen las gotas de lluvia en los árboles, en las flores y en los porches, y su encanto la conmovió. Al descender por la calle abajo, iba sintiéndose, alternativamente, como una invitada a la que se le hubiese permitido visitar aquel lugar y como una impostora.

¿Perteneecía ella a aquel sitio? No tenía ni idea.

Recorrió el tramo más estrecho de la calle Court justo en el momento en que un vecino doblaba la esquina. Llevaba traje, portaba un maletín y sonrió en cuanto la vio.

—¿Qué tal? —preguntó cuando pasaba por su lado.

Su nombre era Gregory Dunn. Él y su esposa vivían en el lado este de Court. Era un conocido abogado de la ciudad, cuya foto salía a menudo en los periódicos. Si le sorprendió ver una cara nueva por el barrio, no lo manifestó. Podría haber sido una invitada, eso es lo que habría pensado Casey de estar en su lugar. O una ladrona. O la hija de Connie Unger, que llegaba para hacerse cargo de la herencia. ¿La hija de Connie Unger? No *sabía* que Connie Unger tuviese una hija. Ella nunca apareció por aquí mientras él vivía. Me pregunto por qué.

Giró por West Cedar, caminó hacia Chestnut y esperó a que el semáforo se pusiese verde. La gente andaba a un ritmo tranquilo, disfrutando de las dos horas de luz solar de la semana del solsticio de verano. Cruzó Charles y continuó por Brimmer. La casa de Emmett Walsh era la única construida en madera de la manzana.

No había escalones en la entrada ni jardín delantero. Desde la calle nacía un estrecho sendero que conducía hasta la puerta. Hizo sonar el timbre, rogando que Emmett Walsh estuviese en casa.

Fue su mujer la que abrió la puerta. Trabajaba en los archivos de la universidad, y era lo bastante mayor y lo bastante seria para parecer parte de los mismos.

Casey sonrió.

—Espero no haber interrumpido su cena —dijo Casey con una sonrisa—. Soy Cassandra Ellis. Cornelius Unger era mi padre. ¿Está el doctor Walsh en casa?

La mujer la miró fijamente.

—No sabía que Connie tuviese una hija.

—Yo sí —dijo el hombre que apareció tras ella. Era alto y delgado, y vestía ropas holgadas—. El abogado me habló de usted cuando le pregunté qué sucedería con la casa. Veo que guarda un gran parecido con Connie: el mismo cabello, los mismos ojos, la misma intensidad.

Intensidad. Casey no habría escogido esa palabra para describirse a sí misma, pero en ese momento, pensó que tal vez fuese cierto.

—Pues no reconoció usted el parecido cuando acudía a sus clases —apuntó.

—¿Fue alumna mía? —A todas luces, se sentía halagado—. No. No me di cuenta, pero entonces no pretendía apreciarlo.

Era una respuesta amable, Casey lo sabía. Con toda probabilidad, ni siquiera la recordaba. Había sido alumna suya hacía cerca de diez años, y aunque solo hubiesen pasado un par de años, él tenía centenares de alumnos cada semestre, y era profesor desde hacía más semestres de los que Casey llevaba en este mundo.

—Pero ahora sí puedo apreciarlo —insistió Emmett—. Conocí a Connie cuando tenía su edad, incluso desde antes. Fuimos juntos a la universidad. Apuesto a que usted lo sabía. —Se hizo a un lado para permitir a su mujer que se marchase, después prosiguió—: Y también nos doctoramos juntos. De hecho, todavía me sorprende que le pasase los casos a un viejales como yo. No es que tuviese muchos. Lo cierto es que ninguno de nosotros tenía ya tantos pacientes como en otros tiempos, y la mayoría son pacientes de larga duración, de los que pagan en metálico. Suponen una seguridad cuando te haces mayor. Debo decirle que eso hace que todo sea más sencillo cuando quieres bajar el ritmo. No tienes que deshacerte de pacientes. Dejas que el seguro médico lo haga por ti. Pero no ha venido usted aquí para que le dé una conferencia. ¿Quiere pasar?

—Me encantaría, pero no sé si es la hora adecuada...

Él echó un vistazo a su reloj. Su rostro era alargado y tenía una cicatriz.

—Dispongo de unos cuantos minutos antes de cenar. La invitaría a cenar con nosotros, pero, a decir verdad, no se lo recomiendo. Tenemos restos de la comida del mediodía que, debo confesarlo, no resultan muy apetecibles. Le diré una cosa: hacerse viejo no tiene nada de divertido. Cuando hay que seguir una dieta para mantener a raya la diabetes, tienes la presión alta y colon irritable, comer es un asco. —Se hizo a un lado y le indicó con un gesto que pasase—. Entre. Hablaremos de Connie. Eso es lo que quiere, ¿verdad? El abogado me dijo más de lo que probablemente debía decirme, pero tengo una manera especial de hacer preguntas, así que, por supuesto, quise saber algo más acerca de la hija de mi colega. ¿Puedo tutearte? Bien, lo haré. ¿Conociste personalmente a Connie? ¿Os disteis la mano? ¿Os saludasteis? —La llevó hasta un salón y le indicó que se sentase.

Casey escogió un sillón con el asiento tapizado y respaldo de mimbre.

—Asistí a sus conferencias —dijo—. A veces, cuando acababan, me acercaba y le observaba mientras hablaba con otras personas. Él sabía que yo estaba allí, pero nunca me invitó y yo nunca fui. ¿Alguna vez le habló de mí?

—Nunca —respondió Emmett Walsh.

—¿Cuál era su problema?

—¿Problema?

—A nivel clínico. Usted lo conocía. Hágame un diagnóstico, por favor.

Emmett se retrepó en el diván.

—No puedo hacerlo —dijo—, y no por una cuestión de lealtad. Lo conocía, probablemente tan bien como cualquiera de nosotros, los psicólogos —añadió con tono de ironía—, pero eso no significa gran cosa. Era una persona tranquila. No hablaba de sí mismo. Observaba y escuchaba. Preguntaba. Era el amigo perfecto, especialmente para alguien como yo. Yo hablo por los codos, imagino que ya te habrás dado cuenta.

Era cierto. Emmett Walsh parecía haber dicho mucho más en dos minutos en la puerta de su casa de lo que Connie Unger habría dicho en cinco años en la suya.

—Connie y yo formábamos un buen equipo —prosiguió Emmett—. No competíamos por el micrófono, por decirlo de alguna manera. Nunca suponía un reto, una amenaza o una exigencia. Dejó claro desde el principio que prefería no hablar de sí mismo, de modo que nuestros amigos aceptaron los términos. Sin duda, era muy vergonzoso. Pero ¿se debía a una tendencia innata o era un comportamiento? No lo sé. —Esbozó una sonrisa—. Tal vez eso diga algo sobre mis habilidades como terapeuta, o sobre la falta de las mismas pero a veces tienes que saltarte algunas cosas. Connie era Connie; el porqué de su actitud estaba tan enterrado en su interior que nunca tuve oportunidad de saberlo. No creía que fuese asunto mío psicoanalizarlo, así que jamás le formulé preguntas explícitas, y después se hizo muy famoso y lo colocaron en un pedestal, y comprender sus procesos internos se convirtió en algo discutible. Puedo decirte una cosa: valoraba nuestra relación. A lo largo de todos estos años, si quería preguntarle algo y le dejaba un mensaje, él me llamaba al cabo de un par de horas. ¿Jugamos juntos al golf alguna vez? No. No era de los que juegan al golf. En un par de ocasiones me dieron entradas para ir a algún espectáculo y lo invité, pero no le gustaba el teatro. Tampoco le gustaba ir al cine.

Sin embargo, le gustaba ver películas. Casey había visto su colección.

—¿Padecía agorafobia?

—Por supuesto que no. Estaba rodeado de gente muy a menudo.

—Pero se debía a cuestiones profesionales. Quizá fuese funcional en esas ocasiones y disfuncional en su casa. Diferentes estados emocionales en diferentes lugares.

Emmett sonrió. Incluyó la cabeza y dijo muy despacio:

—Eso está muy bien.

Casey no había ido allí a recibir cumplidos, pero le agradó el comentario.

—¿Sabía usted que soy psicoterapeuta?

—Sí —repuso Emmett—. Winning me lo dijo. ¿Te dedicaste a esto por él?

—Claro —admitió ella—. Pero a mí me gusta la gente. Siempre me he encontrado bien entre los demás. Me fascina lo que los anima a seguir adelante.

—Por lo que respectaba a Connie, sin embargo —conjeturó Emmett—, no era solo curiosidad objetiva.

—No. Él era mi padre. No tengo ni idea de por qué se negó a conocerme. Realmente, me gustaría saberlo.

—Me temo que yo no tengo mucho que decir sobre el particular.

—¿Sabe usted dónde creció?

Emmett asintió.

—En un pequeño pueblo de Maine.

—¿Conoce el nombre?

Emmett sonrió.

—No es más que un pequeño pueblo de Maine. No habrás oído hablar de él.

Casey también sonrió.

—Probémoslo.

Emmett sofocó una carcajada.

—Eso es todo lo que sé. Estaba citando a Connie textualmente: «Un pequeño pueblo de Maine. No habrás oído hablar de él».

—¿Y usted nunca insistió?

—No —respondió Emmett sin que sonase a disculpa—. Estaba claro que no quería decirlo, y no había razón por la que yo tuviese que saberlo.

Casey lo intentó desde otro enfoque.

—¿Dijo alguna vez si tenía hermanos?

—No. Ni una palabra al respecto. Cuando estábamos en la universidad, solía hablar de su madre, pero yo suponía que había muerto hacía tiempo.

—¿Nunca la conoció usted? ¿En la graduación, quizá?

—No. No vino. De hecho, él tampoco asistió. Antes no se montaban grandes ceremonias como hoy en día. Una gran parte de los graduados recibían su diploma en el despacho del decano, y eso era todo.

—¿Le habló alguna vez de un pueblo llamado Little Falls?

Emmett apretó los labios y reflexionó durante un minuto.

—No.

—¿Le habló alguna vez de un hombre llamado Darden Clyde?

Emmett recapacitó otra vez, y negó de nuevo con la cabeza.

—¿Y de Jenny Clyde?

—No.

—¿Y de MaryBeth Clyde?

—No.

—¿Alguno de esos nombres podría estar en los ficheros?

—Es fácil de comprobar —dijo Emmett poniéndose de pie—. Quédate aquí. Vuelvo enseguida. —Se marchó, y al cabo de menos de un minuto, regresó con un álbum bajo el brazo y el Rodolex de Connie en la mano—. Clyde, ce, ele. —Empezó a pasar las tarjetas—. Cardozo. Chapman. Cole. Curry. Lo siento, no hay ningún Clyde.

—¿Y si los hubiese archivado por el nombre?

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Porque quizá fuesen miembros de su familia.

Emmett se encogió de hombros y sacudió la cabeza, pero de nuevo se puso a pasar fichas.

—Ningún Darden —dijo—. Ninguna Jenny. —Y, finalmente—: Ninguna MaryBeth.

Casey lo intentó de nuevo.

—¿Ha encontrado algo en su archivo que esté relacionado con un diario denominado *Soñando con Pete*?

—¿Un diario?

—Diario, memorias, libro...

—¿*Soñando con Pete*? No. ¿Quién es Pete?

—No lo sé —repuso Casey con un tono de desesperación que solo a medias era fingido.

—¿Emmett? —se oyó una voz procedente de otra habitación.

—Sí —respondió Emmett—. Siéntate aquí —dijo luego, dirigiéndose a Casey. Enarcó las tupidas cejas y susurró en tono conspirativo—: Tengo fotos.

Casey sintió que le daba un vuelco el corazón.

—¿Fotos de Connie?

—En la universidad. ¿Quieres verlas?

—Por supuesto. —Casey se sentó junto a Emmett y esperó con ansiedad mientras él pasaba las páginas. Imaginó instantáneas de sonrientes amigos, rostros atrapados por las lentes de la cámara, imágenes de fiestas, quizá

alguna foto embarazosa. Cuando Emmett llegó a la página y señaló una gastada foto en blanco y negro, después una segunda y una tercera, observó que esa colección era un poco diferente de las suyas. Los rostros estaban serios, las poses rígidas, los cuerpos cubiertos. La mayor parte de ellas eran fotos de grupos de hombres jóvenes sentados alrededor de una mesa o reunidos frente a una ventana. Lo más cercano a una fiesta que pudo apreciar fueron las cervezas que sostenían en la mano.

Emmett empezó a cantar con voz temblorosa:

—«Oh, llena las jarras por la vieja y querida Maine, hasta que la vigas crujan, ponte en pie y brinda otra vez, como cantan todos los hombres leales de Maine». —Advirtió que Casey lo miraba con expresión interrogativa—. *La canción de las jarras de Maine*. Es de la Universidad de Maine. Connie solía cantárnosla cuando habíamos bebido una o dos copas de más. Fue lo más cerca que estuvo de compartir una parte de su pasado.

Casey estaba fascinada con los años universitarios de su padre. Había sido muy guapo, con el cabello claro, una agradable sonrisa y sus finas gafas de montura metálica. Aunque era menos corpulento que los demás, vestía como ellos. Estaba en el extremo de la derecha del grupo.

De hecho, en todas las instantáneas era igual, como comprobó al pasar la página y examinar las otras dos. Nunca estaba en el medio, siempre en un extremo. Parecía vergonzoso. Pero había algo más, una manera de mirar que era al mismo tiempo tímida y esperanzada, como si quisiese estar con sus amigos pero no dejase que se acercasen demasiado para no tener que pedirles que se alejaran.

Casey se preguntó si se sentiría como un impostor también y, de ser así, por qué motivo.

—Él no estudió en la Universidad de Maine —señaló.

—Su padre sí —dijo Emmett—. Bueno, eso no es del todo cierto. Su padre trabajó allí. Era uno de los conserjes.

—¿Conserje? —preguntó Casey, sorprendida—. ¿Y Connie estudió en Harvard? Su padre debía de estar muy orgulloso de él.

—Murió antes de que Connie fuese aceptado. No creo que estuviesen muy unidos.

—¿Emmett? —volvió a oírse.

—¡Ya voy! —gritó Emmett a modo de respuesta, menos paciente en esta ocasión. Con mucho cuidado, sacó una de las fotografías del álbum y se la ofreció a Casey—. Esta es la mejor, creo. —Connie era uno de los tres

hombres que aparecía en ella—. Yo soy el del medio. El de la izquierda es Bill Reinhertz. Murió hace ya algún tiempo.

Casey cogió la fotografía. Se trataba, sin duda, de la mejor: era un encuadre más corto, mostraba un rostro joven, con el pelo cayéndole descuidadamente sobre la frente y las gafas algo bajas sobre el puente de la nariz. Connie parecía simpático en esa foto. Ella siempre había deseado que lo fuese.

Emmett cerró el álbum.

—¿Vas a quedarte con la casa?

Casey tardó unos segundos en asimilar la pregunta, después levantó la mirada de la fotografía.

—¿La casa? No lo sé.

—Si quieres venderla, tengo un comprador. Pagará lo que vale. Adora esa casa desde hace años.

—¿Usted?

—Oh, no. Se trata de mi agente de bolsa. Yo no podría permitirme algo así.

—¿Y cómo podía hacerlo Connie? —preguntó Casey. Sabía que el precio de la casa tenía que haber sido mucho más bajo cuando su padre la había comprado, treinta años atrás. Pero todo era relativo.

—Los libros de texto, querida mía —repuso Emmett—. La *Introducción a la psicología* de Unger ha sido lectura obligatoria durante veinte años. ¿Sabes las regalías que produce algo así? Supongo que tú recibirás algo de esas regalías. ¿No te lo comentó el abogado?

Casey negó con la cabeza.

—Bueno, quién sabe —dijo Emmett—. Tal vez le dejó el dinero de las regalías a Ruth. Ya la habrás conocido, supongo.

—No.

—Es toda una pintora.

Casey estaba de acuerdo con él, aunque a regañadientes. Veía los cuadros cuando subía o bajaba las escaleras. Tenían diferentes capas de pintura, hábilmente aplicadas para crear distintos estados del mar. Pero no era el talento de Ruth como pintora lo que la intrigaba.

—¿Cómo era su matrimonio?

—Creo que bastante normal, salvo por el hecho de que vivían en casas separadas, pero puedo entender el motivo, sabiendo lo reservado que era Connie. Ruth es mucho más sociable. Le gusta recibir invitados. Vive en Rockport, que es un lugar delicioso para pasar un domingo por la tarde. A

menudo he pensado que Connie se casó con ella para que lo ayudase a tratar con la gente, pero que comprendieron que era una tarea demasiado ardua.

—Emmett...

Emmett miró irritado hacia la puerta.

—Te diré una cosa —masculló entre dientes—: en ciertas ocasiones creo que Connie tuvo una gran idea.

Casey caminó durante un rato. Era totalmente consciente de que llevaba la fotografía de Connie en el bolsillo. De vez en cuando, la sacaba y la contemplaba. Se sentó en un banco de los jardines públicos y lo hizo de nuevo. En esta ocasión, cuando volvió a meterla en el bolsillo, sacó el teléfono móvil. Marcó el número del puesto de enfermeras de la planta en que estaba su madre y, al instante, contestó Ann Holmes.

—¿Cómo está?

—Más o menos igual —respondió Ann tranquilamente—. No ha sufrido más ataques. Tuvo un breve problema con los espasmos en el cuello...

—Espasmos en el cuello. —Eso era nuevo. Casey inclinó la cabeza y presionó la frente con los dedos.

—No es infrecuente —le explicó la enfermera—, pero tal vez haya sido mejor que no estuvieses aquí. El ruido que hace es muy desagradable. Su respiración fue dificultosa durante un rato, pero ahora ha vuelto a la normalidad.

Eso sonaba más tranquilizador. Caroline no se recuperaría si sufría constantes complicaciones físicas.

—Espasmos en el cuello —repitió Casey—. ¿Qué los provoca?

—Son como los espasmos en cualquier otro músculo. Pueden deberse a un montón de causas. Muy probablemente esté relacionado con la circulación. Cuando se ralentiza el ritmo, ocurren este tipo de cosas.

Ralentización. Eso no tenía buena pinta.

—¿Pudo tratarse de un movimiento deliberado?

—Me gustaría decir que parece más consciente, Casey, pero no sería cierto. Al menos en este aspecto.

Casey cerró con fuerza los ojos durante unos segundos. Después dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo. Pasaré mañana. ¿Me llamarán si se produce algún cambio?

—Sabes que sí.

Con el corazón destrozado, Casey cortó la comunicación. El vacío en su interior se manifestaba al tiempo que ella introducía el teléfono móvil en el bolsillo junto a la foto de Connie. Apoyó la espalda en el banco, cruzó las piernas y observó a la gente pasar. Algunos iban en pareja, otros caminaban absortos. Otros iban en grupo, aunque igualmente preocupados. Los que caminaban solos lo hacían más rápido, y sin duda se dirigían a algún lugar.

Durante un minuto, al observar aquella corriente de personas de las que nada sabía, Casey se sintió invisible. Pensó en Connie sentado en su sillón del desván, observando a los ocupantes de las terrazas mientras se reunían, cocinaban y se divertían. Casey tenía muchos amigos en el mundo, pero en ese instante estaba completamente sola.

Entonces vio a Jordan, apoyado en una barandilla de hierro, unos diez metros más allá. Él también estaba solo, y la miraba.

Al menos, ella creyó que era Jordan. Tenía el mismo cabello oscuro, los mismos ojos pardos, el mismo cuerpo delgado, pero, aparte de aquel pecaminoso buen aspecto, no parecía ni remotamente desaliñado. Iba bien afeitado y perfectamente peinado. Vestía unos pantalones cortos color *beige* y un cárdigan azul marino de tres botones, en ese momento abiertos. Sus piernas eran largas y bien torneadas.

¿Se trataba de Jordan? Por supuesto que sí. De lo contrario no habría sentido un nudo en el estómago. Sentada en un banco del parque, con la gente pasando por su lado, una fotografía en el bolsillo del padre que había muerto sin dirigirle jamás la palabra y una madre a menos de diez minutos andando pero al mismo tiempo tan lejos que le rompía el corazón el mero hecho de pensarlo, Casey estaba desesperada por conectar con alguien de algún modo especial.

Miró a la lejanía, después volvió a mirar hacia donde estaba Jordan. Seguía allí. Sin duda, era él.

Con un mínimo gesto de la cabeza lo invitó a acercarse.

Él se apartó de la barandilla y avanzó hacia ella sin dejar de mirarla a los ojos. Ella tuvo que alzar la cabeza cuando estuvo cerca, pero no habría podido desviar la mirada aunque hubiese querido. Creyó percibir cierta timidez en él. Eso le infundió el suficiente valor para sonreír y decir:

—No sabía si eras tú. Este banco está vacío. ¿Quieres sentarte?

Jordan lo hizo, dejando un espacio entre ellos. Luego se inclinó, apoyó los codos sobre las rodillas y dejó que las muñecas se balanceasen en medio... Resultaba muy difícil no fijarse en aquellas muñecas. Eran delgadas pero fuertes y estaban bronceadas. No llevaba el reloj con aquella raída correa. En

su lugar, un Tag Heuer, que no era un Rolex precisamente, pero que era bonito, muy moderno y nada barato.

Al cabo de un minuto él volvió la cabeza hacia ella y dijo:

—Pareces triste.

Era una afirmación sencilla. Casey no tenía por qué responder. Pero él estaba allí, y ella recordaba la plenitud que había sentido aquella misma mañana, y decidió que era preferible hablar a sentir aquella soledad, así que dijo:

—Mi madre está enferma. La atropelló un coche hace tres años. No ha recuperado... la conciencia en todo este tiempo. Está en una clínica en Fenway. —Dio unas palmadas en el bolsillo donde guardaba el teléfono móvil—. Acabo de hablar con la enfermera. Mi madre ha tenido algunos problemas últimamente. Intento no perder la esperanza —añadió con una breve y valiente sonrisa que se esfumó al instante—. Lo que quiero decir es que tiene que despertar. Solo tiene cincuenta y cinco años, es demasiado joven para morir, y la necesito. Es la única familia que tengo. Pero algo está cambiando. Y temo que... ella... se rinda.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que se está rindiendo. Y quizá lo esté haciendo, si no hay esperanza.

—¿Y no hay ninguna esperanza?

Casey se esforzó por encontrar una respuesta. Había intentado de muchas maneras conservar un mínimo resquicio de esperanza. Sentada en aquel banco junto a Jordan, sin embargo, ya no sabía a qué atenerse.

—Todo el mundo se muestra esperanzado al principio, justo después del accidente. Después pasan tres meses sin que se despierte, y eso no es nada bueno. Seis meses, nueve meses, un año. El primer aniversario del accidente es algo horrible. Ahora hemos dejado atrás el tercer aniversario, y en ocasiones siento como si mantuviese la bandera de la esperanza yo sola.

—Lo lamento.

Ella miró alrededor.

—Hasta ahora había sido capaz de sobrellevarlo. Pero esta semana..., no sé..., está resultando más duro.

—¿Es porque has heredado la casa?

—No. —Podía ser sincera... con él, consigo misma—. Algo está cambiando. Las enfermeras lo han sentido —añadió con tranquilidad—. Y yo también. Quiero creer que se debe a que está a punto de despertar, pero todo apunta a lo contrario.

—¿Estabais muy unidas?

—Más o menos como la mayoría de madres e hijas.

—¿Y eso qué significa?

—A veces más y a veces menos. Quiero creer que íbamos a estarlo más a medida que creciésemos. Realmente, quiero creerlo. —Le miró y se esforzó por sonreír—. He ahí... la razón de mi cara triste.

—Es una cara hermosa.

Aquel comentario podría haber sonado inocente si lo que había sucedido aquella mañana no se hubiese producido. La expresión de su rostro indicaba que Jordan lo recordaba todo con tanta claridad como ella.

—Me preocupaba que se tratase de alguna otra cosa —dijo él—. Me preocupaba que te hubieses arrepentido.

Casey sintió de nuevo la oleada de calor, apretó los labios y negó con la cabeza.

Él pareció aliviado. Respiró hondo y se echó hacia atrás en el banco.

Casey dejó que aquella oleada calentase su cuerpo. Llenaba su vacío como lo había hecho esa mañana. Apartó de su mente los pensamientos sobre Caroline y observó al mundo pasar. Aunque solo fue durante un rato, se sintió satisfecha.

Tras unos minutos, preguntó:

—¿Por qué no te has casado?

Él no pudo evitar reír.

Ella lo miró de medio lado.

—Es una pregunta adecuada.

—Pero muy directa, por el modo en que la has formulado.

—¿Por qué no te has casado? —insistió—. Conozco a algunos hombres que a tu edad ya lo han hecho tres veces.

—Yo también. Por eso espero. Cuando encuentre a la mujer adecuada, me casaré.

—¿Tus padres siguen casados?

—Sí. —Jordan apoyó los codos en el respaldo del banco y estiró las piernas—. Llevan cuarenta años.

Casey sintió envidia.

—¿Tu padre también es jardinero? —Casey imaginó una familia muy unida, en la que padre e hijo compartían su amor por la tierra.

Jordan borró esa imagen de forma tajante.

—Dios, no. Él cree que la jardinería es cosa de mujeres. Es policía.

—Vaya. El extremo opuesto. ¿No querías seguir sus pasos?

—No. Nunca quise ser policía.

—Querías ser jardinero.

—Es una vida agradable. Cuando encuentras una mala hierba, la arrancas. Eso no se puede hacer con los humanos. Incluso los peores tienen derechos.

—Puede decirse que la jardinería es más limpia en ese sentido.

—En ese sentido, sí —reconoció él con una sonrisa.

Casey aguantó la respiración. Era la primera vez que lo veía sonreír de verdad. Se le había iluminado el rostro, transformando su belleza en algo sobrecogedor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jordan, aún sonriendo, pero de forma distraída ahora.

Ella se llevó una mano al pecho, sacudió la cabeza, y miró al otro lado del jardín, hacia el lago con los cisnes. Segundos después, preguntó:

—¿Has estado ahí alguna vez?

—No.

—Yo sí. Me trajo mi madre. Es mi primer recuerdo de Boston. Le he estado diciendo a mi madre que tiene que seguir con vida para que algún día ella, yo y mi hija vengamos aquí. Si alguna vez tengo una hija. —Aunque, por descontado, tener una hija no era un plan a corto plazo. Que Caroline se mantuviese con vida era lo principal en esos momentos.

Casey sintió una punzada en su interior, y se mordió el labio inferior. No sabía por qué, pero su preocupación era ahora mayor: más persistente, e iba en aumento.

—¿Has cenado? —le preguntó Jordan.

—Meg dejó preparados unos bocadillos —dijo Casey—. Me comí la mitad de uno. Está bien. Creo que ahora no podría comer nada.

—¿Estás demasiado preocupada?

—Así es. —Casey se puso en pie—. Tengo que irme. —Echó a andar con las manos en los bolsillos, apretando el teléfono con una de ellas, rozando la foto de Connie.

Jordan se colocó a su lado al instante. Cuando vio que aún estaba junto a ella al cruzar Beacon, bajar por Charles y doblar por Chestnut, Casey comprendió que estaba acompañándola a casa.

—No tienes por qué hacerlo —dijo.

Él siguió caminando, y ella guardó silencio. La seguridad no constituía un problema. Como no lo era la independencia. Se sentía satisfecha en ambos campos. Lo que le preocupaba era la atracción. Cuanto más se acercaban a Leeds Court, más la sentía. Cuanto más cerca estaban, más deseaba a Jordan.

Cuando enfilaron Court, Jordan se detuvo. Ella también lo hizo y lo miró. Sus ojos se encontraron bajo la tenue luz.

Casey desanduvo aquellos pocos pasos y se acercó mucho a él.

—No tienes por qué hacerlo —repitió, con un tono de voz más suave en esta ocasión y una significación diferente.

—Quiero hacerlo —dijo él, también suavemente, y cuando tomó aire con nerviosismo ya no hubo duda alguna.

Jordan la miró a los ojos. Casey se sentía deseada. Es más, sentía la necesidad de él. Dada la sólida apariencia de aquel hombre, resultó muy excitante.

Enfilaron la calle Court. Ninguno de los dos demostró ningún tipo de urgencia, pero cuando ella llegó a la puerta principal e intentó introducir la llave en la cerradura, la mano le tembló. Él cogió la llave de su mano, abrió, dejó que ella pasara y después entró y cerró la puerta.

Entonces se abrazaron, y en el instante en que sus bocas se unieron, todas las sensaciones que Casey había experimentado por la mañana regresaron, y fue algo mutuo. Exploraron mutuamente sus bocas con la lengua y se acariciaron mientras se recostaban contra las escaleras. Pero Casey quería que todo fuese más despacio en esta ocasión. Deseaba prolongar el momento, porque no imaginaba mejor modo de pasar la noche.

Así que lo llevó hasta la habitación que empezaba a considerar suya, y en la que estaba su cama. Se besaron, se tocaron, se saborearon. Jordan se quitó la camisa y luego Casey hizo lo propio, y el roce de sus pechos aún sensibles contra el pecho de Jordan le produjo una sensación maravillosa. Prenda a prenda, el resto de la ropa cayó al suelo, y a pesar de que Casey estaba tan excitada como Jordan, no se dieron prisa. Por el contrario, se exploraron el uno al otro con una paciencia que no habían tenido por la mañana, y la temperatura subió todavía más. Cuando, finalmente, él la penetró, ella estaba tan cerca de alcanzar el climax que lo hubiese experimentado de todos modos. El tenerlo dentro, intentando alcanzar su propio éxtasis mientras ella todavía jadeaba, lo hizo aún más intenso.

Y ese no fue el final. Ni siquiera salió de su interior, sino que permaneció allí acariciándole la oreja, el cuello, los pechos, después un pezón... y no tardó en excitarse de nuevo. Oh, eso estaba muy bien. Pero sabía cómo contenerse, y solo aquella dureza y los sonidos apenas audibles de su respiración demostraban lo excitado que estaba.

Casey adoraba aquellos sonidos, y adoraba también el modo en que tomaba aire y lo soltaba mientras su lengua trazaba un arco bajo su ombligo.

El placer que le proporcionaban aquellos sonidos era totalmente consciente. Podía sentirse orgullosa al excitarlo como lo hacía, pero no era eso lo que sentía. No se trataba de una sensación de poder. Lo que más satisfacción le procuraba era saber que él estaba sintiendo placer.

Él alcanzó primero el climax, y a continuación la llevó a ella hasta él ayudándose con la mano; de nuevo, permaneció en su interior todo el tiempo, algo que Casey nunca había experimentado. Tampoco había experimentado nunca el hacer el amor dos veces tan seguidas; después llegó una tercera, esta más sosegada, una eternidad de dulzura que fue, al mismo tiempo, firme, rápida e intensa. Carey le preguntó cómo lo había conseguido él. El límite fue otro orgasmo, más profundo y satisfactorio que los anteriores, porque lo que ella sentía respecto a él había pasado de lo físico a lo emocional. Jordan le había hecho el amor como si se tratase de algo extremadamente valioso.

Al igual que el orgasmo, también su satisfacción fue más profunda. Finalmente exhaustos, se tumbaron en la cama con sus cuerpos entrelazados, y Casey se sintió en paz. Al pensar en ello, al escuchar el sonido de su profunda respiración al dormir, imaginó que había aterrizado en un lugar sólido en el que echar raíces. Ignoraba si iba a permanecer allí mucho tiempo, pero por el momento se sentía muy bien.

Ella también se durmió o sencillamente se dejó arrastrar por esa sensación de serenidad. Cuando abrió nuevamente los ojos y volvió la cabeza, el rostro de Jordan estaba a pocos centímetros del suyo. Tenía los ojos cerrados, y su expresión transmitía serenidad. Lo estudió y sintió de nuevo la firmeza y la posibilidad de echar raíces; eso era inspirador.

Con cuidado de no despertarlo, salió de la cama, se puso el albornoz y fue de puntillas hasta el distribuidor. El trayecto era corto hasta el extremo opuesto. Una vez allí, abrió la puerta lo bastante para colarse dentro. La habitación estaba a oscuras. Se pasó un minuto palpando la pared hasta dar con el interruptor. Encendió una lámpara que estaba sobre una mesa junto al viejo sofá de piel y el gastado sillón.

Bajo aquella tenue luz, la habitación resultaba menos imponente. Olía a cuero y a madera, y era bastante acogedora. Buscó en primer lugar a Angus, mirando debajo de todos los muebles, incluso le echó un rápido vistazo al cuarto de baño, pero a excepción de un tazón de agua, un tazón medio lleno de comida y su cajón con arena, no había signo alguno del gato. Así que se puso a explorar. Abrió un armario y lo encontró lleno de los pantalones, camisas y americanas que Connie vestía con mayor frecuencia, así como unos cuantos trajes y un esmoquin. Abrió el segundo armario y encontró la ropa

opuesta: chaquetas y pantalones de *sport*, jerséis de lana y de cuello de cisne, y camisetas. Casey jamás habría imaginado a Connie con algo así. La mayor parte de esas prendas parecían sin estrenar. Algunas todavía tenían la etiqueta de la tienda.

Recordó los folletos que había encontrado junto a los cheques cancelados, solicitudes de viajes que habían sido rellenas pero nunca enviadas. Le conmovió pensar que Connie tal vez también tuviera sus propios sueños, y que al menos algunos de ellos nunca se habían visto cumplidos. Se preguntó si alguna vez habría soñado que se relacionaba con ella. Dado que no había folletos ni solicitudes sin enviar, seguramente nunca lo sabría.

Cerró la puerta izquierda del armario atrapada por la tristeza de ese pensamiento, y abrió la de la derecha. Allí también había cajones. Se sintió indecisa durante unos segundos, consciente de que, con toda probabilidad, aquel era el espacio más personal y preguntándose si de verdad quería profanarlo. Pero si no lo hacía en ese momento, ¿cuándo? Por otra parte, no buscaba objetos íntimos, sino un sobre grande que contenía las páginas del diario. Si se encontraba allí, incluso oculto bajo los calcetines, daría con él.

Empezó a abrir cajones. Había en ellos calcetines y calzoncillos, camisetas y pañuelos. Encontró pijamas, bufandas de lana y camisas de franela, ordenadamente doblados. Abrió un cajón lleno de alfileres de corbata, alzacuellos y gemelos. No encontró nada parecido a un sobre.

Cerró la puerta del armario y se acercó a la mesa donde estaba la lámpara. Junto a esta última había una pila de agendas y libros. Les echó un vistazo y reconoció la mayoría de ellos, y se dijo que después los hojearía. La mesa tenía un anaquel, pero tampoco había allí ningún sobre. Entró en el cuarto de baño y rebuscó en la repisa que había junto a la bañera. Ahí se encontraban las mejores pruebas de la vida cotidiana: la revista *People*, así como *Field and Stream*, *Outdoors* y *Adventure*.

Lo único que le quedaba por investigar era la mesita de noche. Con la intención de hacerlo, salió del baño... y se topó con Angus. Había surgido de la nada para sentarse frente a la cama y mirarla. Casey se preguntó si habría estado rondando por la casa o si habría estado en la habitación todo el tiempo, observando sus movimientos. Parecía tan elusivo como el cariño de Connie.

Susurró su nombre y se acercó a él. Se acuclilló a escasa distancia y le tendió la mano. A pesar de que husmeó, sus ojos no se apartaron de los de Casey.

—¿Es esta tu cama? —preguntó ella tras mirar el saco de dormir perfectamente doblado junto a uno de los armarios. Presentaba una

concauidad en el centro—. Apuesto a que es confortable y cálida.

Angus no reaccionó.

—He visto tus cosas en el baño. Meg hace un buen trabajo con las basuras. Y, al parecer, hay un montón de comida en tu cuenco. Y también agua.

Angus siguió mirándola.

Ella suspiró.

—De acuerdo. Vamos allá. Tal vez sepas dónde puedo encontrar la siguiente entrega de *Soñando con Pete*.

El gato parpadeó. Casey recordó que los gatos de su madre parpadeaban como señal de confianza. Aquello la animó.

Estiró la mano para acariciar la cabeza de Angus, pero este retrocedió. Ese mensaje no tenía segunda lectura posible.

—Quiero que seamos amigos, Angus —dijo ella en voz muy baja—. Puedo entender que echas de menos a Connie, y yo no voy a arreglar eso. Y no sé qué va a pasar la semana que viene, o la otra. Pero no voy a dejarte solo. Te lo prometo. Connie te quería, y yo también te querré.

Angus volvió a parpadear. Tardó un poco en hacerlo, pero fue una buena recompensa por el rato que ella le había dedicado. Casey se puso de pie muy despacio. El gato se sentó directamente frente a la mesita de noche. Como pretendía que no se espantase, Casey estiró el brazo hacia el cajón de la mesita y lo abrió. Dentro había un tesoro formado por todo tipo de cosas: unas gafas, bolígrafos Bic de varios colores, tacos de notas autoadhesivas, y algunas libretas pequeñas de espiral. Vio un paquete de pañuelos de papel y una barra de cacao para los labios. También un crucigrama, arrancado de una revista y a medio hacer. Y una grabadora de mano.

Sacó la grabadora y la observó durante un minuto, totalmente consciente de que la última persona que la había tocado había sido Connie. Había encontrado una como aquella en el escritorio, pero no tenía nada grabado. Intentó no hacerse muchas esperanzas, apretó el botón PLAY y no oyó nada. Apretó STOP, rebobinó la cinta y después la puso en marcha. En esta ocasión sí oyó su voz. Le resultaba familiar, pues la había oído en innumerables ocasiones. Como siempre, era suave; Connie Unger tenía un modo de explicar las cosas que no requería que alzase la voz. Pero en esta ocasión sonaba incluso más baja. Más íntima. Introspectiva.

No esperaba encontrar un mensaje personal. Después de todo, no le había dejado ninguno en ninguna otra parte. Aun así, algo la conmovió cuando lo oyó. Hablaba fragmentadamente, acerca de lo cambiante que era el mundo y

de la necesidad de los psicólogos de mantener el ritmo. Tras unas cuantas frases. Casey se percató de que estaba preparando un discurso.

Escuchó hasta que se hizo el silencio. Entonces rebobinó hasta el principio. Lo primero que oyó cuando apretó el botón PLAY fue: «Llamar a Ruth». Después recitó el número de teléfono, y a continuación, a toda prisa, las palabras introductorias de su discurso, empezando por los agradecimientos a sus anfitriones. Casey lo escuchó al completo, detuvo la cinta donde Connie se había detenido, y devolvió la grabadora al cajón.

Angus maulló.

—Oh, Dios mío —dijo Casey, poniéndose en cuclillas—. Tú también has reconocido su voz.

Angus soltó otro maullido, más quejumbroso.

—Lo sé —susurró ella. El gato no se retiró en esta ocasión cuando alargó la mano. Le tocó la cabeza, vacilante al principio, con mayor convicción después, acariciando el sedoso pelo, y le rascó las orejas. Él no dejó de mirarla en todo el rato, parecía confuso.

Aprovechó el momento para recorrer su lomo con los dedos y, cuando él se arqueó, también le acarició la cola. Era una cola peluda, bastante larga. Al alzarla, llegaba casi hasta la altura del cajón de la mesita. Cuando empezó a bajarla, sin embargo, señaló directamente hacia el tirador metálico que abría las puertas que había debajo del cajón.

Casey acarició a Angus durante un minuto. Después lo rodeó y abrió las puertecitas. Había ejemplares de *National Geographic*, en posición vertical, con el lomo hacia fuera. Lo único que rompía la norma de color amarillo era un largo sobre que había sido colocado entre las revistas.

Lo sacó. En el anverso vio la familiar «ce». Con el pulso acelerado lo abrió y buscó en el interior las hojas mecanografiadas. Un breve vistazo a la primera página le dijo lo que necesitaba saber.

Se sentó en el suelo junto a Angus y leyó las páginas apoyándolas en el sobre. Cuando acabó, permaneció allí un rato pensando en lo que acababa de leer. Finalmente, volvió a meter las páginas en el sobre, lo abrazó contra su pecho junto a los libros que había cogido. Se inclinó para besar a Angus en la cabeza, pero, al parecer, eso era ir demasiado lejos. El gato se alejó, preparado para bufar.

De modo que ella sonrió y susurró:

—Hasta luego, grandullón. —Se dirigió lentamente a la puerta. Tras volverse para echar un último vistazo al gato, apagó la luz, salió de la habitación y se topó con una corpulenta figura humana.

Capítulo 14

Little Falls

Jenny soltó un chillido.

Pete la cogió por los codos.

—Soy yo —dijo—, soy yo.

—Creí que te habías ido —gritó ella, temerosa de creer lo que veía, pues había sentido un frío tan real que se resistía a abandonarla. Pero las manos de Pete eran cálidas y sus ojos lo eran aún más. Olía al jabón que había comprado en su última visita al centro comercial. Y al cabo de un momento la atrajo hacia sí y la abrazó con una convicción que significaba: «Te dije que estaría aquí, y aquí estoy». Pero fue el modo en que él rozó la cara contra su pelo, contra su sien y su mejilla lo que finalmente la convenció. Se había afeitado. La barba incipiente que le daba aspecto de trotamundos había desaparecido, y en su lugar quedaba la suavidad del que ya ha llegado.

Se apretó contra él y susurró:

—Oh, Dios, oh Dios, oh Dios...

—No —murmuró él—, solo soy yo.

Ella alzó los ojos dispuesta a contarle el horrible momento que había pasado, pero fue como si sus pensamientos se esfumaran. El pánico, el frío y el miedo... desaparecieron. La desesperación se esfumó.

—¿Mejor? —preguntó Pete.

Ella asintió.

Pete la besó, fue algo tan repentino que la pilló por sorpresa.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella asintió y él volvió a besarla, y entonces Jenny recordó su primer beso, y el anhelo que había experimentado en aquella ocasión volvió a aparecer. Se sintió tan plena que no había lugar posible para el miedo.

—Bésame —musitó él, y ella lo hizo. Fue la cosa más natural del mundo abrir la boca y saborear la de Pete, y cuando este susurró—: Lo haces muy bien —ella le creyó.

Jenny notó su reacción, el modo en que la apretaba con fuerza y la levantaba en sus brazos. Cuando sus dedos descendieron por su espalda para presionar a la altura de los riñones, sintió su erección contra su cuerpo. Eso debería haberle desagradado, pero en lugar de ello sintió curiosidad. Y un extraño dolor en el interior de su vientre.

Él alzó la cabeza. Luego, muy despacio, fue soltándola. Ella vio sus ojos, de un profundo color azul.

—Otra vez la cuestión de los deseos —dijo.

—¿El tuyo o el mío?

—El tuyo.

—¿Y qué hay del tuyo?

—Ya lo sabes. Pero intento mantener las prioridades. Así pues, dime qué quieres.

Algo que tú también quieres, se sorprendió pensando Jenny. Se sintió incómoda y bajó la vista. La posó en la hebilla del cinturón. Rodeó esta con los dedos y sintió el calor de Pete.

Él gruñó.

—Piensa en algo que hayas deseado hacer en Little Falls pero que nunca has tenido oportunidad de hacer —dijo.

Jenny no tuvo que pensar mucho.

—Ir a dar una vuelta en moto. —Otras parejas lo hacían a menudo, y eso que no tenían motocicleta.

—¿Eso es todo?

Reflexionó durante otro minuto.

—Y quizá parar a comer algo. —Otras parejas lo hacían también. Jenny había oído que Miriam se lo contaba a AnneMarie y a Tyler más de una vez. El sitio de moda era Giro's, un local que permanecía abierto toda la noche a veinte minutos del pueblo.

—Eso es fácil —dijo Pete—. Pero tendrás que abrigarte un poco. En la moto hace frío.

—Supongo que eso descarta la posibilidad de ir a la cantera.

Él recordó el deseo de que le había hablado. Ella lo advirtió por el modo en que la miraba.

—¿Nadar? Hace demasiado frío para eso. Pero podemos ir y estarnos un rato allí.

A Jenny le gustó la idea. Pensó en ello mientras iba a su dormitorio para cambiarse. Se desnudó y bajó las escaleras que conducían al cuarto de baño, medio deseosa de que Pete la viese sin ropa. La ilusión provocaba reacciones

en su cuerpo. Las rodillas le flaquearon al abrir el grifo de la ducha, y mientras esperaba a que el agua se calentase, se tocó. Ninguna de sus fantasías —y había tenido centenares, no, miles—, había ido tan lejos como esa. Se habían centrado en el amor, la dulzura y en la normalidad que ella había supuesto que entrañaba el hecho de hacer el amor, y nunca había tenido la necesidad de pasar de ese primer movimiento al último..., hasta entonces.

Se sentía femenina. Por primera vez, sintió justificado el hecho de perfumarse y ponerse las braguitas y el sujetador que guardaba en el cajón. Se cepilló el pelo, hasta que consiguió en parte dominar sus rizos salvajes. Se sintió ligera.

Se dijo que ese era el motivo de haber ido hasta el tocador de su madre y rebuscar en el cajón de en medio hasta encontrar la pequeña cajita de cartón que estaba metida en el bolsillo de la blusa favorita de aquella. Dentro de la cajita había un par de pendientes, con dos grandes perlas. Se los puso y al comprobar que el pelo llegaba más abajo, se lo colocó tras las orejas. Así estaba mejor.

Se puso los vaqueros y un jersey holgado, y fue en busca de sus botas. Lo más parecido que tenía a las botas de cuero de Pete eran las botas de goma de caña alta que llevaba durante la época de lluvias. Al igual que el resto de las cosas de la casa en esos momentos, estaban inmaculadas. Se las puso.

Sacó también el anorak que Miriam le había dado años atrás. Iba a echar de menos a Miriam. Tal vez volviesen a encontrarse en el Oeste. Seattle no estaba tan lejos de Wyoming.

Pete la esperaba en la puerta lateral, con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas. Se acercó a ella y la miró de arriba abajo con una sonrisa.

—Tienes buena pinta.

Ella también sonrió.

—Y tú.

—Bonitos pendientes.

Ella se los tocó.

—Eran de mi abuela. Fue la primera mujer del condado en ir a la facultad de Medicina. Volvió después, a pesar de que la gente creía que era una locura que lo hiciese, pero estaba totalmente entregada. Quería ayudar a los enfermos. Así que abrió una consulta. Llamó casa por casa.

—La gente del pueblo debía de adorarla.

—No. No apreciaron su valor. Era demasiado diferente.

—¿Era la madre de tu madre o de tu padre?

Jenny intentó decidir cuál de las dos resultaría más creíble. Finalmente, y dado que había sacado los pendientes del cajón de su madre, respondió:

—De hecho, era la hermana de mi madre, pero era mucho mayor y muy distinta de ella. Siempre la consideré mi abuela. Ella me quería como si lo fuera. Yo tenía diez años cuando murió.

—Lamento que ella no estuviese aquí cuando las cosas se pusieron feas.

Jenny también, o al menos en sus fantasías. Pero no todo era fantasía. Su madre había tenido una hermana mayor. Jenny la había visto en una ocasión, y después imaginó una historia en torno a su persona. Todo el mundo necesita un pariente así.

—Pero si hubiese estado aquí —prosiguió Pete—, seguramente te habría llevado lejos, y tú y yo nunca nos habiésemos conocido. —Levantó la mano. Sujetaba dos cascos—. Ahora podrás elegir.

Jenny apenas alcanzaba a entender el significado de que hubiese comprado un segundo casco, cuando él la cogió de la mano y salieron de la casa.

—¿Cuál quieres?

Jenny no contestó. Escogió el que ya había llevado puesto, el que olía a Pete.

Al cabo de unos pocos minutos, recorrían la carretera, y dejaron atrás las casas de aquellos vecinos que habían mirado a Jenny con desprecio durante todos esos años. «Ellos creían que yo no valía nada —pensó Jenny—, creían que no iría muy lejos. Creían que no tenía ni la más remota posibilidad de encontrar a un hombre que fuese más de fiar y más guapo que cualquiera de ellos». Levantó un poco más la cabeza con cada frase, hasta colocarse el casco de Pete con orgullo y pensar con satisfacción: «Tendrían que verme ahora».

No podían hacerlo, por supuesto. Tal vez oyesen el ruido de la moto, pero iban demasiado rápido para que viesen quién iba montada en ella, aun cuando no hubiese llevado el casco, y, además, había niebla y estaba oscuro. Hacía frío también, pero ella no lo sentía. La ilusión la calentaba por dentro.

Se abrazó con fuerza a Pete cuando cruzaron el pueblo. Doblaron en la calle Maine y recorrieron las calles laterales, una tras otra, sin dejarse una sola. Si Jenny no lo hubiese conocido, habría pensado que Pete pretendía despertar a todo el mundo como castigo por no haber sido amables con ella.

Pero Pete no era rencoroso, como esa pequeña parte de sí misma que ella quería que imperase en su vida. Era un hombre curioso, nada más. Imaginó

que quería ver todo lo relacionado con ella una última vez antes de que se marcharan juntos, y le pareció bien.

Pasaron por delante de la escuela elemental, un edificio rectangular con las paredes desconchadas y un patio maltrecho en la parte de atrás. A Jenny le había encantado ir a aquella escuela cuando era pequeña, al menos durante los dos primeros cursos. En tercero, sin embargo, empezó a sentirse extraña. No podía invitar a sus amigos a casa, pues sus padres discutían constantemente, por no mencionar que su padre los habría asustado por el modo en que la llevaba y la traía, mirando con odio a cualquiera que se acercase. Así que dejó de relacionarse con sus amigas después del colegio o durante los fines de semana, y como era de esa clase de cosas de las que hablaba todo el mundo en el colegio, también dejó de hablar con ellas. Como estaba apartada de los demás, era el blanco perfecto para los chicos, que le hacían las jugarretas típicas por las cuales Darden les habría machacado en caso de haberse enterado. Como eso habría empeorado las cosas, nunca se lo dijo. Sufrir en silencio era más seguro.

—¿Ves aquel claro? —le dijo a Pete un poco más adelante—. Es Toen Field. Ahí celebramos las fiestas. Barbacoas el Cuatro de Julio. Desfiles en el Memorial Day. Carreras de bomberos voluntarios en otoño y certamen de esculturas de hielo en invierno.

—Qué curioso.

No lo era, pensó Jenny, pero no quería parecer ni sentirse amargada, pues sus días en Little Falls estaban tocando a su fin. Así que le indicó a Pete dónde vivía Miriam, dónde vivía su maestra del parvulario, e incluso dónde vivían el jefe O'Keefe y su mujer, aunque eso hizo que se sintiera incómoda. Le habría gustado enseñarle la casa del agente Dan —habían montado la comisaría en el garaje y era un lugar realmente bonito—, pero tenía una ruta diferente en su cabeza. Llegaron hasta el salón VFW, aparcaron bajo el castaño donde Jenny había visto por primera vez a Pete, y se sentaron, mientras dejaban descansar la moto, muy juntos el uno del otro. Después recorrieron Nebanonic Trail una vez más, subieron y bajaron la montaña, y se encaminaron hacia la interestatal.

Pete tomó la curva y enfiló una cuesta inclinando mucho la moto y, al sentir la excitación de Jenny, aceleró aún más, adentrándose en la noche. Jenny se dijo que así sería cuando se marchasen definitivamente. Montada en la moto de Pete, podría ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa, ser quien quisiera ser.

Pete no tardó en dar la vuelta, pero la sensación de poder persistió. Se hizo incluso más fuerte cuando, al saber las carreteras que tenía que tomar, Pete se dirigió hacia Giro's. Aparcó la moto, aseguró los cascos al manillar, la cogió de la mano y entraron.

Era el sueño de Jenny hecho realidad. Por una vez, se sentía como una de aquellas chicas con un chico de la mano, entrando en un local para pedir la misma fina y requemada hamburguesa, las mismas patatas fritas aceitosas, y beber cerveza de barril. Cuando Pete echó unas monedas en el tocadiscos automático y la llevó hasta la pista de baile que había al fondo del local, ella estaba ya en el séptimo cielo. Bailó como lo hacía cuando se encontraba sola frente al televisor, bailó como lo hacían los otros. Cuando él la apretó contra sí y empezó a moverse de un modo lento y seductor, como ella nunca había visto, leído o siquiera soñado, alcanzó un cielo por encima del séptimo.

—Eres estupenda —le dijo él varias veces, y cuanto más se lo decía, más estupenda se sentía. Es fácil mantener la cabeza bien alta y echar los hombros hacia atrás cuando alguien te ve tal como quiere verte. Es fácil mirarlo a los ojos cuando estos encierran cuanto quieres ver. Es fácil sonreír cuando van a mirarte de ese modo el resto de tu vida.

Y la cosa no acabó cuando salieron del bar. Fueron a la cantera, que ya estaba casi desierta a esas horas, y atravesaron el claro oculto especial de Jenny. La moto los llevó por aquel agradable sendero hasta el extremo opuesto del oscuro estanque. Dejaron los cascos en el suelo y se intercambiaron los sitios, así que ella se sentó delante y se inclinó hacia atrás. La rodeó con sus brazos, sin hacer preguntas, con las manos bajo el anorak, apretando su vientre.

—Los hay que piensan que una extraña criatura vive en la cantera —le dijo Jenny—. Aseguran que salió de las rocas cuando el lugar quedó inundado, y que vive en la parte más profunda.

—¿Tú lo crees? —preguntó Pete.

Jenny reflexionó durante un minuto y después asintió.

—Me gusta creer que hay toda una familia ahí abajo, que no está solo. Es una criatura pacífica. Nunca ha hecho daño a nadie.

—¿Alguien lo ha visto?

—Algunos afirman que sí.

—¿Y tú?

—No estoy segura. He venido aquí un montón de veces para sentarme en el borde y mirar el agua durante horas. Me he imaginado a la criatura un montón de veces. Tal vez alguna de esas veces la haya visto en realidad.

Pete subió las manos hasta rozar sus pechos con los pulgares.

Ella cerró los ojos.

—A veces es difícil saber qué es real y qué no lo es. —Pete abarcó sus pechos con tanta suavidad que ella se sintió a gusto. No solo a gusto, sino mejor que eso. Se sintió maravillosamente. Pero no era suficiente.

Él la ayudó a que se volviese de cara a él y le alzó los brazos para que le rodease el cuello. Después Pete metió las manos por debajo del jersey y se topó con el encaje del sujetador.

—Eres estupenda —susurró. Le cubrió la boca con un beso que no fue muy largo debido a que los dos respiraban con fuerza. Él desabrochó el sujetador y acarició sus pechos desnudos—. ¿Te sientes bien?

Jenny asintió. Se sentía tan bien que no podría haber encontrado palabras para definirlo y aunque lo hubiese hecho, no habría podido pronunciarlas. Se sintió invadida por una oleada de calor que crecía a medida que Pete la acariciaba y veía el placer reflejado en sus ojos.

—¿Quieres que volvamos a casa? —le preguntó él con un áspero susurro.

Ella apenas logró asentir.

Poco menos de un minuto después, Jenny tenía puesto el casco, se había sentado detrás de Pete e iban ya camino de casa. En esta ocasión, ella no se fijó por dónde pasaban. Cerró los ojos y se concentró en disfrutar de aquella sensación que recorría su cuerpo, fuera lo que fuese. Se trataba de gemir y vibrar, hacer cosas que nunca había hecho, pensar en hacer cosas que nunca había hecho, como acariciar el vientre de Pete y deslizar las manos hacia abajo.

Lo que sintió le arrancó un gemido.

—¡Sube las manos o nos estrellaremos! —exclamó él.

—¡Lo siento!

—¡No lo sientas!

A decir verdad, no lo sentía. No, se sentía exultante, como cuando había recorrido la carretera o bailado en Giro's o jugueteado en la cantera. Se sentía como si las cosas buenas fueran en verdad posibles.

Pete recorrió lentamente la calle donde estaba la casa de Jenny, enfiló el camino de entrada y frenó justo delante de los escalones del porche, pero cuando la cogió de la mano para llevarla dentro, ella se detuvo.

—Malos recuerdos —dijo sacudiendo la cabeza, y él pareció entenderla, pues la llevó hacia el pino de la parte de atrás y apartó la cortina de ramas para dejarla entrar.

Si hacía frío, ella no lo notó. Sentía tanto calor que no perdió tiempo en quitarse la ropa, y entonces le llegó la calidez del cuerpo de Pete. Él la besó y acarició hasta que ella estuvo a punto de suplicarle que hiciese algo, lo que fuera, para acabar con el deseo que ardía en su interior. Pero Pete le dijo que no quería darse prisa. Quería que ella sintiese al fin todo lo que una mujer era capaz de sentir, y si decidía que no estaba preparada para que él la penetrase, también estaría bien, añadió.

Pero estaba preparada. Pete no tenía nada que ver con su pasado. El cuerpo de Jenny ardía.

Él la penetró y Jenny sintió que se ahogaba, y cuando empezó a moverse, creyó que iba a morir. Las sensaciones que experimentó eran vívidas y estimulantes, hasta que arqueó la espalda y se separaron.

—Nunca había tenido un orgasmo —confesó Jenny.

—Me alegro.

—Nunca había hecho realmente el amor.

Pete cogió su mano, se la llevó a los labios y le besó los dedos.

Estaban en el desván, sentados bajo la vertiente del tejado sobre un lecho de almohadas y edredones. Una vela ardía cerca de ellos. Pete solo llevaba puestos sus vaqueros, tenía la cremallera subida pero el botón abierto. Jenny no llevaba más que los pendientes de perlas y la camisa. Era una escena sacada de una fantasía, como si la hubiese leído en *Cosmopolitan*. Se sintió tan normal, tan feliz de ser normal, tan físicamente satisfecha y emocionalmente plena que tuvo ganas de llorar.

Acarició su rostro, pómulos marcados, nariz recta y mandíbula cuadrada; hundió los dedos en su cabello, que era negro azabache, espeso y elegantemente largo. Siguió la curva de su oreja, tocó el lóbulo izquierdo, donde imaginó un pendiente con un diamante minúsculo. Rozó su cuello con los pulgares, abarcó con las palmas de las manos los hombros musculosos y dejó que los nudillos acariciasen el vello de su pecho.

Después de eso, suspiró.

—¿Qué ves en mí? —preguntó.

—Ya te lo dije —respondió él—. Eres diferente.

—No soy bonita.

—Pues yo creo que sí lo eres.

—No tengo las piernas de una modelo.

—Eso no me importa. El que un cuerpo concentre todas sus energías en formar unas piernas largas hace que el resto parezca poco menos que escuálido. Las piernas largas no me ponen. —Desabotonó la camisa de Jenny y la abrió—. Esto, sí.

Jenny sintió su mirada acariciadora, advirtió que se excitaba y empezaba a desearla otra vez.

—¿Qué veo en ti? —añadió Pete—. Veo frescura. Novedad. Inocencia.

—No soy inocente. Ni siquiera soy decente. Llevo una vida muy desagradable. —Le incomodaba pensar siquiera en lo desagradable que era. Le incomodaba que Pete no lo supiese. Pero si se lo explicaba y él se marchaba precisamente por eso, no sabía qué haría.

—Yo también he cometido errores —dijo.

—No como los míos —le aseguró ella.

De repente, Pete pareció ofuscarse.

—¿Qué te juegas? Le robé la novia a mi mejor amigo. ¿Es ese un comportamiento decente?

Jenny supuso que la historia tenía una continuación.

—¿Cuándo?

—Cuando me marché. Todo el mundo me suplicó que me quedase, asegurándome lo mucho que me necesitaban, lo mucho que dependían de mí, pero yo ya había probado el sabor de la libertad y, amiga, era muy dulce. Sin embargo, continuaron pidiendo y suplicando intentando convencerme. A esas alturas, la necesidad me acuciaba, y no podía expresarla, porque la culpa ya era lo bastante mala sin necesidad de hacerlo. Pensé que tenía que demostrarles que no era un santo, obligarlos a verme de otra manera. Así que me la llevé conmigo.

—¿La amabas?

—No —respondió Pete sin mirarla a los ojos.

—¿Qué sucedió?

—Duró un mes. Le di dinero y la envié de regreso a casa, pero para ella las cosas no volvieron a ser como antes. Se marchó de nuevo, sola esta vez. No sé qué le sucedió después de eso. —Finalmente, miró a Jenny—. Sé lo que me sucedió a mí. Fui de un lado a otro sin encontrar paz en ningún sitio. Era como si llevase la marca de Caín grabada en la frente. Conocí a todas las mujeres equivocadas. Hasta encontrarte a ti. No te merezco, Jenny, pero te deseo. Y deseo cambiar para tenerte. Empezar de nuevo los dos.

Jenny se sentía tan feliz que apenas fue capaz de articular unas pocas palabras.

—Haces que parezca fácil.

—Puede serlo, si lo deseas más que nada en el mundo.

Jenny quería creerlo con todas sus fuerzas.

—Pero ¿qué pasaría si hubiese otras personas implicadas..., como ese amigo o tu familia? ¿Qué pasaría si no quisiesen que volvieses a empezar?

—Querrán. Son tiempos difíciles. Necesitan ayuda.

—Mi padre dirá lo mismo. No quiere que lo deje solo.

—La situación es diferente. Tu padre no te necesita del mismo modo. Sus necesidades son totalmente egoístas. Pero tú has sido leal a él todos estos años. Has colocado sus intereses por delante de los tuyos. Ahora ha llegado tu momento.

—Pero él es mi padre.

—Eres una persona adulta. Tienes derecho a tomar tus propias decisiones.

—No lo entiendes. No dejará que me vaya.

—No, eres tú la que no lo entiende —insistió Pete—. Tú no eres suya para no dejar que te vayas. Tú no eres de nadie. Él toma las decisiones que incumben a su vida. Tú tienes derecho a tomar las que incumben a la tuya.

Dios, ¿cuántas veces se había dicho ella lo mismo? Dan se lo había dicho también, y el reverendo Putty, y Miriam.

—¿Y qué pasa si no está de acuerdo?

Pete sonrió.

—Te ayudaré a convencerlo. Entre los dos, será más fácil. —Como si se tratase de una oración, posó las manos entre sus pechos. Sus palmas rozaron los pezones. Tras ellas, fue su boca.

Jenny le sujetó la cabeza con las manos.

—Quiero volver a empezar —dijo—. Quiero hacerlo desde hace mucho tiempo. Pero no he podido hacerlo.

Pete se inclinó hacia ella hasta que sus bocas se unieron.

—Yo tampoco —susurró—, porque seguía pensando que sería capaz de hacerlo solo. Pero no pude. —Sus miradas se cruzaron. Pete parecía vulnerable—. Te vendrás conmigo, ¿verdad?

Ella contuvo la respiración.

—¿Te casarás conmigo? —añadió él—. ¿Tendremos hijos?

Ella se cubrió la boca con las manos. No podía creer el enorme regalo que Pete significaba, ofreciéndole todo lo que siempre había deseado.

—Te quiero, Jenny.

Ella pensó de nuevo que era demasiado bueno para ser verdad.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—He tenido un montón de relaciones. Nunca antes le había dicho a una mujer que la quería.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Sé todo lo que tengo que saber.

—¿Qué pasaría si hubiese algo tan oscuro que te helase la sangre?

—Tú ya sabes mi secreto más oscuro. El tuyo no puede ser mucho peor. Además, la sangre no se hiela.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Qué pasaría entonces?

—Si así fuese, me haría sentir menos culpable respecto a mi penoso pasado. Me ayudaría a recordar que las cosas tendrán que ser diferentes esta vez. Te quiero, Jenny.

Selló aquellas palabras con un beso, y ella le correspondió. Lamió su barbilla y después su garganta. Le mordisqueó el pecho a lo largo de la línea de vello que descendía hacia el ombligo, y, mientras tanto, sus manos bajaron la cremallera de los vaqueros. Para cuando también había inclinado la cabeza, ya lo había liberado. Era cálido entre sus labios, suave para su lengua, almizclado de un modo que aclaró por completo su mente de cualquier resto del pasado. Nada podría ya empañar la pureza de su placer; y el placer resultó sorprendente. Empezó a hacerlo por él. Acabó siendo algo especial para ella.

Y la noche siguió su curso. Hablaron, hicieron el amor y durmieron; hablaron, hicieron el amor, y durmieron. Poco antes del amanecer, subieron al tejado y presenciaron la salida del sol y la lenta desaparición de la niebla. Con el edredón abierto, se tumbaron desnudos bajo la todavía pálida luz del sol, y una vez así, les resultó inevitable hacer una vez más el amor.

Alguien podría haber pensado que Jenny se estaba burlando del pueblo al hacer el amor a plena luz del día en el tejado de su casa. Ella misma habría dicho, si alguien que no tenía derecho a hacerlo se lo hubiese preguntado, que sencillamente estaba bautizando su nuevo tejado de pizarra.

A decir verdad, estaba celebrando un cambio en su vida. Nunca había sido tan feliz o tan atrevida, y sin duda nunca se había sentido tan segura de sí misma como junto a Pete. Y tan serena. Eso también. Aun cuando Darden regresaba a casa al día siguiente.

De modo que durmió profundamente, una vez dentro de casa, cuando el sol ya estaba en lo alto, y solo despertó al oír el timbre de la puerta.

Capítulo 15

Jenny se estremeció mientras bajaba corriendo las escaleras. Se cerró el camisón, abrió un poco la puerta principal y echó un vistazo en la tenue luz de la mañana.

El reverendo Putty, que al parecer estaba a punto de marcharse, se volvió y regresó sobre sus pasos.

—Dios bendito del cielo, estaba preocupado —dijo en voz baja—. Me he pasado diez minutos llamando al timbre. Empezaba a pensar que algo iba mal. En otra ocasión habría supuesto que habías salido a dar una vuelta o que habías ido al pueblo, a pesar de que yo vengo de allí y no te he visto, pero Dan me pidió que puesto que iba a venir de todos modos, te preguntase por lo del tejado, y al ver que nadie abría la puerta me dio por pensar... —Alzó la vista al cielo y se persignó.

—Estaba durmiendo —dijo Jenny.

—Eso ya lo veo. —El reverendo Putty echó un vistazo a su reloj—. Pero son las once. Ya se ha ido la mitad del día. —Suspiró de nuevo—. De acuerdo, le diré a Dan que le diga a Merle que quienquiera que creyese haberte visto esta mañana en el tejado estaba equivocado. Aquí estás, vestida de pies a cabeza con un decente camisón. Merle dijo que estabas desnuda, ¿qué te parece? «Desnuda en el tejado a pesar del frío», dijo. Le pregunté a Dan. Coincidimos en que tendrías que estar loca para hacer algo así.

Jenny bostezó.

—Aunque si alguien tuviese alguna razón para subir al tejado —prosiguió el reverendo Putty—, esa serías tú. Ha sido una época muy dura para ti, MaryBeth. Me alegró verte en el baile el viernes por la noche. Después de eso, esperaba verte en la iglesia el domingo. Escribí mi sermón pensando en ti. Bueno, pensando en Darden, en realidad. Versó sobre el amor de Dios y lo que significa el perdón. Creo que algunos de mis feligreses necesitaban oírlo, aunque entiendo cómo se sienten. Tienen miedo. Darden resultaba intimidante incluso antes de todo aquello. Pero creo que lo que tenemos que hacer ahora

es dejar atrás el pasado. Ya ha pagado por su crimen. Nos incumbe a nosotros, en tanto que buenos cristianos, desearle una feliz vuelta a casa.

Jenny no tenía la intención de poner la mano en el fuego por ello.

—Fue un sermón optimista —añadió el reverendo—. Lamento que te lo perdieses. Si quieres, imprimiré una copia para ti. Lo tengo en el ordenador, preparado para ocasiones como esta, en la que alguien no puede estar presente para oírlo. Antes te gustaba acudir a la iglesia, MaryBeth.

—Iba cuando Darden lo hacía. —La llevaba con él, así que no tenía opción. No importaba que su madre no quisiese ir, o que las creencias religiosas de Darden fuesen discutibles. Quería ir al pueblo para que la viesen a su lado.

—Recuerdo que ibas incluso después de que Darden se fuese.

—Algunas veces.

—¿Por qué dejaste de ir?

Jenny podría haberse encogido de hombros y mirado a la lejanía, pero al pensar en quién estaba durmiendo en la planta de arriba, repuso:

—Era una mala época. Estaba sola y me sentía enferma y culpable. Necesitaba que alguien me dijese que nada era tan terrible, pero nadie del pueblo podía hacerlo. Creí que la gente que acudía a la iglesia, a la casa de Dios, se mostraría más amable conmigo, me miraría de un modo más agradable. Pero no fue así. Deberían haber escuchado su sermón entonces.

—Intenta entenderlo, MaryBeth. Les asustaba la situación. No sabían qué decir.

Jenny estiró el cuello para librarse de la molestia que le había producido dormir en el desván.

—Les gustaría que volviases.

—¿Se lo han dicho?

—Asintieron durante todo el sermón.

Jenny podía imaginárselo. Los sermones del reverendo Putty siempre adormecían a Darden.

—También a mí me gustaría que volviases. Tú y Darden, los dos. ¿Qué te parece el próximo domingo? Para la gente del pueblo sería una prueba de que estáis dispuestos a olvidar y perdonar. —Se balanceó sobre los talones y la miró con expresión risueña—. Considéralo una invitación personal. —Volvió a alzar la vista al cielo—. De parte de quien ya sabes, por mediación de Su siervo, y el tuyo. Dios te ama, MaryBeth.

—¿En serio?

—Por supuesto.

Ella deseaba creer que era cierto.

—Esperaba que Él me ayudase. Pero no lo hizo.

—Oh, sí que lo ha hecho. Dejó que estuvieses sola para que solucionases las cosas por tu cuenta, así te has convertido en una persona más fuerte. Puedo ver que lo eres. Esos preciosos pendientes que llevas puestos, eran de tu madre, ¿verdad? Sí, lo eran. Los llevó el día de su boda. Creo recordar que dijo que eran un regalo de tu padre. Yo los casé, ya lo sabes. Llevo aquí mucho tiempo. Eran felices entonces. Ah, querida, todo cuanto podemos desear es que descanse en paz y que haya perdonado a Darden. —Se tocó la cabeza con el dedo—. Te parecías a ella. Pero ya no. Pareces diferente.

En efecto, Jenny se sentía diferente.

—He encontrado a alguien que me ama. Se llama Pete —dijo.

—¿Pete? ¿Pete qué más? ¿Le conozco?

—No. Es del Oeste. Probablemente se lo haya cruzado viniendo hacia aquí. Va en moto.

El reverendo Putty se rascó la cabeza.

—No recuerdo haber visto ninguna moto.

—Ha ido a buscar nuestro desayuno. Café y rosquillas. —Como hacían los mejores hombres, según *Cosmopolitan*. Ella sonrió al pensarlo—. Es estupendo.

El reverendo seguía sorprendido.

—Creo que habría oído el ruido de una moto.

—No por el modo en que él la lleva —dijo Jenny.

—Ah. Bueno. Eso está bien. Me alegro por ti, MaryBeth. Te mereces un buen hombre.

—Me iré con él.

—¿Te vas de Little Falls?

Jenny asintió.

—¿Se irá Darden contigo? —preguntó el reverendo.

—No. Este es su hogar.

—Pero tú eres su hija. Eres todo lo que tiene.

—Sí, pero ahora que usted les ha dado ese sermón sobre el perdón y le ha invitado a él a volver a la iglesia, le tiene a usted y a su congregación. ¿No le parece?

Pete compró dos enormes tazas de café y una docena de rosquillas.

—Soy muy goloso —confesó, y engulló tres rosquillas mientras ella se comía una. Jenny podría haberse preocupado, de no conocer aquel cuerpo tan firme. Y, además, también tenía hambre, lo cual no resultaba sorprendente. Al cabo de un rato, desapareció la docena entera de rosquillas. Pete se echó hacia atrás en la silla y se palpó el vientre.

—Ha estado bien. No me siento nada culpable.

Tampoco Jenny se sentía culpable. Pero la cuestión de la culpa era como una mina: estaba bajo la superficie, invisible a la vista pero preparada para explotar.

—Si te sintieses culpable, ¿qué harías?

—Cortaría troncos. Correría un par de kilómetros. Si estuviera de vuelta en casa repararía vallas. En cuanto mi estómago empezase a rugir otra vez, la culpa desaparecería.

—¿Y qué hay de las otras clases de culpa, como la que sientes respecto de tu familia?

—No puedo dar marcha atrás en el tiempo y cambiar lo que hice o dejé de hacer. Lo único que puedo hacer es seguir adelante.

—Entonces, ¿te has perdonado a ti mismo?

—Eso significaría que lo que hice estuvo bien, y no sería cierto. Pero puedo avanzar, aprender de los errores y ser diferente.

—Seguir adelante, para ti, significa volver junto a tu familia. Siendo diferente podrás hacer las cosas que no hiciste entonces. Para mí algo así es imposible. ¿Qué puedo hacer con la culpa?

—¿Qué culpa?

—La culpa. Hacer cosas. Dejar de hacerlas. —Estaba rodeando la mina explosiva, pero también se estaba acercando a ella—. ¿No tendría que quedarme aquí por Darden?

—¿Quieres quedarte?

—¡No! ¡No! Pero Darden fue a la cárcel por mi culpa.

—Fue a la cárcel por matar a tu madre.

—Pero lo hizo por mí. —Jenny deseaba seguir hablando, lo deseaba con tanta intensidad que casi podía saborear las palabras. Pero una minúscula parte de sí misma se las tragó, todavía temerosa.

—¿Jenny?

Ella apartó la vista.

Las patas delanteras de la silla de Pete golpearon contra el suelo antes de cogerla por la muñeca y hacer que se volviese hacia él.

—Te quiero, Jenny.

—No me conoces.

—Conozco lo suficiente.

—¿Y si no fuese así? ¿Qué pasaría si las cosas...?

—¿... Me helasen la sangre?

—Lo digo en serio.

—Y yo. Te quiero. —Pete se llevó una mano al pecho—. Justo aquí, donde la razón no es imprescindible, pero donde lo que siento es más real que cualquier otra cosa en el mundo... Justo aquí algo me aprieta cada vez que te miro. Como si fueses una llave. Como si pudieses ayudarme a hacer bien las cosas. De acuerdo, suena raro. Hace una semana no sabía quién eras, y quizá, solo quizá, si hubiese pasado por Little Falls un día antes o un día después no nos habríamos conocido. Pero no lo creo. Creo que nos habríamos conocido de un modo u otro. Te quiero. —Se golpeó el pecho con el pulgar.

Ella lo amaba del mismo modo, comprendió Jenny, y supo entonces que tenía que seguir hablando. Tal vez no se lo contara todo. Pero tenía que seguir.

Así que lo tomó de la mano y lo llevó escaleras arriba hasta el desván. Bajo el alero había una caja con recortes de periódico. Hablaban de la muerte de su madre, del arresto de su padre y del juicio.

Pete llevó la caja hasta la ventana trasera y se sentó para leerlos.

Jenny se acucilló en el sombrío rincón de enfrente y lo observó pasar un artículo tras otro. Se los conocía de memoria, los había leído tantas veces que sabía cuál estaba leyendo Pete en cada momento y lo repasaba mentalmente. Esperaba encontrar un gesto o un ruido que le demostrase que le producían tanto asco como a ella. Su respiración surgía ahora más áspera del profundo lugar en su interior donde residían los acontecimientos del pasado y, en ese momento, presionó con el pulgar en el mismo punto del pecho que Pete, y sintió la tensión, el miedo y la esperanza.

Finalmente, él acabó el último artículo, devolvió la caja a su lugar y se acercó a Jenny, que sintió crecer su miedo. Pero el rostro de Pete no mostraba signo alguno de repulsa o de odio. Su expresión reflejaba tristeza, pero también ternura. Era un milagro, Jenny lo sabía, pero el amor que ella había necesitado desesperadamente seguía allí.

Pete se arrodilló y la atrajo hacia sí. Hundió la cara en su cabellera y respiró hondo. Tras unos segundos le besó las manos, las llevó a su corazón y no dijo nada, que era lo que Jenny más necesitaba. Era el momento de que ella hablase. Las cosas que había dejado atrás hacía años empezaron a salir a la superficie.

—Nunca estuvimos unidas, mi madre y yo. Nos parecíamos, aunque ella tenía veinte años más, pero incluso cuando acababa de nacer, me parecía a ella. Ella era MaryBeth June Clyde, y yo MaryBeth Jennifer Clyde. Fue idea de mi padre que nos llamásemos igual. Ella me lo dijo. Intentaba hacerla feliz, pero no funcionó, no podía funcionar, porque yo no era Ethan. Nació dos años antes que yo, pero murió antes de cumplir un año. Mi madre quería que ocupase su lugar, pero no fue así, y me odiaba por eso, y también odiaba a mi padre.

—¿Por qué lo odiaba a él?

—Porque había traicionado a Ethan queriéndome. —Jenny se estremeció—. Enferma, enferma, enferma.

—¿Tu madre?

—¡Todo! —Jenny sintió el latido del corazón de Pete ascendiendo por su brazo. Resultaba tranquilizador, relajante, reconocible. Le dio fuerzas para rememorar aquellos horribles tiempos—. Me odiaba porque él me prestaba atención a mí y no a Ethan, pero Ethan estaba muerto, aunque ella no quisiese admitirlo, y cuando Darden ya no pudo chillarle más, se centró en mí, lo que hizo que todo se convirtiese en una locura aún mayor.

—Eras un instrumento.

—También ellos lo dijeron.

—¿Quiénes?

—Los abogados, los de los servicios sociales, la policía. Dijeron que no era culpa mía, y se disculparon, pero no eran los únicos que hacían preguntas. No eran los únicos que intentaban encontrar las verdaderas respuestas. Tuve que contárselo todo una y otra vez.

—¿Quieres contarlo una última vez?

Lo hizo. Por Pete. Él no había salido corriendo, sino que seguía allí, diciendo que la quería, en voz baja, tomándole la mano, tranquilizándola, haciendo que se sintiese bien, bien por hablar después de tanto tiempo de guardar silencio, por compartir por primera vez, liberándose poco a poco del peso que sentía en el pecho con cada palabra.

—Mi madre se enfureció conmigo porque olvidé pasar a recoger sus pastillas al volver del colegio. Eran pastillas para dormir. No podía pasar la noche sin ellas. Le dije que regresaría al pueblo, pero ella dijo que las necesitaba de inmediato, y que yo era estúpida y egoísta, y que era una bruja y que había hechizado a Darden. Empezó a pegarme.

—Con el bastón.

Jenny gimió y asintió. Sí, con un bastón.

—¿Qué hiciste?

Ella se frotó el pecho con la palma de la mano. Aun cuando estaba serena, aun cuando se sentía más fuerte de lo que jamás se había sentido, y aliviada por hablar al fin, recordar le resultaba muy duro. Su cuerpo era un manojo de espasmos y movimientos incontrolados. Pero el corazón de Pete latía con calma, y sus manos le ayudaban a comprender. De repente, fue como si él hubiese abierto una puerta y una extraña fuerza, al otro lado, sacase las palabras de su boca.

—Retrocedí e intenté protegerme, pero no había mucho que hacer contra un bastón como aquel. Me agarró cuando intenté huir, me arrojó al suelo y no pude hacer otra cosa que acurrucarme contra la pared. No dejaba de chillarme y de golpearme con esa cosa, y una parte de mí sabía que me lo merecía...

—No te lo merecías.

Jenny tragó saliva.

—Yo no era lo que ella había deseado.

—No era culpa tuya.

—Pero yo empeoré las cosas.

—¿Cómo?

—Dejando que mi padre me quisiese.

—¿Dejándole? Eras una niña, Jenny. Los niños necesitan amor. Si no lo obtienen de uno de los padres, lo buscan en el otro. ¿Dónde estaba él ese día mientras ella te pegaba?

—Trabajando. Cuando llegó a casa había sangre por todas partes. Se asustó. Cogió el bastón y le pegó a ella. Un solo golpe, por lo que dicen los periódicos. —Jenny recordó el sonido de aquel golpe e hizo una mueca. Recordó la imagen, el olor, y tragó la bilis que ascendió por su garganta—. Cuando la gente está desesperada, cuando cree que va a morir y tiene miedo, hace cosas que no haría en otras circunstancias.

—Y ahora él regresa a casa —dijo Pete.

Ella asintió.

—¿Le tienes miedo?

Asintió otra vez.

—¿Y por qué sigues aquí?

Sus ojos suplicaron su comprensión.

—Porque lo hizo por mí. ¿No lo entiendes? Lo hizo para liberarme. Pero yo no soy libre. Me dijo que le esperase aquí y que llevase la casa hasta que él saliese. Así que esta es mi cárcel. No puedo irme porque se lo debo, y necesito ser castigada...

—¿Por dejar que te quisiese? No, Jenny.

«Cuéntaselo —gritó ella en su interior—. Cuéntaselo todo. Él te quiere. No se irá».

Pero no podía hacerlo. Todavía no. El riesgo era demasiado grande.

—Y, de todas maneras, ¿dónde podría ir? —dijo en cambio—. ¿Qué lugar sería seguro? Lo único que enseñan en las noticias son bombardeos y disparos y violaciones. He vivido aquí toda mi vida. No conozco otro lugar, y aunque lo conociese, no tengo suficiente dinero para vivir sola, y no va a haber manera de que encuentre otro trabajo ahora que Miriam va a cerrar Comida a su Medida. ¡Soy patética!

Él le cogió la cara con las manos, como había hecho en otras ocasiones, y la miró fijamente a los ojos.

—No eres patética —dijo.

Ella cerró los ojos con fuerza.

—Patética y débil y culpable. Nada de esto habría ocurrido de no ser por mí.

—Tú no pediste nacer. Ellos tomaron la decisión, y después te jodieron la vida.

—Patética y débil y culpable.

Pete apretó las manos.

—Abre los ojos, Jenny.

No podía hacerlo. Temía lo que pudiese encontrar.

—Ábrelos —insistió Pete, pero con un tono más amable, y sus manos ya no apretaban su cara sino que la mecían.

Jenny abrió los ojos.

—Si fueses patética o débil, no habrías sobrevivido los últimos seis años. No ha sido fácil. Nadie te ha ayudado mucho.

—Dan me controlaba.

—¿Y su padre no?

—No. Solo Dan. Pero así era mejor. Él me gusta más.

—¿Te llevó a cenar alguna vez? ¿Te llevó al centro comercial cuando necesitabas ropa? ¿Te cogió de la mano cuando tenías pesadillas?

—El reverendo Putty vino muchas veces.

—Hace mucho tiempo de eso.

—Bueno, sigue viniendo, pero no tan a menudo.

—Y solo cuando Dan se lo pide, ¿verdad? De acuerdo, tenemos a Miriam. Ella te contrató cuando nadie quería hacerlo, y a cambio tú has trabajado como una mula. No ha salido perdiendo en el trato y, por descontado, no te ha

pedido que te vayas con ella a Seattle. No, Jenny, no eres patética y débil, y respecto a la culpa, la culpa es relativa. Fuera de contexto, casi todo suena mal. Míralo en su conjunto. Solo tenías dieciocho años cuando tu madre murió. Solo dieciocho.

Jenny se estremeció.

—A veces, es como si hubiese sido ayer, puedo verlo con tanta claridad, con los ojos abiertos, o cerrados, de noche o de día, no importa.

—Ese es el legado que te dejaron. ¿Se ha disculpado alguien por eso alguna vez?

Nadie. Nadie en absoluto.

—No lo creo —añadió Pete—. ¿Y ahora vas a decirme que, después de todo, le debes a Darden el quedarte aquí con él para el resto de tu vida? ¡Pídemelo y ni siquiera tendrás que estar aquí cuando él vuelva!

Ella ya había pensado en eso.

—Creo que debería estar.

—¿Por qué?

—Porque es lo correcto. Él quería que fuese a esperarle a la salida de la prisión. Le dije que no. No podía ir allí, ni siquiera una última vez. Pero le dije que estaría aquí, y si no lo hago, bueno, Dios, no sé. No estaría bien. Él no querrá que me vaya.

—¿Y puede hacerte cambiar de opinión?

—No quiero que lo haga —repuso Jenny—. No saldría nada bueno de eso, pero es mi padre, es lo único que me queda.

—Ahora me tienes a mí. Eso te da una oportunidad.

—Lo sé, lo sé, lo sé.

—Aun así sigues debatiéndote.

—Bueno, si él ha cambiado, si se ha suavizado, ya sabes, sería muy desagradable si le dijese hola y adiós. Pero no ha cambiado —se recordó a sí misma—. Le he visto todos los meses. No ha cambiado ni una pizca. Y yo no puedo volver atrás. No puedo retomarlo donde lo dejamos. No puedo. No quiero. Es un hombre espantoso. No atiende a más necesidades que las tuyas. Y es celoso, Pete. No sé qué hará cuando le hable de ti.

—Entonces —dijo Pete echando los hombros hacia atrás, adelantando la mandíbula, preparado para enfrentarse a Darden sin pensárselo dos veces—, tendremos que descubrirlo.

Jenny intentó no preocuparse, lo cual no significaba que no examinase la nevera tres veces el lunes por la tarde para asegurarse de que los seis *packs* de cerveza Sam Adams de Darden estaban allí, o que no comprobase varias veces los frascos de antiácido en el botiquín con la lista que Darden le había preparado para estar segura de que había comprado la marca y el tamaño correctos, o que no hubiese deshecho la cama con las sábanas de seda, saltando en medio, rodando a un lado y a otro —dos veces— para que diese la impresión de que había dormido allí toda la semana.

Todavía no se había librado de las cosas de su madre. Tendría que hacerlo la mañana siguiente, sin excusas que valiesen.

Pero en ese momento, lo que más deseaba era pasar el tiempo con Pete, y eso fue lo que hizo. Se quedaron en el desván sobre su cama de almohadas y edredones, a ratos desnudos, a ratos no, e hicieron el amor un montón de veces. A Jenny, por cierto, se le daba muy bien. Conocía posiciones en las que Pete ni siquiera había pensado, Pero era rápido aprendiendo. Su cuerpo era dúctil, y respondía al de Jenny, llevándola más y más arriba. Era muy resistente, era diez veces más resistente de lo que ella imaginaba que un hombre podía serlo.

Y esa fue solo la primera parte de sus descubrimientos. Jenny aprendió lo hermoso que podía ser el cuerpo de un hombre, lo amable y generoso, y que podía obtener placer de él y convertirlo en algo más. Conoció la dulzura del momento posterior, una y otra vez, y la confianza que permite mirar a un hombre a los ojos durante horas sin apartar la mirada. Aprendió que los besos podían borrar las cicatrices. Aprendió lo que era sentirse amada de un modo tan profundo que la suciedad del pasado quedaba borrada y el futuro se transformaba en una promesa.

No importaba que faltase menos de un día. No importaba que apareciesen fugaces momentos de terror cuando pensaba en lo que sucedería cuando Darden llegase a casa y empezara a hablar, y lo que Pete haría entonces. No importaba que se sintiese culpable..., siempre culpable.

Por primera vez en toda su vida adulta era feliz y la causa era Pete.

El martes a mediodía, Jenny se fue al pueblo. Llevaba su habitual camisa, sus zapatillas deportivas y los vaqueros, pero dejó la gorra en casa. Estaba cansada de ocultarse. Su pelo se rizaba hacia arriba, pero estaba limpio y brillante, una señal de su humor, que era el de una persona valiente y esperanzada, a pesar de las llamadas de esa misma mañana.

Darden lo había intentado en tres ocasiones. Tres ocasiones en las que ella no había querido oír el timbre del teléfono. Oh, sabía que era él. No tenía ninguna duda. Solo él la llamaba. Pero no quería oír su voz. Además, no había nada que él pudiese decirle que la sorprendiera.

Y en ese momento iba camino del centro del pueblo, erguida y segura de sí, como una mujer que tiene una misión que cumplir. Jenny Clyde estaba preparada para volar. Quería que Little Falls lo supiese.

Capítulo 16

Boston

Se trataba de Jordan, por supuesto. Nadie más andaría rondando por la casa en mitad de la noche. La cogió de los brazos para calmarla y observó lo que llevaba en las manos.

—He hecho una visita a Angus —explicó—. Mientras estaba ahí, cogí algo para leer. —No profundizó en el tema y él no hizo preguntas. De hecho, no dijo ni una palabra, sino que se limitó a cogerla de la mano y llevarla de vuelta a la cama. No hicieron el amor en esta ocasión, sencillamente se tumbaron abrazados hasta que volvieron a dormirse; eso era lo que Casey necesitaba. La presencia de Jordan había suavizado el sentido de alarma que le había asaltado al comprobar el comportamiento de Jenny. Al igual que el jardín que había creado, exudaba calma. De manera egoísta, consciente de que el tiempo era escaso, acaparó toda la serenidad que él le ofrecía. Como era de esperar, Jordan se levantó con las primeras luces del alba y regresó a su casa.

Ella permaneció unos minutos más en la cama para disfrutar de su olor. A medida que el calor de su cuerpo fue desapareciendo de las sábanas, sin embargo, su intranquilidad fue en aumento. Cuando sus pensamientos alcanzaron el punto álgido, se levantó. Tomó una ducha, preparó café y se llevó la taza a la planta de abajo.

Esa mañana, los cuadros de Ruth la hicieron detenerse. Todos eran paisajes marinos. En uno había quedado atrapado el efecto del sol sobre las olas; en otro, se veía un espigón; en otro más, había una pequeña isla. Casey observó los cuadros uno tras otro. Todos transmitían confianza. Más aún, todos transmitían esperanza, que era lo que llevaba consigo cuando entró en el despacho y salió al jardín.

El silencio del lugar solo se veía alterado por el dulce canturreo de los pájaros que iban y venían del comedero. Boston todavía dormía a esas horas

de la mañana. El sol apenas había hecho acto de presencia por encima del puerto, hacia el este.

Caminó por el sendero a lo largo del jardín mientras daba sorbos a su café. Cuando se acuclilló para estudiar las balsaminas de Jordan, sus pequeñas caritas vueltas hacia arriba también parecieron estudiarla. Se puso en pie y caminó entre las flores blancas, alrededor de un macizo de flores rosas y junto a otro de flores azules. Jordan le había dicho sus nombres, pero ella no tenía ni idea de cuál pertenecía a cada una de ellas.

No. Tampoco era del todo cierto. De cerca, podía identificar unas cuantas. Vio campanillas entre las azules, y lilas entre las blancas. Entre las rosas, pensamientos; no había posible error con aquella forma suya.

Campanillas, lilas y pensamientos. Se sentía bastante orgullosa de sí misma. Jordan no había mencionado ninguna de esas. Eran nombres procedentes de su infancia, relacionados con determinadas formas. No en vano era la hija de Caroline.

¿Y su perfume? Bueno, eso era otra cosa. Ella no podía identificar las fragancias por separado, pero el conjunto era muy dulce.

Se llevó la dulzura con ella, llegó hasta las azaleas, cuyas pequeñas flores de color albaricoque estaban bastante abiertas. Las de los rododendros también lo estaban más que el día anterior. Eran grandes y, según comprobó, blancas.

Recorrió la alfombra de triliums bajo el roble, se acuclilló y tocó uno de los capullos. Los pétalos eran triangulares, pequeños pero elegantes. Crecían muy bien bajo los árboles grandes, según le había explicado Jordan. Le echó un vistazo al arce que se alzaba al otro lado del sendero. También tenía unas cuantas flores en torno a la base. Estas, sin embargo, eran diferentes. Cada capullo era diminuto, menos vistosos que los del trilium, pero había docenas de ellos. Eran de color azul. Azucenas. El nombre surgió en su cabeza. Caroline había plantado azucenas, aunque de color rosa.

Casey siguió adelante. Recorrió la parte trasera del jardín, se detuvo y aspiró el olor de las encinas que allí crecían; una y otra vez. Pasó por entre las paquisandras, después regresó junto a las lilas, acercó la nariz a un macizo y se dejó invadir por su perfume.

Fue un momento de tranquilidad. En cuanto se sentó en una de las sillas del patio para acabarse el café, sin embargo, el sentido de urgencia regresó. La desesperación de Jenny Clyde no dejaba de aumentar. Y, a su modo, también la de Casey. Su madre estaba peor; su padre seguía mostrándose esquivo; y sabía que la historia de *Soñando con Pete* no se había acabado.

Apuró el café y entró en la casa. Tal vez buscando algo de esperanza —o de suerte— tocó uno de los cuadros de Ruth al pasar, y después subió las escaleras. Ya había explorado el dormitorio principal y había encontrado una pista que la mantenía atada al proceso de búsqueda. Solo faltaban las cajas.

En primer lugar, Casey encontró libros. Algunos eran trabajos de otros psicólogos, pero la mayoría eran obras de Connie. Algunas cajas contenían veinte ejemplares del mismo libro; esas cajas habían llegado directamente de la editorial. En otras había una mezcla de sus libros. Todos los que hojeó tenían su firma en la portadilla.

«Ejemplares firmados —oyó decir a su madre—. Podrías venderlos por un precio superior al del libro normal. ¿Para qué necesitas tantos ejemplares del mismo libro?».

Podía quedarse con uno de cada. Dispondría de ejemplares firmados. De algún modo, sin embargo, apropiárselos de ese modo la hería.

Se apartó de aquellas cajas y encontró las que Jordan había subido del despacho. Contenían archivadores cerrados. Casey rebuscó entre ellos por ver si encontraba alguno con la etiqueta «Clyde». Al no encontrar ninguno, pasó a la siguiente caja; la búsqueda resultó infructuosa, por lo que continuó con otra.

Se detuvo cuando oyó decir a Meg que el paciente de las nueve había llegado, pero decidió proseguir la búsqueda por la tarde. Gracias a una cancelación, pasó dos horas más investigando. Estaba calculando cuánto trabajo podría realizar en ese tiempo cuando Meg se ofreció para ayudarla. Aceptó.

Meg abrió y cerró cajas. Casey estudiaba los contenidos. Encontró más libros y más archivadores. Encontró una copia original de la tesis doctoral de Connie, mecanografiada con una máquina que tenía la uve doble defectuosa. Encontró los manuscritos de sus libros.

—¿Qué está buscando? —preguntó Meg cuando, con un gruñido de fastidio, Casey acercó otra caja.

—Objetos personales —respondió Casey, acucillándose. Los manuscritos originales eran una mina de oro. A Harvard le encantarían. Casey no los necesitaba—. Fotografías, cartas, álbumes de recortes —añadió—. Un anuario del instituto. Un sobre grande con la letra «C» delante. ¿Has visto alguna vez algo con esas características?

—No —contestó Meg mientras abría las solapas de una caja—. Nunca me pidió que le ayudase cuando trabajaba aquí arriba. —Se puso en cuclillas—. ¿Todos estos libros eran suyos?

—Sí.

—¿Le gusta a usted leer?

—Sí.

—¿Ha leído sus libros?

—Todos.

—¿Cree que yo podría intentar leer uno? —preguntó Meg con timidez.

—¿Uno de estos? No. Son académicos. No es una lectura ligera, precisamente. —Casey pasó a la siguiente caja—. Ahh. Una caja «mi».

—Maine.

—¿Cómo?

—Mi significa Maine —dijo Meg.

Casey la miró atónita, después se echó a reír.

—Mi de Maine. Vaya, jamás se me habría ocurrido.

—Maine era algo personal para el doctor Unger —dijo Meg entusiasmada—. De ahí el jardín. ¿Conoce la parte de atrás, la de los triliums y los juníperos y las cicutas? Me dijo una vez que el olor en ese punto le recordaba al de su hogar, y yo le creí. También crecí en Maine. —Tomó velocidad y dijo con énfasis—: De hecho, crecí en New Hampshire, pero nací en Maine, y el paisaje es el mismo en un estado y en otro, a menos que se desplace a la costa, que es diferente por el aire salobre y el viento.

—O sea que recreó el olor en ese rincón. —Casey estaba fascinada, no había hecho esa conexión por su cuenta—. Pero no en un principio. Antes de que Jordan entrase a trabajar aquí, el jardín no era más que hojas y hierbajos.

—Pero entonces el doctor Unger empezó a echar de menos su tierra. Me lo dijo una vez, porque a veces yo también la echo de menos.

—¿Regresó alguna vez de visita?

—No lo sé.

—¿Y tú?

Meg negó con la cabeza.

—No hay nadie allí a quien quiera ver. —De repente, se le iluminó el rostro—. ¿Nunca ha querido teñirse el pelo de color oscuro?

Casey sonrió por el repentino cambio de tema, pero enseguida se distrajo rebuscando en la primera caja de Maine. También estaba llena de libros, pero eran diferentes. Estos libros eran viejos y estaban muy usados. Connie los había firmado también, pero no como autor. Había escrito un cuidadoso y formal, seguramente infantil o adolescente, «Cornelius B. Unger» en la solapa para indicar que era el dueño.

Encontró *La isla del tesoro* y *Los Robinsones suizos*, *Moby Dick* y *Los viajes de Gulliver*. Encontró *Hans Bunker* y *los patines plateados*, *Las aventuras de Tom Sawyer* y *El viento en los sauces*.

—Estos son viejos —dijo Meg.

También parecía como si los hubiesen leído muchas veces. Había un toque personal en esos libros. Casey pudo sentirlo con claridad. El hecho de que los hubiese conservado sugería que eran una especie de tesoro infantil.

Había más libros en la caja, también clásicos. Tras mirarlos todos, Casey volvió a guardarlos y le pasó la caja a Meg.

—Entonces, ¿le gusta su pelo? —preguntó Meg. Llevaba uno de los pañuelos que Casey le había regalado. Tenía tonos lavanda, y estaba realmente guapa con aquel pelo castaño cobrizo.

—Sí.

—¿Y las pecas?

Casey sonrió.

—Tampoco me molestan. Antes las odiaba.

Meg la miró sorprendida.

—¿En serio?

Casey asintió.

—Me las maquillaba mucho; después dejé de hacerlo.

—¿De verdad? —preguntó Meg con delectación.

—Ajá. —Casey se concentró en la siguiente caja, donde había más libros infantiles. Y lo mismo con la tercera caja.

—Supongo que le gustaba mucho leer —señaló Meg—. ¿Por qué cree que los conservó?

Era una buena pregunta. Casey deseó tener la respuesta adecuada.

—Tal vez porque le encantaba leer. O tal vez porque se los regaló alguien a quien quería. O tal vez porque sabía que estas ediciones serían muy valiosas algún día.

Meg dijo:

—Yo creo que los guardó para sus nietos —dijo Meg.

—Él no tenía nietos.

—Pero los tendría. ¿No ha pensado usted en tener hijos?

Casey se preguntó cómo aquel hombre podría haber pensado en dejarle los libros a sus nietos si ni siquiera había hablado con su hija. Y lo mismo podía decirse del hecho de que hubiese preparado dormitorios para sus nietos. Se preguntó en qué clase de fantasía había vivido Connie, solo en su hermosa casa.

—¿No ha pensado en ello? —insistió Meg.

—¿Si no he pensado en qué?

—En tener hijos.

—Hasta cierto punto.

—¿Le preocupa el reloj biológico?

—Todavía no.

—Yo sí quiero tener hijos.

—¿Tienes novio?

Meg negó con la cabeza. Muy despacio, con tono vacilante, dijo:

—Algún día lo tendré, tal vez. —Recuperó el ánimo—. Y usted, ¿tiene novio?

Casey recapacitó durante unos segundos. No podía decir que Jordan fuese su novio. Pero se había acostado con él, y eso debía de significar algo.

—En cierto modo, sí —respondió—. Estamos empezando. Pero no diré nada más. —Echó un vistazo al reloj y tendió el brazo hacia otra caja—. Una más y vuelvo al trabajo.

La última caja contenía cuadernos del instituto. Le indicaron que Connie había estudiado química, latín y francés, historia americana y arte. No señalaban dónde había estudiado, a pesar de que esa era la información que le interesaba. Por difícil de creer que resultase, no encontró el nombre del instituto o del pueblo o ciudad; y, para entonces, uno de sus pacientes ya la esperaba, por lo que tuvo que posponer la búsqueda.

Joyce Lewellen llegó a las tres. Presentaba unas considerables ojeras, tenía los dedos de las manos cruzados y los nudillos blancos.

—No duermo. No como. Me quedo en casa y voy de una habitación a otra. Como cuando murió.

—¿Conoce ya la decisión del juez? —preguntó Casey.

—No. La sabremos mañana. Así que aquí estoy, presintiendo la pérdida y sintiendo la vieja rabia. No puedo hablar con mi familia, no puedo hablar con los amigos. Ya les he visto alzar la vista al cielo o... suspirar. Están cansados de que les hable del tema. No entienden lo que siento. ¿Cómo podrían? Tal vez quisieron a Norman, pero no formaba parte de su vida cotidiana. No era clave para su futuro.

Casey sospechaba que los amigos y la familia habían perdido el interés por el juicio. Habían seguido adelante. Y las hijas de Joyce otro tanto. Joyce era la única que seguía en la brecha, sin objetivo alguno.

—¿Acaso va a conseguir así que vuelva a la vida? —preguntó Casey con calma.

—No. No puedo. Lo sé. Pero si gano el caso..., eso me aportará algo. Pondrá fin al asunto.

—Lo cerrará.

—Sí. Si gano, quedará cerrado.

—¿Y si no gana?

—No quedará cerrado.

—¿Por qué?

—No dejaré de preguntarme por qué murió.

—¿Qué explicación dieron los médicos? —preguntó Casey. Conocía la respuesta, pero no era ninguna molestia que lo dijese.

—Dijeron que había tenido una reacción masiva a la anestesia. Nunca antes le habían administrado anestesia. ¿Cómo iba yo a saberlo?

—¿Usted? ¿Por qué tendría que saberlo? ¿Cómo iba a saberlo?

—Alguien tendría que haberlo sabido.

—¿Y por qué usted? ¿Por qué no su madre?

—¿Cómo iba a saberlo ella? Ya le he dicho que nunca le habían administrado anestesia.

—Exacto. Nadie sabía que reaccionaría de aquella manera, ni su madre ni él ni, sin duda, usted. Por otra parte, ha hecho todo lo posible por encontrar una respuesta al porqué de su muerte. Sea cual sea la decisión del juez, quizá le sirva para dar el tema por concluido.

Joyce parecía desgarrada.

—¿Y qué pasará si no logro hacerlo? Lo que quiero decir es que una cosa es afirmar que no hay pruebas suficientes para convocar un jurado... Pero eso no implica que no haya algunas pruebas. Por eso necesito ganar. Necesito una decisión definitiva. Que no haya suficientes pruebas no es una respuesta para mí. Necesito que todo se resuelva.

Casey podía identificarse con aquellas palabras. Para cuando volvió a subir las escaleras, eran ya las últimas horas de la tarde e, impulsada por la idea de encontrar una resolución a lo que tenía entre manos, se sentía llena de energía. Se dijo que, entre las dos habitaciones, aún debían de quedar una docena de cajas en las que no había buscado. Sola ya a esas horas, se enfrentó a las cajas con buen ánimo, tirando, empujando, inclinada sobre ellas en lugar de sentarse para examinar más rápidamente el contenido.

Solo una de las cajas acabó resultando interesante: contenía recuerdos de infancia de Connie. Había un paño de ganchillo, algo andrajoso. Un par de

maltrechos zapatos y varias fotografías que mostraban a Connie en diferentes momentos antes de ir al colegio. Era un niño de aspecto tierno y vulnerable cuyos rasgos la conmovieron por su familiaridad. Eso fue minutos antes de comprender que se estaba viendo a sí misma en aquellas instantáneas.

El cabello, por ejemplo. Era liso, con mechones del mismo color que los de Casey. Sintió que se le formaba un nudo en la garganta cuando llevó una mano a su propia cabellera.

Pero el mono de peluche la conmovió incluso más. Era de color marrón claro, gastado, tenía las piernas delgaduchas y varios remiendos. Uno de los ojos colgaba de un hilo, el otro había desaparecido. Era la cosa más dulce y andrajosa que Casey había visto nunca. Lo alzó con cuidado, hundió la nariz en su pequeña barriguita. Tenía el olor de la edad. Supuso que Connie lo había querido mucho. Se dijo que sin duda habría dormido con él durante más tiempo del que se suponía que tendría que haberlo hecho. Se dijo que él le habría dado una vida, un nombre y una personalidad, y para desprenderle de esas cosas tendrían que haberlo matado.

Eso era lo que ella sentía, precisamente, por su pato de peluche, Daffy. Nada demasiado original, pero era suyo. Daffy. Sus alas señalaban en direcciones diferentes, y tenía el pico torcido, pero Casey nunca había sido capaz de desprenderse de él. Incluso en la actualidad sobre su tocador, en el apartamento, estaba apoyado contra una lámpara.

Su Daffy la había querido con todo su corazón de trapo durante los años en que Casey deseaba con todas sus fuerzas tener padre y madre. Ignoraba qué necesidad había solventado ese mono de peluche para Connie, pero se dio cuenta de que no podría volver a meterlo en la caja. Ni siquiera iba a dejarlo con Angus, sobre la cama de Connie.

Bajó con él las escaleras, y lo dejó apoyado en la almohada de su habitación azul, mirando hacia la mesita de noche, donde dejó también la fotografía de Connie. Al parecer, eso era lo que había que hacer, pues el mono parecía contento de estar allí. Eso le proporcionó a Casey cierto consuelo, porque al ver que no encontraba nada referente a *Soñando con Pete* se había sentido decepcionada. En ninguna de las cajas había visto nada ni remotamente similar a un sobre grande con una «ce» mayúscula en el anverso. No sabía en qué otro lugar buscar.

Desanimada, se dirigió al jardín, pero en lugar de eso se encontró sentada en la moqueta que cubría la escalera que llevaba al despacho, estudiando los cuadros de Ruth. Si el bosque era el centro en la vida de Connie, el océano lo era en el de su esposa. Donde él anteponía las profundas sombras verdosas,

rojas y azules, el arte de Ruth colocaba tonos pastel. Si alguna vez había existido una prueba de las diferencias entre dos personas, esos cuadros lo eran. Casey se preguntó por enésima vez qué los había llevado a casarse.

Los cuadros de Ruth era esperanzados y brillantes, incluso entre las sombras de la escalera. Constituían una invitación. Se sintió dolorosamente tentada. Pero también desgarrada.

Las noches del jueves estaban dedicadas al yoga, y Casey necesitaba asistir a clase. Se la saltó, sin embargo, porque necesitaba hablar con su madre más de lo que necesitaba el yoga. Supuso que Caroline tendría alguna cosa que decir respecto a Ruth.

Esa noche, Caroline no dijo ni una palabra sobre tema alguno. Estaba dormida, y su respiración quizá fuese un tanto agitada, aunque no parecía sentir dolor. Con una gran presión en la boca del estómago, Casey se sentó a su lado, la tomó de la mano y estudió su cara bajo la luz crepuscular. No mencionó el nombre de Ruth. No se sentía con ánimo para hacerlo, habida cuenta de la lucha que mantenía Caroline.

Tras un rato, dijo suavemente:

—¿Mamá? —Esperó, deseando percibir un parpadeo, una contracción, un tic que indicase conciencia, por mínimo que fuera—. ¿Sabes que estoy aquí, mamá? —Esperó y observó con un temor creciente—. Necesito saber qué está pasando contigo. Esto está empezando a alterarme los nervios.

Caroline permanecía allí acostada, a su lado, con los ojos cerrados.

Esperó un poco más. Caroline siguió inmóvil, haciendo un leve ruido al respirar. Al cabo, incapaz de soportar el miedo, Casey besó a su madre en la mejilla, le arregló el pelo y dijo:

—Está bien, mamá. Estás cansada. Hablaremos la próxima vez que venga. Te sentirás mejor entonces. Te quiero.

Se le quebró la voz. Besó una vez más a Caroline en la mejilla y presionó la frente para absorber su calor. Necesitaba ese calor. Había estado allí incluso cuando ella renegó de su madre en nombre de la independencia. Qué poca cabeza había demostrado entonces. De pronto lo entendía. Puede necesitarse el calor y seguir siendo independiente. Caroline lo había sabido. En lo bueno y en lo malo, se había mostrado leal y amorosa. Casey no quería perderla.

Temía que ocurriese de todas formas, y no deseaba afrontar esa posibilidad, por lo que, con mucho cuidado, dejó la mano de su madre sobre

la sábana y salió de la habitación.

Los viernes, según la agenda de Casey, era el día del enriquecimiento profesional, y esos días, por lo general, acudía a seminarios, se reunía con sus colegas o leía revistas de su profesión. A veces, iba a la playa. Terapia restaurativa, lo denominaba.

Ese viernes por la mañana se dirigió a la playa, pero no por diversión. Necesitaba respuestas, y Ruth Unger era la única que podía ofrecérselas.

Primero la llamó por teléfono. No tenía la intención de conducir hasta Rockport para descubrir que Ruth no estaba allí.

Contestó la propia Ruth. Casey colgó el auricular. ¿Por inmadurez? Sí. Pero tenía el derecho de experimentar un momento de regresión. Su desdén hacia Ruth volvió a aflorar como en la adolescencia, cuando descubrió la existencia de aquella mujer. Ya que no tenía respuesta para la pregunta a cómo Connie podía haber ignorado a su propia hija, le echó la culpa a Ruth.

Ruth se lo había robado a Caroline, o al menos eso indicaba el primer guion. Connie había estado a punto de llamar a Caroline otra vez, pero Ruth apareció a su lado, le hizo perder la razón y lo ató bien corto.

Ruth lo había puesto contra Caroline, según otro de los guiones. Cuando Connie expresó el deseo de ponerse en contacto con Casey, Ruth estalló en un ataque de celos. Ella quería que la dejase embarazada, que no se distrajese con el fruto de la relación de una sola noche..., pues quizá ni siquiera fuese hija suya, imaginaba Casey que argüía Ruth, porque no sabían si por entonces Caroline Ellis se veía con otro hombre.

Casey imaginaba que Ruth rompía incluso las cartas que Connie le había escrito a Caroline.

Llegado un momento, los guiones se esfumaron. Cuanto más aprendía Casey acerca del funcionamiento de la mente humana —y cuanto más observaba a Connie—, más responsabilizaba a este de su comportamiento.

No es que Ruth estuviese exenta de toda culpa. Casey no entendía por qué, en particular después de los años transcurridos y de no tener hijos, ella no empujaba a Connie a realizar algún gesto hacia su única hija. Casey no entendía por qué él no había hecho ese gesto por iniciativa propia —o por qué no la había llamado para comunicarle la muerte de Connie—, o por qué no se había puesto en contacto con ella desde entonces.

Esos eran los pensamientos que rondaban por su cabeza mientras recorría la I-93. Se hicieron más consistentes cuando tomó la carretera 128 hacia el

noreste, y para cuando llegó a Gloucester eran lo bastante sólidos para plantearse la posibilidad de dar media vuelta. Pero no tenía alternativa. Y, además, pensó que si perdía los nervios y culpaba a Ruth, no haría nada que esta no mereciese.

Tomó la carretera 127, siguiendo la curva del cabo Ann hasta Rockport. Sabía llegar a la casa de Ruth desde el centro del pueblo. Conocía el trayecto. No porque hubiese viajado desde Boston para ver dónde vivía aquella mujer, sino porque había pasado cuatro o cinco veces en los últimos diez años cuando había estado en Rockport por turismo. Aparte de haber adquirido una tonalidad más grisácea debido a la brisa marina, la casa no había cambiado mucho.

Estaba ubicada al final de una calle bordeada de césped; era una casa estilo Cape con un amplio tejado de dos aguas y una puerta convencional flanqueada por dos ventanas. Casey aparcó enfrente y recorrió el sendero de losas. Hizo sonar el timbre y esperó, con la cabeza gacha, preguntándose por qué demonios estaba ahí, pero era demasiado terca para marcharse.

La puerta se abrió.

Casey conocía a Ruth. La había visto al lado de Connie en las comidas profesionales y, más recientemente, en el funeral. En todas esas ocasiones, Casey había pensado que tenía el aspecto convencional de una artista. Pero convencional no fue la sensación que le produjo en ese instante. Se había cortado el pelo, que llevaba muy corto, tan fino como plumón. Era una mujer delgada, unos cuantos centímetros más alta que Casey, llevaba una camisa de color azul pálido abierta sobre una camiseta sin mangas y unos pantalones cortos. Iba descalza, y las uñas de los pies estaban pintadas de color naranja.

Parecía... Su aspecto era el que Casey había imaginado que tendría Caroline al cabo de diez años, cuando se le notasen las arrugas del cuello.

Ruth parecía tan sorprendida como Casey, pero se recuperó antes que esta y del modo más inesperado. Una brillante sonrisa cargada de genuina calidez se dibujó en su rostro.

—Casey. Cuánto me alegro. —Alargó la mano hacia ella—. Pasa.

Casey no se opuso. Aparte del aspecto, lo último que esperaba era que Ruth se alegrase de verla. Eso hizo que se sintiese confusa, al tiempo que intentaba luchar con el nudo que se le había formado en la garganta. Y allí estaba la casa. Por dentro semejava una verdadera caverna de altas ventanas, tragaluces y puertas de cristal que llevaban a una galería que ofrecía no menos de tres diferentes vistas del océano. Era la vivienda de una artista, incluido el

caballete con el cuadro en que estaba trabajando, frente a una de las ventanas, y otros lienzos alrededor.

—Cuánto me alegro —repitió Ruth, aún sonriendo.

Poco a poco, Casey controló lo bastante sus emociones para darse cuenta de que una pequeña parte de ella también se alegraba. Ruth había estado relacionada con su padre, y parecía genuinamente contenta de verla.

Sin embargo, Casey no podía olvidar de qué clase de relación se había tratado. Así que espetó:

—¿Por qué?

Ruth dejó de sonreír, pero siguió mostrándose cálida.

—Porque eres la hija de Connie —respondió—. Y ahora que él ha muerto, verte hace que mi corazón se sienta bien.

Casey, de repente, se sintió furiosa.

—¿Por qué ahora que está muerto?

—Porque lo echo de menos —dijo Ruth, ahora seria—. Y porque vamos con retraso. He esperado mucho tiempo para conocerte.

—¿Y por qué esperó tanto?

Ruth vaciló, después repuso con calma:

—Porque Connie no quería que me pusiese en contacto contigo.

—¿Por qué? —preguntó Casey. Por eso había ido hasta allí.

Ruth respiró hondo.

—No existe una respuesta sencilla para eso. ¿Por qué no nos sentamos en la galería?

Casey hubiese preferido que se lo contestase allí mismo, junto a la puerta, para después dar media vuelta y marcharse, pero había algo genuino en Ruth, y en el brillo de su hogar, y en la esperanza que reflejaban sus cuadros, que parecían hablarle directamente a Casey. De modo que dejó que la condujese a la galería a través del salón, dejando atrás un sofá en forma de U, flanqueado por una mesita de café de piedra con libros de arte encima, elegantes esculturas y alargadas lámparas de hierro. Después pasaron junto al caballete y los lienzos.

—¿Te apetece tomar algo fresco? —le ofreció Ruth cuando llegaron a la galería.

Casey negó con la cabeza. Se cogió de la barandilla de cara al mar. La marea había bajado, dejando al descubierto las rocas. Las gaviotas se llamaban las unas a las otras mientras planeaban siguiendo las corrientes de aire. Las olas se acercaban a la orilla hasta romper contra esta, replegándose luego rítmicamente.

Sin que su voluntad tuviese nada que ver con ello, la rabia de Casey menguó.

Ruth se acercó a la barandilla y se quedó a su lado. Ella también miró hacia el mar.

—Siempre me ha gustado el océano. A Connie, no. Le gustaban las cosas más cerradas y contenidas.

Casey volvió la cabeza hacia ella.

—¿Por qué?

Ruth la miró a los ojos.

—Seguridad. No confiaba en las cosas que lo hacían sentirse desprotegido.

—¿De dónde era?

—Ya conoces la respuesta.

Casey la conocía.

—No sé nada de su infancia. Ni siquiera sé el nombre del pueblo donde creció.

—Abbott.

—¿No era Little Falls? —interpuso Casey.

—Nunca he oído hablar de Little Falls. Él proviene de Abbott.

Abbott. Un nombre tanto tiempo deseado y revelado de un modo tan sencillo.

—Es un pequeño pueblo de Maine —explicó Ruth—, aunque no puedo decirte mucho más. Nunca he estado allí. Al poco tiempo de casarnos le propuse unas cuantas veces que fuésemos en coche, pero se negaba a volver. Los años que pasó allí no fueron felices.

—¿Por qué?

Ruth volvió a mirar hacia el mar. Pasó un larguísimo minuto antes de volverse otra vez hacia Casey.

—Siempre fue una persona muy reservada, no quería que nadie conociese su pasado, pero ahora está muerto y tú eres carne de su carne. Si alguien tiene alguna razón para saber, esa eres tú. No es que le sucediese nada violento o pervertido, aunque yo creía que sí —confesó—. Imaginaba que un hecho terrible le había marcado para siempre.

Casey también lo creía.

—¿Y no fue así?

—No. Ningún hecho concreto, solo años de dolor. Connie nació tan enclenque como brillante. Ninguna de las dos cosas eran apreciadas en Abbott. Fue objeto de burlas desde muy pequeño: le ridiculizaban, le trataban

mal, y era el centro de todos los chistes. Se apartó de los demás desde la escuela primaria, y así siguió para siempre.

A Casey le resultó sencillo imaginar la transición del niño que Ruth describía al hombre en que Connie se había convertido. Pero existía un elemento de intervención.

—¿Qué hacían sus padres al respecto?

—¿Qué podían hacer?

—Vender la granja.

Ruth sonrió con tristeza.

—No tenían ninguna granja, al menos tal como tú y yo las conocemos. Si su madre plantaba verdura o criaba gallinas era para servirlos en su propia mesa. Vivían cerca del centro del pueblo en una pequeña casa rodeada de un pequeño pedazo de tierra. Ni siquiera estoy segura de que fuesen los propietarios. En cualquier caso, no podían afrontar un traslado. Tenían poco dinero, y vivir en Abbott era barato.

—¿Y el convertir a su hijo en una víctima tenía algo que ver con el dinero?

—No —repuso Ruth con calma—. También tenía que ver con el padre de Connie, Frank. Frank era un hombre fornido y fuerte, todo lo que no era Connie. Estaba convencido de que si algo podía «evitar» que Connie fuese un mariquita, era la cultura machista de Abbott. Obviamente, no funcionó. La vida de Connie era un desastre. La única manera de sobrevivir que tenía era aislándose.

—¿Y la madre de Connie? ¿Cómo podía ver lo que pasaba y no hacer nada?

—No era tan sencillo, me temo. Sentía debilidad por Connie, pero antes que nada era una esposa dócil. Su marido tenía fuertes creencias, y ella nunca se opuso; ¿y quién sería yo para criticarla? Yo no me he comportado de un modo diferente. Lo llamamos respeto por los deseos de nuestro marido.

Casey no creía que la situación fuese como Ruth la describía.

—Pero Connie era un niño —insistió—. Sufría. No puedo imaginar que una madre no hiciese nada por ayudarlo.

—Ella lo ayudó. De un modo muy discreto, hizo todo lo que pudo.

—¿Como qué?

—Lo animaba. El padre no tenía claro si Connie tenía que ir a la universidad.

—¿No quería que mejorase? —preguntó Casey, asombrada.

—No quería que se aislase más de lo que su padre consideraba normal y sano; palabras textuales. Llegado el momento, aquel hombre habría dado su consentimiento a que Connie fuese a la Universidad de Maine, porque él trabajaba allí, pero ¿Harvard? —Ruth sacudió la cabeza—. Eso fue lo que Connie hizo. Y no lo hizo solo. Su madre lo apoyaba, en silencio y sin que le notase, pero lo empujó a hacerlo. Obtuvo una beca, dejó Abbott y nunca volvió.

—¿Ni siquiera para ver a sus padres?

—Su padre murió justo después de que él se fuese, y su madre se marchó del pueblo. De eso hace mucho mucho tiempo.

—Pero quedó grabado de modo indeleble en él —dijo Casey.

—Sí. Connie nunca hablaba de ello. Su vida personal estaba dominada por el miedo al ridículo y el rechazo. Así que se volcó en su vida profesional. Con cada premio que conseguía, con cada conferencia, con cada libro que escribía, se sentía más justificado en su distanciamiento. Su prestigio aumentaba tras un blindaje.

Casey podía verlo con claridad.

—Se convirtió en un profesor tan brillante que todos excusaban sus excentricidades. Y eso, además, perpetuó su manera de ser. Cuanto más era así, menos accesible resultaba para las relaciones personales, y sin estas relaciones no estaba abierto al dolor.

Había algo, sin embargo, que Casey no acababa de entender.

—¿Y cómo demonios se le ocurrió acostarse con mi madre? —preguntó.

—Del mismo modo que se casó conmigo —repuso Ruth—. La esperanza es lo último que se pierde. Siempre deseó la aceptación de los demás. Soñaba con el amor.

—¿Acaso no soñamos todos? —dijo Casey—. Pero el resto de nosotros puede mantener, como mínimo, una conversación personal con un amigo. Connie, no. Y, sin embargo, se acostó con mi madre. ¿Cómo pudo superar su miedo al rechazo?

—Puso fin a la relación antes de que pudiesen rechazarlo. Al menos, así fue con tu madre. En mi caso, puso fin a la intimidad. Se encerró dentro de él. O quizá —añadió con un tono pensativo— siempre fue así, pero yo pensé que cambiaría una vez que nos casásemos. Creo que era un tipo a la vieja usanza, que esperaba que el matrimonio le permitiese compartir sus más profundos y oscuros pensamientos.

—Usted creyó que podría cambiarlo.

—No —la corrigió Ruth con paciencia—. Creí que era diferente. Pero también eran otros tiempos. Nos conocimos, salimos varias veces, decidimos casarnos y lo hicimos. Tomamos la decisión teniendo en cuenta tanto cuestiones prácticas como sentimentales. Cuando conocí a Connie, él ya era un profesor muy respetado, ya había publicado bastante. Sí, era muy vergonzoso, pero a mí eso me pareció atractivo. Es más, me ofreció la estabilidad económica que yo deseaba. —Sonrió—. Yo quería pintar, pero no quería dejar de comer. Tampoco deseaba, para ser sincera, preocuparme por eso mientras pintaba, así que el hecho de que Connie tuviese su propia vida profesional me atrajo.

—¿Y el amor?

—Yo amaba a Connie. Y cuanto más sabía de él, más le amaba. —Ruth alzó una mano—. Sí, sé que suena extraño, pero ¿no lo entiendes? Connie era víctima de una infancia que lo atemorizaba.

—¿Nunca recurrió a la terapia?

Ruth negó con la cabeza.

—Toda una ironía, ¿no es cierto? Era el típico médico que no quiere ni oír hablar de convertirse en paciente. De haber sido psiquiatra, tal vez se hubiese visto forzado a pasar por la terapia. Pero en su caso no era imprescindible, y él tampoco lo buscó.

—Le resultaba amenazador.

—Demasiado amenazador. Yo se lo propuse varias veces. Por aquel entonces, cuando no sabía si divorciarme o mudarme, le dije que necesitaba pasar por ello. Le dije que se estaba perdiendo un montón de cosas buenas de la vida. Le ofrecí la posibilidad de ir juntos. —Sacudió la cabeza y repitió—. Demasiado amenazador. Así que tuve que mudarme... Y lo bueno es que nuestra relación mejoró.

—Connie se sintió menos amenazado.

—Para ser justa, yo también estaba mejor así. Mis expectativas cambiaron. En cuanto acepté que había cosas que él podía hacer y otras que no, todo fue bien.

—Pero... vivir separada de su marido durante todos estos años...

Ruth sonrió.

—Tengo amigos. No he estado sola. Además, tal vez seas demasiado joven para comprenderlo, pero hay muchas mujeres que creen que vivir separados es la situación ideal. Tenía lo mejor de mi marido, así como toda la libertad del mundo.

—Pero no tuvieron hijos —señaló Casey.

Ruth la miró fijamente a los ojos.

—No podía tener hijos. Lo supe antes de casarme.

Casey se arrepintió de inmediato.

—Lo siento.

—Las cosas pasan para bien. He tenido una vida muy rica. A veces fantaseo sobre la posibilidad de haber tenido una hija, pero es absurdo. Tengo sobrinos y sobrinas, y ahora los hijos de todos ellos.

Eso hizo que Casey recordara otro tema.

—En la casa de la ciudad, ¿qué razón había para montar otro dormitorio?
—preguntó Casey—. ¿Qué propósito tenía?

Ruth sonrió y dijo con calma:

—Sueños. Connie no dejaba de soñar. Lo creas o no, muchos de sus sueños tenían que ver contigo.

Volvió a aparecer una llamarada de ira.

—¿Y por qué no cogió el teléfono? —dijo Casey en voz muy alta, y a continuación se contestó a sí misma—. Miedo. Miedo al rechazo.

—Miedo al fracaso.

Casey sufría a causa de ello, pero jamás hubiese pensado que Connie también.

—¿El fracaso?

—Miedo a ser un mal padre. Tal vez no hubiese acudido a terapia, pero conocía sus limitaciones.

—¿Y no logró superarlas? —preguntó Casey con un último deje de voluntad crítica; porque su ánimo se había suavizado. Respecto a Ruth, que ya no era tan solo un rostro y un nombre, sino que se había convertido en una persona muy real, muy simpática y agradable. Y también se había suavizado respecto a Connie.

—No, no logró superarlas.

—Pero él sabía de mi existencia. Sabía dónde estaba y qué hacía.

—Sí.

—¿Y le importaba?

—Te dejó la casa. Adoraba esa casa, la quería de verdad. Podría haberla vendido y entregado el dinero a la beneficencia, pero te la dejó a ti. ¿Tú qué crees? ¿Le importaba?

Casey no pudo responder. Tenía un nudo en la garganta.

Ruth acudió en su auxilio.

—Le importaba. Créeme. Le importaba. Connie tenía sentimientos como tú y como yo. Simplemente los expresaba de un modo diferente. En mi caso,

me llamaba a las seis de la tarde todos los días que no estábamos juntos, para asegurarse de que estaba bien. En tu caso, decoró la casa de un modo que creía que podría gustarte. Sí, lo hizo. En el caso de tu madre, fueron las flores.

—¿Flores?

—Enviaba flores frescas a su habitación cada semana.

—No —dijo Casey—. Lo hacen las enfermeras.

Ruth negó con la cabeza. Y, de repente, tuvo sentido. Casey nunca había visto flores en las habitaciones de los otros pacientes de la clínica. Tampoco las enfermeras habrían alabado las flores, como hacían a menudo, si hubiesen formado parte de la rutina habitual del centro. Casey había dado por supuesto...

Casey había sacado el premio gordo en su búsqueda por saber quién era Connie, de ahí que se marchase de Rockport un tanto decepcionada. A pesar de haber descubierto tanto, aún quedaba mucho por saber. ¿Cómo estar enfadada con Ruth? Ella no era el enemigo. ¿Cómo estar siquiera enfadada con Connie? Había sido víctima de sí mismo.

Sin embargo, Casey necesitaba un enemigo. Necesitaba culpar a alguien de que Connie fuese Connie, de que Caroline siguiese inconsciente, por la llamada de aquella mañana preguntando si había tomado una decisión respecto al puesto docente en Providence; les dijo que todavía no, y les suplicó algo más de tiempo. ¿Una respuesta definitiva para el lunes? Sí, eso podía hacerlo.

No había enemigo ahí. El departamento tendría que ofrecerle el trabajo a otro terapeuta si Casey lo rechazaba. También se hallaban bajo presión. No pudo achacarles falta alguna.

¿Quién, entonces, era el culpable de los males del mundo? Darden Clyde era un buen candidato, y ella le seguía la pista. Abbott, Maine. Tal vez no fuese Little Falls, pero era un buen lugar para empezar. Planeaba dedicarse a eso por la mañana.

Pero primero, sin embargo, estaba Jordan. Tenía motivo para estar enfadada con él. No había aparecido por el jardín esa mañana, a pesar de ser viernes. Había realizado una sesión muy larga de yoga, solo por si acaso, pero Jordan no se había presentado, y eso la preocupó. Tal vez hubiese pasado por la casa mientras ella estaba en Rockport; sabía muy bien que él nunca descuidaría el jardín. Pero ella no era el jardín. Ella era un ser humano pensante, con sentimientos, y con quien estaba compartiendo cosas muy

íntimas. Y no se había presentado el jueves por la noche; ni había pasado por la casa, ni había llamado...

Por descontado, no estaba obligado a hacerlo. No eran verdaderos amigos. Apenas podían denominarse amantes. ¿Qué era eso tan íntimo que habían compartido? Sexo. Nada más. Sexo. Ella no sabía prácticamente nada de él.

De repente, eso le pareció un error. Así que condujo directamente hacia la casa, sintiéndose invadida por una creciente sensación de inminencia. Estaba intentando decidir si esa sensación se debía al hecho de ver a Jordan o al hecho de llegar a casa —un sorprendente pensamiento este último—, cuando enfiló el callejón trasero para aparcar detrás del jardín. El coche de Jordan no estaba allí.

Desilusionada, echó un rápido vistazo hacia el jardín, solo por si acaso; no pudo evitar cierta sensación de familiaridad. Incapaz de resistirse, se adentró en la parte boscosa de aquel. Se acercó a las cicutas hasta verse rodeada por su verde frondosidad, respiró hondo, y bien podría haber estado entonces en medio de un bosque; el efecto fue el mismo. La naturaleza constituía una droga muy potente. Dios era una especie de médico clínico, pensó con una sonrisa. Divina aromaterapia.

Se sintió más calmada, y se encaminó hacia Daisy's Mum, a la dirección escrita en las chequeras de Connie. Era un agradable paseo entre edificios de ladrillo rojo, con ventanas cubiertas de geranios, bajo las ramas de los tilos, descendiendo por West Cedar hasta Revere, y después por Revere hasta la pequeña callejuela antes de llegar a Charles.

La tienda estaba ubicada entre un puñado de casas pero, aparte de los clientes que echaban una ojeada en la acera, no tenía pérdida. Un largo toldo pendía sobre los escaparates y la puerta principal; era a rayas de color burdeos y blancas, para hacer juego con los ladrillos de las casas circundantes, pero la montaña de plantas que se extendía bajo el toldo hacía enrojecer de vergüenza a los tiestos que pendían de las ventanas. Las plantas, bañadas por el sol, ofrecían una variada profusión de flores amarillas, blancas, púrpuras y azules. Otras cuantas plantas floridas colgaban bajo la sombra del toldo.

La fragancia de las flores atrajo a Casey. Dentro de la tienda, se encontró con un espacio sorprendentemente reducido con las paredes y el suelo de piedra, pilas de tiestos decorativos y un surtido de esculturas para jardín. Las plantas ahí eran verdes; el color lo aportaban las flores cortadas que llenaban jarrones de latón de varios tamaños y pesos. Una plancha de mármol hacía las veces de mostrador. Tras él, encargándose de las facturas, una hermosa mujer

con camisa blanca de algodón y vaqueros; la propia Daisy, a juzgar por sus dotes de mando. Debía de rondar los cuarenta y cinco años.

Casey aguardó su turno sin dejarse dominar por la impaciencia. Aunque la tienda era mucho más pequeña que su jardín, transmitía la misma sensación de paz. «Es por las plantas», se dijo. Son naturales y preciosas. Aparte de la hiedra venenosa, no resultaban tan peligrosas como los humanos.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó Daisy.

Casey se acercó al mostrador.

—Soy Casey Ellis, la hija de Connie Unger. ¿Es usted Daisy?

—Lo soy —dijo la mujer tendiéndole la mano, con una amplia sonrisa—. Encantada de conocerla. Adorábamos a su padre. —Se puso seria—. Lamenté mucho su muerte. Era una persona encantadora.

Casey asintió.

—Me dejó la casa. Solo quería decirle que el jardín es espectacular.

Daisy sonrió de nuevo.

—Gracias. Fue obra de Jordan.

—¿Está aquí?

—¿Ahora? No. Pero no tardará en regresar, creo. Sé que lo hará porque tiene una cita a las cuatro. —Alzó la mirada hacia el techo—. Su teléfono está sonando.

Casey también miró hacia el techo.

—¿Es su oficina?

—Oh, no. Vive arriba.

—Ah.

—Es mucho mejor tener a alguien aquí. Contesta al teléfono fuera de horas y todas esas cosas.

—Ah.

—Creo que tenía que ir a su casa después de su cita. ¿Quiere que le deje un mensaje?

—No —repuso Casey—. No es nada importante. Ya le pillaré cuando vaya a casa. Aunque me alegro de haber pasado por aquí. La tienda es una delicia. —Cogió una tarjeta de la pila que había junto a la caja registradora. En ella aparecía el nombre de la tienda escrito con elegantes letras góticas—. Realmente preciosa.

Daisy sonrió.

—Gracias. Pase por aquí otra vez.

—Lo haré. —Casey se metió la tarjeta en el bolsillo y salió por la puerta sintiendo que la tienda, y Daisy, eran nuevos amigos.

Mientras se dirigía a la casa, sin embargo, volvió a pensar en Jordan. Era curioso. Había dado por hecho que su jardín era el punto central de su jornada de trabajo. Obviamente, era lo que quería creer. Al haber pasado por la floristería, al sentir la vibrante actividad y oír hablar a Daisy de llamadas telefónicas y citas, comprendió que solo se trataba de un trabajo más. Era un hombre ocupado. Tenía toda una vida que no guardaba ninguna relación con su jardín.

Bueno, ella también.

Le había ofrecido una última oportunidad. Cuando llegó a la casa, sin embargo, y no lo encontró por ninguna parte, entró y metió varias mudas de ropa en su bolsa de deporte, así como las tres partes del manuscrito de *Soñando con Pete*. Habló en voz baja con Angus durante un minuto desde la puerta de la habitación de Connie. Le dijo a Meg que tal vez pasaría un par de días fuera, y se detuvo en el estudio de Connie para hacerse con un mapa.

Después metió la bolsa de deporte en el maletero del Miata, se puso al volante y partió rumbo a Maine.

Capítulo 17

Cuanto más se alejaba de Boston, más urgencia sentía Casey. A Caroline le costaba respirar otra vez; Casey llamó desde la carretera y así se lo dijeron. Los doctores estaban monitorizándola en busca de señales de infección. En pacientes como Caroline, las infecciones eran una de las causas más frecuentes de muerte.

Casey pensó en dar media vuelta y volver, pero no soportaba la idea de sentirse inútil; todavía, de nuevo. Además, si Caroline le había enseñado algo era a actuar según sus convicciones. Tal vez no estuviese de acuerdo con la causa de Casey, pero sí aprobaría que la llevase adelante. Connie, por el contrario, habría aprobado la causa; como mínimo, la parte que incluía a Jenny Clyde.

No era frecuente que Casey tuviese la aprobación de sus dos padres, y eso hizo que se sintiera bien. Ya no podía volver.

Así que mantuvo el pie en el acelerador en dirección al norte. Una hora después, atravesó el extremo suroriental de New Hampshire. Para entonces, le devolvió la llamada a una de sus amigas de yoga que se había preocupado al no verla en clase la noche anterior, y a un paciente que quería cambiar el día de visita.

Cuando entró en Maine, la autopista se hizo más ancha. Había cola en la salida para el mercado de Kittery, así como en las salidas de Ogunquit, y cuando llegó a Portland, al cabo de dos horas también dejó esta atrás.

Se detuvo, llenó el depósito, estudió el mapa y siguió conduciendo. Al llegar a Augusta, habían pasado ya tres horas, había remitido a un paciente a otro terapeuta y, a pesar de las llamadas telefónicas, estaba cansada de la autopista. Todavía pasó otra hora antes de alcanzar Bangor. En ese punto, dejó la autopista, cambiando la velocidad por las vistas. La carretera del norte tenía ahora un solo carril en cada dirección. Quizá fuese cosa del destino, pero acabó detrás de una oxidada furgoneta con placa de Maine que iba a unos cincuenta kilómetros por hora.

Descartó tocar la bocina como si estuviese en la ciudad. Descartó adelantarla en plan suicida. Con mucho mayor tino, ejecutó unas cuantas respiraciones yóguicas, acomodó su ritmo al de la furgoneta, y disfrutó del paisaje. Pinos y abetos crecían a los lados de la carretera. Dejó atrás una granja, un cobertizo, un garaje. Dejó atrás una pequeña casa oculta con tanta precisión entre los árboles que de haber circulado más deprisa no la habría visto. Dejó atrás un lago.

Casi pasó de largo Abbott. Cuarenta minutos después de haber dejado la autopista, a cincuenta kilómetros por hora, le pareció poco más que un bulto en medio de la carretera, que incluía Grange Hall, una oficina de correos y una tienda de ultramarinos. Hambrienta ya a esas alturas, se detuvo frente a la tienda. Tres adolescentes, con pendientes, tatuajes y camisetas de aspecto terrible, estaban apoyados en la verja frente a la tienda, fumando y haciendo anillos de humo.

Casey advirtió su sentimiento de rebeldía. Ella también había pasado por eso. Pero no le habría gustado cruzarse con ese trío en un callejón oscuro. Imaginó a un joven Connie, en palabras de Ruth, «tan enclenque como brillante», y no pudo evitar pensar que si los chicos del pueblo habían parecido tan duros en su época, no debía de haber tenido posibilidad alguna.

Intentando pasar inadvertida en la medida de lo posible, Casey aparcó el Miata, subió los escalones de madera y entró en la tienda. Se sintió aliviada al estar dentro, y no solo por lo de los chicos, sino porque además de los estantes con toda clase de productos alimenticios, había un mostrador con comida preparada. Se sentó en un taburete y echó un vistazo a la pizarra en que aparecía el menú escrito a mano, pidió unos macarrones con queso y una Coca-Cola. Como era la única cliente, la atendieron rápido... El tiempo que le llevó a la mujer poner la olla al fuego, remover el contenido con un cucharón y servir la pasta.

—¿Está de paso? —preguntó la mujer cuando deslizó el plato hacia Casey.

Los macarrones con queso constituían una comida reconocible, y Casey se sintió a gusto.

—No lo sé —respondió—. Depende. Estoy buscando información sobre una familia apellidada Unger. Vivieron aquí hace un tiempo.

La mujer apoyó los codos sobre el mostrador y frunció el ceño.

—¿Unger? He vivido aquí toda mi vida, o sea, cuarenta y cinco años, pero nunca he oído ese apellido.

Casey habría dicho que la mujer tenía más de cuarenta y cinco años. Parecía demasiado cansada, por decirlo de algún modo. Las arrugas entre las cejas y los hombros hundidos sugerían que acarreaba con el peso de grandes preocupaciones desde hacía más de cuarenta y cinco años.

—Tal vez sea usted demasiado joven —dijo Casey—. Creo que esa familia dejó el pueblo hará unos cincuenta y cinco años, más o menos. —Engulló unos cuantos macarrones con queso.

—Pregúnteselo a Dewey Heller. Tiene setenta años, pero lleva en el pueblo lo menos cien. Su oficina está por debajo de Grange Hall. Si alguien puede recordarlo, ese es él, pero ya ha cerrado.

—¿Podría ir a su casa?

—Podría.

Casey esperó. Al ver que la mujer no añadía nada, dijo:

—¿Podría decirme dónde vive?

La mujer negó con la cabeza.

—Me despediría. Es el propietario de esta tienda. —Echó un rápido vistazo alrededor—. Trabajó aquí hasta los sesenta, y luego perdió el interés. No trata muy bien a la gente guapa que va en coches deportivos. Ese de ahí fuera es bonito. ¿No le preocupa que nuestros muchachos decidan tomarlo prestado?

Casey tragó más macarrones con queso. Después sonrió.

—Soy una chica de ciudad. Ese coche tiene todos los sistemas antirrobo de los que haya usted oído hablar alguna vez. No, ese no es el problema. El problema es que mañana es sábado. ¿Abre él los sábados?

—De nueve a once. Cierra los lunes.

Eso tranquilizó a Casey, aunque solo por un instante. Seguía disponiendo del resto del día, y no soportaba la idea de perder el tiempo.

—Ya que no puedo hablar hoy con él, ¿qué tal la comisaría del pueblo?

—¿Comisaría? —La mujer sonrió de medio lado—. Inténtelo con nuestro agente. Tenemos uno. Puede hablar con él, pero es joven. Solo lleva diez años en el pueblo. Es difícil que se queden mucho tiempo cuando no les pagas demasiado. —Miró hacia la puerta—. Bueno, inténtelo. Aquí llega.

El agente, vestido de color caqui, se llamaba Buck Thorman. Era uno o dos años mayor que Casey, alto, rubio y fornido. La cocinera hizo las presentaciones y se fue a otro rincón de la tienda. Él se sentó a horcajadas en el taburete que había junto a Casey y le hizo a esta las preguntas que se supone que un policía de pueblo tiene que hacerle a una forastera.

Casey se lo permitió. Sí, el coche era suyo. No, lo había comprado de segunda mano. Sí, tenía cambio de marchas manual. Cinco velocidades, sí. Casete, no; reproductor de discos compactos, sí. Ciento veinte caballos, gracias. No, nunca pasa de los ciento veinte kilómetros por hora.

—¿Qué la ha traído por aquí? —le preguntó cuando acabó con el trabajo importante.

—Estoy trazando mi árbol genealógico. Incluye personas con el apellido Unger. Vivieron en Abbott hace tiempo.

—Debe de hacer mucho tiempo. Nunca he oído hablar de ningún Unger.

Casey no le recordó que solo llevaba diez años en el pueblo, lo que tampoco era demasiado tiempo. Él había apoyado la espalda contra el mostrador y los codos encima de este, revelando así su musculoso tórax. Casey no sintió ningún tipo de atracción, pero no quiso decírselo. Estaba allí por un motivo. Si podía ayudarla, dejaría que pensase lo que quisiera.

—¿Y el apellido Clyde? —preguntó—. ¿Darden Clyde? ¿MaryBeth Clyde?

El policía se rascó el mentón.

—Me resulta familiar. ¿Dónde he oído yo ese apellido?

Ella contuvo el aliento. Un minuto después, el agente se encogió de hombros.

—¿Podría haber sido en un pueblo llamado Little Falls? —preguntó Casey.

El agente apretó los labios y negó con la cabeza.

—Little Falls, no. Conozco Duck Ridge, West Hay y Walker. Conozco Dornville y Eppick. ¿Little Falls? No.

Casey dejó escapar el aire. Estaba empezando a hartarse de las vías muertas.

—¿Quiere dar una vuelta por el pueblo? —le preguntó el agente, como si eso pudiese aliviar su decepción—. Abbott no es un mal lugar. —Se inclinó y añadió en voz baja—: No es muy excitante, por eso los buenos chicos se van y se quedan los genios como los de ahí fuera.

—No los juzgue... —dijo ella—. Yo también fui una rebelde. ¿Dónde van los «chicos buenos»?

—Bangor, Augusta, Portland. Hay más cosas que hacer por ahí. Más trabajo. Yo estoy pagando aquí mis pecados, no sé si me entiende. Es un pueblo tranquilo, nada de delitos interesantes. —Cerró los dedos y la señaló con el índice—. Por eso me suena el apellido. Hace catorce o quince años los Clyde estuvieron involucrados en un asesinato.

Las esperanzas de Casey renacieron.

—Eso es —dijo con entusiasmo—. Marido y mujer. ¿Hace catorce o quince años?

—No estoy del todo seguro.

—Tuvo lugar en Little Falls.

El agente Thorman sacudió la cabeza.

—Bueno, podría ser, pero no hay ningún Little Falls por aquí cerca. Tal vez en otro lugar del estado.

—¿Recuerda lo que pasó, lo que dijeron los medios de comunicación sobre el asesinato?

—Qué va. Recuerdo sobre todo el juicio, y tuvo que celebrarse en Augusta o Portland. Podría haber prestado más atención si hubiese sido mayor, o si se hubiese tratado de algo internacional, relacionado con el terrorismo o algo así. Pero ¿violencia doméstica? —Se estiró sobre el taburete, alargó las piernas y dejó escapar un largo suspiro—. Crecí oyendo hablar de violencia doméstica. Aburre después de un rato, ya lo veas a tu alrededor o lo trates como policía. Un par más de años aquí e ingresaré en el FBI. Pero le diré una cosa. Si deja que le enseñe el pueblo, me alegrará la semana. Demonios, me alegrará el mes.

Casey quería ver Abbott. Su padre había crecido allí, y no tenía motivo alguno para dudar de las palabras de Ruth.

Acabó los macarrones con queso, vertió la Coca-Cola en un vaso de plástico, pagó la cuenta y, mientras Thorman advertía al trío de muchachos de que si tocaban el Miata los encerraría por haber fumado hachís allí mismo dos días atrás, se sentó en el asiento del acompañante del coche patrulla.

Recorrieron una calle lateral. La llevó en primer lugar al mecánico local y la presentó. Tras eso, pasaron por delante de la lavandería y la tienda de reparación de electrodomésticos. Después dejaron atrás un edificio grande en ruinas junto a un arroyo.

—Eso era la fábrica de zapatos —explicó—. Me dijeron que, en un momento dado, casi todo el mundo en el pueblo estaba relacionado con ella de un modo u otro.

Casey se sintió intrigada. Cosas muy significativas debían de haber sucedido en esa fábrica.

Imaginó que la madre de Connie —¡su abuela!— quizá hubiese trabajado allí, e intuyó cierta conexión. Le habría gustado echarle un vistazo a la fábrica, pero Thorman siguió adelante, en dirección a la escuela. Al llegar a esta no pudo evitar apearse.

—¿Cerrada hasta que empiece el curso? —preguntó, haciendo un gesto hacia el muro de piedra.

—Cerrada para siempre —respondió Thorman—. Los chicos asisten a una escuela regional.

Cosey rodeó el edificio intentando imaginar a Connie allí. No era Harvard, precisamente, pero le ayudó a entender a su padre. Él había tenido que enfrentarse a una dicotomía: el brillante profesional frente al niño tímido y solitario, después muchacho y más tarde hombre. Imaginó a Connie sentado en el suelo bajo el nudoso roble mientras veía jugar a los otros niños.

De regreso al coche patrulla, Thorman la llevó por calles flanqueadas por casas viejas y árboles añosos. Tanto aquellos como estos estaban desvencijados, aunque Casey se dijo que no siempre debían de haber sido así. Las casas eran pequeñas, bien construidas y separadas unas de otras por un confortable espacio. Las más grandes no crecían hacia arriba. Parecían trenes, con vagones adicionales enganchados a izquierda o derecha o en la parte de atrás.

Se cruzaron con personas aquí y allá. Algunas eran viejas; otras, jóvenes. Algunas estaban sentadas en porches; otras, en los escalones. Los pocos niños que vieron corrían de un lado a otro en los jardines o se columpiaban en neumáticos o en cajas.

Fascinada, Casey le pidió que condujese más despacio, y que diesen otra vuelta. En esta ocasión, buscaba flores, observando alrededor para ver los jardines traseros si en los delanteros no las había. Si Connie había recreado su Maine natal en Boston, esas flores tenían que estar allí. Pero no estaban. Vio árboles y césped. Vio matorrales. Vio piedras y musgo y polvo.

Desilusionada, se echó hacia atrás en el asiento y suspiró. Thorman la llevó de vuelta al Miata.

—¿Está libre para cenar? —le preguntó cuando ella cogió la manilla de la puerta.

Casey sonrió. A pesar de que había sido agradable, no quería darle falsas esperanzas. Por otra parte, ¿no había dicho que la vuelta por el pueblo le alegraría la semana? Cenar juntos no era necesario.

—Gracias, pero con los macarrones con queso he tenido suficiente. Además, estoy agotada. Debo hacer unas cuantas llamadas telefónicas y leer unos papeles, y necesito dormir. No he visto ningún motel por aquí.

Thorman pareció decepcionado, pero solo por un instante. Se tomó la negativa con humor y dijo:

—No. Aquí no. Y tampoco lo hay en el próximo pueblo, Duck Ridge.

Casey esperó. Él no dijo nada más. Supuso que se trataba de alguna broma típica de Abbott.

Finalmente, con paciencia, ella preguntó:

—¿Y en el siguiente pueblo?

—Allí hay un sitio.

—¿Un «sitio»?

—Una especie de pensión.

—¿Puede darme la dirección?

Todo lo que a la pensión West Hay House le faltaba de personalidad lo compensaba con silencio, lo cual resultaba perfecto para releer *Soñando con Pete*. Casey era la única huésped. Pudo escoger habitación. Pudo escoger baño. Pudo escoger incluso los bollos del desayuno.

—Solo los hago de un tipo cada mañana —le dijo la recepcionista antes de que se fuese a la cama—, o sea que también puede elegirlo.

Se decidió por los de arándanos, y fueron sorprendentemente grandes, blandos y sabrosos. Lo interpretó como una señal prometedora.

De hecho, lo fue. De regreso en Abbott, mucho antes de que diesen las nueve de la mañana, exploró de nuevo el pueblo, esta vez sola. Se detuvo de nuevo en la escuela y caminó por el patio. Se detuvo en las ruinas de la fábrica de zapatos y caminó por entre las piedras. Después condujo hasta la zona residencial. Allí vio más gente, haciendo las cosas típicas de los sábados, arreglando la casa, cortando el césped, limpiando los coches. El suyo no pasó inadvertido; muchos se volvieron para mirarlo.

Ella sonrió, asintió y no cedió al impulso de apretar el acelerador. Siguió recorriendo las calles despacio, tratando de imaginar cuál habría sido la casa de Connie. Se decidió por una pequeña pintada de amarillo. Las paredes estaban algo desconchadas y el jardín parecía bastante descuidado, pero había una mecedora en el porche. Imaginó a su abuela meciéndose en ella. La mujer seguramente había sido más bien menuda, como la propia Casey. Tendría el pelo blanco, un rostro arrugado y una amable sonrisa. Llevaría un vestido de flores y un delantal blanco, y olería a pan casero. Pan de maíz y melaza.

Vaya. Casey no sabía de dónde había salido esa imagen. No recordaba haber comido nunca pan de maíz y melaza, pero seguramente sí lo había hecho. Aquella clase de pan, al igual que los macarrones con queso, la hacían sentir bien. Para eso estaban las abuelas; lo que la llevó a recordar dónde se encontraba en ese momento.

Se sintió sola, regresó al centro del pueblo y aparcó en el punto donde la cobertura del teléfono móvil era más fuerte. Accedió a su buzón de voz. Había unos cuantos mensajes de sus amigas, pero no devolvió las llamadas porque no quería tener que explicarles dónde estaba y por qué. Pero no habían llamado de la clínica, y eso sí era importante.

Satisfecha por ello, llegó hasta Grange Hall con el coche muy poco antes de las nueve, y aparcó el Miata en la parte trasera, junto a una vieja furgoneta justo en el momento en que Dewey Heller le daba la vuelta al cartel de cerrado. Le sonrió y le hizo un gesto con la mano.

—Menuda furgoneta —dijo con una sonrisa de admiración. Tal vez no recordase el pan de maíz y melaza, pero sí los viejos coches—. Mi madre tuvo una de esas hace años.

—Apuesto a que la suya no tenía madera en los costados.

—Pues sí la tenía —dijo Casey con orgullo.

—Apuesto a que la suya no era tan vieja como la mía. La mía es del cuarenta y siete, y no las llamábamos furgonetas por aquel entonces, sino «coches de playa». No es que llevase yo a mis amigos a la playa en él, pero sí los llevaba a la estación de tren. Acabo de tomarme un café en la tienda. Donna me ha dicho que tenía visita. Dijo que estaba usted buscando a los Unger. Bueno, estaban Frank y Mary y su hijo, Cornelius. Mala elección como nombre para un niño, incluso entonces. Todo el mundo podía ver que era poca cosa. Necesitaba un nombre sólido como... como Rock.

Casey estaba tan contenta de haber encontrado a alguien que conociese el nombre de su padre que no pudo evitar sonreír.

—Rock no habría casado con la persona en la que se convirtió.

—¿En qué se convirtió?

—En un famoso psicólogo. Murió hace un mes. En parte estoy aquí, para ver si queda algún miembro de la familia.

—No. No quedaron muchos después de que muriese su padre y su madre se marchara. ¿Cuál es la otra parte?

Casey se sintió confusa.

—Usted ha dicho «en parte» —le recordó el viejo—. ¿Cuál es esa otra parte?

Casey no contestó todavía.

—Hábleme de la madre —dijo en cambio—. ¿Qué aspecto tenía?

—Era menuda, delgada y con el pelo muy largo, un poco más rojo que el suyo. Tenía... —Pecho abundante, por lo que indicaba su gesto—. Por

supuesto, todas las mujeres tenían... —Repitió el gesto—. Debido a los delantales que llevaban.

—¿Era guapa?

—Bastante.

—¿Trabajó en la fábrica de zapatos?

—Todo el mundo trabajó allí. ¿Cuál es la otra parte? —repitió el viejo.

Carey sonrió como pidiéndole un poco más de tiempo.

—¿Tenían familia aquí..., primos o similares?

—No que yo supiese. ¿Cuál es la otra parte?

Casey tuvo que responder.

—Estoy intentando encontrar Little Falls.

El viejo volvió a suspirar, pero en esta ocasión con placer y esbozando una sonrisa.

—Little Falls. No había oído ese nombre desde hace mucho tiempo. Tiene que ser Walker.

—¿Walker? —repitió Casey sin poder contener su excitación. Entonces era real. Si Little Falls existía, Jenny Clyde también.

—Está a unos cincuenta kilómetros de aquí —prosiguió Dewey Heller—. Little Falls fue su primer nombre, no porque hubiese alguna cascada por allí, que no la hay, sino porque la familia Little fundó el pueblo, y montaban una gran juerga todos los años cuando las hojas de los árboles se volvían rojas y anaranjadas. En tiempos de la Depresión, la gente de allí creyó que necesitaban un nombre más sonoro, ya sabe a qué me refiero, así que hicieron una votación, y se hizo oficial. Walker. La cuestión es que los lugareños siguieron llamándolo Little Falls durante mucho tiempo. Después llegaron los códigos postales y todas esas cosas y Walker acabó imponiéndose. Muy pocas personas siguen llamándolo Little Falls. No me diga que Little Falls no tiene más carácter como nombre de pueblo que Walker. —Arrugó la frente—. Walker. Es como... Bah. ¿No le parece?

Casey no creía que pareciese «bah» en absoluto, y poco le importaba el nombre si existía realmente.

Entusiasmada, se despidió de él y se dirigió hacia el norte de nuevo. Tardó casi una hora en recorrer cincuenta kilómetros por una carretera de dos carriles, pero estaba tan cerca de encontrar a Jenny Clyde que lo habría hecho de cualquier manera. Connie estaría orgulloso de ella.

TÉRMINO MUNICIPAL DE WALKER, leyó en el cartel. Aminoró la velocidad con la intención de no perderse un solo detalle. Las casas eran tan viejas allí como en Abbott, pero algo más grandes y mejor cuidadas. Y lo mismo sucedía con los jardines. Algunos tenían flores; otros, césped. En ambos casos, se notaba que se ocupaban de ellos.

Deseaba oír y oler, tanto como ver, así que apagó el aire acondicionado y abrió la ventanilla. Tenía fresca la historia de *Soñando con Pete*. Supuso que reconocería rápidamente si estaba en el pueblo adecuado.

Se puso alerta cuando las casas empezaron a estar más juntas unas de otras, y cuando vio un cartel que indicaba la calle West Main, se le aceleró el pulso. Jenny Clyde vivía en West Main. Había dado por supuesto que el diario estaba basado en hechos reales, por lo que cabía la posibilidad de que hubiese dejado atrás la casa.

Resistió la tentación de volver atrás y prosiguió, y se vio recompensada en cuanto llegó al centro del pueblo. Enfiló Main Street y vio exactamente lo que describía el manuscrito. Toldos verdes con letras blancas sobre las tiendas. El color verde estaba ligeramente desteñido, y los carteles no parecían tan limpios como se describía en el manuscrito, lo que significaba que había pasado un tiempo desde la «renovación urbana» de la que había hablado Jenny.

A un lado de la calle había una ferretería, una droguería, la redacción del periódico y un Dunkin' Donuts. En el manuscrito, el Dunkin' Donuts era una tienda de baratillo y una panadería, pero el cambio era plausible, pensó Casey.

Al otro lado de la calle vio una tienda de alimentación, una floristería, una tienda de yogures y una tienda de ropa de segunda mano. También habían cambiado algunas cosas en ese lado: la tienda de yogures en lugar de la heladería, y la tienda de ropa de segunda mano en lugar de Miss Jane's. El cambio de la heladería estaba en consonancia con los tiempos, y respecto a Miss Jane's, la propietaria no había sido amable con Jenny. Casey se dijo que habría sido una especie de acto de justicia poética que la tienda hubiese quebrado.

Los coches estaban aparcados en ángulo a lo largo de la calle. Estacionó el Miata en un espacio libre. Justo frente a la redacción del periódico. WALKER CITIZEN se leía en el toldo verde que había encima del escaparate y la puerta. Casey se dijo que era un buen lugar por el que empezar.

Salió del coche y entró en la redacción. Había tres escritorios. En el primero había un ordenador tras el cual estaba sentada una mujer joven. En el segundo no había ordenador ni persona alguna, pero sí dos teléfonos y varias

pilas de papeles. El tercer escritorio, en una posición de supervisión al fondo de la estancia, era más grande que los dos primeros y estaba ligeramente elevado. Tenía su correspondiente ordenador, pero Casey se fijó tan solo en el hombre que había detrás de él. Era delgado y, a pesar de su escaso pelo, tenía un extraño aspecto adolescente. Ella sabía quién era. Lo sabía muy bien.

Caminó directamente hacia su escritorio y le tendió la mano.

—Soy Casey Ellis, y usted debe de ser Dudley Wright III.

Dudley se puso en pie, alto y desgarrado, y le dedicó una amplia sonrisa.

—Lo soy.

Casey le echó un vistazo a la placa que había sobre la mesa.

—¿Editor jefe? —indicó—. Es usted muy joven para serlo.

Su sonrisa se hizo maliciosa.

—Me nombraron editor jefe cuando tenía treinta y dos años.

Si el manuscrito no mentía, había deseado ese puesto a los treinta.

—¿Treinta y dos? —repitió Casey—. Sorprendente. A un amigo mío lo nombraron editor jefe de un periódico local a los veintinueve. Pero claro, era un periodista muy brillante —añadió, porque pincharle un poco no le haría daño. Ese hombre tampoco se había mostrado muy comprensivo con Jenny. Esta explicaba en el manuscrito que entonces tenía veintiséis—. ¿Qué edad tiene?

—Treinta y tres —respondió y, desilusionado, volvió a sentarse—. ¿En qué puedo ayudarla?

Si el manuscrito no mentía; habían pasado siete años desde que Jenny había escrito la historia.

—Estoy buscando a Jenny Clyde... Quiero decir, MaryBeth —se corrigió Casey.

—No importa. Se nos fue.

—¿Se fue? ¿Adónde?

—Murió.

Casey se quedó con la boca abierta.

—No es posible.

—Sí.

—¿Está seguro?

—Yo mismo escribí su necrológica —repuso él con evidente engreimiento.

Casey estaba aturdida. Había creído que Jenny quizá fuese una invención, pero nunca habría imaginado que estuviese muerta. No tenía sentido; no con aquella nota de Connie. «¿Cómo ayudarla?», en presente.

Connie le había pedido ayuda, pero no había manera de ayudar a alguien que había muerto. Debía de tratarse de un error. Tendría que investigar más. Jenny era su causa.

Dudley Wright III parecía sacar su fuerza del hecho de mostrarse altivo. Se retrepó en su asiento, entrelazó los dedos de las manos sobre la cintura.

—La cuestión es que se ahogó. Aquí mismo, en la cantera.

—Eso no es posible —dijo Casey. Jenny había ido a la cantera con Pete. Era un lugar mágico. Había sido feliz allí. Era imposible que hubiese pasado de la felicidad a la desesperación tan rápidamente.

Bueno, sí podía imaginarlo. Había sentido su desesperación. Y, sin duda, tenía que haber más páginas que Casey aún no había encontrado. La historia no había acabado.

—Qué puedo decirle —musitó el periodista, y no era un ofrecimiento.

Casey empezó a imaginar alternativas. Sabiendo lo poco amable que el pueblo había sido con ella, tal vez sencillamente se había marchado, dejando atrás a personas que preferían pensar que había muerto. La gente del pueblo tal vez lo creyese. Ahogarse en la cantera podía explicar la desaparición.

—¿Y Darden Clyde? —preguntó.

—Oh, vive aquí. Sigue poniéndole los pelos de punta a la gente. Tiene otra mujer. Ella se mudó aquí con sus dos hijos. Nadie sabe si están casados, pero ella debe de satisfacer algún tipo de necesidad de Darden, porque siempre lo acompaña a todas partes. Sin embargo, él cambió desde que MaryBeth se ahogó. Antes era un tipo difícil. Era mejor no cruzarse en su camino. Ahora es peor. Es un hombre malo e intratable.

Casey no lograba imaginar por qué una mujer querría someterse, y con ella a sus hijos, al yugo de un hombre así. Pero la situación no era extraña. Había trabajado con muchas mujeres que habían sufrido abusos de todo tipo por parte de sus parejas y no habían tenido los recursos para dejarlos.

—¿Tiene familia aquí? —preguntó. Los parientes de Darden tal vez fuesen suyos.

—Nadie que admita serlo.

—Pero ¿hay alguno? —Casey contuvo la respiración.

—No. Bromeaba. No tiene familia.

Aliviada, dejó escapar el aire. Por mucho que hubiese deseado tener familia, no quería a nadie relacionado con Darden.

Había unas cuantas preguntas que deseaba hacer —como cuándo y cómo había muerto Jenny—, pero primero quería confirmar su muerte. De modo que dijo:

—Gracias. Me ha sido de gran ayuda. —Y se dirigió a la puerta.

—¿Por qué está interesada en los Clyde? —inquirió Dudley, que se había puesto en pie.

Casey regresó junto al escritorio. Sacó del bolso una de sus nuevas tarjetas y se la tendió.

—Soy psicoterapeuta. He leído acerca de MaryBeth. Quería hablar con ella.

—¿Leer sobre ella? ¿dónde?

—Por el asunto del juicio —respondió, pensando en los recortes de prensa que Jenny guardaba en el desván. No respondía a su pregunta, pero él no pareció captarlo.

—Puede acercarse hasta su tumba y hablar con ella todo lo que quiera. Darden lo convirtió en una especie de sepulcro. —Dudley estudió la tarjeta—. ¿Es usted de Boston? Yo estuve en Boston. No soportaba el tráfico. ¿Psicoterapeuta? ¿Está escribiendo un libro?

—Tal vez —contestó Casey, porque Dudley le pareció uno de esos tipos a los que algo así los impresionaba—. Depende de lo que saque en claro.

Esperó a que él dijese algo; allí de pie, le invitaba a confesar que Jenny no estaba realmente muerta. Al ver que seguía callado, perdió la paciencia.

—Quédese con mi tarjeta. Si se le ocurre algo, le agradeceré que me llame.

Desesperada por hablar con alguien más —cualquiera—, caminó entre los escritorios, salió y cruzó la calle.

La cafetería era un local agradable con una barra, reservados y, para ser las once de la mañana, un sorprendente número de clientes. Se sentó en un taburete junto a la barra y pidió un café. Le dejaron la taza delante casi de inmediato, pero antes de eso, tuvo tiempo de echarle un vistazo al plato que habían dejado frente a la mujer que tenía a la izquierda.

—Esa tortilla tiene una pinta estupenda —dijo—. ¿De qué es?

La camarera respondió en lugar de la mujer.

—Carne picada y queso. ¿Le preparo una?

—Sí —decidió Casey. No estaba segura de cuánto podría comerse, pues no dejaba de preguntarse si Jenny estaría realmente muerta, pero supuso que si era un poco amable con los lugareños tal vez consiguiera de ellos algo más de sinceridad.

—Está deliciosa —confirmó la mujer a su izquierda. Era joven, rubia, y tenía un aspecto informalmente atractivo con sus vaqueros y una camisa de franela sin mangas. Un bebé dormía en un carrito junto a sus pies—. Si está

de paso y desea probar el auténtico sabor de Walker, una tortilla de carne picada y queso le servirá. ¿De dónde es usted?

—De Boston. ¿Vive aquí?

—Llevo aquí toda mi vida.

—¿Qué tiempo tiene la niña? —preguntó Casey, sonriendo hacia la pequeña, que iba vestida de rosa.

—Cuatro meses. Por ahora se comporta bien, pero si se parece un poco a mis otros hijos, no podré hacer esto durante mucho tiempo. Es bonito comer tranquila, ¿verdad? ¿Hacia dónde se dirige?

—Estoy buscando a MaryBeth Clyde.

La mujer encarcó las cejas.

—¿MaryBeth?

—La hija —especificó Casey, porque la madre de Jenny también se llamaba así.

—Oh, querida. MaryBeth murió... —La mujer llamó a la camarera—. Lizzie, ¿cuánto hace que murió MaryBeth Clyde?

—Siete años —dijo a la derecha de Casey un hombre que hasta ese momento había estado hablando con un amigo—. Se ahogó hace siete años.

¿Siete años?

—¿Está seguro? —preguntó Casey.

La camarera lo confirmó.

—Fue hace siete años. Murió en la cantera.

—¿Estaba nadando?

—Saltó —dijo el hombre.

Casey sintió una punzada en su interior. Pensaba en la desesperación que había advertido en Jenny, cuando la mujer de su izquierda dijo:

—En realidad, no saben si saltó. Nadie la vio. Encontraron su ropa allí arriba, así que dieron por hecho que lo hizo.

—¿Quién podría culparla? —preguntó la camarera—. Darden acababa de salir de la cárcel, y no hay un tipo más malvado que él.

—Un momento, Lizzie —le dijo el hombre que estaba a la derecha de Casey—. ¿Alguna vez te ha hecho daño Darden?

—Nunca deja propina —declaró Lizzie—. Entra aquí como si estuviésemos obligadas a servirle y a duras penas paga lo que consume.

—Eh, no es tan malo. He hablado con él, y antes también lo hacía. Pasó una mala época con aquella esposa que tenía, hizo lo que hizo y pagó por ello. Y minutos después de volver a casa, su hija se suicida. Eso no está bien.

—¿Dejó una nota? —preguntó Casey, pues aún no estaba dispuesta a aceptar que Jenny había muerto. Recordó las últimas líneas del manuscrito. «Jenny Clyde estaba preparada para volar». Pero eso no era más que una expresión. Sin duda, no lo había dicho en sentido literal. Casey lo había interpretado, simplemente, como una metáfora del hecho de largarse, irse del pueblo, escapar de su padre.

—No dejó nota alguna —repuso Lizzie, y se volvió hacia la ventanilla por la que salían los platos.

—Tampoco se encontró el cadáver —intervino la mujer sentada a la izquierda de Casey.

—¿Qué? —preguntó Casey.

—No encontraron el cadáver —dijo el hombre que estaba a su derecha.

—Bueno, entonces tiene que estar viva —decidió Casey.

—No, no —insistió el hombre que estaba a dos taburetes de distancia—. La cantera se la tragó. No fue la primera en desaparecer. Es la leyenda.

La camarera le sirvió la tortilla. Casey no estaba segura de poder comérsela. Su mente se movía por los límites del pueblo de Walker, sin importarle si Jenny había muerto o no, incapaz de llegar más lejos.

—¿La buscaron?

—Todo cuanto fue posible —contestó el hombre a su derecha. Miró por encima del hombro y llamó a uno de los parroquianos que estaban en los reservados—. Martin, tú participaste en la búsqueda de MaryBeth Clyde, ¿verdad?

—¿La hija? Claro. La buscamos por todas partes, en el fondo de la cantera y en el bosque. Había dejado el Buick entre los árboles, pero ella desapareció.

Casey miró hacia atrás.

—¿Cómo es posible que no encontrasen el cadáver?

—Muy fácil —dijo el hombre a su lado—. Pudo deberse a un par de cosas. El día anterior a su muerte llovió mucho, y eso después de un verano muy húmedo, así que el río llevaba mucho caudal. Su cuerpo debió de pasar por encima del borde de la cantera y ser arrastrado por los rápidos hasta el gran lago, donde nunca podríamos encontrarla. El gran lago tiene más de treinta metros de profundidad en algunos puntos. O bien, se la llevó la criatura de la cantera. Se la tragó.

Jenny Clyde creía en la criatura de la cantera.

—¿Cabe la posibilidad —preguntó Casey— de que sencillamente dejase la ropa allí arriba y se fuese?

—No sé cómo podría haberlo hecho —dijo el hombre del reservado—. Habría dejado huellas de pisadas en lo alto de la cantera. Van directas al borde y desaparecen. Si hubiese dejado las ropas y se hubiese ido, las huellas irían en la otra dirección.

—Podría haber estado en el agua un rato y después haber salido y marcharse —propuso Casey.

—La habrían encontrado —dijo el hombre sentado a su derecha—. No era de las que pasaban inadvertidas entre la multitud. Tenía un aspecto muy raro.

—No tenía un aspecto raro —replicó la camarera—. Lo que ocurría era que con ese pelo rojo y esas pecas era imposible no verla.

—Hay formas de disimular ese tipo de cosas —argumentó Casey—. ¿Qué pasaría si hubiese hecho pensar a la gente que estaba muerta, y mientras tanto hubiese huido con un amigo?

—No tenía amigos —dijo el hombre que estaba a su derecha.

—Tenía novio —puntualizó Casey.

—No —replicó el hombre.

—Se llamaba Pete —insistió Casey.

La camarera chasqueó la lengua.

—Pete. El chico de la motocicleta. Lo recuerdo. Pero nadie lo conoció. Nadie lo vio nunca. Ni siquiera oyeron su moto.

A Casey le asaltó un pensamiento repentino. Tenía que ver con una mujer desesperada y un hombre demasiado bueno para ser verdad.

La mujer sentada a su izquierda preguntó:

—¿En serio piensa que sigue viva?

—Sí —respondió Casey impulsivamente.

—Entonces tendrá que hablar con Edmund O’Keefe. Es el jefe de policía. Está allí.

—¿Edmund? ¿Y Dan? —Dan O’Keefe era el que aparecía en el manuscrito.

—Edmund es su padre. Dan era el mejor de los dos, pero se nos fue.

Casey dio un respingo.

—¿Se fue? —Si se trataba de otro eufemismo para decir que había muerto, no quería saberlo.

—Lo dejó, se marchó del pueblo —le aclaró el hombre sentado a su derecha, lo que hizo que Casey se relajase.

—Mala cosa —murmuró el hombre que estaba a dos taburetes de distancia—. Dan era el mejor. Una gran pérdida, su marcha. Buena suerte con el jefe, señorita. Es un tipo duro.

Capítulo 18

La comisaría estaba ubicada en el garaje de una pequeña casa en una calle paralela a Main Street. La casa era blanca con contraventanas azul claro. Tenía un pequeño porche, sin mecedora, pero había macizos de rosas en el jardín. Eran bastante bonitas, aunque un poco esmirriadas.

Aparcó junto al coche patrulla y recorrió el sendero que conducía hasta la puerta lateral del garaje. Una enredadera tapizaba allí las paredes —no era como la glicina que cubría la pérgola de su casa, pero era bonita y verde—; hiedra, supuso Casey.

Abrió la mosquitera y entró. El lugar estaba tranquilo. Había mapas colgando de una de las paredes y carteles de personas en busca y captura en la otra. Había dos puertas, una de las cuales, como mínimo, se suponía que conectaba con alguna especie de recibidor o algo así. Tras el solitario escritorio, un hombre joven leía el periódico. Lo dejó sobre la mesa cuando ella entró, pero no dijo nada.

—Hola —dijo Casey con energía—. No creo que sea usted Edmund O’Keefe.

—No. Soy su ayudante. ¿Puedo ayudarla en algo?

Casey calculó que siete años antes, cuando había tenido lugar el supuesto ahogamiento, aquel joven no debía de ser lo bastante mayor siquiera para votar, y mucho menos para actuar como agente de policía.

—Creo que tengo que hablar con el jefe. Es algo personal —añadió Casey en un tono que podría haber pasado por conspirativo, porque la revisión de las consecuencias de un caso de suicidio eran cosas del jefe de policía.

—¿Personal? —repitió el ayudante—. Bueno, ha ido a comer a su casa. Si es personal, puede ir allí. ¿Sabe dónde vive?

Casey se rascó la frente.

—Creo que lo recuerdo... ¿Qué calle es?

—Vuelva a Main Street, gire a la izquierda en el segundo cruce, y después a la derecha. Acaban de pintar la casa, así que tal vez no la reconozca. Ya no

es azul, sino marrón. Dot todavía no está segura de si le gusta o no, así que díglele que queda muy bien.

—Lo haré —dijo Casey con una sonrisa, y se fue antes de que el ayudante pudiese hacerle alguna pregunta. De vuelta en Main Street, giró a la izquierda, recorrió dos manzanas y giró a la derecha. La casa recién pintada tenía las contraventanas color crema, y era la primera de la izquierda. Era de estilo Victoriano. Casey se dijo que tenía buena pinta.

Aparcó junto al bordillo, recorrió el sendero de entrada, ascendió los escalones de madera y cruzó el porche, donde había un balancín de dos plazas.

Echó un vistazo a través de la mosquitera y dijo:

—¿Hola?

Tuvo que llamar de nuevo antes de que apareciese una mujer. Era atractiva, debía rondar los sesenta años, llevaba vaqueros y una blusa recién planchada, tenía el cabello oscuro, los ojos grandes y unas facciones agradables. Abrió la puerta y dijo con una sonrisa.

—Hola.

A Casey le gustó su aspecto y su falta de pretensiones.

—Hola. Mi nombre es Casey Ellis. Soy psicoterapeuta y estoy buscando información sobre MaryBeth Clyde, la hija. Tengo entendido que su marido llevó a cabo la investigación tras su muerte. Me preguntaba si a él le importaría hablar conmigo. He venido en mal momento, lo sé. Deben de estar comiendo. Pero acabo de llegar de Boston, y probablemente regrese en breve.

—¿Boston? —dijo Dot, un poco más radiante—. Tenemos un hijo en Boston. —En voz más baja añadió—. Es artista. A mi marido no le gusta mucho la idea, pero yo me siento orgullosa.

A Casey le gustó todavía más aquella mujer.

—Siempre he admirado a los artistas —dijo—. Mi madre era algo parecido.

—¿Sí? ¿A qué se dedicaba?

Casey podría haber respondido cualquier cosa para pasar a otro tema, pero comprobó que la mujer sentía un interés genuino.

—Tejía. Su especialidad era la lana de angora. Criaba los conejos, los esquilaba, hilaba la lana, la teñía y tejía.

—¿La lana de angora proviene de conejos? Qué curioso, creía que provenía de cabras. O de ovejas.

—Conejos —confirmó Casey con una sonrisa, que se desvaneció al agregar—: Son muy dulces. Me llevó un tiempo, pero encontré un tejedor en

el Medio Oeste que criaba otra clase de conejos de angora, y el deseo de mi madre era cuidarlos también.

—¿Su madre murió repentinamente? —preguntó Dot con tono de preocupación.

—Sufrió un accidente hace tres años. Todavía vive, pero solo en parte. Está inconsciente.

—Lo lamento. Debe de ser terrible para usted.

Casey respiró hondo, tragó saliva y se obligó a sonreír.

—Es casi un alivio ocuparse en otras cosas, incluso en la desaparición de MaryBeth.

—Por aquí todos creen que se suicidó —dijo Dot—. Mi marido, sin duda, está convencido de ello. —Hizo un gesto—. Pase. Por favor. Ya habrá comido lo suficiente. ¿Y usted? ¿Quiere que le prepare un bocadillo de jamón?

Casey negó con la cabeza.

—Gracias, pero me he comido una tortilla en la cafetería no hace mucho. No tengo hambre, gracias. —Ya había entrado en el recibidor cuando se acercó un hombre procedente del fondo de la casa. Era alto, con el pelo blanco y la piel curtida por el sol. Llevaba pantalones color caqui y una camisa blanca de manga corta. Casey no vio ni placa ni revólver alguno.

—Ed, ella es Casey Ellis —dijo Dot—. Quiere...

—Sé lo que quiere —la interrumpió él con voz grave y profunda. Se colocó frente a ella con los pies ligeramente abiertos y las manos en jarras—. Quiere información acerca de MaryBeth, pero no hay mucho más de lo que estaba en el informe. Fue un suicidio. Fin del asunto.

Casey temía que la entrevista acabase antes de empezar, pero Dot la cogió del codo y la condujo hacia el salón pasando junto al jefe de policía. Era una bonita estancia, soleada y decorada al estilo de la mujer de la casa. Tenía un toque campestre: sencillo y franco, con encanto y muestras de una sutil inteligencia. En la mujer, esa inteligencia se expresaba con su sensibilidad. En el salón, se ponía de manifiesto en los cuadros que colgaban de las paredes, en los elegantes marcos de fotografías familiares, en los libros sobre las mesitas, y en las exquisitas sillas y cojines bordados.

Casey alzó uno de los cojines. Estaba artísticamente bordado.

—¿Lo ha hecho usted?

—Así es. Mi hijo hizo el diseño para mí.

Casey observó un par de cuadros que colgaban sobre la chimenea. Era un díptico en el que se mostraba una granja durante una tormenta de nieve.

Tenían el mismo toque que el cojín.

—¿Los pintó él?

—Sí —respondió Dot en voz alta y clara, dirigiéndose sin duda a su marido, y añadió—: Tiene bastante éxito. Ha expuesto sus obras en galerías de Boston y Nueva York. Vive bastante bien, que es más de lo que la mayoría de artistas puede decir.

—No ha venido aquí a oír hablar de Dan —dijo Edmund al unirse a ellas.

—No —replicó Dot—, ha venido para saber de MaryBeth Clyde, pero Dan lo lamentó mucho por la chica, así que es perfectamente adecuado hablar de él.

Casey se sintió confusa.

—¿Dan es el artista? Supuse que tenían otro hijo.

—No tenemos más hijos —dijo Dot—. Dos hijas, pero solo un chico, Dan.

Casey observó las fotos familiares. Incluso desde esa distancia advirtió que también había nietos.

—Cinco nietos de mis hijas —dijo Dot—. Dan todavía tiene que encontrar a la mujer de sus sueños.

—Es un sensiblero —espetó Edmund—. Demasiado compasivo para ser policía. A veces hay que tomar decisiones desagradables.

Eso devolvió a Casey a la cuestión que la había llevado hasta allí.

—¿Como el hecho de poner fin a una investigación?

—¿Por qué me da la impresión —dijo el jefe de policía con cautela— de que no está usted de acuerdo con mis conclusiones? ¿Sabe una cosa?, no fui el único que lo dijo. Otras personas estaban involucradas..., incluso mi hijo, el sensiblero. Estuvo acertado reconociendo que había sido un suicidio, así de sencillo.

El suicidio no era una cosa tan sencilla. Gracias a su profesión Casey lo sabía muy bien. También disponía de la suficiente experiencia profesional para saber que una mujer tan desesperada como Jenny Clyde podía quitarse la vida.

Pero también Casey estaba desesperada. Su padre le había pedido que ayudase a Jenny. No podía hacerlo si esta había muerto. Sin duda, no había leído el final de *Soñando con Pete*, y ni siquiera sabía si había más páginas.

Ed O'Keefe no se movió.

—¿Qué le hace creer que no está muerta?

—Nada —respondió Casey—. Solo pensaba en que no se encontró el cadáver. Sé lo del río, y sé lo de la criatura de la cantera, pero ¿no cabe la

posibilidad de que MaryBeth saliese del agua y se marchase?

—¿Dónde habría ido? —preguntó el jefe de policía—. No tenía amigos. No tenía dinero. No tenía ninguna experiencia más allá de Walker.

—¿No podría haberse ido con Miriam Goodman?

Él se cruzó de brazos.

—En primer lugar —dijo—, Miriam estaba aquí cuando MaryBeth desapareció. No se mudó hasta unas cuantas semanas después. Sé lo que piensa. Piensa que se fue a algún lugar y que se reunió después con Miriam. —Negó con la cabeza—. Lo comprobé. Darden me obligó a hacerlo. Pensaba igual que usted. Pobre tonto. —Esa última frase la pronunció entre dientes.

Casey lo intentó desde otro enfoque.

—Supongamos, solo por suponer, que sigue viva, ¿en qué otro lugar tenía parientes con los que ir a vivir?

—No tenía.

—¿Nadie con quien pudiese haberse puesto en contacto desde su desaparición?

—No.

—¿Ni un novio?

—No.

—¿Ningún conocido?

—Solo tenía a Miriam. Ya se lo he dicho. Y lo hice solo porque Darden insistió. ¿Por qué le interesa el tema? ¿Está escribiendo un libro?

Si Dot O’Keefe no hubiese estado allí, le habría dado la misma respuesta que al tipo del periódico. Pero no podía mentirle a Dot.

—No —repuso—. No estoy escribiendo un libro. Se trata de un caso de estudio. Eso es todo.

Se arrepintió de haberlo dicho cuando el jefe de policía dejó caer los brazos.

—¿Qué caso?

—Tal vez no sea un caso de estudio. Es una especie de diario. También podría tratarse de una obra de ficción. —Desanimada, echó un vistazo al díptico que colgaba encima de la chimenea. A pesar de la nieve, se trataba de un cuadro positivo, porque la granja era de un atrayente color rojo, y llamaba la atención en mitad de la tormenta—. Seguramente sea ficción —murmuró aproximándose a la chimenea.

Su mirada se posó en los más pequeños marcos de las fotos familiares que estaban sobre la repisa, debajo del díptico. Una mostraba a una de las hijas con su marido y dos niños. Otra era de la otra hija con su marido y tres niños.

Había una foto de todos ellos junto con Dot y Edmund, además de lo que quizá fuesen otros familiares. Y había otra con las dos hijas, Dot y Ed, y un hombre que Casey supuso que era el hijo de estos, Dan.

—Oh, Dios mío —musitó llevándose una mano al pecho—. ¡Oh, Dios mío!

Dot se acercó a ella.

—¿Qué sucede?

Era Jordan. Su jardinero. El hombre que había trabajado para Connie durante siete años, que a menudo parecía demasiado inteligente para ser solo un jardinero. Que todavía no había encontrado a la mujer de sus sueños. Cuyo padre era policía. Cuyo apellido no aparecía en la lista de Connie, y de quien solo sabía que trabajaba en Daisy's Mum.

—Oh, Dios mío —repitió, involuntariamente en esta ocasión, porque había pensado en algo más, y su mente funcionaba a toda prisa, intentando conectar los hilos, intentando unir las ramificaciones.

—¿Pasa algo? —preguntó Dot.

—No —repuso Casey en voz baja—. No pasa nada. Es que se parece a alguien a quien conozco.

La orgullosa madre sonrió mirando la fotografía.

—Un chico guapo, ¿eh?

Casey se dirigió a su coche. Después de hurgar durante un minuto en su bolso, sacó la tarjeta que había cogido el día anterior cuando había estado en Daisy's Mum. En ese momento, había admirado el logotipo pero apenas había reparado en lo demás. Ahora, mientras se alejaba de la casa marrón de estilo Victoriano con sus bonitas contraventanas color crema, cogida al volante y sujetando la tarjeta con los dedos, la observó con mayor detenimiento. En el extremo inferior había un número de teléfono y un nombre: D. O'Keefe. Había montones de entradas con el nombre O'Keefe en la guía telefónica de Boston. Casey había supuesto que la «de» era de «Daisy». Menuda equivocación.

Había supuesto asimismo que Dan era de «Daniel». También se había equivocado. ¿En qué otra cosa habría dado por hecho algo equivocado?

Docenas de posibilidades acudieron a su mente mientras conducía hacia el sur, y la lentitud obligatoria del primer sector de carretera no la ayudó en absoluto. Escuchó más mensajes de amigos en el buzón de voz y llamó a la clínica. Su impaciencia iba en aumento, se sentía demasiado inquieta para ir

tranquilamente detrás de los despreocupados conductores de fin de semana, por eso se arriesgó a adelantar un par de coches en aquella carretera de dos carriles, y después unos cuantos más hasta llegar a la autopista. Quería llegar a Boston cuanto antes.

Cuatro horas y media después de salir de la casa de los O'Keefe, cruzaba el puente Tobin y entraba en Boston. Era última hora de la tarde. El tráfico era un poco denso, pero no tardó en llegar a Beacon Hill, y no iba precisamente a su casa. Se dirigió directamente a Daisy's Mum, aparcó el Miata y cruzó la calle.

La floristería se encontraba cerrada, tal como ella había supuesto. Estaba mucho más interesada en las puertas de la casa contigua. En una podía leerse «Owens» en una placa, así que fue hasta la otra.

La placa rezaba «O'Keefe». Furiosa a esas alturas, tocó el timbre, esperó con las manos en jarras, la cabeza gacha y los labios apretados.

—¿Sí? —dijo una voz por el interfono. No se trataba de una voz cualquiera, sino de *su* voz.

—Soy yo —dijo—. Déjame subir.

Se produjo un breve silencio, que sin embargo fue lo suficientemente largo para darle a entender que la había reconocido. A los pocos segundos, Casey ascendió por un tramo de escalones desgastados en el centro.

Él la esperaba en el hueco de la puerta abierta de la primera planta. A contraluz parecía más corpulento e imponente que nunca. Cuanto más se acercaba, más podía Casey apreciar los detalles. Vestía camiseta y pantalones cortos. Tenía una sombra de barba, estaba despeinado e iba descalzo.

Casey se detuvo un escalón por debajo del rellano, conmovida por su belleza. Su madre tenía razón en eso. No es que Casey no lo hubiese pensado ya. Guapo, *sexy*, experto en jardinería, experto amante... Ese era Jordan. Él también parecía intranquilo. Casey se preguntó por qué, si era a ella a quien habían tomado el pelo.

Espoleada por ese pensamiento, subió el último escalón y caminó hacia él.

—He pasado una día fascinante en un pueblo llamado Walker —dijo—. Di una vuelta, disfruté del paisaje, y me comí una deliciosa tortilla en la cafetería. Y la visita a tus padres fue incluso mejor.

—Lo sé —dijo él—. Me han llamado.

Negándose a sentirse intimidada, Casey prosiguió.

—Me hablaron un buen rato de su hijo Dan, pero yo no até cabos hasta que vi una foto encima de la chimenea. Dejaste que creyese que eras jardinero.

—Lo soy.

—Sin duda lo pareces, así desaliñado, con tu barbita, los vaqueros gastados y las botas. No me dijiste que eras policía.

—No soy policía.

—Lo fuiste —replicó ella—. Te pregunté, y lo negaste.

—Tú me preguntaste si alguna vez había querido serlo —la corrigió—. Respondí que no, y es cierto. Odié cada minuto que lo fui. ¿Por qué estuviste en Walker?

—Aclaremos las cosas —dijo ella—. Según tu padre, eres un «sensiblero». Demasiado blando. Así que intentaste ayudar a Jenny Clyde. La animaste a dejar el pueblo antes de que su padre saliese de la cárcel, pero ella no tuvo el valor suficiente. Se quedó, y ocurrió algo desagradable.

Él se puso tenso.

—Has leído el manuscrito.

—Lo he leído —reconoció Casey—. No estaba segura de si eran hechos reales, pero tenía que averiguarlo, porque mi padre me había pedido que ayudase a Jenny, y quería hacerlo. Era la primera vez que me pedía algo. Algo. Sin embargo, el relato era incompleto, así que seguí buscando. Little Falls ya no sale en los mapas. Me costó encontrarlo. ¿Es que no podrías habérmelo dicho?

—No me lo preguntaste —dijo él.

—Eras el jardinero —gritó Casey, que por encima de todo se sentía traicionada—. Nada indicaba que tuviese que interrogarte acerca de Jenny Clyde. Di por supuesto que las páginas que había leído eran confidenciales.

—Entonces, ¿por qué fuiste a Walker a hacer averiguaciones?

—No les dije lo que había leído. Quería localizarla, eso es todo.

—¿A quién preguntaste?

—¿Acaso importa?

—Claro. Tengo que saber a quién viste y qué les dijiste.

Su voz sonó como la de un policía; pero ya no lo era, y Casey necesitaba obtener primero sus propias respuestas.

—¿Jenny está muerta?

—¿Has ido por ahí haciendo esa pregunta?

—Todos creen que murió —dijo Casey a modo de respuesta.

Jordan respiró hondo, y movió el hombro como si le doliese. Cuando dejó escapar el aire, su inquietud parecía haberse disipado. Se pasó la mano por el pelo y la dejó en la nuca.

—Oh, Casey —dijo con cierto deje de desesperación—. ¿Tenías que ir hasta allí?

—Sí —dijo ella, a la defensiva—. No sabía quién más podía darme respuestas.

Él se frotó el hombro.

—Pero no las obtuviste. Solo removiste el lodo.

—No, no fue así —matizó ella—. Hice algunas preguntas y después me fui.

—Sin duda, nunca has vivido en un pueblo pequeño —dijo él con una sonrisa desalentadora—. La llamada que he recibido era de mi padre, y no fue solo para decirme que habías estado en casa. Las palabras corren como la pólvora. Apostaría cualquier cosa a que mañana por la mañana todo el mundo en Walker sabrá que estuviste allí y por qué.

—Solo hice preguntas.

—Has sembrado la duda. Cualquier muerte violenta en la que no se encuentra el cadáver hace dudar. La muerte de Jenny había pasado a la historia. Ahora ha resucitado.

Si él se hubiese puesto furioso, tal vez ella podría haber argumentado alguna otra cosa, pero resultaba difícil contrarrestar el tono tranquilo de su voz. Con mucha cautela, preguntó:

—¿Y qué problema supone eso?

Jordan la estudió durante un minuto. Después señaló con la cabeza hacia el interior del apartamento y dijo con resignación:

—Ven. Podrás leerlo por tu cuenta.

Ella entró. En cuanto cerró la puerta a su espalda, Jordan se encaminó a otra habitación. Esta era grande y austera, aunque bonita y ordenada. No vio cuadros, ni en la pared ni en caballete alguno. Aparte de los libros de arte apilados sobre una sencilla mesa de madera, no había pruebas que indicasen que Jordan estaba interesado en la pintura, y mucho menos que hubiese pintado los cuadros que ella había visto en casa de sus padres.

Casey tragó saliva. No tendría que haber llegado a saber que aquel apartamento era suyo, ni que era el dueño de la floristería que había debajo. En su terreno, irradiaba capacidad de mando. Ella no pudo por menos que reconocer que su jardinero, aquel chico malo, era un hombre mucho más hábil e inteligente de lo que había creído en un principio.

¿Y le había sorprendido que Connie estuviese relacionado con él?

¡Menuda ironía! Aunque la ironía tenía que ver con ella. A Connie no le habría sorprendido. Ni mucho menos. ¿Acaso no le había pedido, mediante su abogado, que no despidiera al jardinero? Tal vez tuviera una buena excusa para hacerlo.

Aquel pensamiento le resultó humillante. Aunque no insistió en él, porque Jordan regresó al salón con un gran sobre de papel manila. Se lo entregó y dijo:

—Creo que esto es lo que andabas buscando.

Capítulo 19

Little Falls

Con la cabeza bien alta, Jenny parecía flotar por la acera. La niebla que había cubierto el pueblo durante toda la noche se había disipado con el sol, ofreciéndole una diáfana visión de todos los sitios por los que iba pasando, y ella sacó partido de ello. Buscaba con la mirada a todas aquellas personas que, por lo general, solía evitar. Topó con Angie Booth y sus perros mestizos, y los tres la contemplaron en silencio. Al igual que Hester Johnson y su hermana, que se quedaron de piedra mientras recogían el correo del buzón junto a su herrumbrosa puerta de entrada. Nick Farina la miró sin pronunciar palabra, lo cual contrarió a Jenny, pero solo hasta que pensó en Pete. Entonces, también le sonrió a Nick.

Incluso se puso a canturrear. Era una de las canciones que ella y Pete habían bailado en Giro's. Caminaba al ritmo de la música.

Merle Little se le aproximó de frente al volante de su pequeño coche, pasó por su lado y aminoró la velocidad. Jenny imaginó que Merle se habría quedado atónito ante su sonrisa burlona, pero no volvió la vista atrás. En lugar de eso, le sonrió a Essie Bunch, que se apoyó en su porche para verla pasar, y aunque Jenny no podía ver a los Webster, los Clegg o a Myra Ellenbogen, sonrió hacia los sonidos de la tele que provenían de sus diferentes hogares y le fascinó lo sorprendentes que eran.

Dobló en Main Street, donde las mismas personas habían aparcado los mismos coches del mismo modo que siempre lo hacían. Caminó bajo aquellos toldos verde oscuro con grandes letras blancas, y dejó atrás a la misma gente sentada una vez más en los mismos bancos de madera.

Las viejas costumbres no desaparecían fácilmente. Todos la miraron de aquel modo que tanto la incomodaba. Pero esa mañana no bajó la cabeza, y se negó a mirar hacia la lejanía. Tras recordar a la mujer que gracias a la ayuda de Pete había encontrado en su interior, les miró a los ojos y sonrió.

Siguió adelante hasta el extremo de la calle, giró a la derecha y entró en el local de Comida a su Medida. Miriam estaba en la gran cocina rellenando *cannolis* con una manga de pastelero. Alzó la vista, permaneció quieta por un instante, apagó la radio con el codo y, mientras dejaba la manga en la mesa, dijo:

—Jenny, vuelves a parecer diferente, y no se trata del peinado. Hoy regresa a casa Darden, ¿no? Se te ve tranquila. Incluso... feliz.

Y lo estaba. Oh, sí lo estaba. Lo que había temido durante tanto tiempo ya estaba a punto de ocurrir, pero las cosas no parecían ni mucho menos tan tétricas como había creído. Posibilidades. Ahí estaba la clave. Ahora tenía posibilidades.

—Quiero decírtelo antes de que lo oigas en boca de alguien. Me voy de Little Falls.

—No me lo creo...

—Me voy —repitió Jenny con una sonrisa—. Con Pete. ¿Recuerdas que te hablé de él?

—Sí, el chico de la chaqueta de cuero y las botas. El motorista. Jenny..., ¿qué sabes de él?

Jenny dibujó un pequeño corazón en el azúcar glas que había caído sobre la mesa.

—Lo bastante. Y no es un motorista, al menos en el sentido que tú crees. Tiene una moto, pero no es de ninguna banda. Es la mejor persona que he conocido en mi vida. Me regala cosas y me lleva a sitios. Me llevó al Giro's el domingo por la noche.

—Eh, yo también fui. ¿A qué hora estuviste?

—Tarde. Alrededor de la medianoche.

—No te creo. Yo estuve allí desde las once a la una. Te habría visto.

—Bueno, tal vez fuese la una y media. No lo recuerdo, hicimos muchas cosas esa noche. —Al pensar en ello se ruborizó.

Miriam miró hacia la ventana.

—¿Está fuera?

—No. Está en casa, preparándose.

—Quiero conocerlo.

Jenny no le iba a dar oportunidad. Pete era su salvador. Era su orgullo y su disfrute, el deseo de su corazón. No iba a dejar que nadie lo conociese y le encontrase algún defecto, porque era suyo.

Así que, con mucho tacto, dijo:

—No hay tiempo para eso. Nos vamos esta noche.

—¿Esta noche? ¡Vaya! —Muy cautelosamente, Miriam añadió—: ¿Lo sabe tu padre?

Jenny volvió a trazar un dibujo en el azúcar, esta vez una flecha que atravesaba el corazón.

—Aún no. Pero le veremos antes de irnos. —Las plumas de la flecha no le salieron bien, y lo borró todo. Daba igual. No necesitaba dibujitos. Tenía el auténtico sentimiento fijado en su interior—. Por eso he venido, para decirte que ya no trabajaré más para ti.

—Está bien. Como ya te dije, estoy bajando el ritmo muy rápido.

—Quería darte las gracias. Has sido buena conmigo.

Miriam hizo un mohín. Se limpió las manos en el delantal y le dio a Jenny un fuerte abrazo intentando no mancharla de harina. Después la soltó y preguntó:

—¿Dónde vais a ir?

—Al rancho de su familia, en Wyoming. Si pasas alguna vez por allí, tal vez te apetezca venir a vernos.

—¿Cómo se llama el rancho?

—Bifurcación Sur. —Al ver que Miriam la miraba con escepticismo, se explicó—: Está en una bifurcación de la carretera, justo al sur de Montana.

—Suena bien. Buena suerte, y si quieres que te escriba una recomendación, lo haré. Diré lo buena trabajadora que has sido.

—Oh, no trabajaré. Pete tiene dinero y, además, estaré ocupada en el rancho.

Miriam le tendió la mano manchada de harina.

—Me alegro por ti. Me parece bien que te marches. Necesitas empezar de nuevo. Espero que todo vaya bien con Pete.

—¿Pete? —preguntó Dan O’Keefe. Tenía una mano apoyada en la mosquitera de su garaje, donde funcionaba la comisaría de policía. La pared del frente estaba cubierta de hiedra, lo que daba al lugar un toque más agradable—. ¿El mismo de quien me habló el reverendo Putty ayer?

Jenny pasó por delante de Dan camino del escritorio, de las estanterías, los armarios con archivos y el equipo electrónico. No permitió que su tono de escepticismo afectase su buen humor.

—Va a llevarme a Wyoming con él —dijo—. Solo nos quedaremos hasta que llegue Darden.

—¿Vendrá en autobús?

—Sí.

—¿El de las seis y doce? —Dan abrió aún más la puerta—. Hablemos de ello.

Jenny sintió que su ánimo flaqueaba. El agente de policía tenía recuerdos que ella no quería rememorar. No había planeado revivir ciertas cosas. Ya era lo bastante malo estar en aquel lugar rodeado de hiedra. Pero Dan siempre la había tratado mejor que los demás. Quería que viese que estaba tranquila, que sabía lo que iba a hacer y que no tenía miedo. Quería que viese que era feliz.

Él sacudió el polvo de la silla de madera que había al otro lado del escritorio, y se sentó en un extremo de este.

Ella permaneció de pie tras la silla, con las manos apoyadas en el respaldo.

—¿No quieres sentarte? —dijo él.

Jenny negó con la cabeza, se encogió de hombros y sonrió a modo de disculpa.

—Fuimos duros contigo, ¿verdad? —añadió Dan—. Parecías tener más de dieciocho años por aquel entonces. Es difícil recordar que no eras mayor. ¿Sabe Darden que vas a irte?

—Todavía no.

—¿Sabe de la existencia de Pete?

—Todavía no.

—No le alegrará.

Jenny sintió la conocida punzada de pánico. Pero este surgía de la confusión y la culpa, así como del miedo. Pete la había ayudado a superar el miedo, y a pesar de que seguía sintiéndose culpable, la confusión se había desvanecido. No iba a quedarse con Darden. Las cosas no iban a ir de ese modo. Pete le había ofrecido una posibilidad. Jenny sabía qué era lo que tenía que hacer.

La punzada desapareció. Siguió erguida, respiró hondo y dijo con una sonrisa:

—Le dije que estaría aquí cuando regresase, así que aquí estaré. Pero después me iré. Ha pasado seis años en la cárcel. Bueno, pues yo también. Él va a salir, y yo también. Él quiere regresar, yo quiero irme. Tengo veinticuatro años y derecho a decidir qué es lo que quiero hacer el resto de mi vida.

—A mí no tienes que convencerme —dijo Dan—. Soy yo quien insistía en que te fueses. Pero me habría gustado que lo hicieses antes... de que él regresase.

Jenny no estaba preocupada.

—No me encontrará.

—Bueno, no está autorizado a salir del estado sin permiso. Es una de las normas de la libertad condicional. —Dan movió el hombro como si le doliese—. Obviamente, podría hacerlo de todos modos, pero si lo hace, irán a buscarlo. ¿Podrías darme una pista de dónde vais a ir para que pueda alertar a las autoridades si surge algún problema?

Ella negó con la cabeza.

—Eres el primero al que Darden preguntará.

—Nunca se lo diría. Sabes que estoy de tu parte. —Dan enarcó las cejas—. ¿Crees que me torturará para hacerme hablar? —Soltó una carcajada—. Soy más alto y más fuerte que él. Además, represento a la ley. No puede hacerme daño.

—Las personas comenten insensateces cuando están desesperadas.

—Darden no está tan loco.

—Es un hombre malo. Tú mismo lo has dicho. En cualquier caso —dijo Jenny con renovado entusiasmo—, correremos por ahí durante un tiempo, Pete y yo. Quizá pasen semanas antes de que llegemos a su casa.

—Tal vez debería conocer a ese tal Pete. Así podría responder por él si Darden empieza a decir que te llevó contra tu voluntad. ¿Está por aquí?

Eran las once y media. Pete debía de estar durmiendo. O dándose una ducha. O lavando su ropa. Jenny se había ofrecido a hacerlo por él, pero se había negado, con el argumento de que ya era lujo suficiente disponer de una lavadora y una secadora después de pasar tantos días en la carretera, y que no quería que fuese su esclava. Incluso había cogido algunas de las prendas de Jenny para lavarlas con las suyas. La última vez que alguien le había lavado la ropa, ella tenía nueve años.

—¿Conduce una motocicleta? —preguntó Dan con una sonrisa burlona—. Si no recuerdo mal, hubo un tiempo no muy lejano en que tú querías una. Hace tres o cuatro años que el nieto de Nick Farina apareció por el pueblo con una, ¿verdad? El viejo Nick tuvo que contenerse. Odiaba el ruido, odiaba sus pintas. Tú, tú babeabas cada vez que lo veías. El viejo Nick odiaba eso, y casi le dio un ataque al corazón cuando su nieto se planteó el venderte la moto. Creo que Nick se habría mudado antes de ver y oír aquella máquina todos los días. Es raro que no se haya quejado de la moto de Pete.

Jenny sonrió.

—Cuando vas lo bastante rápido, nadie te ve ni te oye —dijo.

—Nunca había oído eso, Jenny Clyde. —Dan la estudió del modo en que lo hacía cuando quería expresar que sabía mucho sobre todas las cosas; y por un segundo, un solo segundo, ella quiso abrazarlo por ser el más amable de todos. Pero no sabía cómo se lo tomaría, y después la necesidad pasó.

Él se frotó de nuevo el hombro, con el entrecejo fruncido.

—Me preocupas —dijo—. El reverendo Putty dice que vas por ahí en camisón todo el día.

La sonrisa de Jenny se hizo esquiva.

—El reverendo Putty se equivoca —replicó Jenny con una sonrisa esquiva—. Solo llevo puesto el camisón cuando él viene a mi casa. —Permaneció tras la silla el tiempo necesario para comprobar que Dan había captado su broma, después se dirigió a la puerta—. Tengo que irme. Solo quería decirte adiós. Si el que me marche te da más trabajo, lo lamento.

—¿A mí?

—Me refiero a Darden.

—Sabré manejarlo.

Ella asintió y le dedicó una última sonrisa, después se fue.

Para cuando llegó a la escuela, eran las doce menos diez y hacía calor. Se sacó el jersey y lo ató alrededor de su cintura, después se sentó en un extremo del muro de piedra que rodeaba el patio y sonrió durante los diez minutos que dedicó a rememorar su primera infancia. No importaba que la mitad de los recuerdos fuesen reales y la otra mitad inventados. La gente necesita recuerdos felices, tal como necesita adorar a sus abuelas y a sus tías.

A las doce en punto sonó el timbre. Joey Battle fue uno de los últimos niños en salir. Bajó las escaleras discutiendo acaloradamente con otro niño, que le propinó un fuerte empujón y echó a correr. Joey recorrió el patio a trompicones, con aspecto fiero y dispuesto a darle caza, cuando vio a Jenny. En cuando se encaminó hacia ella, su expresión de furia se suavizó hasta expresar el dolor que sentía.

Ella se acuclilló a su lado, le echó la gorra hacia atrás para poder verle los ojos y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Me ha llamado mutante.

—Ser un mutante no es tan malo si significa ser diferente de él. Es un tonto.

—A los otros niños, él les gusta más que yo.

—No les gusta. Le tienen miedo.

—Preferiría que me tuviesen miedo a mí.

—No digas eso. Lo que preferirías es gustarles. Y les gustarás.

—¿Cuándo?

—Cuando empiecen a gustarte a ti. Es recíproco.

Joey le dio una patada a una bellota.

—¿Les gustabas a los niños? —quiso saber.

—A algunos —respondió ella.

—¿Porque te gustaban a ti?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué ahora no les gustas?

—Tal vez se deba a que me tienen miedo —respondió Jenny.

—Yo no te tengo miedo.

Ese era uno de los motivos, aparte de su aspecto, por el que eran amigos. Jenny deseó poder llevárselo consigo, pero era imposible. Deseó que las cosas fueran más fáciles para él allí, pero no tenía modo de ayudarlo.

Todo lo que podía hacer era esperar que él la recordase como alguien que lo había querido —una especie de madre suplementaria, una tía, una hermana, lo que él prefiriese fingir—, y sonreír de vez en cuando al pensar en ella.

Jenny le rascó la cabeza por encima de la gorra que escondía el corto pelo rojo en que Selena había convertido sus rizos. Joey le cogió la mano y se la metió debajo de la gorra. Jenny se sintió, emocionada.

—¿Por qué has venido? —preguntó el niño.

—Porque deseaba despedirme. Me voy.

Joey la miró a los ojos.

—¿Dónde te vas?

—A Wyoming.

—¿Cuándo volverás? —Era más una acusación que una pregunta.

No podía decirle la verdad. Sintiendo una punzada de culpa y algo más que un poco de pena, Jenny contestó:

—No volveré hasta dentro de un tiempo.

—¿Cuándo?

¿Cómo explicárselo a un niño?

—No quiero que te vayas —gritó Joey.

El nudo en su garganta se hizo más fuerte.

—Por eso somos amigos —dijo Jenny.

—¿Por qué te vas?

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque he conocido a un hombre...

Joey le soltó la mano y echó a correr, pero ella le dio alcance enseguida.

—Siempre es igual —gritó cuando Jenny lo detuvo—. Primero mamá, ahora tú.

—No.

—Sí.

—No. —Jenny se puso en cuclillas ante él—. No. Lo mío no es igual. Pero no puedo quedarme aquí, Joey. Mi padre va a volver.

—¿Y qué? Dijiste que no había matado a tu madre.

—No lo hizo. Pero hizo otras cosas. No puedo quedarme.

—Llévame contigo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo.

—¿Por qué? —chilló Joey.

Jenny lo abrazó como si fuese su propio hijo, y durante ese breve instante permitió que todo el dolor de la partida la atravesase. No podía tragar saliva. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sintió una pena superior a la que jamás había imaginado que pudiese sentir y, de repente, se sintió aterrorizada.

Eso fue justo antes de que susurrase:

—Ojalá pudiese explicártelo, pero eres demasiado pequeño y, en cualquier caso, no tengo palabras para hacerlo.

—¿Está muy lejos Wyoming?

—Sí.

—¿Volverás alguna vez?

Jenny titubeó, después, dijo con calma:

—No.

—¿Nunca volveré a verte?

Jenny lo apartó de sí para poder verle la cara, las pecas, la sucia cara bañada en lágrimas.

—Lo harás. Pero no aquí —respondió.

—¿Dónde?

—En algún otro lugar.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo sabes que volverás a verme?

Jenny pensó en Pete y en el modo en que había aparecido justo cuando había perdido toda esperanza, y sintió una repentina convicción. Muy despacio, contestó:

—Porque lo sé.

Dio la impresión de que el niño aguantaba la respiración.

—¿Estás segura?

Ella asintió. Después sonrió.

—Será una sorpresa. No te lo esperarás y, entonces... allí estaré. En serio. Así será.

—¿Tal vez el año que viene?

—Tal vez.

—¿O cuando sea mayor?

—Quién sabe —respondió Jenny, pasándole los pulgares por las mejillas para enjugar las lágrimas.

A Joey se le iluminaron los ojos.

—Cuando pase, ¿me llevarás a Chuck E. Cheese?

Ella asintió.

—De acuerdo —dijo él. Echó a andar y añadió—: Tengo que irme.

Jenny lo observó alejarse por la calle, y sintió que una pequeña parte de su corazón se iba con él. Eso le producía un dolor profundo, y solo consiguió sobreponerse gracias a la fuerza de su voluntad. Así, permitiéndose tan solo pensamientos positivos, se encaminó hacia la tienda de alimentación.

Compró patatas, zanahorias y carne para estofar. Compró tapioca. Compró Krispies de arroz y dulces de merengue. Se dio el gusto de gastar el dinero en un plato preparado para Pete y ella. Después derrochó algo más de dinero en dos más para guardarlos en la nevera. Como medida de precaución, cogió una bolsa de *pretzels*.

—Parece como si fueses a dar una fiesta —dijo Mary McKane cuando le pasó el tique de compra.

—Tal vez —dijo Jenny con una sonrisa, y se colocó la bolsa bajo el brazo.

Durante gran parte del camino de regreso no pudo evitar sonreír al pensar en seguir a Pete hasta el fin del mundo. Fue cuando ya tenía la casa a la vista que empezó a sentir náuseas.

Caminó más rápido. Las náuseas crecieron. Aceleró aún más el paso. Prácticamente corría cuando entró en el sendero de acceso a la casa y vio la moto, allí, junto al garaje... e incluso entonces no se sintió bien hasta entrar en la cocina y ver a Pete frente a los fogones. Entonces se apoyó contra la pared, aliviada.

Con una simple mirada, él supo lo que había pensado.

—Creías que me había ido —la reprendió mientras cogía la bolsa de sus manos—, pero no lo he hecho. Ya te he dicho que no voy a irme sin ti. ¿Por

qué no puedes creerlo?

—Porque a veces no puedo creer que seas real.

—¿Acaso no parezco real?

—Sí.

Él le cogió la mano y la puso sobre su pecho, a la altura del corazón.

—¿No puedes sentir que soy real?

Ella notó su pulso. Asintió.

—¿Entonces?

Díselo, Jenny. No puedo. Cuéntaselo todo. No puedo arriesgarme. Él te quiere. Pero ¿me quiere lo suficiente?

Jenny se cubrió la cara con una mano. Él se la apartó, la atrajo hacia sí, y susurró contra su pelo rojo:

—He preparado chocolate caliente para compensarte por el desayuno, pero hace demasiado calor. Será mejor que tomes algo fresco.

—El chocolate caliente es mi bebida favorita.

—Me lo imaginaba —dijo con aquella sonrisa que le hacía perder el sentido—. Tienes tres botes grandes de chocolate en el armario.

—Tomaré un poco.

—¿No tienes calor?

Jenny negó con la cabeza, se sentó a la mesa y mientras esperaba el chocolate imaginó que fuera caía la nieve.

En los meses que siguieron a la muerte de su madre, Jenny había vivido sobre todo en la cocina, la habitación de invitados del piso de arriba y el desván. Dan había hecho que alguien limpiase la sangre del salón, pero Jenny no soportaba estar allí, como tampoco en los dormitorios, pues habían sido el escenario del horror. Darden llevaba dos años en la cárcel cuando al fin pudo volver a su dormitorio, y eso porque un mapache la echó de la habitación, y solo tras limpiarla concienzudamente de arriba abajo.

Seis años después, seguía evitando el salón. Limpiaba el polvo del dormitorio de sus padres dos veces al año. El resto del tiempo mantenía la puerta cerrada.

El martes por la tarde, la abrió de par en par, llevó hasta allí las cajas de cartón que habían estado esperando en el garaje y las llenó con las cosas de su madre. No dobló nada, no se detuvo a mirar nada ni a recordar. Cerraba una caja cuando estaba llena y pasaba a la siguiente, y durante todo el rato no dejó

de culpar a Darden por no haber querido hacer eso él mismo, por no preocuparse de hacerlo como una especie de despedida de su mujer.

Estaba castigando a Jenny, por supuesto. Ella lo sabía. Estaba jugando otro de sus juegos perversos para mantener vivo el sentimiento de culpa de Jenny, y hasta cierto punto había tenido éxito. A pesar de que iba a toda prisa, a pesar de que evitaba mirar alguna blusa en concreto, o una falda, a pesar incluso de sus largas charlas con Pete y las resoluciones que había tomado, se sentía culpable, y sentía dolor y rencor.

Entonces se acabó. Su mente se rebeló y acabó con ello. Con la culpa, el dolor, el rencor... Los guardó junto con las últimas cosas de su madre, cerró la caja y salió.

La bañera estaba llena de burbujas que olían a lilas. Cubrían la superficie del agua formando una capa rota únicamente por la cabeza y las rodillas de Jenny. Esta permanecía con los ojos cerrados hasta que oyó que Pete, desde la puerta, decía:

—Hola.

Sonrió con timidez, porque era un hombre y, al mismo tiempo, todavía era algo nuevo para ella.

—¿Todo bien?

Ella asintió y dijo:

—Me siento extraña.

—¿Te entristece irte?

—Un poco. Raro, ¿no?

—No. Este lugar ha sido toda tu vida. —Pete se sentó en el borde de la bañera y acarició sus dedos entre la espuma—. No serías humana si no te sintieses triste.

—¿Qué hora es?

—Las cinco. El estofado ya está casi listo. Es su comida preferida, ¿verdad?

Lo era. Estofado y pudín de tapioca, y tortas de Krispies de arroz, y cerveza.

—Si lo odio, ¿por qué me molestó en hacerlo?

—Porque eres amable. Es la primera comida casera que va a probar en seis años.

—No soy amable. Sencillamente intento dorarle la pildora. Se pondrá hecho una furia cuando le diga que me voy. Puede ser desagradable.

—Eso soy capaz de sobrellevarlo —repuso Pete—, siempre y cuando nos hayamos ido a medianoche. Es cuando la moto se convierte en una calabaza.

Ella sonrió.

—Medianoche. De acuerdo. Lo tendré presente.

Él selló la última palabra con su boca y le besó de aquel modo que provocaba que Jenny aflojase los hombros. Pete se echó hacia atrás y empezó a quitarse la ropa. Una vez desnudo, Jenny le hizo sitio en la bañera. Pasó otro minuto antes de que la colocase en su regazo, entrase en su interior y, al cabo de unos instantes, Jenny empezara a sentir un *crescendo* de diminutas explosiones en lo más profundo de su corazón.

«Es una muestra de lo que está por venir», pensó Jenny, y retuvo la imagen con una sonrisa mientras se besaban, salían de la bañera y se secaban. La sonrisa empezó a borrarse cuando se puso el vestido de flores que Darden le había enviado, y desapareció por completo cuando Pete la acompañó fuera.

—¿Por qué no cambias de opinión y dejas que te acompañe? —le preguntó.

Al negar con la cabeza, sintió el movimiento de los mechones de pelo, la mitad de largos de lo que Darden esperaba encontrarlos. No iba a gustarle en absoluto.

—Tengo que ir sola.

—Puedo llevarte. Ser tu chófer.

«Si solo fuera eso», pensó ella encaminándose hacia el garaje.

—Tengo que ir sola —repitió.

—Pero no tienes carnet de conducir.

—Sé conducir. —Había puesto en marcha el Buick y había dado una vuelta con él una vez al mes durante los últimos seis años. A veces, incluso había ido un poco más lejos. Oh, sí, sabía conducir. Tal vez no muy bien, pero el trayecto a la ciudad era recto, e ir recto era fácil.

—¿Y si te paran?

—¿Quién lo haría? Cualquiera que me viese podría llamar a la comisaría, pero el jefe estará en casa cenando y Dan estará en el pueblo esperando el autobús.

—¿Te lo ha dicho él?

—No. Pero conozco a Dan.

A Jenny le alegraba pensar que en efecto estaría allí. Temía lo que pudiera hacer Darden cuando viese su pelo.

Jenny sabía que no le pegaría. No era su estilo.

Más bien la haría sentir culpable de nuevo y haría crecer la culpa hasta convertirla en diez veces más grande de lo que era, hasta que le resultase tan opresiva que no pudiese respirar, hasta que le resultase imposible conseguir que disminuyera.

Si eso ocurría, era muy probable que perdiera su resolución.

Rodeó a Pete y lo cogió por los hombros.

—Tienes que estar aquí cuando vuelva, prométemelo. ¿Me lo prometes, Pete?

Él hizo la señal de una cruz en su pecho.

Podría habérselo preguntado una docena de veces y aun así no se habría quedado tranquila, y no por falta de fe en Pete, sino por el miedo que le inspiraba Darden. Pero tenía que irse. No podía llegar tarde.

Así que se puso al volante del Buick, hizo girar la llave en el contacto y le devolvió la vida a aquel antiguo motor. Minutos después, recorrió la carretera dando tumbos y entró en el pueblo.

Capítulo 20

No debería haber estado oscuro a las seis y doce minutos de la tarde, pero las nubes habían estado condensándose a lo largo de la cálida tarde y eran ya tan espesas que la luz del sol poniente había desaparecido casi por completo. Lo que quedaba era un atenuado resplandor.

Jenny oyó el ruido del autobús antes de verlo, un retumbar proveniente de la loma. Casi pudo oler el gasóleo y el polvo antes de que el vehículo se materializase en el pueblo. Silbando y chirriando, el autobús se detuvo justo delante del Buick. Mientras Jenny observaba, se abrió la puerta.

Al principio no sucedió nada. Jenny no apartó los ojos de la puerta, ni siquiera pestañeó mientras se esforzaba por respirar. Todos los posibles fallos relativos al regreso de Darden cruzaron por su mente, todas las complicaciones imaginables que harían que él no bajase del autobús y por las que tanto había rezado. Por favor, Dios, déjalo en alguna otra parte. No le importaba dónde, siempre y cuando no fuese cerca de ella.

Entonces apareció, y Jenny sintió que el corazón le daba un vuelco. Llevaba puestos los pantalones y el suéter que ella le había llevado en la última visita, y cargaba con una pequeña bolsa de lona que contenía sus efectos personales. Bajó un escalón y luego otro, y pisó el suelo mirándola. No tenía muy buen aspecto, parecía mucho mayor de sus cincuenta y siete años. Jenny se preguntó si estaría enfermo o todavía impresionado por haber recuperado la libertad.

Sin duda, ella no se sentía conmovida por su libertad. Había tenido que aceptarla, sencillamente. Todo lo que tenía que hacer era sobrevivir a aquella mirada.

—Hola, papá. —Recorrió la pequeña distancia que los separaba, lo besó en la mejilla y cogió su bolsa—. ¿Qué tal el viaje?

Él siguió mirándola. A su espalda, la puerta se cerró y el autobús se marchó. A pesar de eso, Darden no se movió. Parecía aturdido.

—¿Qué le ha ocurrido a tu pelo? —preguntó finalmente con voz ahogada.

Un accidente en el trabajo, podría haber respondido. Se le había quemado. Había tenido suerte de escapar con vida. En cambio, dijo:

—Me lo corté.

—Pero a mí me gusta largo. Quería verlo largo. Quería sentirlo largo. MaryBeth —se lamentó—, ¿por qué demonios te lo has cortado?

Se había hecho daño en un brazo, podría haber dicho. No habría sido capaz de lavar y peinar un pelo tan largo. Ahora su brazo estaba mejor. Gracias.

—Odiaba llevarlo largo —dijo—. Siempre... lo he odiado. —Su voz se apagó hacia el final, así de atemorizadora era la mirada de Darden.

—¿Así que esta es mi bienvenida a casa? ¿Para esto me he pasado más de seis años en el talego? ¿Para esto me he pasado noche tras noche soñando con tu pelo? ¿Cómo has podido hacerme esto, cariño? Adoraba tu pelo.

La culpa, oh, la culpa. Manten la calma. Es mi padre. No importa. No puede hacerte nada que no quieras que haga. Lo intentará. Sabes que lo hará, pero ya no eres una niña.

—Solo es pelo, papá.

—Te lo has cortado justo antes de que llegase a casa, y sabías lo que yo sentía. Lo has hecho para herirme.

—No. —Pero tenía razón.

—Eh, Darden —dijo Dan O’Keefe saliendo de entre las sombras—, ¿qué tal?

Darden miró a Jenny durante un largo instante antes de dedicarle a Dan un gesto.

—No estoy mal.

Jenny miró a Dan suplicándole en silencio que no pronunciase una sola palabra acerca de su marcha o de Pete. Ella misma se lo diría a Darden cuando llegase el momento.

—Así que estás fuera —dijo Dan.

—Eso parece.

—MaryBeth ha hecho un gran trabajo manteniendo la casa para ti. Tendrías que estar orgulloso de ella, pues lo ha hecho sin ayuda de nadie. El otro día me llamó tu agente de la condicional. Me dijo que tenías pensado poner de nuevo en marcha tu negocio.

Darden se encogió de hombros.

—No sé cuánta gente quiere mudarse aquí —dijo—. No sé si la gente querrá contratar a un exconvicto para que les haga la mudanza. ¿Están las

llaves puestas, MaryBeth? Ha empezado a chispear. —Caminó hacia la puerta del conductor del Buick.

Dan cogió la bolsa de lona de manos de Jenny y la lanzó al asiento trasero, después cerró la puerta una vez que ella estuvo dentro. Ella no tuvo que mirarlo para adivinar que pensaba: «Llámame si tienes problemas. Llámame en cualquier momento, y haré todo lo que pueda».

Pero no podía ayudarla. Con Darden de vuelta, nadie podría.

Darden puso en marcha el motor, giró en redondo y atravesaron el pueblo. Cuando llegaron a casa, las cuatro gotas se habían transformado en lluvia. Metió el coche en el garaje, se apeó y cogió la mano a Jenny cuando esta se disponía a correr hacia la casa.

—Ven aquí, cariño —dijo atrayéndola hacia sí—. Dale un abrazo a papá.

Jenny intentó fingir que se trataba de un gesto inocente, el tipo de abrazo que los padres suelen dar a las hijas. Lo rodeó con los brazos y apretó, ignorando el roce de la boca en su cuello y cómo se curvaba su cuerpo para adaptarse al de ella, pero no logró resistirlo más de un segundo; sencillamente no lo soportaba, así que respiró hondo y dijo en voz alta:

—¡Oh, Dios mío! —Intentó apartarse—. El estofado se quemará. Deja que me vaya.

Él no la soltó.

—Necesito esto más que comer.

—Pero me he esforzado mucho, papá. —Jenny intentó zafarse—. Sé que odias mi pelo, así que he intentado prepararte una buena cena. Por favor, no lo estropees. Por favor.

La soltó. Ella se esforzó por sonreír, pero la sonrisa desapareció en cuanto notó las gotas de lluvia. Corrió hacia la casa y, sin tener en cuenta la ropa húmeda, se puso manos a la obra.

Pete estaba en el desván, guardando sus últimas cosas. Lo imaginó allí, esperando tal como habían acordado, para que ella pudiese hablar con Darden por última vez. Y sabía también que estaría pendiente de las voces que procedían de la planta inferior. Bajaría, en cualquier caso, cuando llegase el momento.

Se aferró a ese pensamiento.

Darden dejó la bolsa de lona en el suelo. Cogió el trapo para secar los platos que colgaba del tirador del horno y se enjugó la cara y el cuello. Jenny le cambió el trapo por una cerveza.

—Tu favorita. Bienvenido a casa.

Él se llevó la botella a la boca y echó la cabeza hacia atrás. La cerveza hizo que su nuez de Adán subiese y bajase una y otra vez. Para cuando enderezó la cabeza, la botella estaba vacía. Abrió la nevera y sacó otra.

—Vaya día de perros —dijo—. Primero el autobús y después tu pelo, por no mencionar a Dan O’Keefe, observándome. Me han observado más en estos últimos seis años que en todos los anteriores juntos. —Deslizó una mano por la cintura de Jenny y le susurró al oído—: La única que quiero que me observe a partir de ahora eres tú, ¿qué te parece, MaryBeth?

Ella intentó tomar aire, pues sentía que se ahogaba, y empezó a toser. Tardó un rato en dejar de hacerlo. Se limpió la nariz y los ojos.

—No me encuentro muy bien —dijo en voz baja.

—Eso es porque tu vestido está mojado. Ve a cambiarte. Seguro que tienes alguna otra cosa bonita.

Jenny tenía el vestido que había comprado en Miss Jane’s. Subió corriendo las escaleras en dirección a su habitación, se quitó aquel despreciable vestido floreado, lo arrojó de mala manera dentro del armario y sacó el otro.

—¿Pete? —susurró hacia el desván—. ¿Estás ahí?

—Sí, claro. —Tenía la portezuela abierta y no parecía muy contento—. Esto no me gusta, Jenny. Aquí arriba no hago nada. Voy a bajar.

—No.

—Puedes presentarme, le diremos que nos vamos, y después nos marcharemos. Se las puede apañar solo con el estofado.

—¡No! Se lo debo. Por favor. Solo la cena.

—¿Con quién estás hablando, cariño? —preguntó Darden.

Jenny se volvió a toda prisa, apretando el vestido de Miss Jane’s contra el pecho.

—No estoy hablando. Respiro hondo. Eso es todo.

Darden entró en la habitación.

—Podríamos tumbarnos un rato, tú y yo.

—No, estoy bien. La cena ya está lista.

Él tendió la mano y cogió el vestido.

Ella conocía aquella mirada y apretó la prenda con más fuerza.

—Venga, MaryBeth.

—La cena —dijo ella en tono suplicante.

—Déjame ver. Solo un minuto.

Jenny se resistió. Fue entonces cuando él pronunció su nombre en un tono enérgico que significaba que haría lo que quería hacer aunque tuviese que

tirlarla al suelo, que cuanto más luchase, más excitante le resultaría, que «ver» sería lo menos duro por lo que tendría que pasar si no cedía.

Jenny soltó el vestido, agachó la cabeza y, como en los viejos tiempos, dejó que sus pensamientos volasen a aquel lugar especial al que el dolor y la vergüenza no podían llegar. Pero su mente no quiso quedarse allí en esa ocasión. Volvió al dormitorio y a Darden con una desesperación que le revolvió el estómago. Un grito esperaba en lo más profundo de su garganta, amenazando con romper el silencio de la noche. «Manten la calma», se dijo. Escuchó el repiquetear de la lluvia en el tejado de pizarra. «Manten la calma. Ya has hecho tu elección».

—Necesito mi vestido —dijo.

Él se lo entregó.

—No sé qué te pasa —dijo—. Te quiero, cariño. Me encanta verte y tocarte. De acuerdo, ha pasado algún tiempo, pero a ti te gustaba.

—Nunca me gustó —replicó ella con voz casi inaudible contra el dobladillo del vestido. Pasó deprisa junto a Darden y bajó corriendo las escaleras.

Le temblaban las manos cuando sacó del fuego el estofado y lo sirvió en un plato. Intentó animarse pensando en Pete, en Wyoming, en la libertad, en el amor. Pero era difícil hacerlo con Darden tan cerca de ella. Él tenía un modo especial de llevarse lo bueno y dejar solo lo malo. Ni siquiera su vestido —tanto tiempo deseado, tan especial, lo primero que Pete le había visto puesto— se había librado de él. Nunca más volvería a ponérselo.

—¿Por qué no comes? —preguntó Darden. Iba por su tercera cerveza y empezaba a sudar.

Jenny no habría podido tragar la comida aunque su vida hubiese dependido de ello.

—Tengo un poco revuelto el estómago. ¿Está bueno el estofado?

—Está bien. Siempre has sido buena cocinera, MaryBeth, mil veces mejor que tu madre, siempre lo he dicho.

—Fue ella quien me enseñó.

—Ella nunca preparó nada como esto.

—Pues yo recuerdo que sí.

—¿Y yo no? Créeme, sé lo que esa mujer podía o no podía hacer. No podía cocinar, no podía pensar en nadie más que en ella misma, y no podía preparar unas jodidas judías decentes. Tú sí puedes hacer todas esas cosas, cariño.

Jenny apartó su silla de la mesa y fue hasta los fogones. Removió con saña el estofado y llevó la cazuela a la mesa para volver a llenar el plato de Darden. Dejó la cestita con los bollos a su alcance. Aparte de eso, había preparado pudín de tapioca, que todavía estaba caliente, y unas cuantas tortas cuadradas de Krispies de arroz.

De pronto, dijo:

—Me voy, papá.

Darden alzó la vista y la miró a los ojos.

—Te vas. ¿De dónde?

—De aquí.

Él suspiró.

—Algunas cosas nunca cambian —dijo—. Unas diez veces a la semana, cuando eras pequeña, anunciabas que te marchabas. Que huías, decías entonces. Vamos, cariño, vamos. Es hora de que crezcas.

—Ya he crecido. Por eso me voy.

Él se echó hacia atrás en la silla y la miró.

En una ocasión, Jenny había sucumbido a aquella forma de mirarla, pero en ese instante pensó en sus posibilidades y le sostuvo la mirada.

Darden se llevó una mano al pelo. Había empezado a caérsele mientras estaba entre rejas.

—MaryBeth, cariño, no me hagas esto ahora. Tú has sido el motivo por el que he seguido con vida en la cárcel. No empieces a amenazarme.

—Me voy.

—Cállate, MaryBeth.

—Me voy esta noche.

Él volvió a suspirar.

—De acuerdo. ¿Adónde vas a ir esta vez?

A Jenny ya le daba igual que la tratase como a una niña.

—No importa dónde. Solo quiero que lo sepas.

—Tienes razón, no importa dónde. Te encontraré allí donde vayas. Iré en tu busca y te traeré de vuelta.

—No lo harás.

Darden frunció el entrecejo.

—¿Qué te pasa?

—No puedo hacerlo —dijo ella—. No puedo acceder a eso nunca más.

—¿Acceder a qué? Amor mío, soy tu padre. La mayoría de las chicas darían el brazo derecho por que las amasen como yo te amo a ti.

Jenny no lo creía.

Darden se acercó a ella.

—¡Quieta! Harás o accederás a lo que yo te diga. Eres mía, mía, MaryBeth. Me he sacrificado por ti. No vas a dejarme tirado ahora.

De repente, Pete apareció por la puerta detrás de Darden, y le hizo un gesto a Jenny de que se le acercase. Pero ella no podía irse todavía. Tenía que conseguir que su padre comprendiese, tenía que darle una última oportunidad. Se lo debía, y también se lo debía a sí misma.

—No puedo quedarme, papá. Lo que nosotros hacemos no está bien. Es asqueroso.

—¿Es asqueroso que te quiera? ¿Es asqueroso que viva para ti? ¿Es asqueroso que les dijese que había sido yo el que golpeó a tu madre cuando fuiste tú quien lo hizo?

Jenny soltó un grito ahogado. Aquellas palabras eran como cuchillos. La desgarraban por dentro y la hacían sangrar por cada una de sus viejas heridas.

—¡Fue en defensa propia! ¡Me habría matado si no la hubiese detenido!

—Golpearla una vez habría bastado. Una sola vez, y ella habría caído con conmoción cerebral. Pero la golpeaste cinco veces.

—No sabía... —dijo Jenny entre sollozos—, no sabía lo que hacía, tenía miedo. —Estaba abatida. Ni una montaña de pensamientos positivos habría alcanzado para cambiar la verdad de los hechos—. Tenía magulladuras por todo el cuerpo, y no dejaba de pegarme, como hacía día tras día, así que la golpeé hasta que dejó de moverse.

—La mataste, MaryBeth.

Jenny se llevó las manos a la cabeza.

—Lo sé. ¿Acaso crees que no lo sé?

—¿Quieres que hablemos de ello con el jefe de policía? —dijo Darden—. ¿O con Dan? ¿Quieres que lo hagamos, MaryBeth?

Jenny irguió la cabeza.

—Quise decírselo cuando pasó, ¡pero no me dejaste! Me obligaste a sentarme aquí y a contarles historias, y me sentí culpable porque fuiste a la cárcel, y sentí rabia porque tú estabas en la cárcel y era yo la que quería estar allí, porque no sabía que fuese capaz de hacer algo como matar a una persona, y no sabía qué otra cosa hacer, y eso me asustaba tanto que no podía pensar, y todavía sigues sin dejarme confesar.

Darden se acercó un poco más a ella.

—¡Intento mantener a salvo tu secreto! —exclamó—. Nunca habrías salido adelante en la cárcel. Te habrían violado centenares de veces y te habrían dejado hecha un asco y te habrían contagiado alguna enfermedad.

Joder, no habría soportado la idea de tocarte. Así que te evité eso y fui yo quien cumplió los seis malditos años, y ahora tú... ¿vas a irte?

Jenny supuso que Pete estaba pensando en encararse con Darden, pues parecía furioso; pero entonces la miró a los ojos y su furia disminuyó. Señaló hacia la puerta con el mentón.

Ella retrocedió de espaldas hacia la puerta.

—Me voy —le dijo a Darden otra vez. Ella jamás podría vivir del modo que él deseaba.

Aun así, Darden afirmó:

—Me autoinculpé. Me castigaron por un delito que no había cometido.

—¡Sí que cometiste un delito! —replicó Jenny—. ¡Lo cometiste montones de veces!

—Y me castigaron por eso. ¿No tendrían que castigarte a ti también?

—Ya he sido castigada, durante años, de maneras que tú ni siquiera puedes imaginar. Pero estoy cansada, papá. —Siguió retrocediendo.

—¡Me lo debes!

Jenny negó con la cabeza y dio otro paso atrás.

—He cuidado de la casa. He cuidado del coche. He esperado a que volvieses y he preparado tu cena favorita. He estado diciéndome a mí misma que te lo debía, pero no es cierto, no te debo más que esto. Si no me hubieses tocado, ella no me habría pegado, y si ella no lo hubiese hecho, no habría muerto. Era mi madre. ¡Hiciste que me odiase!

—¡Era una zorra celosa!

—¡Era tu esposa! Se suponía que tenías que hacer esas cosas con ella, no conmigo. ¿Por qué no podías amarla un poco? Era todo lo que ella deseaba.

—Ella quería a Ethan.

—Te necesitaba.

—Pues ahora no me necesita —dijo Darden—, pero yo sí te necesito a ti, MaryBeth. Estás aquí, y estás viva. —Hizo una pausa y añadió sonriendo—: Tienes lo mejor de ella, ya lo sabes, incluso con el pelo corto.

Jenny supo en ese instante que no habría respiro posible. Por mucho que hablase, él no escucharía lo que dijese; ni una sola palabra.

—Me voy —repitió con toda la calma de que fue capaz.

Él empezó a rodear la mesa.

—¿Crees que no seré capaz de encontrarte? No te engañes. Te seguiré hasta el infierno y te traeré de vuelta. —Señaló hacia la silla—. O sea que siéntate ahí y acabemos con esto.

Ella se echó a llorar de nuevo; eran lágrimas que sabían a culpa, porque todo era tan patéticamente sencillo...

—¿Por qué no me dejas en paz? —suplicó Jenny—. Es lo único que quiero. Déjame en paz.

—¿Qué harás si no lo hago? ¿Me matarás como a tu madre? Ni hablar, cariño. Puedo protegerme. Pero amenázame otra vez y lo comprobarás. Porque Dios sabe que lo haré. Si te vas, dejarás de importarme. No descansaré hasta que te encierren.

—No me importa.

—Te importará cuando te peguen y te desnuden y te golpeen dentro de la celda.

—No lo harán. Me voy. Ahora tengo a Pete. Va a llevarme lejos de aquí.

—¿Pete? —dijo Darden con desprecio—. ¿Quién demonios es Pete? No vas a ir a ninguna parte con nadie llamado Pete.

—En eso te equivocas —dijo Pete con voz grave.

Darden pareció no oírlo.

—No vas a ir a ninguna parte con ningún hombre que no sea yo. Eres mía. Mía. Además, ¿qué hombre iría contigo? Tienes las marcas de tu padre por todas partes, cariño. ¿Qué hombre querrá ir contigo cuando sepa todo lo que has hecho?

—Voy a llevármela conmigo —gritó Pete mientras cruzaba la cocina. Abrió la puerta y dijo tranquilamente, con amabilidad—: Vamos, Jenny. No se merece que llores por él.

Jenny salió.

—¡Vuelve aquí! —gruñó Darden, pero ella ya corría bajo la lluvia hacia el garaje. En cuanto llegó, vio la motocicleta. Se sentó en la parte de atrás del sillín y abrazó a Pete mientras este arrancaba el motor. Las ruedas derraparon sobre las piedras húmedas, y a continuación salieron disparados hacia delante justo cuando Darden se interponía en su camino.

Se produjo un golpe y se oyó un sonido espantoso —un grito o una maldición, Jenny no supo identificarlo—, y casi la hizo salirse de la carretera, pero Pete no podía detenerse ni mirar atrás. Jenny ya había hecho su elección. No había la más mínima esperanza de que cambiase, no había vuelta atrás. Se había comprometido.

La enormidad de lo que estaba sucediendo la dejó sin respiración. Pero la oscuridad de la noche le proporcionaba la paz necesaria, así como la lluvia, que limpiaba, y además estaba Pete, sobre todo Pete, que había oído lo peor y seguía a su lado. De vez en cuando él apartaba una mano del manillar y le

acariciaba los dedos a Jenny, tocaba su brazo o echaba la mano hacia atrás para atraerla un poco más hacia sí.

La lluvia empezó a remitir en el momento en que cruzaban el pueblo. Para cuando llegaron al otro lado, la lluvia se había llevado las lágrimas de Jenny y se había convertido en poco más que una tibia neblina. Jenny sonrió al reconocer el camino que tomó Pete, y se sintió encantada, pues le recordaba su sueño.

Pete dejó la moto en su viejo lugar secreto y la ayudó a bajar. La cogió de la mano y la llevó por entre los pinos, cicutas y píceas hasta el punto más alto de la cantera. Desde allí, sobre la plataforma limpia por la lluvia reciente, miraron hacia el estanque.

Estaban solos. Si durante el día habían pasado seres humanos por allí, no había quedado señal de ellos. El aire olía a tierra y a hojas húmedas. Los árboles canturreaban suavemente con las gotas de lluvia que caían desde las ramas al lecho musgoso. La superficie del estanque estaba lisa como un cristal, a excepción de los círculos que formaban las gotas de lluvia aquí y allí.

Pete entrelazó los dedos con los de Jenny.

—Aquí todo es nuevo. Es un principio. ¿Estás conmigo, Jenny, amor mío? Ella sentía un nudo en la garganta, pero sonrió y asintió.

—¿Sabes que te quiero? —le preguntó Pete.

Jenny volvió a asentir.

—Este es el motivo por el que he venido hasta aquí, ya lo sabes —añadió él—. Para encontrarte y llevarte a casa. —La besó con suavidad.

Jenny apoyó la cara en su hombro para que no viese que estaba llorando otra vez. Pero él lo sabía. Le acarició la espalda y la atrajo hacia sí mientras le susurraba palabras de cariño, al tiempo que ella se desprendía de los restos de su pasado. Finalmente, tras respirar hondo y emitir un gemido sonrió. Cuando alzó la mirada, fue para ver la cara de Pete y saber que había tomado la decisión correcta.

Él miró hacia el estanque. Ella también lo hizo, a tiempo para ver que las nubes se reflejaban en el agua y después se abrían para mostrar una dulce luna creciente.

«Nademos con la luna», pensó, y miró a Pete. «¿Podemos hacerlo?».

Él sonrió.

«No sé por qué no. Es tu sueño», respondió en silencio.

Se quitaron la ropa, que ya estaba húmeda. Jenny formó una ordenada pila con la suya y habría hecho lo mismo con la de Pete si este no la hubiese

cogido de la mano y la hubiese detenido. Enredó sus dedos en el cabello de Jenny hasta que las palmas de sus manos enmarcaron sus mejillas.

«Eres la mujer más dulce, pura y hermosa, Jenny Clyde», dijo sin palabras. «Ven a nadar con la luna y conmigo».

Ella acarició su cuerpo con las manos. De puntillas, enmarcó su cara como él lo hacía con la suya. Con los ojos preñados de ilusión, asintió.

Él se colocó en el límite de la plataforma, formando una imagen preciosa en la mente de Jenny. Su cuerpo parecía esculpido, su pelo era oscuro y su piel tersa. Todo un hombre. La luz de la luna brilló en sus ojos y en su pelo, e iluminó el diminuto diamante que se había puesto en la oreja para ella; como sin duda había colocado la luna creciente por encima de sus cabezas.

Permaneció unos segundos con los dedos de los pies curvados en el vacío y los brazos a los lados para mantener el equilibrio.

Entonces, con un movimiento tan grácil como la respiración de Jenny, se elevó y después descendió. Entró en el agua sin salpicar apenas, y apareció en la superficie segundos después para hacerle un gesto a Jenny.

Ella se colocó en el justo límite de la caída con los dedos de los pies curvados en el vacío y los brazos a los lados del cuerpo para conservar el equilibrio. Entonces se detuvo. No podía copiar su gracilidad, pero no era el momento de preocuparse por su aspecto, el punto donde iba a caer y el dolor que quizá sintiese. Había ido demasiado lejos; no había vuelta atrás.

Abajo, Pete la esperaba, sonriendo, con los brazos abiertos, en medio de un halo de luz.

Tomó aire, dobló las rodillas para saltar y dejó la plataforma mientras recitaba una oración. Por increíble que resultase, la oración obtuvo respuesta. Su cuerpo se alzó formando un arco perfecto, descendió trazando una impecable línea plateada y entró en el agua limpiamente, a escasa distancia de Pete.

Salió a la superficie junto a él, recibió su aplauso y su abrazo, y guiada por su mano volvió a sumergirse. La llevó a las profundidades, rodeados por bloques de granito iluminados por la luna que brillaba en la superficie, muy por encima de sus cabezas. Persiguieron sus propias sombras y las del otro, y encontraron en el monstruo de la cantera un dulce compañero de juegos. Después regresaron a la superficie con un estallido de aire y risas, y se cubrieron de besos.

«La próxima inmersión es la definitiva», pensó Pete, jadeando. Sus ojos reflejaban expectación, su sonrisa era divina. «¿Estás preparada?», le preguntó en silencio.

Su cara era como la visión de una vidriera de colores en la noche: nuevos lugares, nueva gente, nuevo amor... Jenny lo vio todo allí. Además de cariño y amabilidad. Y amistad y justicia. Y esperanza.

¿Estaba preparada?

Echó un último vistazo a la cantera, elevó sus ojos en una silenciosa despedida a las ramas más altas de los árboles y a la dulce sonrisa de la luna, y a continuación atesorando todo aquello en su corazón como lo mejor que había tenido en su vida, miró a Pete y asintió.

Capítulo 21

Boston

Con el corazón en un puño, Casey observó la última página del diario antes de dejarla finalmente sobre las otras en su regazo. Pero no lograba apartar de su mente la última imagen. Se imaginaba en la cantera de Little Falls; a pesar del sillón de cuero en el que estaba sentada, o de la taza de té que Jordan le había ofrecido y que en ese instante reposaba en la mesita de café de mimbre junto a un pedazo de *pizza*, a pesar del propio Jordan, que estaba sentado ocupando la mitad del sofá colocado en diagonal al sillón.

Rememoró algunos párrafos iniciales del manuscrito, y extrajo detalles como el corte de pelo de Jenny, los supuestos retoques de Pete y la intervención final de Miriam; la bandeja de albóndigas que Pete había devorado pero que Jenny había llevado intacta al trabajo la mañana siguiente; la motocicleta que nadie en el pueblo había oído pasar, y la visita a Giro's de la que nadie había sido testigo. Recordó al hombre en la cafetería del pueblo comentando que solo habían encontrado las huellas de Jenny Clyde en lo alto de la cantera, así como sus ropas.

Las piezas encajaron una a una. Miró a Jordan con los ojos húmedos.

—Pete no existía. —La psicoterapeuta que había en su interior lo sabía; la mujer que era no pudo oponerse. Pete era demasiado bueno para ser verdad. Literalmente—. Jenny sufría delirios. Estaba tan desesperada por encontrar el amor que se lo inventó. Él era su salvador. Le dio el valor para dejar a Darden, para irse de Little Falls y vivir su vida. Ella lo hizo real, así que el suicidio se convirtió en una opción apetecible. —Respiró hondo y apoyó la espalda en el respaldo del sillón.

Jordan se puso en pie. Se dirigió hacia un aparador y regresó con unas cuantas páginas.

—Pero estabas en lo cierto al preguntar qué sucedió realmente. No murió —dijo, y le entregó las páginas.

Temerosa, Casey lo miró a los ojos. Quería abrigar esperanzas, pero solo surgió una imagen: Jenny Clyde en un centro de rehabilitación al igual que Caroline, incapacitada para la vida tras caer desde lo alto de la cantera.

—Toma —la urgió Jordan con amabilidad.

No tenía elección. No saber era peor que cualquier cosa que pudiesen narrar aquellas páginas. Las colocó en su regazo y empezó a leer.

La llamada se produjo a las tres de la mañana. Dan O'Keefe se puso el uniforme y condujo hasta la casa de Clyde. No era por Darden Clyde y tampoco por cuestiones de trabajo, aunque ambas razones tenían su peso, sino porque estaba preocupado por Jenny...

Las páginas describían cómo Dan había encontrado a Jenny entre los árboles, la había arropado y la había llevado a un lugar lejos de Little Falls, donde estaría a salvo, dejando que todos en el pueblo, incluido Darden, creyesen que había muerto.

La lectura no le llevó mucho tiempo. En un primer instante, se sintió aliviada por el hecho de que Jenny estuviese viva y físicamente intacta, pero después sintió admiración por Jordan. Y eso también produjo un aluvión de nuevas preguntas.

Sus ojos se encontraron. Todavía estaba sentado en el sofá, donde había permanecido pacientemente, según se dio cuenta Casey, durante todo el tiempo que ella había estado leyendo, excepto los momentos en que había ido en busca de comida o bebida.

—¿Tu amigo era psicoterapeuta? —preguntó Casey.

—Sí. Trabaja en el Instituto Munsey. Es un hospital mental privado de Vermont. Nos encontramos a medio camino, se hizo cargo de Jenny y regresó al hospital.

Casey conocía el Munsey. También sabía que el dinero que costaban los hospitales privados a menudo excedía la cobertura de los seguros, y se preguntó si Jordan habría ayudado a Jenny también en ese aspecto.

—¿Te hiciste cargo de los gastos?

—No. Debería haberlo hecho, y me sentí culpable, pues dejé a Jenny librada a su suerte, como el resto del pueblo; pero el hospital siempre acoge unos pocos pacientes gratis. Jenny fue afortunada. Necesitaba un lugar como ese si quería tener una oportunidad de recuperarse. Era seguro. Las puertas estaban cerradas. Irónicamente, al contrario que la mayoría de los pacientes, que se sentían encerrados, Jenny interpretaba aquellos cerrojos como una

protección contra Darden. El mayor de sus miedos, todavía, es que él vaya en su busca.

—Ella no puede seguir todavía allí —objetó Casey, porque los días de las hospitalizaciones indefinidas, incluso para los pacientes con tendencias suicidas, habían pasado a la historia hacía tiempo.

—No. Pasó allí tres meses. La sometieron a una terapia intensiva individual y, cuando se estabilizó, añadieron la terapia de grupo a su tratamiento. Es una mujer brillante, fuerte. Ha salido adelante. Como he dicho, su miedo a Darden ha sido la parte más dura de su recuperación.

—Si el miedo persistía, ¿cómo soportó el salir del hospital? —preguntó Casey.

Él sonrió.

—Me gustaría responder que fue un estupendo avance psicoterapéutico, pero el cambio se produjo poco a poco. Le envié periódicos locales y así leyó acerca de su muerte y del funeral que Darden organizó. El tiempo pasaba y no iba en su busca. Eso le dio valor. Después cambió de aspecto.

Casey respiró hondo.

—Me gustaba su aspecto —dijo, y de inmediato tomó la palabra la terapeuta que había en su interior—. Pero a ella no. Debía de considerarse una especie de faro. Teñirse el cabello no debió de resultar difícil, pero ¿y las pecas?

—Los dermatólogos se encargaron de ella. Sus pecas no han desaparecido por completo, pero las sombras que permanecen pueden cubrirse fácilmente con maquillaje. Y las cicatrices en las piernas solo se ven si se las busca. Después de todo eso se sintió mejor. Cuando salió del hospital fue a una casa no muy lejos de allí. Continuó viendo al psicoterapeuta y empezó a trabajar media jornada en un restaurante. Era el empleo perfecto para ella. Estaba en la cocina, de modo que los clientes no podían verla. A finales de ese año, al ver que Darden no había ido a buscarla, se sintió preparada para mudarse.

—¿Adónde fue?

Jordan, con aire indulgente, compuso una pequeña y expectante sonrisa y se retrepó en el sofá. A Casey le llevó un minuto dar con la respuesta. Se llevó una mano al pecho y exclamó sorprendida:

—¿Meg?

Él asintió.

—Jenny pensaba que Meg Ryan era guapa, adorable y divertida, todo lo que ella quería ser, así que escogió ese nombre.

—¿Meg? ¿Mi Meg?

Estaba justo delante de sus narices y no lo había intuido. Pero tenía sentido: el pelo tan rojizo y oscuro que tenía que ser teñido, la piel pálida, incluso las limitadas expectativas y la simplicidad de su entusiasmo. Los sustos ante los ruidos repentinos, y el atizador que llevaba consigo el primer día. No había estado limpiando la chimenea, temía que Darden la hubiese encontrado. Y, por otra parte, estaban las preguntas que hacía, preguntas que surgían de pronto y sonaban un tanto extrañas: «¿Nunca ha querido llevar el pelo de color oscuro? ¿Le gustan sus pecas? ¿Está preocupada por su reloj biológico? ¿Tiene novio?». Meg Henry estaba tan poco adaptada socialmente como Jenny Clyde.

—Mi Meg —repitió Casey, incómoda por no haber advertido lo que ahora resultaba obvio—. Pero no es mi Meg desde hace mucho tiempo —razonó en voz alta—. Antes había sido la Meg de Connie. Sin duda, Connie sabía quién era.

—Sí.

—¿La contrató por ese motivo?

—Sí. Su antigua criada estaba a punto de jubilarse. Jenny sabía cocinar y sabía limpiar, y a él le gustaba la idea de tenerla cerca.

—Porque es de la familia —dedujo Casey, y apareció otra de las piezas del *puzzle*—. ¿Cuál es la conexión?

—Tus bisabuelos —respondió Jordan—. Su apellido era Blinn, y eran del condado de Aroostok, al norte de Maine.

—¿Blinn? ¿Es la be de Cornelius B.?

Jordan asintió.

—Los Blinn tuvieron dos hijas, Mary y June. Las hijas se llevaban más de doce años, y nunca mantuvieron una relación muy estrecha. Mary era la mayor. Se casó con Frank Unger, se mudó a Abbott y dio a luz a Connie. Años después, June se casó con un chico del pueblo, Howard Picot, y dio a luz a la madre de Jenny, MaryBeth. Lo que hace que Connie y MaryBeth Picot fuesen primos. MaryBeth conoció a Darden Clyde en una feria de pueblo, se fue a vivir a Walker y se casó con él, y tuvieron a Ethan, que murió, y después a Jenny. —Respiró hondo y añadió—: Y eso hace que tú y Jenny seáis primas segundas.

Casey habría tenido problemas repitiendo el linaje, pero había pillado lo esencial. Connie y MaryBeth Clyde eran primos. Connie y Jenny eran primos segundos. Casey y Meg eran primas segundas. Increíble.

—Pero Connie era una persona conocida —dijo Casey—. ¿No se le ocurrió a Darden pensar que Jenny podría haber buscado refugio a su lado?

Jordan se mostró condescendiente.

—Connie tal vez fuese conocido en los círculos en que te mueves, pero ¿en Walker? No conocen el apellido Unger, y no saben nada de psicología. Además, Darden creía que Jenny había muerto.

Creía. Pretérito imperfecto. Casey no quería pensar que tal vez fuese la responsable de que las cosas hubieran cambiado.

Dejó a un lado esa posibilidad por el momento y dijo:

—Connie contrató a Jenny sabiendo que era su prima. ¿Empezaste a trabajar con él antes o después de eso?

—Antes.

—¿Le dijiste que la contratase?

—Le hablé de ella. La contrató por su cuenta.

—¿Cómo llegó a contratarte a ti?

—Daisy Mum hacía tiempo que se encargaba de sus plantas. Reconocí el apellido en la lista de clientes y me encargué personalmente del trabajo.

—¿Por qué ibas tú a reconocerlo y en cambio Darden no?

—He sido policía —repuso Jordan con una sonrisa irónica—, e hijo de policía. Crecí escuchando el tipo de información suplementaria que la mayoría de la gente nunca oye. Cuando MaryBeth murió y tuvo lugar el juicio, los nombres de la familia eran el tipo de cuestiones de las que nos ocupábamos. Así que sabía quién era Connie y qué hacía. Después, cuando vine aquí y lo conocí, congeniamos.

—¿Sabía él de dónde eras y tu conexión con Jenny?

—Se lo conté. Se sentía a gusto con ello.

—Y tú compraste la floristería —dijo Casey, incapaz de ocultar un tono de acusación en la voz.

Jordan asintió.

—La compré cuando me mudé aquí.

—¿Se la compraste a Daisy?

—Quería trabajar aquí sin la responsabilidad de ser la dueña.

—No me dijiste que fueras el dueño.

—No me lo preguntaste.

No, no se lo había preguntado.

—¿Por qué la compraste?

—Porque adoro las plantas. Porque deseaba disponer de una fuente estable de ingresos. Porque tenía que echar raíces en algún lugar. Beacon Hill era un buen sitio. Y Daisy's Mum encajaba a la perfección.

—Pero tú eres artista. Vi tu trabajo en la casa de tus padres. —No le dijo que había pensado que era estupendo. Todavía estaba irritada por que le hubiese ocultado los hechos—. ¿Cómo sobrellevas ambas cosas?

—Cuido plantas durante el día y pinto por la noche.

—¿Dónde pintas?

—Tengo un estudio en el piso de arriba.

—¿Y vendes tus obras? —En galerías de Boston y Nueva York, le había dicho su madre.

—También hago ilustraciones.

—¿Ilustraciones?

—De plantas, para editoriales como Audubon.

Casey estaba realmente impresionada.

—¿Por qué no me dijiste que pintabas?

—No me lo preguntaste.

—¿Tenías que fingir que eras jardinero?

—Soy jardinero —dijo él sin intención de disculparse—. Me encantan las plantas, me encanta ayudarlas a crecer.

Casey recordó algo de repente.

—La comisaría de policía de Walker. Todas aquellas enredaderas..., y las rosas cerca de la casa. ¡Las plantaste tú!

—¿Han muerto las rosas? —preguntó él.

—No, aunque a la hiedra no le iría mal que la podasen un poco. —Al ver que parecía aliviado, le preguntó—: ¿No has vuelto para echarles un vistazo?

—Últimamente, no. —Jordan era la viva imagen de la resignación—. Conociste a mi padre. ¿Qué te pareció?

Casey sonrió.

—Tu madre me encantó.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Con mucha diplomacia, Casey dijo:

—Creo que tu padre y tú sois muy diferentes.

—Eso sin duda. No le haría ninguna gracia saber que ayudé a escapar a Jenny.

—¿Ni siquiera después de todos los años que han pasado?

—No. Es un hombre muy estricto.

—Pero Jenny huyó de Darden; ¿eso no le parecería bien?

Jordan se encogió de hombros.

—¿Escribiste tú el diario? —quiso saber Casey.

—No. Lo hizo Connie.

—Connie —repitió Casey. Nunca lo hubiese imaginado—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Cuando Jenny, es decir Meg, empezó a trabajar para él, todavía se sentía inestable e insegura. Connie quería ayudarla sin tratarla como a una paciente, así que la animó a que escribiese su propia historia, pero ella no era escritora. No sabía rellenar los vacíos. De manera que Connie se ofreció para escribirla si ella le relataba los sucesos. Jenny aceptó. Connie fue quien redactó el diario, pero la mayoría de palabras son cosa de ella.

—Pero trabajaste con Connie en la parte que habla de ti.

—Sí.

—¿Se había planteado la posibilidad de publicarlo?

—No. Lo consideraba algo confidencial, parte de la terapia de Jenny. Una vez que todo quedase reflejado en el papel, ella conseguiría superarlo.

Casey entendió la postura de su padre. Escribir diarios se había puesto de moda como herramienta terapéutica por ese motivo. Aun así, le resultó decepcionante pensar en la letra «ce» y en la nota que Connie había garabateado. Dado que había escrito el diario para sí mismo, debía de tratarse de notas para uso personal.

—¿Quería que yo leyese el diario? —preguntó.

—Nunca lo mencionó —respondió Jordan—. Pero si lo guardó en el escritorio, supongo que eso era lo que pretendía. Connie nunca dejaba nada al azar.

—Murió de forma azarosa —señaló Casey—. No lo había planeado. No había tenido ningún aviso. Fue un repentino ataque al corazón, del que hasta ese momento no había sufrido.

Jordan se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre las rodillas, entrelazó los dedos de las manos y sonrió con tristeza.

—Sí los había tenido. Sufrió un ataque antes de que yo lo conociese, y se había sentido bastante indispuerto en los meses previos a su muerte. Ruth lo sabía, aunque dudo que nadie más estuviese al corriente. Fue un aviso serio, y cuando regresó a casa se hundió. Lo supe en cuanto lo vi. Él presentía que el final estaba cerca. Dejó perfectamente arreglados todos sus asuntos.

Casey experimentó un extraño alivio. Quería pensar que su padre había dejado las primeras páginas del diario en el cajón del escritorio para que ella las encontrase. Pero ese detalle, sin embargo, le recordó la preocupación de Jordan cuando ella había aparecido horas antes. Connie había escrito «¿Cómo ayudarla?».

Suspiró. Con mucha cautela, preguntó:

—¿He metido la pata?

Jordan no respondió, lo que para ella constituía una afirmación.

—¿Está Meg en peligro?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó—. Darden vive ahora con otra mujer. Tal vez lo deje correr.

—No lo creo —declaró Casey—. Las personas que sufren una patología no dejan correr nada. Irá en su busca aunque solo sea para que sepa que lo está haciendo. La acosará. Se esconderá en las sombras. La intimidará hasta revertir su proceso de curación. —«¿Cómo ayudarla? Es de la familia»—. Me dijo que vive en un apartamento en la colina. ¿Es un lugar seguro?

—No tienen portero, pero la puerta principal permanece cerrada con llave.

—Eso está bien —murmuró Casey con un tono sarcástico—. Solo tendría que esperar hasta que alguien la abriese; después entraría y con una sonrisa diría que ha ido a ver a su hija. Nadie sospecharía que un hombre de su edad constituye una amenaza.

—No irá al piso de Meg porque el nombre de Meg Henry no significa nada para él.

—Pero Casey Ellis, sí. Me presenté por mi nombre un montón de veces. Dije que era de Boston.

—Puede que mediante la guía telefónica averigüe el número de teléfono de tu apartamento, pero nada conecta el apartamento con la casa, y es en la casa donde Meg trabaja.

Casey tragó saliva. Cerró los ojos con fuerza.

Jordan lo entendió.

—Oh, Dios —murmuró.

Sin abrir los ojos, Casey dijo:

—Le di mi tarjeta profesional al editor del periódico. En ella figura la nueva dirección de mi despacho. —Abrió los ojos e hizo un gesto de impotencia—. Solo intentaba ayudar. No sabía dónde estaba Little Falls, así que fui en su busca, y tampoco sabía que se suponía que Jenny estaba muerta. —Miró a Jordan—. Porque no pude leer las últimas páginas del diario.

—Eso no es culpa mía. Ignoraba que hubiese dejado las páginas por ahí para que las vieses. Cuando me dio el último capítulo, supuse que había destruido el manuscrito por motivos de seguridad. Nunca me dijo que lo guardase para ti.

—Y yo no te pregunté qué tenías o qué sabías —rezongó Casey. Se inclinó hacia delante y hundió la cara entre sus rodillas—. Quería ayudar...

Realmente quería ayudar. Nunca antes me había pedido nada. Quería hacerlo bien. —Se incorporó y miró a Jordan con expresión sombría—. Siempre tengo que fastidiar las cosas. Actúo sin pensar. Hablé de manera impulsiva. Allí estaba, en la cafetería, preguntando en voz alta cómo podían estar seguros de que Jenny había muerto si no habían encontrado el cadáver. Sugerí que quizá se la hubiese llevado la corriente, hubiese salido del agua y se hubiese marchado. Pregunté quién podría haberla acogido. Cuando me preguntaron si creía que estaba viva, respondí que sí con firmeza. De manera que ¿adónde nos lleva todo eso?

—A estar alerta —apuntó Jordan.

—Tal vez nadie se lo diga a Darden —añadió Casey esperanzada, pero la expresión de Jordan era de escepticismo.

—Los comentarios sobre tu visita se extenderán por el pueblo, y si Darden se entera se pondrá en pie de guerra. Si mi padre está al corriente, lo llamará.

—¿Tu padre sabe que Jenny está viva?

—No —respondió Jordan—. Pero sabe que fue la razón por la que me marché. Sumaré dos más dos, respecto a las fechas y esas cosas, y llamará. Por mucho que haya puesto en duda sus métodos como defensor de la ley, nunca he cuestionado su inteligencia.

—Entonces, ¿tenemos que esperar?

—No podemos hacer mucho más.

—¿Se lo diremos a Jenny?

Él reflexionó por un instante.

—Todavía no —respondió—. No tiene sentido asustarla.

—Me odiará.

—No. Te adora. Desde que te conoció no dejó de repetir lo lista y dulce y bella que eras. —Jordan hizo una pausa—. No discutí con ella al respecto.

Casey sintió que algo se ablandaba dentro de ella. Cuando la miró volvió a ser su jardinero por un instante. Pero ahora sabía que era muchas cosas más: empresario, artista y salvador de Jenny. Necesitaba tiempo para asimilar todo aquello.

Apartó la mirada. Segundos después, echó un vistazo a su reloj. Eran casi las ocho, todavía había luz fuera, pero pronto anochecería. Sintió la repentina urgencia de estar en su jardín. Necesitaba la paz que le ofrecía.

Sin embargo, no podía irse a casa todavía. La asaltó otra necesidad, incluso mayor.

Se puso en pie y dijo:

—Tengo que ir a ver a mi madre.

Jordan también se puso en pie.

—Te llevaré.

—No es necesario. He venido en mi coche.

—El mío también está ahí fuera.

—Pero si alguien te llama para advertirte sobre Darden...

Jordan sacó su teléfono móvil del bolsillo. Era más pequeño y mucho más moderno que el de Casey.

—Ah —dijo ella—. Debería haberlo supuesto. ¿Lo llevas siempre encima?

Él asintió.

Pensó en las veces que habían estado muy cerca y ella no había sentido presión alguna.

—Nunca lo oí —señaló.

Él la miró a los ojos. «Estabas demasiado ocupada sintiendo otras cosas», podría haberle dicho.

Casey se ruborizó, dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

Jordan bajó las escaleras delante de ella, salió por una puerta trasera y se dirigió al *jeep*. Una parte de Casey deseó preguntarle si tenía algún coche lujoso aparcado en otro lugar junto a todos sus demás secretos. La otra parte, sin embargo, se conformó con el *jeep*. Empresario, artista y jardinero... Iba con él.

Jordan evitó las aglomeraciones del tráfico con habilidad, pues sabía perfectamente por dónde tenía que ir. Cuando llegaron a la clínica, lo que hicieron sin necesidad de que ella le diese la dirección, Casey dijo:

—¿Traías tú mismo las flores de Connie?

—A veces. Pero nunca vi a tu madre, si eso es lo que quieres saber.

Era eso. Casey estaba recordando la conversación que habían mantenido en el banco de los jardines públicos, cuando le había hablado por primera vez de Caroline. Él la había escuchado con interés. Le había formulado las preguntas adecuadas. Nada de lo que le había dicho estaba en discordancia con su conocimiento de la situación de Caroline. De hecho, debía de haber colocado él mismo las flores en el tocador de Caroline, incluso debía de haber hablado con ella, y sin duda sus preguntas también debieron de ser las adecuadas.

Casey abrió la puerta y se apeó. Cuando se volvió para darle las gracias, él ya estaba rodeando el coche. Colocó su mano en la espalda de Casey y la guio hacia las escaleras. Ella no se opuso. Había estado allí muchas veces con amigos cuando Caroline acababa de sufrir el accidente. Los amigos más

cercanos de Caroline en Providence seguían visitándola de vez en cuando, y Brianna también iba en ocasiones. Pero Brianna no era Jordan, ni esa ocasión como las otras. Cuando estaba con alguien, lo que suponía un vínculo con el mundo de los vivos, el dolor dentro de ella no era tan agudo.

Casey le sonrió a la mujer del mostrador y subió las escaleras con Jordan. Saludó con la mano a la enfermera del turno de noche de la segunda planta, y recorrió el pasillo. Cuando se detuvo frente a la puerta de la habitación de Caroline, nada importó que Jordan estuviese allí, y sí el gota a gota, el tubo de oxígeno y el monitor cardíaco. Todo eso era nuevo.

—Oh, Dios —susurró.

—¿Cuándo hablaste con el médico por última vez? —preguntó Jordan.

—Esta tarde, desde la carretera, cuando regresaba de Maine. Sin embargo, verlo es diferente.

—¿Quieres que espere fuera?

Casey negó con la cabeza. Quería tenerlo a su lado. El vacío que sentía en su interior habría resultado devastador si hubiese estado sola.

Caroline yacía de espaldas a la puerta. Casey rodeó la cama y encendió la pequeña lámpara que había sobre la mesilla. Iluminó un bonito ramo de rosas color albaricoque. Las tocó para demostrarle a Jordan que apreciaba su gesto, después recorrió el trecho que la separaba de su madre. Besó a Caroline, pero le costó un minuto sacar la mano de esta de debajo de la sábana. Estaba más fría de lo normal. Se sentó en el borde de la cama y la calentó contra su garganta, en la que se había formado un nudo. Se tragó el nudo, y se forzó a hablar con una tranquilidad que no sentía. Los ojos de Caroline todavía estaban medio abiertos, lo que significaba que aún no la habían preparado para la noche.

—Hola, mamá. ¿Cómo te va? —Como Caroline no respondió, añadió con un tono esperanzado—: Les has dado un buen susto a los doctores. Pero el gota a gota al parecer ha funcionado. No respiras peor. —Tampoco respiraba mejor, apenas un débil suspiro entre los labios medio abiertos, pero Casey prosiguió en voz baja—. Te he traído un invitado. Es un amigo mío. —Y agregó con un susurro, mirando a Jordan—: O eso creo.

Él se agachó junto a la cama para estar en la línea de visión de Caroline.

—Puedes estar segura de ello. Hola, señora Ellis.

—Caroline —lo corrigió Casey.

—Caroline.

—La edad límite era la universidad. Después de eso, mi madre no respondía a mis amigos a menos que la llamasen por su nombre. Quería que

también la considerasen su amiga. ¿Verdad, mamá?

Caroline no ofreció otra cosa que aquel leve suspiro, por lo que Casey la reprendió:

—Tú también tienes que decir hola.

Tras un prolongado silencio, Casey dejó escapar el aire de los pulmones. El dolor se unía a la frustración, lo que producía una chispa de irritación.

—Jordan trabajaba para Connie —añadió—. Diseñó el jardín de la casa. Es espectacular, mamá. Como lo son los cuadros que hay en las paredes. La esposa de Connie, Ruth, pintó unos cuantos. Tiene una casa en Rockport. Fui a verla el viernes. Es una persona muy agradable.

—Casey —le advirtió Jordan con calma.

Ella hizo caso omiso.

—Y después visité Abbott. Es el nombre del pueblo donde Connie creció. Estuve allí esta misma mañana. Oh, Dios mío, ¿fue esta misma mañana? Parece que hubiese pasado mucho más tiempo. Era para morirse de risa, mamá. No conseguí averiguar cuál había sido su casa, pero vi unas cuantas que podrían haberlo sido. Vi las ruinas de la vieja fábrica de zapatos donde probablemente trabajó su madre. Y vi la escuela a la que había ido. Ahora está cerrada. Los niños van en autobús a otra.

Casey sintió que Jordan la miraba. Se volvió hacia él.

—¿Qué pasa? ¿Está mal, Jordan? Me he pasado los últimos tres años diciéndole todo tipo de cosas dulces y positivas, y eso no le ha ayudado. Tal vez esto también la ayude. —Se volvió de nuevo hacia Caroline—. Además, probablemente me reconozcas más de este modo, ¿verdad, mamá? Siempre estaba reprendiéndote. Te llevaba la contraria cada vez que podía. Jordan es mucho más amable.

—Mi padre no estaría de acuerdo con eso —puntualizó él, y cogió una de las sillas—. No podía soportarme. —Se sentó.

—¿Porque eras un «sensiblero»?

—El término que solía utilizar era «mariquita».

—¿Cómo? —dijo Casey, porque no podía imaginar un hombre menos afeminado que Jordan.

—Así solía llamarme cuando era niño.

—¿Por qué?

—Porque me gustaba dibujar. Porque era feliz trabajando en el jardín. Esa clase de cosas no encajaban con su definición de lo que debía ser un hombre. —Hizo una pausa y añadió con cinismo—: Así que le di lo que quería.

La ira era perceptible en la voz de Jordan. No estaba ofreciendo datos, como había hecho hasta entonces, sino que hablaba de sus sentimientos más profundos, y eso la intrigó.

—¿Qué hiciste?

—Jugar al fútbol americano. Endurecí mis músculos y mi actitud. Era un héroe local. Era la comidilla del pueblo. Era el tipo con el que todas las chicas querían salir.

Casey esperó.

—¿Y?

—Salí con todas las que pude, una tras otra. Me convertí en un mujeriego. A una parte de mí le gustaba.

—¿Y a la otra?

—Me odiaba a mí mismo. Sabía lo superficial que era todo eso. Me lesioné el hombro en mi último año... Oh, no lo hice de forma deliberada, pero no lamenté que sucediese.

—Oh Dios —susurró Casey al encontrar otra de las pistas que había pasado por alto—. El hombro de Dan. Tus cicatrices. Le dolía cuando estaba tenso. Tú te frota el hombro.

—Mi postura cambia cuando estoy tenso. El estrés se concentra en el hombro.

—¿Qué pasó con las chicas?

—¿Cuándo acabó el fútbol? Me rondaron durante un tiempo. Cuando regresé a Walker, quedaron en el camino.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Regresar? Por dos razones. Era un lugar barato en el que vivir mientras preparaba un *book* con mis obras. Y mi madre me suplicó que volviese a casa. Mis dos hermanas se habían casado y se habían ido del pueblo...

—Tampoco me dijiste que tuvieses hermanas —dijo Casey.

—No me lo preguntaste —le recordó él una vez más—. Estaba claro que no querías saber nada personal. Te gustaba el sexo porque era anónimo y, por lo tanto, peligroso, y porque querías impresionar a Connie.

En ese instante Casey apenas era consciente de que su madre yacía a su lado. Más consciente era, sin lugar a dudas, de la amargura que apreció en la voz de Jordan. Y estaba en lo cierto. Anonimato, peligro, impresionar..., eran palabras excitantes, pero no explicaban toda la historia.

—No sentía que fuese anónimo —confesó—. El jardín no lo era. Se produjo una conexión la primera vez que lo vi. —Con más calma, añadió—:

La primera vez que te vi.

Casey miró a Jordan a los ojos y sintió que la conexión seguía viva. Era más intensa por momentos, lo bastante para asustarla.

—Acaba tu historia —pidió para disipar el miedo—. Háblame de Walker, de cuando trabajabas con tu padre. ¿Cómo llegaste a hacerlo si no os entendíais?

—Necesitaba dinero, y mi padre necesitaba ayuda. Supuse que podría hacerlo durante un par de años.

—¿Lo odiabas realmente?

Jordan se miró las manos. Cuando volvió a alzar la vista, su voz era más suave.

—No siempre. Los habitantes de Walker son buena gente. Existe un verdadero sentimiento de pertenencia. Con todo lo aburrido que puede ser vivir allí, siempre hay alguien que te saluda o te sonríe o te dice que te acerques para regalarte una bolsa de tomates. Lo que odiaba era ser policía: cuidar de los borrachos, emitir órdenes de arresto, perseguir a menores de edad que robaban cigarrillos del estanco. Los adolescentes eran los que más me molestaban. Querían llamar la atención, querían que alguien demostrase un mínimo de interés por ellos, pero mi padre no lo veía de ese modo. Entendía aquel problema como falta de disciplina y su solución era una noche en el calabozo. «Enciérralos, Dan», decía, como si fuese una estrella de la televisión, ¡como esos chicos que siempre se saben la frase correcta! —Respiró hondo—. Así que los encerraba, pero entonces intentaba hablar con ellos. De ahí que fuese un «sensiblero».

Casey pensaba que «sensiblero» era mejor que «mariquita», cuando recordó lo que Ruth le había explicado sobre Connie.

—Mi padre tuvo una experiencia similar con su padre —dijo.

—Lo sé. Lo comentamos.

—¿Le hablaste de tu relación con tu padre?

—Me hizo algunas preguntas.

—¿Y él te habló de su relación con su padre?

—Le hice algunas preguntas.

Casey sintió un arrebató de celos, pero Jordan los hizo desaparecer al instante.

—Esas cosas no podría habértelas contado a ti, Casey. No se habría arriesgado a parecer débil a tus ojos. Yo no era nadie. No le importaba lo que pensase de él. Además, una vez que le conté mi historia, supo que yo entendería la suya.

Casey asintió y miró a su madre.

—¿Has oído, mamá? —dijo, pero por toda respuesta solo obtuvo aquel susurro. Llevó la mano de Caroline a su cuello—. Estás escuchando toda una serie de cosas fascinantes. —Miró al gota a gota, que proseguía su lento proceso, y al tubo de oxígeno, que yacía inerte, y al monitor cardíaco, que emitía aquel pitido suave y regular.

«¿Qué te parece, mamá?», pensó en silencio. «¿Le encuentras posibilidades?».

Caroline sin duda habría dicho que sí. Le habría gustado su aspecto. Le habría gustado su lado vulnerable. Le habría gustado el que fuese un artista.

«¿Qué opinas de la conexión con Connie?», se preguntó Casey, pero supuso que Caroline habría quedado tan impresionada con Jordan que no le habría preocupado que Connie lo hubiese contratado. Caroline habría pensado que Jordan le sacaba una cabeza de ventaja a todos los anteriores pretendientes de Casey.

«Pero me mintió», podría haber contrapuesto Casey y se corrigió de inmediato. «Bueno, quizá no me mintió, pero no reparó el error. ¿El oscuro y siniestro jardinero? ¿El gran macho? ¿Qué decía eso sobre su carácter?».

Caroline habría dicho, con mucha perspicacia, que Jordan se había retratado como un montón de músculos porque había crecido creyendo que para las mujeres el machismo resultaba más atractivo que el aguarrás y los óleos. El mensaje inherente en eso, podría haber añadido Caroline, era que se había comportado como lo había hecho para impresionar a Casey, lo que significaba que ella le gustaba.

«Por supuesto que le gusto», pensó Casey. «El sexo con él es magnífico».

Caroline habría puesto los ojos en blanco. Le habría dicho a Casey que creciese, y habría añadido que el amor no solo tenía que ver con el sexo, y Casey no habría replicado. No creía que su relación tuviese que ver con el amor. Todavía era muy pronto para eso.

Confusa y desanimada, miró a Jordan.

—Tenemos que irnos —dijo.

Casey no pasó a recoger su coche, sino que dejó que Jordan la llevase a casa. Entraron por la puerta del jardín, y durante un buen rato permaneció allí, a oscuras, inmersa en el olor de los árboles. Poseía un elemento curativo. Le dio la bienvenida a la paz que le proporcionaba.

Jordan se quedó en la puerta. Al mirar atrás, ella advirtió su indecisión. De modo que volvió a su lado, pero esta vez sin movimientos seductores, sin ronroneos ni dulces pullas. Estaba enfadada con él. Oh, sí, debería haberle dicho desde el primer momento quién era. Pero no le había mentado. Era el jardinero. Eso fue lo que ella había necesitado de él.

Y ahora necesitaba que fuese algo diferente. Colocó una mano entre las de Jordan y le preguntó suavemente:

—¿Te quedarás esta noche?

—¿Siendo quién? —preguntó Jordan, sugiriendo que también para él habían cambiado los papeles.

—Tú —respondió Casey, y rezó por que no hiciese más preguntas, pues se le habían acabado las respuestas.

Él no preguntó. En lugar de eso, alzó su mano y le besó los nudillos, le pasó un brazo por los hombros y echaron a andar hacia la casa.

Pasó mucho tiempo hasta que se durmieron, pero a Casey no le preocupó. Los domingos eran para dormir. Aparte del tiempo dedicado a hacer el amor, que no le permitió preocuparse por Caroline o Jenny o Darden, disfrutó del lujo que suponía permanecer en la cama con alguien que le gustaba. Casey pensó en ello cuando despertó durante un momento, a las seis de la mañana, y se acurrucó contra Jordan. Su último pensamiento antes de volver a dormirse fue que podría quedarse allí hasta el mediodía.

El destino, sin embargo, no lo permitió.

Capítulo 22

Primero llegó Angus. Cuando saltó sobre la cama, Casey despertó sobresaltada. Se tranquilizó de prisa, preguntándose si podría sentarse y acariciarlo sin que la arañase. En ese momento, sin embargo, el gato solo tenía ojos para Jordan. Caminó entre las sábanas, pasó con gracilidad por encima de Jordan, al otro lado de Casey, se volvió y se ovilló. No contento con eso, extendió una de sus garras sobre las costillas de Jordan. Después, regio, posesivo, incluso desafiante, apoyó la cabeza y miró a Casey.

—Oh, muchacho —murmuró ella, y quizá podría haber dicho algo respecto a la amistad entre hombres, si el teléfono no hubiese sonado. ¿Se trataría de Caroline? Miró la mesita de noche, con el corazón en un puño por segunda vez.

Pero el teléfono que sonaba era el de Jordan. Este apenas abrió los ojos, estiró el brazo por encima de Angus y alcanzó el teléfono móvil.

—Sí —dijo. En cuestión de segundos, estaba completamente despierto—. ¿Cuándo?... ¿Qué dijo?

Volvió la mirada hacia Casey. Ella no podía oír las palabras procedentes del otro lado de la línea, pero no había error posible.

—Sí. La conozco —dijo Jordan, mirándola ahora con desazón—. Debe de haber aprendido algo de eso de mí... No, yo no la envié allí. ¿Por qué habría hecho yo algo así?... Ella no sabía que yo era tu hijo. Hay montones de O'Keefes en Boston. —Se apoyó en un codo, escuchó y dijo—: Probablemente relacionó a Jordan con Dan y resultó embarazoso. Fue culpa mía, no suya. ¿Qué más ha dicho Darden?... ¿Ha hecho alguna amenaza?... Bien. Deja que me maldiga. Me odia desde la noche en que Jenny le pegó, y prefiero que sea así a que vaya en busca de ella. —Soltó un suspiro—. Espera un segundo, papá. Ha sido un comentario inocente. Jenny está muerta y enterrada. Tienes que decírselo a Darden. La última cara que quiero ver en mi puerta es la suya... ¿Te enterarás si se marcha del pueblo?... ¿Puedes comprobarlo?... Sí, te lo agradecería... Claro... Sí.

Cuando puso fin a la llamada, volvió a tumbarse y apoyó el teléfono sobre su vientre.

Angus había apartado su garra y se había sentado, pero seguía mirando a Casey.

—Jenny está muerta y enterrada —murmuró Jordan, justificándose—. Meg está viva y bien.

—¿Darden ha empezado a liarla? —preguntó Casey, sintiéndose culpable al tiempo que aterrorizada.

—Sí. Le ha dicho a mi padre que no me perdonaría el que hubiese ayudado a escapar a Jenny y la hubiese ocultado en algún lugar.

—¿Ha dicho que iría en su busca?

—No. Pero eso no significa que no lo haga.

—Si está obsesionado, no lo dejará estar.

—No me digas —masculló Jordan con aspereza.

—¿Tendríamos que decírselo a Meg?

Él reflexionó por un instante.

—Todavía no —respondió—. No sabe cómo encontrarla. Primero irá en mi busca, después te buscará a ti.

—¿A mí?

—Conoce tu nombre. Probablemente lo tengan en la cafetería. Tu número está en la guía.

—El del apartamento.

—Roguemos por eso.

Casey se cubrió los pechos con la sábana y se sentó.

—Lo siento.

Él le dirigió una mirada que expresaba exasperación. Tras eso, y aunque resultase increíble, su expresión se suavizó y dijo con una amable sonrisa:

—Sé que lo sientes. Tú no creaste este problema. Si alguno de nosotros, Connie, yo o incluso Meg, te hubiese puesto al corriente antes de que fueses a Walker, no lo habrías hecho. Pero no lo sabías. Puedo reprobar tus actos, pero no tus intenciones. —Le pasó un brazo por detrás de la nuca y la atrajo hacia su pecho. Empezó a acariciarle la cabeza con sus largos dedos.

Casey cerró los ojos. La última persona que había hecho algo así, había sido su madre, con sus suaves manos. Entre el estado de salud de Caroline y la amenaza de Darden, relajarse habría resultado imposible. Pero Jordan lo consiguió. Lo que le estaba haciendo la llevó al séptimo cielo.

Dejó escapar un ronroneo de satisfacción y dijo en voz muy baja:

—¿Angus sigue mirándome?

—Sí —susurró Jordan.

—¿Es eso un mal presagio?

—No. Él está aquí, ¿no es cierto? Me parece que hasta la semana pasada no había salido de la habitación de Connie.

—Es un buen gato.

—Es una buena casa.

Casey respiró hondo.

—El amigo de un amigo quiere comprarla —dijo.

—No puedes venderla.

—¿Por qué?

—Porque adoro ese jardín. Otra persona tal vez no quisiera que me ocupase de él.

—¿Eso es lo que eres, un sirviente?

—Sirviente es una palabra para mariquitas. Soy jardinero.

—Eres pintor. —A Casey le encantó decirlo. Seguía siendo una sorpresa.

—No puedo ser una cosa sin la otra.

—No es por el dinero.

—No. Es cuestión de inspiración.

Casey estaba pensando que lo entendía muy bien, cuando el sonido del timbre de la puerta principal interrumpió sus pensamientos. Angus saltó de la cama. Casey se incorporó, angustiada.

—¿Quién será? —preguntó mientras salía de la cama.

Jordan ya estaba de pie, poniéndose unos pantalones cortos.

—Mi coche está fuera —dijo—. Eso me pone nervioso.

Ella cogió el albornoz.

—¿Darden conoce tu coche?

—Claro. —Jordan se subió la cremallera—. Era el que conducía en Walker. —Tuvo problemas con el botón de la cintura—. Hace mucho de eso, pero Darden no se habrá olvidado.

Casey se puso el albornoz.

—Y si tuviera esta dirección...

—... Mi coche confirmaría sus sospechas —dijo Jordan, y acto seguido salió de la habitación.

Ella lo siguió, intentando atarse el albornoz mientras corría.

—No puede ser Darden. Ha estado hablando con tu padre en Walker hace muy poco.

Jordan bajó a toda prisa las escaleras.

—Fue anoche cuando habló con mi padre. Era muy tarde. Mi padre me llamó a casa y supuso que había salido. No se le ocurrió llamarme al móvil hasta que mi madre lo mencionó esta mañana.

Casey corrió tras él, rezando para que no fuese Darden el que había llamado a la puerta. Si aquel hombre llegaba a Boston y encontraba a Jenny, su aparición causaría estragos en la vida de esta. Ahora ella era Meg. Se sentía segura. Acabar con esa seguridad supondría una tragedia, y sería por culpa de Casey. No iba a fallarle a Connie en eso.

Jordan cruzó el recibidor. Miró por la ventanilla lateral de la puerta.

Casey se detuvo un par de metros detrás de él y contuvo la respiración.

Jordan resopló con una media sonrisa y dio un paso atrás.

—Creo que es para ti —dijo.

Perpleja, Casey miró por la ventanilla lateral. Al mismo tiempo que vio a Jenna, Brianna y Joy, ellas la vieron también. Pero también habían visto a Jordan. Parecían atónitas, nerviosas y sorprendidas, y señalaban hacia el tirador de la puerta, indicándole que abriese.

Casey miró a Jordan.

—¿Estás preparado para esto?

—¿Podría estarlo alguna vez? —preguntó. Abrió la puerta y permaneció allí mientras las amigas de Casey le miraban y hablaban a la vez.

—No hemos podido encontrar sitio para aparcar en la calle —anunció Brianna.

—Hemos tenido que ir hasta West Cedar —dijo Jenna.

—Menos mal que no nos rendimos —declaró Joy.

Brianna murmuró:

—¿Dónde te habías metido, Casey, pequeña bruja? —Sus ojos seguían fijos en Jordan—. Estaba preocupada.

—Has estado evitándonos —le recriminó Jenna, que también miraba a Jordan.

Y lo mismo pasaba con Joy, que dijo:

—No has devuelto las llamadas.

—¿No conozco a este hombre de algo? —Era Brianna de nuevo, que sin duda lo había reconocido.

—¿Y yo? —preguntó Jenna, aunque su tono de voz era más de perplejidad que otra cosa.

Las tres esperaron, observando a Jordan con expectación.

Casey suspiró resignada.

—Señoras, él es Jordan O’Keefe. Jordan, de izquierda a derecha, te presento a Jenna, Brianna y Joy, mis mejores amigas.

Jordan asintió a cada una de ellas, y después dijo:

—Lo siento, si hubiese sabido que ibais a venir, me habría vestido.

Jenna soltó una carcajada. Joy rio entre dientes. Brianna lo miró con desconfianza y dijo:

—Perdona, pero ¿no te vi trabajando en el jardín la semana pasada?

—Yo no lo vi ahí —dijo Jenna con inocencia—. Fue en una exposición de arte...

—Es artista —confirmó Casey—, además de mi jardinero.

—Y, obviamente, algo más también —indicó Joy. Su mirada se dirigió a los pantalones cortos de Jordan, que ni siquiera había tenido tiempo de abrochárselos.

Brianna se volvió hacia Casey casi con regocijo.

—Lo siento. Me encantaría profundizar en la naturaleza de la relación que mantienes con tu jardinero que también es artista, pero este es mi momento. —Tendió la mano izquierda, en la que lucía un precioso anillo nuevo de diamantes.

—¡Brianna! —exclamó Casey—. ¡Oh, Dios mío! ¡Lo has hecho! —Abrazó a su amiga con fuerza, después se alejó un paso de ella y miró el anillo—. Es maravilloso. —Volvió a abrazarla—. Estoy orgullosa de ti.

Brianna estaba radiante.

—Yo también.

—¿Cuándo ocurrió?

—El viernes por la noche. Te lo habría dicho antes, pero no contestaste a mis llamadas.

Jordan las interrumpió, rascándose la nuca con un gesto de vergüenza.

—Bueno, este es el momento en que yo desaparezco. —Con ello daba a entender que el responsable de que no hubiese devuelto las llamadas era él. Se trataba de una coartada perfecta, pues le evitaba a Casey tener que hablar de Maine—. Enhorabuena, Brianna —añadió.

—Oh, no te vayas —pidió Brianna—. ¡Vamos a celebrarlo! —En cuanto lo dijo, Joy sacó una botella de champán, y Jenna una bolsa grande de panadería—. Si Casey tiene zumo de naranja, ya disponemos del almuerzo del domingo. No será tan bueno como el que preparó Meg, pero lo intentaremos.

En ese preciso instante, como si la hubiese conjurado el sonido de su nombre, Casey vio a Meg cuando giraba por West Cedar. Iba mirando al suelo. Desde la distancia, parecía sola, incluso abandonada.

Casey sintió algo nuevo en su interior. Meg era su prima. Su prima.

—De acuerdo, colegas —dijo, incluyendo a Jordan en el grupo—, entrad que yo hablaré con Meg para ver qué podemos hacer. —Apretó con fuerza el cinturón del albornoz, y sin importarle que fuese la única prenda de ropa que llevaba puesta, bajó las escaleras y corrió descalza por la acera.

Meg alzó la vista. Se detuvo y le dedicó una sonrisa que transformó su rostro en algo hermoso.

Casey también le sonrió.

—Sé que es una completa locura echarme a correr descalza y en albornoz por la calle —dijo—, pero mis amigas acaban de llegar. ¡Brianna se ha comprometido en matrimonio! ¿No es genial? —Deslizó el brazo entre los de Meg y la guio hacia la casa—. No podrías haber llegado en mejor momento. ¿Podemos improvisar algo? Han comprado champán y algo en la panadería, pero tú eres la única que sabe si tenemos zumo de naranja y, aparte de eso, qué otras cosas hay en la nevera que nos sirvan. ¿Puedes echarnos una mano?

Aunque Meg seguía sonriendo, Casey pensó que parecía un poco pálida. Lo que sucedía era que llevaba menos maquillaje. Al observarla vio las desteñidas marcas de lo que habían sido sus pecas.

—Claro que puedo echaros una mano —repuso Meg con entusiasmo.

Con los brazos todavía unidos, Casey acercó su cabeza. Era sencillo: las dos eran más o menos de la misma estatura.

—Pero te advierto una cosa —dijo en tono conspirativo—. Jordan está aquí.

—¿Jordan?

—Hemos pasado la noche juntos.

—¿La noche... juntos? —Meg apretó los labios para evitar sonreír.

Casey la miró a los ojos.

Cuando Meg comprendió lo que sucedía, sus ojos se encendieron.

—¿Jordan?

—¿No crees que es guapo?

—Sí, pero es... Jordan.

Casey sabía exactamente de dónde procedía Meg. Ella, por su parte, venía de un lugar diferente.

—Precisamente —repuso, guiando a Meg hasta el interior de la casa.

En la media hora siguiente, Jordan añadió una camisa a los pantalones cortos, Casey se puso unos pantalones y una camisola, y Meg sirvió un desayuno

completo para cinco personas en la mesa del jardín, al sol. Las flores de los rododendros estaban abiertas casi por completo, las lilas estaban más altas, las verbenas eran más anchas y tenían un marcado color púrpura. El perfume que despedían parecía en honor a Brianna.

Estaban dando cuenta de unos huevos rancheros cuando sonó el teléfono de Jordan. Casey miró a este de inmediato, pero él ya se había puesto en pie. Contestó la llamada mientras caminaba hacia el despacho. Asegurándose de sonreírle a Meg, Casey miraba de vez en cuando a Jordan. Cuando acabó la llamada, y la miró a los ojos, ella fue a reunirse con él.

—Era mi padre —dijo con rapidez—. El coche de Darden ha desaparecido.

Casey sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Qué significa eso?

—Que no está en su garaje, ni en el camino de entrada de la casa, ni en el aparcamiento de la iglesia ni en ningún otro lugar del pueblo.

Casey gimió.

—¿Cuánto hace que desapareció? —preguntó.

—No lo saben —respondió Jordan—. Darden pudo salir anoche después de hablar con mi padre, o quizá esta mañana. —Él marcó un número en el aparato—. Policía de Boston —murmuró hacia Casey, y después habló por teléfono—: Hola, John. Soy Jordan Q'Keefe. ¿Recuerdas aquella situación que ni tú ni yo queríamos que llegara a producirse?... Sí. Me temo que sí.

Casey descubrió a otro Jordan en ese momento. Oyó lo que decía, el tono profesional de su voz. Frío y conciso, le ofreció al detective con el que hablaba todos los datos que tenía sobre Darden, su coche y la matrícula del mismo. Le dio la dirección del apartamento de Casey en Back Bay y la del suyo en la colina, pues los dos aparecían en la guía telefónica, y era posible que Darden se dirigiera hacia allí. También le dio la dirección de la casa de Leeds Court, y le dijo que no estaría mal que un coche patrulla pasase de vez en cuando por allí, solo por si acaso. A continuación le dio la dirección del apartamento de Meg en uno de los edificios de la colina, pero especificando que era solo para que lo supiese.

—Darden no conoce el nombre Meg Henry —dijo tanto a Casey como a sí mismo cuando finalizó la llamada— y, en cualquier caso, su número de teléfono no aparece en la guía. No sabrá dónde vive a menos que la vea por la calle y la siga hasta su casa.

—Meg tiene un aspecto diferente ahora.

—No tan diferente —apuntó Jordan con pesar.

—¿Por qué Darden conduce un Chevrolet y no el Buick?

—El Buick pasó a mejor vida hace mucho tiempo. El Chevrolet pertenece a la mujer que vive con él, cuyo nombre es Sharon Davies.

—¿Y realmente tiene una matrícula personalizada con las letras F-U-E-R-T-E?

—Eso es lo que me ha dicho mi padre.

—Si es tan fuerte, ¿qué hace con Darden?

—Él tiene una casa. Al parecer, se ha trasladado un montón de veces de pueblo en pueblo con sus dos hijos, quedándose donde le pillaba, gastando el poco dinero del que disponía. Cuando se fue a vivir con Darden, el trato fue que ella cocinaría y limpiaría a cambio de un techo bajo el que dormir.

—¿Sabe ella dónde ha ido Darden?

—Creo que va con él.

—¿Y los niños?

—Se han quedado en casa, pero no saben nada. No pueden decir cuándo se fue Darden. Estaban durmiendo.

—¿Y su madre ha dejado solos a los niños?

—Son lo bastante mayores. La hija tiene dieciséis y el niño once.

Casey intentó ver el aspecto positivo de la situación.

—Quizá se trate de un viajecito inocente —dijo, pero no creía en ello más que Jordan, a juzgar por el gesto de su cara. Así que añadió enseguida—: ¿Crees que debo llevarme a Meg a otra parte?

—No. Eso sería más triste para ella. Además, Darden no sabe cómo llegar hasta aquí. No sabe quién era Connie. Si lo hubiese sabido, se habría presentado hace tiempo. Por ahora, ella está más segura con nosotros.

Brianna, Jenny y Joy se marcharon al mediodía. Casey las acompañó hasta West Cedar, donde habían aparcado. Cuando regresó, encontró a Jordan en la acera hablando con Jeff y Emily Eisner, a quienes invitaron a ver el jardín. Todavía quedaba comida. Jeff y Emily estaban hambrientos. Jordan quería comer algo más, y Casey no se opuso a acompañarlo.

Meg estaba encantada, pues sin duda le gustaba Emily. Se conocían de las veces que esta visitaba a Connie, y charlaron un rato. Ni Emily ni Jeff le hablaron con superioridad. Por el contrario, casi parecían deseosos de protegerla: alabaron sus tostadas, le dieron las gracias calurosamente cuando apareció con la cafetera para volver a llenarles la taza, y comentaron con ella cuestiones relativas a las tiendas del barrio.

Casey se dio cuenta de ello. Y también se dio cuenta de lo cómodo que parecía Jordan, incluso más que en compañía de Brianna, Jenna y Joy. Con ellas se había mantenido al margen, pues la conversación había girado en torno al compromiso matrimonial de Brianna, pero con Emily y Jeff estaba en su salsa. Ese era el lado sociable de Jordan que Casey nunca había visto.

Estaba pensando en ello, con la taza de café entre las manos, cuando los Eisner les dieron las gracias y se marcharon. Jordan entró en la casa y salió con el periódico del domingo. Casey lo vio aproximarse. Dejó el periódico sobre la mesa, pasó la primera página y se sentó. Transcurrió más de un minuto hasta que él advirtió que estaba mirándolo.

Dejó el periódico y enarcó una ceja como si preguntase: «¿Qué pasa?».

—Emily me susurró algo muy interesante al oído cuando se iban —dijo Casey con dulzura—. Le dije lo encantada que estaba de tenerles como vecinos, y ella dijo lo agradecida que estaba contigo por haber pasado por su casa y sugerirle que se dejase caer por aquí cuando yo estaba tan mal la semana pasada. Eso se llama manipulación, Jordan.

Él no respondió, sino que se limitó a repantigarse en la silla y mirarla con una sonrisa.

—Debería estar furiosa —añadió Casey.

Él permaneció en silencio.

—¿Por qué no lo estoy? —preguntó Casey.

—Porque sabes que mis sentimientos son sinceros —respondió Jordan.

Ella lo sabía. Nunca había apreciado en Jordan malicia alguna. ¿Era travieso? Sí. Y lacónico. Si lo hubiese sido menos, lo habría dejado correr. Era un hombre culto y preparado. Era perspicaz. Había comprendido que Emily Eisner era lo que Casey necesitaba aquel día, a pesar de que él no podía saber nada sobre el banco del piano.

A Casey le sorprendió comprobar, al mirarlo con atención, que Caroline tenía razón. Barba incipiente, camisa vieja, vaqueros gastados, botas sin atar... Todo eso, junto con su aspecto taciturno, formaba parte de la imagen de macho que había elegido para atraer a las mujeres.

—¿Estás pensando en algo? —preguntó Jordan con delicadeza.

Ella pensaba que no tenía por qué fomentar esa imagen de macho, pues ya era la masculinidad en su máxima expresión sin necesidad de artificios, pero sacudió la cabeza.

Siguió pensando.

—Sí —dijo por fin. Miró a su alrededor, los soleados senderos y las flores que creían más exuberantes cada día—. ¿Cómo puedo estar alegre, en un

momento como este? —Era un momento terrible, de espera, y Darden solo constituía una parte del problema. También estaba Caroline. Sí, Casey sentía pequeñas punzadas en su interior cuando pensaba en alguno de los dos, pero el pánico que podría haberla atenazado estaba bajo control.

A modo de respuesta, Jordan cruzó las piernas y la miró con aire perezoso.

Era a causa del jardín, le había dicho él. El jardín era un oasis, una posibilidad de escapar de las preocupaciones del mundo. Y no, no podía venderlo. Ahora lo entendía. Su apartamento de Back Bay no podía hacerle la menor sombra. Y tampoco, a decir verdad, la granja de Rhode Island. La granja representaba a Caroline. Esa casa, sin embargo, hablaba de Casey, era donde esta deseaba estar.

Sintió que a Connie le habría gustado su percepción, y eso, a su vez, también le gustó a Casey.

Jordan todavía la miraba. Su mirada decía algo más, de acuerdo. Le decía que estaba allí, y que eso marcaba la diferencia. Tenía razón. Pero no iba a admitirlo.

El canto de los pájaros y los ruidos de la ciudad en la mañana del domingo, se vieron repentinamente alterados por el sonido de una bocina. Se oyó un segundo bocinazo, y un tercero, y un cuarto..., irregulares, discordantes e iracundos. Procedían de la parte delantera de la casa.

Casey miró a Jordan, que se levantó de la silla al instante y recorrió el sendero de piedra hacia la puerta.

Ella iba pisándole los talones.

—Dudley no puede haber sido tan estúpido.

Jordan subió las escaleras de dos en dos.

—Seguro que sí. Le encanta llevarse el mérito de cualquier buena historia.

Llegaron al recibidor. Jordan abrió la puerta al tiempo que ella se colocaba a su lado.

Había un abollado Chevrolet frente a la casa, la mitad sobre la calzada y la otra mitad subido a la acera. Estaba colocado en dirección contraria a la del resto de coches, con la puerta del conductor en un hueco entre dos automóviles aparcados. Casey no tuvo necesidad de mirar la matrícula para saber que el furioso conductor era Darden Clyde.

—Vuelve adentro —le dijo Jordan cuando empezaba a bajar los escalones.

Ella hizo caso omiso y lo siguió. En ese instante Darden salía del coche.

—No hay un puto sitio para aparcar por aquí —chilló mientras avanzaba hacia Jordan—. Bien, O’Keefe, ¿dónde está?

—¿Quién? —preguntó Jordan. Con los hombros hacia atrás y los pies ligeramente separados, era lo bastante corpulento para que Casey pudiese ocultarse tras él.

—Mi hija —espetó Darden, rojo de furia.

Casey observó a aquel hombre con una fascinación morbosa. Si no hubiese sabido lo que le había hecho a Jenny, habría pensado que era incluso guapo. A pesar de su escaso pelo, sus rasgos eran armónicos y sus ojos de un azul profundo. Pero ella sabía lo que había hecho, lo que le confería el aspecto de un predador.

—Tú enterraste a tu hija —dijo Jordan.

—Sin cuerpo alguno en la tumba, y entonces llegó esa mujer, ayer —dijo mirando a Casey con odio—, diciendo a quien quisiera oírla que MaryBeth no había muerto, y, de repente, aquí estás tú, en la casa de ella. Te fuiste del pueblo cuando MaryBeth desapareció. Está clarísimo.

—MaryBeth está muerta, Darden. Muerta.

Casey no podía discutir sobre ese punto. MaryBeth estaba muerta. Y Jenny también. Pero Meg estaba viva, en algún lugar dentro de la casa.

—¿Qué hiciste O’Keefe? —gruñó Darden, adelantando el mentón—. ¿Olfateaste algo bueno en Walker y te lo llevaste? ¿Pete? No había ningún Pete. Pete eras tú. Pero ella es mía. ¿Me has oído? Mía. No puedes tenerla. He venido para llevármela.

—Estás totalmente equivocado —dijo Jordan con voz firme—. Será mejor que des media vuelta y regreses a casa.

—No hasta que recupere a mi hija. —De repente, Darden miró por encima de Jordan, y un resplandor malévolo iluminó sus ojos—. Vaya, vaya, vaya. Los tres en la misma dirección. Qué interesante.

Casey se volvió. Meg estaba en el hueco de la puerta, contemplando a Darden mirando con los ojos muy abiertos. Parecía paralizada por el miedo.

Casey corrió hacia donde se encontraba y se interpuso entre ella y la mirada de Darden. Con toda la dulzura de que fue capaz, dado el miedo que también ella sentía, dijo:

—No hables con él. No tienes que decir una sola palabra.

—Tu color de pelo es asqueroso, MaryBeth —gritó Darden—, pero aunque fuese púrpura, te reconocería igualmente. No sé qué clase de juego te llevas esta vez, pero no vas a seguir adelante con él.

Casey giró sobre los talones y dejó a Meg a su espalda, cogiéndole las manos. Jordan seguía bloqueándole el paso a Darden. Pero Casey advirtió otros movimientos en la calle. Atraídos por los gritos, habían empezado a aparecer los vecinos: el abogado, Gregory Dunn, Jeff y Emily, y algunos otros que solo conocía de vista. Algunos simplemente curioseaban, pero unos pocos avanzaron con cautela. Uno de ellos, el abogado, hablaba por un teléfono móvil. Casey rezó por que estuviese llamando a la policía.

Pero Darden iba un paso por delante. Con una sonrisa maligna, sacó un revólver del bolsillo y apuntó a Jordan. Sin dejar de sonreír, gritó hacia Meg:

—¿Así es como quieres que sean las cosas? ¿Tendré que matar por ti, pero esta vez de verdad?

Casey estaba horrorizada. Con el rabillo del ojo vio que los vecinos que se habían acercado retrocedían.

Meg se estremeció, y Casey le apretó con más fuerza las manos. Sabía que Jordan iba desarmado —el bulto en su bolsillo era el teléfono móvil—, lo que significaba que estaba en serio peligro. Intentó calcular si tenía alguna posibilidad de tumbar a Darden antes de que este le disparase, cuando un movimiento llamó su atención. Alguien había salido del coche detrás de Darden: una mujer. Llevaba una blusa ceñida sin mangas, tenía un busto prominente aunque no era gorda, llevaba el pelo corto, y era rubia y de aspecto duro.

Se trataba de Sharon Davies. Casey no tuvo ninguna duda al respecto.

—Baja el arma, Darden —dijo con una voz tan ruda como su aspecto.

—No te metas en esto —murmuró Darden sin mirarla.

—Baja el arma —insistió ella.

Darden siguió apuntando a Jordan, quien le ordenó:

—Bájala. Violar la libertad condicional es una cosa, asalto con arma de fuego es algo muy diferente. No empeores las cosas.

—¿Empeorar las cosas? —aulló Darden, a pesar de que Jordan estaba tan solo a un par de metros de distancia—. Es mía. La quiero. Si no puedo conseguirla, no tengo nada que perder. Pasé varios años en la trena por ella. —Estaba fuera de sí—. No tengo nada que perder —repitió.

Se oyeron sirenas en la distancia. Jordan tendió el brazo.

—Dame el arma —dijo con suavidad.

—Ni hablar —gruñó Darden. Cogió la pistola con las dos manos y la amartilló.

Una tercera mano cogió el arma. Casey no se había percatado de que era Sharon. Darden se volvió. Forcejearon. Jordan embistió a Darden. Sonó un

disparo.

Meg y Casey chillaron. Casey habría echado a correr hacia Jordan si Meg no hubiese empezado a temblar..., y si el sentido común no le hubiera dicho que se mantuvieran apartadas de la pistola. Se volvió y abrazó con fuerza a Meg mientras miraba hacia Jordan, angustiada, por encima del hombro. Estaba tumbado en el asfalto encima del cuerpo de Darden. Tras unos cuantos segundos, sin embargo, lo vio moverse.

Pero no a Sharon Davies. Estaba inmóvil, con la pistola de Darden en la mano, mirando con ojos desorbitados el cuerpo sin vida de este.

Jordan se arrodilló. Observó a Darden durante un minuto. Le buscó el pulso y después miró a Sharon.

—Está muerto.

Meg dejó escapar un grito ahogado. Casey no supo si se trató de un grito de dolor o de alivio. Ella no se sintió aliviada hasta que no vio que Jordan se ponía en pie.

Sharon estaba aturdida. Se sobresaltó al mirar a Jordan a los ojos. Le entregó el revólver y, de repente, pareció más horrorizada que dura.

—¿Qué le hizo a MaryBeth? —preguntó con voz temblorosa—. Siempre me llegaban rumores, pero me decía a mí misma que no eran ciertos, ni siquiera cuando mi hija me dijo que la tocaba. Es una niña traviesa. Supuse que también había oído los rumores y solo quería causar problemas. Pero al oír a Darden ahora, lo comprendí. Violó a mi hija. Estoy segura de ello. La pobre tenía razón. Por lo que le hizo a mi hija, y lo que le hizo a MaryBeth, merecía morir.

Las sirenas se oyeron más cerca.

Meg no paraba de temblar, pero cuando Casey intentó meterla en la casa, se negó a entrar con sorprendente fuerza. Así que intentó evitar que viese a Darden, pero no pudo impedirlo. Estiró el cuello hasta que consiguió ver a su padre, cuyos ojos sin vida bien podrían haberle devuelto la mirada.

Casey siguió abrazándola. Conocía el pasado de Meg, sabía todo lo que Darden le había hecho y lo que eso la había llevado a hacer, e imaginó que Meg temía que Darden se levantara del suelo y la atacase.

—Ya está —le susurró—. Ya está. Ya no puede hacerte daño.

—He soñado con esto una y otra vez —murmuró Meg al borde del ataque de pánico—. Él no iba a dejarlo correr. No iba a hacerlo.

Jordan se unió a ellas y dijo:

—Ahora sí, Meg. Está muerto. Todo ha acabado definitivamente. Ya nunca más podrá hacerte daño.

Casey pasó un brazo por los hombros de Jordan, pero solo tuvo tiempo para dedicarle una agradecida mirada antes de que el coche patrulla apareciese por Court con las luces encendidas. Se detuvo con un frenazo. Dos agentes se apearon de él con las armas en la mano. Dos coches más aparecieron por West Cedar, e hicieron lo mismo. Jordan se acercó a ellos.

Jeff y Emily pasaron por su lado en dirección a la escalera. Emily colocó una mano en la espalda de Meg.

—¿Te encuentras bien?

Meg tragó saliva con dificultad, apartó la mirada del cadáver de su padre y asintió de forma convulsiva.

—Estará bien —dijo Casey, y no dejó de repetirlo cuando otros vecinos se acercaron con cautela. Una cosa estaba clara: todos conocían a Meg y la apreciaban.

—Nos hace de canguro cuando viene a visitarnos nuestro nieto. No confiamos en nadie más —dijo uno de los vecinos.

—Sacó a pasear a nuestro perro cuando mi padre tuvo el ataque y tuvimos que acudir a Poughkeepsie inesperadamente —añadió otro.

—Meg le prepara sopa de pollo a mi mujer cuando está enferma —dijo Gregory Dunn—. Es lo único que puede comer.

—Es una receta de Miriam —murmuró Meg, y miró insegura a Casey.

Casey sonrió y asintió, dándole a entender que estaba al corriente de la historia.

—Miriam era buena persona —dijo, y sintió que Meg se relajaba un poco. Minutos después, Meg volvió a mirar hacia la calle.

—¿Puedo verlo?

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Meg asintió.

Casey comprendió su necesidad de poner punto final a aquel asunto. A pesar de lo muy despreciable que era como persona, Darden Clyde llevaba la misma sangre que Meg. Esta había pasado más tiempo con él de lo que Casey había pasado con Connie; y, sin embargo, ahí estaba Casey, viviendo en la casa de su padre, visitando el pueblo natal de este y buscando a su esposa, para seguir el rastro de Jenny y Pete. Todo eso también era una forma de poner punto final a su propia historia.

Por decirlo de otro modo, había otras razones por las cuales Casey quería ayudar a Meg. La gratitud era una de ellas: Casey apreciaba todo lo que Meg había hecho por Connie. La compasión era otra: a Casey le dolía lo que Meg había experimentado en su infancia, y quería ayudarla a superarlo. También

sentía un creciente afecto hacia Meg, que a su manera inocente y abnegada era una persona adorable. Y, por último, eran primas. Casey sospechaba que siempre iba a sentir el deseo de proteger a Meg, y eso no tenía nada de malo.

Casey la cogió del brazo y la guio escaleras abajo.

Un par de policías forenses habían llegado ya y habían certificado la muerte de Darden. Cubrieron la mitad superior del cadáver, y se pusieron a hablar con uno de los agentes de uniforme. Los otros tres, así como Jordan y Gregory, estaban con Sharon Davies. El abogado hablaba utilizando términos como «defensa propia» y «defensa de una persona amenazada». Casey escuchó lo suficiente para comprender que, dado que Sharon había disparado contra Darden para evitar que este disparase contra otra persona, nunca se la acusaría de su muerte.

Liberándose del brazo de Casey, Meg llegó hasta donde estaba el cadáver de su padre. Se acuclilló, retiró la sábana con mano temblorosa y reposó el peso de su cuerpo en los talones.

—No lo veía desde hacía siete años —le dijo a Casey en voz baja.

—No tuviste más remedio.

—Él me quería.

—Sí.

—Demasiado.

A Casey le sorprendió que Meg demostrase tanta entereza, habida cuenta de la tormenta de emociones por la que tenía que estar atravesando en esos momentos.

—Tal vez sea mejor que todo haya sido así —añadió Meg.

—Creo que sí —coincidió Casey. No podía imaginar un guion en el que Darden supiese dónde estaba Jenny y aun así la hubiese dejado en paz. Su necesidad de ella se había convertido en una obsesión que no podía desaparecer sin más. La muerte era el único recurso para que el miedo de Jenny acabara definitivamente. Jenny lo había sabido hacía siete años, y había necesitado que pasase todo ese tiempo para que, con un giro inesperado, todo quedase atrás.

—¿Crees en fantasmas? —preguntó Meg dirigiéndose a Casey sin apartar la mirada de Darden.

Casey iba a responder que no, pues pensaba que era lo que Meg necesitaba oír, pero dudó. Había sentido la presencia de Connie en más de una ocasión. Incluso podría haber dicho que el espíritu de este estaba presente de algún modo en Angus.

Meg la miró.

—¿Se quedará por aquí y me atormentará?

Su voz sonó tan aterrorizada que Casey contestó de forma contundente:

—No. Tú y yo nos aseguraremos de ello.

Los policías forenses regresaron. Casey cogió a Meg por los brazos con cuidado y la apartó del cadáver.

—Está muerto —le repitió al oído. Se trataba de terapia de exposición en el sentido más estricto de la palabra—. Lo has visto con tus propios ojos. ¿Acaso puede gritarte ahora?

—No.

—¿Puede enfadarse contigo?

—No.

—¿Puede tocarte?

—No.

—Era un hombre furioso e infeliz. Quizá ahora haya encontrado la paz.

—Eso me gusta —dijo Meg con lágrimas en los ojos—. No quiero que esté furioso o sea infeliz. Era mi padre.

La policía hizo preguntas, y hubo que rellenar un montón de papeles para llevar a Darden de regreso a Walker para que lo enterrasen. Meg decidió — con mucho acierto para su salud emocional, según la opinión de Casey— que Jenny debía de seguir muerta. No tenía ninguna intención de regresar a Walker. Se había convertido en Meg, y le gustaba la vida que llevaba.

La versión oficial, tal como se la contaría Jordan a Edmund O’Keefe por teléfono esa misma tarde, sería la siguiente: arrastrado por sus sospechas, Darden fue en busca de Jordan con un arma, lucharon y Darden recibió un balazo.

Sharon era la única de Walker que había visto a Jenny, pero había hecho hincapié en su situación para mantener su nombre a salvo. Al hacerlo, por supuesto, también dejaba al margen el nombre de su propia hija, lo que constituía un factor importante.

A última hora de la tarde, la calle quedó desierta. Casey y Jordan regresaron al jardín e insistieron en que Meg se quedase con ellos. Era un lugar tranquilo, alejado incluso de lo que había sucedido delante de la casa. Allí había esperanza. Había crecimiento. Fue Jordan quien lo hizo notar, nombrando libremente las flores en esta ocasión. Le mostró a Casey los capullos de las

hidrangeas y las primeras peonías. Le explicó que los heliotropos florecerían en pequeños racimos durante la mayor parte del verano, que los agapantos y los viburnos, eran excelentes flores decorativas, que las campanillas dejarían bien pronto de dar flores y que plantaría petunias en su lugar. Le enseñó que las plantas perennes, que florecían cada año, a veces daban flores iguales y a veces diferentes. Se acuclilló junto a las gardenias, por las que parecía sentir un interés especial. Estaban empezando a florecer, pero su perfume ya se percibía.

Al escucharlo hablar, Casey se sintió hechizada. Fue siguiéndolo de flor en flor, mientras los pájaros revoloteaban de un lado a otro, y las abejas zumbaban a su alrededor. En la fuente borboteaba, incansable y tranquilo, su relajante chorro de agua.

Meg no habló mucho, tampoco permaneció sentada durante mucho rato. Se ponía de pie de un salto al menor ruido. Se calmó cuando Jordan le encargó algunas tareas, como cortar las puntas de los rododendros, recoger los capullos de las lilas que se habían caído o arrancar los hierbajos que crecían entre las hierbas del sendero. Sin duda era feliz cuando tenía algo que hacer. La inactividad le llevaba a recordar y preocuparse.

Casey se identificó con ella. Cuando estaba ocupada, no pensaba en el estado de salud de Caroline. Así, tras la lección de Jordan, pasó un rato rellenando formularios para las compañías de seguros y, cuando acabó con eso, entró en la casa a hacer unas cuantas llamadas telefónicas para comunicar el traslado de la consulta al siguiente grupo de pacientes.

Se disponía a volver al jardín cuando vio que Jordan también entraba, llevando consigo el calor del exterior. Con el lápiz tras la oreja y una mano a la espalda, parecía sentirse a gusto consigo mismo.

Ella le dedicó una misteriosa interrogación.

Jordan extendió la mano oculta tras la espalda y dejó una servilleta de papel sobre el escritorio. En ella había un capullo de gardenia, como los que habían empezado a abrirse en el jardín. No, se dijo ella, sorprendida, al levantar la servilleta. Era algo más que una gardenia. Era la imagen de su propia cara formada por pétalos, de un modo tan sutil pero tan verdadero que quedó anonadada. Ojos, nariz, boca; había captado todo, incluso la forma de su cara en el corazón de la flor, enmarcada por su pelo, que se rizaba sobre los elegantes pétalos.

Tan sencillo y tan hermoso. Llevó aquel esbozo hasta su corazón.

—Voy a enmarcarlo.

A Jordan se le encendieron las mejillas.

—No lo enmarques. Es solo una tontería. Quería hacerte reír.

—Tienes mucho talento —dijo ella, todavía impresionada—. Artista. Jardinero. Salvador. Aún no te he dado las gracias por rescatarme de mi última metedura de pata.

—¿Qué metedura de pata?

—Ir a Walker. Darle mi tarjeta a Dudley Wright. Traer a Darden aquí.

—¿Eso es una metedura de pata?

—Sin duda lo habría sido si te hubiese matado, si hubiese matado a Meg. Inclínándose por encima del escritorio, le pasó los dedos por el cuello.

—Pues no ha pasado ninguna de esas cosas. Lo que ha sucedido —dijo él al tiempo que su sonrisa se transformaba en una expresión de admiración— es que tú forzaste los acontecimientos. Al ir allí, conseguiste que se le ocurriera venir. Meg es libre ahora. Como lo es, al parecer, la hija de Sharon Davies. Lo hiciste bien, Casey Ellis. Connie se habría sentido orgulloso de ti.

Casey sintió una oleada de calor en su interior. Él no tenía por qué decir eso. Sin duda, no tenía por qué decirlo con semejante convicción. Pero parecía saber que eso era lo que más necesitaba escuchar. Era un hombre capacitado para el cariño, ¿cómo no amarlo de todo corazón?

Darse cuenta de ello fue como una repentina sacudida. Pero Casey no podía hacer oídos sordos. Lo mantuvo dentro de sí —le hizo un espacio, dejó que germinara y creciese—, dándole un motivo para reflexionar mientras caía la tarde. Poco antes de las nueve, cuando llamaron de la clínica para decir que Caroline estaba sufriendo ataques de nuevo, Casey no podría haber ido a ningún otro lugar.

Capítulo 23

Casey no había estado tan nerviosa desde los primeros días después del accidente, cuando Caroline se debatía entre la vida y la muerte. Una voz en su interior le decía que ahora las cosas no eran muy diferentes. Caroline siempre se las había apañado para salir adelante. En contra de las expectativas de los médicos, había permanecido viva durante tres largos años. Un poco más de tiempo no haría daño a nadie. Un poco más de tiempo, y tal vez consiguieran encontrar una cura; algo que la hiciese despertar, que curara los daños cerebrales. Algo. Cualquier cosa.

Casey no quería que el miedo la dominase. Sin duda, no había perdido la esperanza. Pero todas las vocecitas del mundo no lograrían calmarla. La violenta muerte de Darden ese mismo día no ayudaba.

Jordan conducía. Casey iba sentada en el asiento del acompañante. Meg se deslizó en el asiento trasero sin dar tiempo a que cualquiera de los dos le dijese que se quedara en casa, aunque Casey no lo habría sugerido. Se sentía invadida por una sensación de profundo terror, pero era diferente del vacío con que había convivido durante esos tres años. Tener a alguien a su lado, al parecer, la ayudaba.

Recorrieron el trayecto en silencio y llegaron pronto a Fenway. Casey se encontró en la segunda planta con el médico de guardia. Tenía un aspecto sombrío.

—Francamente, me sorprende que aún siga con nosotros —dijo con un hilo de voz mientras recorrían deprisa el pasillo—. Estos ataques son más fuertes que los que había sufrido hasta ahora. Siguiendo sus indicaciones, no hemos realizado ninguna acción invasiva, aunque la hemos sedado. El ataque ya ha pasado, pero ha sido mucho más largo en esta ocasión. Eso supone un peligro adicional.

Casey se hacía a la idea. Sabía lo suficiente de medicina y sus efectos. Aun así, preguntó:

—¿Qué clase de peligro?

—Su sistema se está deteniendo. Si lo hace aún más por la medicación, morirá.

—Pero si no se frenan los ataques, morirá igualmente.

—Sí, pero preferimos que tenga una muerte «dulce», por llamarla de algún modo.

—Por eso la han sedado.

—Sí.

Ann Holmes estaba con Caroline, lo que tranquilizó a Casey en parte. De todas las enfermeras, ella era en la que más confiaba. Cuando entraron en la habitación, estaba ajustando una de las dos tiras que sujetaban el gota a gota. El tubo de oxígeno estaba en su lugar. Oyó los pitidos del monitor cardíaco.

A pesar de su respiración sonora y áspera, Caroline tenía el mismo aspecto que por las noches: estaba de espaldas, con los ojos cerrados, la boca entreabierta y las manos sobre las sábanas. Los únicos signos de una alteración reciente eran su pelo y la ropa de cama, ambos revueltos.

Casey se acercó a Caroline y le acomodó algunos mechones detrás de las orejas. Cogió la mano de su madre y la presionó contra su corazón. No habló. Tenía un nudo en la garganta debido a la emoción.

—Ha sido un momento duro para ella —dijo Ann suavemente.

Casey asintió.

—Las enfermeras intuimos cosas —prosiguió Ann—. No podemos decir cómo o por qué, pero, más allá de los cambios físicos, sabemos cuándo un paciente como Caroline trata de decir algo. Tienes que ayudarla, Casey. Tienes que hacerle saber que está bien.

A Casey se le encogió el corazón.

—Está preparada —susurró Ann.

—Yo no —repuso Casey. Le habían avisado sobre ese momento. Había pasado por los pasillos en los que había pacientes que se aproximaban a la muerte, había visto las cosas que hacían, las cosas que necesitaban; y se habría sentido preparada si hubiese sucedido un mes o dos después del accidente. Se había dicho a sí misma que la recuperación era solo cuestión de tiempo. Había elegido vivir con esperanza.

Ahora Ann le decía que había llegado el momento de dejarla partir. ¿Cómo aceptarlo?

—¿Está dormida? —susurró Meg por encima del hombro de Casey.

Casey se aclaró la garganta.

—A su modo —contestó.

—¿Sabe que estás aquí?

—Mmm —murmuró Casey de forma elusiva, pero después, sin mirar a Ann, admitió—: No estoy segura. Probablemente no.

—¿Por qué hace ese ruido?

Casey miró a Jordan. Estaba a los pies de la cama, como un reconfortante pilar. Sacó fuerzas de ello y le dijo a Meg:

—No tiene fuerzas para aclararse la garganta —dijo—, así que se le acumulan las flemas.

—¿Sufre?

—No.

—Me alegro. —Meg permaneció unos minutos en silencio, después añadió—: Es muy guapa.

Casey sonrió. El nudo de su garganta creció otra vez. Asintió. Sí, Caroline era muy guapa. Siempre lo sería en la mente de Casey.

Tomó la mano de su madre, extendió la muñeca y enderezó los largos dedos uno a uno. Los entrelazó con los suyos, y volvió la mano de Caroline hacia arriba. En ese proceso, observó la parte interior del brazo. Era más oscura que la parte exterior.

Miró alarmada a Ann, que explicó:

—Es por la circulación sanguínea.

Lo que no dijo fue que no era un buen signo, pero la expresión de pesar de su rostro fue lo bastante explícita; y, además, Casey sabía lo que significaba. Más allá de todo lo que le habían explicado al principio, había leído casi todo lo que se podía leer acerca de las complicaciones y signos y prognosis de quienes estaban en la situación de Caroline.

Todo señalaba hacia un punto. Casey se sintió abrumada al admitirlo. Frotó el brazo de Caroline, pensando que quizá así ayudase a la circulación. Sabía que no serviría, pero necesitaba hacerlo de todos modos.

—¿Se despertará? —preguntó Meg.

Casey deseaba decir que sí. Lo deseaba con desesperación. Pero no pudo decirlo.

Jordan miró a Casey a los ojos. Hizo un gesto apenas visible, preguntándole si quería que sacase a Meg al pasillo. Casey negó con la cabeza. No le importaba que Meg estuviese allí. Al igual que Jordan, era un recordatorio de su vida actual, y ello la ayudaba a mantenerse aferrada a la realidad. Con toda probabilidad, era lo que más necesitaba.

—Espero que se despierte —añadió Meg—, pero no tiene buen aspecto.

Dos horas más tarde Caroline no parecía estar mejor. Su respiración se había hecho incluso más sonora. En cuanto el doctor succionaba las flemas, estas eran reemplazadas por otras. Le levantaron un poco más la cabeza, sin efectos visibles. De igual modo, ni las caricias y friegas de Casey, ni sus suaves palabras, parecían provocar nada.

Nunca se había sentido tan frustrada. Ver a Caroline como lo había hecho esos tres años había sido duro, pero sentarse allí sin poder hacer nada mientras su salud se deterioraba por momentos le producía un dolor profundo.

Meg estaba dormida en una silla. Jordan se hallaba cerca de Casey, que permanecía sentada en el borde de la cama, al lado de Caroline.

—Tal vez deberías llevar a Meg a casa —sugirió en voz baja—. Necesita dormir. Y tú también.

—Y tú.

Con una triste sonrisa, Casey miró a Caroline.

—Es como después del accidente. Me pasaba las horas sentada aquí, esperando que algo ocurriese. Dormía y me despertaba en la silla. Ahora también podría hacerlo. No soporto la idea de dejarla sola.

—Te llamarán si se produce algún cambio.

—Lo sé. Pero sigo estando a diez minutos de distancia. Estoy más cerca de mi apartamento. —Esbozó una sonrisa—. Hace dos semanas, el apartamento era mi hogar. ¿Cómo es posible que todo haya cambiado tan rápido?

Él no respondió, se limitó a deslizar una mano entre las de Casey.

Entonces a esta se le ocurrió una idea. Contuvo la respiración y alzó la cabeza.

—Oh. Vaya. —Miró a Jordan—. Todos estos meses, pensaba que si mi madre mejoraba, encontraría la forma de llevármela a casa conmigo. Apenas tenía espacio. Ahora lo tengo. Quiero enseñarle dónde vivo.

—No puede verla —le recordó Jordan.

La idea, sin embargo, había tomado cuerpo.

—Tal vez no, pero ¿qué importa eso? Lleva tres años tumbada aquí. Tal vez ese sea el problema. Tal vez necesita un cambio de escenario para que sepa que todavía existe el mundo ahí fuera. Hay muchas habitaciones en la casa. Estará tan cómoda allí como lo está aquí. Por lo que cuesta esto, puede tener una enfermera en casa. —Sopesó las posibilidades—. Podré verla entre paciente y paciente. Estaré a su lado si ocurre algo. Sentiré que soy útil. —Tuvo otra idea, y añadió con una sonrisa—. ¿No es un acto de justicia?

Connie me dejó la casa, pero a ella no le dejó nada. Creo que sería justo que Caroline viese la casa. Que se quedase allí. Que hiciese uso de ella.

—¿A ella le gustaría?

—Si no le gusta —repuso Casey en tono desafiante—, dejemos que abra los ojos y me lo diga.

El traslado se produjo a la mañana siguiente, temprano. Una ambulancia llevó a Caroline a Beacon Hill, donde la esperaban Casey, Jordan, Meg y la enfermera privada. En muy poco tiempo, instalaron a Caroline en el enorme dormitorio de Connie. Casey no la habría puesto en ningún otro lugar.

Angus pareció agradecerlo. Tras esconderse detrás de las cortinas hasta que cesó toda actividad, se aventuró con cautela y se aproximó a la cama. Saltó encima de esta y olisqueó un costado de Caroline y luego el otro. Después, sin que le preocupase que no se tratase de Connie, se hizo un ovillo a sus pies y se durmió.

Esas fueron las buenas noticias.

Las malas, que Caroline no dio signo alguno de que fuese consciente del traslado. Si movió los ojos no fue a modo de respuesta ante algún estímulo. Sus manos yacían inertes. Ni siquiera tosía, solo respiraba ruidosamente.

Casey culpó de todo ello a los sedantes que le habían administrado, pero no se atrevió a pedirle a la enfermera que dejase de suministrarle la medicación. Tampoco se lo pidió al médico cuando pasó por allí al mediodía. La alternativa eran los ataques, le habría dicho. Nadie quería que eso sucediese, y menos que nadie Casey. No quería tentar al destino. Estaba cansada de hacerlo.

Por otra parte, sus emociones habían dado un interesante giro. La sensación de triunfo que imaginaba que le aportaría el hecho de llevar a Caroline a la casa de Connie no se materializó. En su lugar, experimentó una extraña satisfacción. Lo que Casey sentía —por absurdo que sonase— era una profunda paz.

El traslado había sido acertado. Su corazón lo sabía. Al llevar allí a Caroline, Casey cerraba el círculo de su propia vida.

Seguía asustada, pero el miedo estaba bajo control, al menos lo bastante como para visitar a sus pacientes, y aconsejarles. Sí, un extraño habría dicho de ella que era fría y carecía de sentimientos al trabajar mientras su madre estaba tumbada inconsciente en un dormitorio de la planta de arriba. Pero un extraño no había estado en la piel de Casey durante los últimos tres años.

Sin embargo, había extraños que sí habían pasado por lo mismo que ella. Casey era una de los miles de personas que pasaban las noches en vela por un ser querido en estado de coma durante un largo período de tiempo. Como había hablado con unos cuantos y había leído las historias de otros muchos, sabía que la supervivencia para aquellos que observaban y esperaban requería que llevasen una vida lo más normal posible. Al igual que no le habría sido posible pasar todo el tiempo de los últimos tres años junto a Caroline, tampoco iba a hacerlo ahora. Su madre no lo habría querido. Caroline era una mujer pragmática. Habría respetado la necesidad de Casey de ocuparse de sus pacientes.

Uno de esos pacientes era Joyce Lewellen. Pero fue una Joyce diferente la que entró desde la sala de espera. Esta Joyce tenía color en las mejillas y andaba con seguridad. Parecía como si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

—¿Y bien? —la invitó a hablar Casey con una sonrisa expectante mientras tomaban asiento.

—Hemos perdido —dijo Joyce.

Casey esperaba oírle decir que habían ganado. Una expresión de sorpresa suplantó a la sonrisa.

—El juez falló en nuestra contra —le explicó Joyce—, pero ocurrió algo muy extraño. Quería ganar. Usted sabe lo mucho que lo deseaba. No dormí la noche del jueves. Estaba hecha un manojo de nervios, esperando en el despacho del abogado a que llegase la decisión. Cuando llegó, él la leyó primero y después me la leyó a mí. A continuación dejó el papel sobre la mesa y... ya está... se acabó. Lo que quiero decir es que pasaron por mi mente todas las cosas que usted me había dicho y, de repente, tuvieron sentido. Lo intenté. Nadie puede decir que no lo hice. Intenté encontrar un responsable de la muerte de Norman. Pero no lo conseguí. Los médicos hicieron lo posible por salvarlo. De acuerdo, tal vez deberían haber supuesto que reaccionaría de manera adversa a la anestesia. Tal vez algo en el historial médico de Norman debería haberles dado una pista. Pero no fue así, y después de lo ocurrido intentaron salvarlo por todos los medios. No estoy diciendo que me sienta feliz. Mis hijas no podrán estar con él, y yo sigo sola. Pero estoy satisfecha con la decisión del juez. Hice cuanto pude. Ganar o perder... Al menos lo intenté.

Satisfacción. Casey había utilizado la misma palabra para describir cómo se sentía respecto a que su madre estuviese allí con ella, en casa de Connie. Su situación no era mejor que la de Joyce. Caroline continuaba en estado

vegetativo. Pero Casey había hecho algo al llevarla allí. Igual que Joyce había hecho algo llevando la causa a los tribunales.

—Usted se sintió desamparada cuando Norman murió —dijo Casey, que también se sentía de ese modo.

—Mucho. Nuestro matrimonio no era perfecto. Ya le he hablado de eso. Pero era bueno conmigo y, sin duda, era bueno con las niñas. Sentía que tenía que intentarlo por él, que se lo debía.

—La semana pasada, estaba muy enfadada.

—Lo sé.

—¿Está enfadada ahora?

—Usted me dijo que lo dejase ir.

Así era. Al pensar en ello, Casey se puso en pie, fue hasta el escritorio y sacó dos dulces del cajón. Le dio uno a Joyce, desenvolvió el otro y se sentó otra vez en la silla. Se lo llevó a la boca y tiró el papel. Volvió a mirar a Joyce y, con delicadeza, repitió la pregunta:

—¿Está enfadada ahora?

Joyce se tomó su tiempo para responder.

—Si lo intento, conseguiré salir adelante. La burbuja ha estallado y me siento aliviada. Si pudiese resucitar a Norman, lo haría, pero no puedo. Estuve allí durante la vista del caso. El juez parecía inteligente, y una persona justa. Ahora ya ha tomado su decisión. Me ha quitado la responsabilidad.

Casey envidiaba a Joyce. Deseaba tener un juez que la liberase de la responsabilidad; alguien que tomase una decisión de manera definitiva, y que le dijese que la hora de Caroline había llegado. Caroline se estaba apartando de ella. La pregunta era si debería dejarla ir.

Caroline nunca estaba sola. Cuando Casey no estaba con ella, era la enfermera la que le hacía compañía, y cuando la enfermera se tomaba un descanso, Meg permanecía junto a Caroline, sentada en el borde de la cama, con la mano de Caroline entre las suyas, cantándole en voz muy baja. A media tarde, Brianna solía pasar por la casa. También lo hacían Jenna y Joy y otros amigos de Casey, así como dos compañeros de la clase de yoga, unos cuantos amigos de Caroline de Providence, y Emily.

Jordan entraba y salía a lo largo de todo el día. En un momento dado, cuando Casey dijo con ilusión que le gustaría llevar a Caroline al jardín, tomó cartas en el asunto y llevó el jardín hasta la habitación de Caroline. Llenó jarrones con viburnos, campanillas, lilas y lirios. Le llevó las primeras

peonías, así como minutisas y corazoncillos. A última hora de la tarde, la habitación de Caroline olía tanto como el jardín.

Por la noche temprano, Casey se quedó a solas con Caroline, maravillada con las flores, cuando alguien llamó suavemente a la puerta abierta del dormitorio. Ruth Unger estaba al otro lado, con un aspecto mucho menos confiado del que había mostrado en su propia casa el viernes anterior, insegura del recibimiento que recibiría, respetando la frontera que suponía el umbral.

Casey estaba aturdida. Se habría sentido indecisa —podría haber recordado que Caroline tal vez no quisiese tener cerca a la mujer de Connie—, de no haber pasado un poco de tiempo con Ruth tres días antes. Contra lo que había esperado, Ruth le había gustado entonces, y al verla se sintió conmovida.

Con una sonrisa vacilante, hizo un gesto de que entrase en la habitación.

—No estaba segura... —dijo Ruth, deteniéndose al acercarse a la cama y mirar a Caroline. Parecía realmente apenada.

—¿Cómo sabía que estaba aquí? —preguntó Casey.

—Llamo a la clínica todos los lunes.

Casey no lo sabía. Nadie en la clínica se lo había dicho. Por descontado, ella tampoco lo había preguntado.

—¿Por qué... ha estado llamando?

—Para saber cómo se encontraba —explicó Ruth mirando fijamente a Caroline—. No creía capaz a Connie de coger el teléfono y llamar, pero me sentía en la obligación de averiguar si se había producido algún cambio.

—¿Las flores eran cosa suya?

—No. Eso lo hacía Connie por su cuenta. —Ruth hizo una pausa y sonrió, cohibida—. Imaginé un montón de veces que me cruzaría con ella por la calle, pero nunca que nos conoceríamos así.

—¿Qué importancia habría tenido? —preguntó Casey sin amargura. Por mucho que lo deseaba, no podía sentir ira hacia Ruth—. Usted tenía a Connie.

—Sí, lo tenía. Y me amaba a su manera. Pero ella era parte de su vida.

—Una noche. Eso es todo.

—Una noche, una hija —la corrigió Ruth, y sus palabras resultaron, nuevamente, conmovedoras. Ruth no tenía motivo alguno para hacer que Casey se sintiese mejor. Pero lo había hecho el viernes y volvía a hacerlo en ese momento.

—Vale —susurró Casey, y lo dejó estar.

—He visto a Jordan abajo —dijo Ruth—. Me alegra que esté aquí.

—¿Conoce a Jordan?

—Sí. Jordan y yo tenemos algo en común, y no me refiero a Connie.

Casey reflexionó durante unos segundos y, finalmente, dijo:

—El arte.

—Nos hemos ido viendo en exposiciones, incluso antes de descubrir que teníamos esa otra conexión. Él tiene mucho más talento que yo, por descontado.

—Quizá él no opine lo mismo.

—Porque es un caballero —repuso Ruth, y añadió—: He traído la cena. *Coq au vin*. Meg lo está calentando.

—Ha sido muy amable de su parte.

—Ojalá pudiese hacer algo más.

—Lo que ha hecho ayuda..., y no me refiero solo a la intención. Lo valoro mucho.

—Si sucediese algo, me gustaría que me llamasen.

Casey sonrió.

—Lo haré —le prometió con sinceridad.

Ruth asintió. Siguió observando a Caroline todavía un rato más. Después apretó el hombro de Casey.

—¿Me harás saber cómo va todo?

La respiración de Caroline empeoró. Cuando la enfermera la colocó de costado, Casey estaba allí, y la ayudó a hacerlo, intentando que expectorase para que respirara mejor.

—Vamos, mamá. Puedes hacerlo. Hazlo por mí.

Pero Caroline no respondió. Cuando la colocaron medio sentada, el sonido era peor que nunca. La frase «estertor de muerte» se repetía una y otra vez en la mente de Casey. Cada vez que surgía, ella la apartaba de su pensamiento. Pero regresaba.

Incluso Meg apreció el cambio. Estaba en el lado de la cama opuesto al que se encontraba Casey, y no apartaba la vista de Caroline.

—Es como si tratara de decirte algo y tú no pudieras oírlo, así que habla cada vez más fuerte. ¿Qué estará intentando comunicarte?

Casey temía saberlo. Se inclinó hacia su madre y le dijo en tono suplicante:

—Háblame, mamá. Dime cómo te sientes. —Al no obtener respuesta, insistió—: Solíamos hablar, tú y yo. ¿Recuerdas cómo lo hacíamos, no antes

del accidente, sino después? Me hablabas, mamá. Te oía con toda claridad. Oía tus pensamientos.

—¿Puede oírla alguien más? —preguntó Meg.

Casey sonrió con tristeza.

—No. Pero nadie más sabía que estaba lo bastante bien como para pensar.

—¿Y si en realidad eras tú la que pensaba sus pensamientos?

Casey se echó hacia atrás. Se puso más recta. Si la cuestión era mantener los pies en la realidad, Meg había hecho la pregunta adecuada... Lo que además constituyó una lección de humildad, una dosis de pragmatismo en sentido estricto. Meg no era psicoterapeuta, de hecho no tenía estudios más allá del instituto. Pero había pasado por una crisis emocional y una terapia intensiva, y había salido de ellas como un ser humano totalmente funcional. Eso le aportaba cierta credibilidad.

De repente, Casey sintió curiosidad.

—Háblame de Pete —pidió.

Meg pareció sorprendida, pero solo por un instante.

—¿Qué... debería decir?

—¿Era real?

—En mi mente, sí, pero no era verdaderamente real.

—¿Tuviste amigos imaginarios cuando eras niña?

Meg negó con la cabeza.

—¿Fuiste consciente cuando lo viste por primera vez de que se trataba de una invención?

Meg reflexionó. Cuando finalmente respondió, su voz sonaba intranquila.

—Me gustaría responder que sí. De ese modo no parecería tan loca.

—Meg, yo mantengo conversaciones con mi madre —confesó Casey con descaro—. ¿Acaso es muy diferente?

—Lo es —repuso Meg—. Tú no actúas según lo que imaginas.

—Sí lo he hecho. Planeé un viaje una vez. Reservé dos pasajes en un crucero para Alaska.

Meg parecía más calmada.

—Durante todo el tiempo que Pete estuvo conmigo, creí que era real. En serio. Lo que no sabía era si se quedaría. Estaba segura de que llegaría a casa y descubriría que se había marchado. No podía creer que quisiera estar conmigo.

Casey había leído sobre eso en el manuscrito.

—¿Cuándo descubriste que te lo habías inventado?

Meg reflexionó sobre la pregunta.

—Creí que lo había descubierto cuando estaba en el hospital. Cuando llegué allí, dudaba. A veces pensaba que vendría a buscarme. Otras veces, sabía que no lo haría. No podía hacerlo.

Casey intuyó que la respuesta sería más larga. Esperó.

Al cabo, con un hilo de voz, Meg prosiguió:

—¿Cuándo pensé por primera vez que era fruto de mi imaginación? Fue cuando salí del estanque y me oculté en el bosque. Lo que quiero decir —añadió súbitamente excitada— es que se suponía que teníamos que ir juntos a un buen sitio. Me llevó allí. Yo buceé y buceé, pero no logré quedarme en el fondo.

—¿Creíste que se había ahogado?

—No. Pete no podía ahogarse. Era muy fuerte, y buen nadador. —Consciente de su arrebató, Meg sonrió, avergonzada—. Bueno, imaginaba que lo era. Pero entonces no volvió a salir a la superficie. Empecé a sentirme cansada, él no estaba allí para ayudarme a permanecer bajo el agua, y yo no podía hacerlo por mi cuenta. Cuando salí del estanque, él no apareció detrás de mí. Y entonces me sentí sola, como siempre lo había estado.

Casey pensó en las últimas veces que había intentado hablar con Caroline pero esta no había respondido. También se había sentido sola en esas ocasiones. Al pensar en su soledad actual, sin embargo, el dolor ya no era tan agudo.

—¿Te sentías sola en el hospital?

—Al principio, sí —respondió Meg—. No conocía a nadie. Pero todos eran muy buenos conmigo. Querían ayudarme. Nunca nadie había querido ayudarme antes. Bueno, sí. Miriam. Pero ella no era como Pete.

—¿Alguna vez piensas que volverás a ver a Pete, en una tienda, o en la calle?

—¿Cómo podría? No existe. Yo lo inventé, porque lo necesitaba con desesperación.

—¿Lo echas de menos?

Meg iba a negar con la cabeza, pero se detuvo. Nuevamente avergonzada, dijo:

—A veces. Me quería.

Casey sintió compasión por ella. Rodeó la cama y la abrazó.

—Ahora hay más personas que te quieren —dijo—. Eres adorable.

—Ya sabes a qué me refiero —murmuró Meg.

Casey lo sabía. Había leído *Soñando con Pete*. La clase de amor que Jenny había encontrado en Pete era algo más.

—Pero se trataba de un juego —dijo Meg suavemente—. Lo sé.

Casey la apartó un poco de sí y estudió su rostro. De nuevo llevaba menos maquillaje; sus pecas eran pálidas pero visibles. Asimismo, con el aclarado del tinte color castaño su pelo volvía a tener más su tono rojizo natural.

—Un juego de la mente —prosiguió Meg, en tono más firme—. Necesitaba que alguien me sacase de allí. No quería vivir si tenía que quedarme con Darden. Estaba desesperada, así que jugué. Eso fue lo que aprendí en el hospital.

—¿Lo crees?

—Sí. ¿Tú no?

Casey asintió. Conocía ese tipo de juegos. Se denominaban psicosis. Algunos eran breves, otros prolongados. Algunos debilitaban, otros no. Jenny desarrolló una psicosis como respuesta a un estrés profundo producido por el regreso de Darden, que llenaría nuevamente su vida de horror. Una vez que hubo cambiado la situación, fue tratada con éxito.

—¿Así es como te sentías cuando empezaste a oír hablar a tu madre? —preguntó Meg.

Casey la miró con expresión interrogativa.

—¿Desesperada? —apuntó Meg—. ¿Como si necesitases esos juegos?

Casey se sentó con las piernas cruzadas sobre la cama. Se había puesto el camisón, pero no había dormido más que unos pocos minutos. Era la una de la mañana. Había enviado a la enfermera a la cocina y estaba sola vigilando a Caroline.

No, no estaba sola. Angus se encontraba con ella, aovillado a los pies de Caroline. Permanecía prácticamente inmóvil desde que ella había llegado.

Jordan cruzó descalzo la alfombra.

—Eh —susurró, y frotó con delicadeza el cuello de Casey con la palma de mano. Fue un pequeño gesto, increíblemente tierno, sorprendentemente tranquilizador—. ¿No puedes dormir?

Ella sonrió, negó con la cabeza y buscó su mano.

Él miró a Caroline.

—Su respiración suena...

—Mal. —Casey no podía engañarse al respecto.

Jordan se llevó su mano hasta los labios, la besó, y después la llevó hasta su pecho y la dejó allí.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó—. ¿Qué es lo que más te preocupa?

Casey no tuvo que pensarlo mucho. Llevaba toda la noche haciéndose la misma pregunta.

—Estar sola. No tener a nadie en quien apoyarme en la vida. No siempre hemos estado de acuerdo, pero siempre he sabido que podía contar con ella. Es mi madre. No estoy segura de que exista amor más incondicional que el de una madre. Algunos de mis pacientes nunca lo han experimentado y eso los mortifica. Otros lo han sentido y lo han perdido siendo muy jóvenes. Yo tengo treinta y cuatro años. Debería estar agradecida por haberla tenido todo este tiempo. ¿Por qué soy tan avariciosa, por qué quiero más?

—Tú lo has dicho. Es tu madre. Se trata de una relación única.

—Me ha querido incluso en los malos momentos. Me ha querido cuando era una indeseable.

Jordan sonrió.

—No puedo imaginar que alguna vez hayas sido una indeseable.

—Créeme. Lo era. Era inmadura. Era rebelde. A veces era totalmente odiosa.

—Ella debía de saber por qué. Es más fácil sobrellevar ciertas cosas cuando conoces el motivo.

—Es amor incondicional. Yo era su única hija. Tenía montones de amigos, pero solo una hija.

—Hablas en tiempo pasado.

Casey no lo había hecho conscientemente. Observó la cara de Caroline para comprobar si ella también se había dado cuenta.

No se había dado cuenta, por supuesto. Tenía los ojos cerrados, y toda su energía vital estaba concentrada en respirar, en aspirar aire y exhalarlo. Era una lucha creciente, una súplica.

Una súplica. Casey podía sentirlo.

Las palabras de Meg resonaron en su mente. «Es como si intentase decirte algo, pero tú no puedes oírlo, así que habla cada vez más fuerte. ¿Qué estará intentando decir?».

Recordó las palabras de Ann Holmes: «Tienes que ayudarla, Casey. Tienes que hacerle saber que está bien».

—¿Está bien? —susurró Casey.

Miraba a Caroline, pero fue Jordan quien respondió.

—¿Lo has dicho en pasado? Si lo has dicho en pasado, está bien. Tú eres la que importa, Casey.

—No —replicó Casey—. No es cosa mía. Tiene que ver con ella. —En cuanto pronunció esas palabras, sin embargo, supo que no eran ciertas. Caroline no podía diferenciar los tiempos verbales. Lo que importaba en ese momento, por egoísta que sonase, era que Casey aceptase la situación. Que hubiese hablado en pasado después de tanto tiempo empleando concienzudamente el presente y el futuro, significaba algo.

A veces, el subconsciente era el primero en enterarse de las cosas.

Pero la conciencia de Casey iba muy por detrás. Sentada en la oscuridad, Casey comprendió de repente que su vida empezaba a cobrar forma. Los finales estaban conectados, había satisfecho las necesidades. Había resuelto asignaturas pendientes entre sus padres, había encontrado un amante muy especial en Jordan, una pariente en Meg, y una inesperada amiga en Ruth. Tenía amigos que la querían y colegas que la respetaban. Tenía aquella casa y un jardín que era un oasis en tiempos tormentosos y una bendición en los buenos tiempos.

«¿De qué tienes miedo? —le había preguntado Jordan—. ¿Qué es lo que más te preocupa?».

«Estar sola», había respondido de inmediato.

De pronto se sintió sorprendida al pensar en ello, pues no estaba sola. Si no lo había entendido antes, lo ocurrido en los últimos días se lo había dejado claro. Estaba rodeada de personas por las que se preocupaba y que se preocupaban por ella. Tenía una vida muy rica.

¿Sola? Sola era un término que había empezado a utilizar sencillamente porque había crecido en un hogar monoparental. Pero nunca había estado realmente sola. Si hubiese sido una de sus pacientes le habría indicado —con delicadeza, sin que sonase agresiva— que utilizaba la palabra «sola» como una excusa para comportarse mal, para sentir rabia e incluso autocompasión.

En ese momento no sentía ninguna de esas cosas. Sentada con Caroline y Jordan, se sentía en paz. La rabia había desaparecido. La amargura había desaparecido. Solo quedaba el miedo.

Su madre le habría dicho que, finalmente, había crecido, y quizá que era lo que había estado esperando, y que por eso había estado ahí esos tres años, viviendo una vida que no merecía llamarse así. Había estado esperando a que Casey encontrase la paz interior por su cuenta, tomándose el tiempo y el espacio que necesitase, lo cual se adecuaba bastante al modo en que Caroline la había criado. Casey había sido una niña con carácter, de ideas propias. Había tenido que cometer sus propios errores y buscar sus propias respuestas.

Al fin las había encontrado. Caroline le había ofrecido el tiempo necesario para conseguirlo. Era su último regalo.

Jordan la besó en la frente.

—Mantendré caliente la cama —dijo, como si adivinase sus pensamientos y sus necesidades—. Llámame si me necesitas.

Casey se quedó sin aliento. Sospechó que la repentina oleada de emoción tenía que ver tanto con los sentimientos hacia él como con lo que debía hacer a continuación. Incapaz de hablar, asintió en silencio. Mientras lo miraba salir de la habitación experimentó una sensación de plenitud.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, y se volvió hacia Caroline.

—Él es alguien, ¿verdad? —Se las apañó para preguntar con una sonrisa—. ¿Lo ves? No puedes decir nada. Si se tratase de uno de mis primeros novios, me dirías que no lo conozco lo suficiente y que he de ir con cuidado. Pero él es un guardián, ¿no te parece?

Se llevó la mano de Caroline a la boca, la besó y la colocó bajo su mentón. Notaba un nudo en la garganta, pero se forzó a hablar. Las palabras no podían esperar. Era el momento de pronunciarlas.

—¿Mamá? —susurró—. Quiero que oigas lo que tengo que decirte. Es muy importante. —Hizo una pausa para enjugarse las lágrimas que corrían por sus mejillas. Al sorber, sintió un minúsculo resto de miedo. Una vez que saliesen las palabras, no podría retractarse. Pero era lo que tenía que hacer. Lo sabía—. Está bien, mamá —añadió con cariño—. Puedes irte. Estoy bien. En serio, estoy bien. Puedes irte. Puedes irte.

Con la mano de Caroline apretada entre las suyas, se echó a llorar suavemente. Pero había algunas cosas más que decir. Volvió a sorber y se recompuso.

—Quiero que seas feliz. No quiero que sufras más de lo que tenías que sufrir. Has luchado duro, pero estás cansada, y no puedo culparte por eso. Esto ha ido demasiado lejos. Dejemos que tengas una buena muerte. —Su voz se transformó en un gemido y, de nuevo, lloró. Tardó otro minuto en retomar el hilo, y con la voz ronca prosiguió—: Si has prolongado esto por mi causa, lo siento. —Respiró de forma entrecortada—. No. De hecho, no lo siento. Hace tres años, no estaba preparada. Pero ahora lo estoy. Tú has hecho que resulte más fácil. —Su tono de voz se hizo más claro—. Me alegra que hayas conocido a Jordan. Es el hombre al que estaba buscando, mamá. Estoy segura. ¿Me has oído decir algo así antes? No, nunca. Pero él es solo una de las cosas que van bien en mi vida. —Soltó una risa medio histérica—. O sea, ¿acaso creía que en mi vida las cosas iban mal? No. Pero ahora las piezas han

empezado a encajar, y todo está muy bien. —Su voz se quebró, y las lágrimas volvieron a aflorar—. Quiero que las cosas..., también vayan bien para ti. Quiero que te sientas en paz. Te lo mereces. Te quiero mucho.

Llorando en silencio, sacó una toallita de papel de la mesita de noche y la apretó contra su nariz. Se calmó, pero permaneció en silencio. Miró a Angus. Estaba sentado, con sus grandes ojos verdes posados en Caroline. Ella también la miró. Caroline respiraba con mayor facilidad.

Al principio pensó que eran imaginaciones suyas, de modo que aguzó el oído. Le produjo el mismo sentimiento esperanzador.

Casey no deliraba. Las visiones de Caroline recuperándose habían desaparecido. La realidad había ensombrecido esa esperanza. Sin embargo, había surgido una nueva, relacionada con el hecho de morir en paz.

Convencida de que mediante esa respiración más sosegada Caroline le confirmaba que estaba diciéndole aquello que necesitaba oír, Casey prosiguió.

—Has sido una madre increíble. Lo sabía en lo más profundo de mi ser, incluso cuando te odiaba. Siempre has hecho lo correcto, mamá, aun cuando eso significase dar un paso atrás y dejarme meter la pata y después tener que rectificar. Incluso ahora. Has peleado por mí. Creo que sabías que Connie había muerto. Eso fue lo más duro. Pero a pesar de ello seguiste luchando. No te preocupes... —se le quebró la voz—. Está... bien que te vayas. Tienes... que irte.

Lloraba de nuevo, acunándose suavemente, apretando la mano de Caroline contra su boca. No intentó detener las lágrimas. Era el último apoyo físico que su madre podría darle, y lo aceptó con avaricia. El perfume a eucalipto había desaparecido. Casey percibió el último resto.

Al cabo de un rato, el llanto cesó. Con mucho cariño, acarició la frente de Caroline, sus mejillas y su pelo.

—Está bien —susurró—. Yo estoy bien. Sé que no podrás morir mientras yo siga viva. En muchos aspectos, soy tú. Nunca me había dado cuenta. Nunca había querido verlo. Quería ser independiente y hacer las cosas a mi manera, pero a menudo mi manera se parecía mucho a la tuya. Sobre todo en los últimos tiempos. —Esbozó una sonrisa—. Siempre estarás conmigo, mamá. Como los árboles de hoja perenne de Jordan. Todos los años, algo en mi vida florecerá para recordarte. Siempre será diferente, pero estará bien. El amor perdura.

Tras decir esto, Casey se sintió satisfecha. Repentinamente exhausta, se tumbó junto a Caroline, la abrazó, manteniendo su calor, y colocó la oreja cerca del pecho de su madre hasta que dejaron de oírse los latidos.

Epílogo

El verano en el jardín fue el momento de la maduración. Los abedules se espesaron, las cicutas ganaron altura, los arces y los robles se hicieron más frondosos y de un verde más intenso, los juníperos se tiñeron de un verde azulado. Menos animados que en la época del celo, los pájaros exhibían su juventud. A medida que pasaban las semanas, las crías iban con sus padres al comedero en busca de semillas. Las abejas rondaban por el rododendro, y cuando sus flores se marchitaron, por las gardenias, y cuando estas se marchitaron, por las hidrangeas. Las mariposas aparecían por el jardín de vez en cuando, eran una presencia hermosa que no tardaba en desaparecer.

La consulta de Casey prosperó; el número de pacientes parecía aumentar al ritmo de las balsaminas de Jordan. No sabía si se debía a su reputación, a los comentarios de compañeros como Emmett Walsh, o sencillamente al prestigio que suponía tener el despacho en Beacon Hill. Pero su agenda se llenó. Tras un mes en el despacho de Connie, sintió que iba a estar allí para siempre. Al parecer, también Angus lo pensaba. Una vez que se atrevió a salir del dormitorio principal, se convirtió en su sombra. Al principio era sigiloso, mantenía las distancias y se movía con silenciosa dignidad. Pero antes de que pasase mucho tiempo empezó a acurrucarse en su regazo en el transcurso de las sesiones. Si realmente se trataba del espíritu de Connie, Casey no podía quejarse.

Tampoco podía quejarse de Jordan. Estuvo a su lado en el entierro de Caroline, la consoló y no descuidó el jardín en ningún momento. A medida que el verano avanzaba, justo cuando los helechos crecieron para reemplazar al trillium, las petunias ocuparon el lugar de las minutisas, las vincapervincas se abrieron y los lupinos florecieron altos y regios, la relación de Casey con Jordan se hizo más profunda. Ella no lo forzó. Tras ser impulsiva durante gran parte de su vida, Casey necesitaba tiempo. Su madre había muerto, y su padre antes que esta, y ahora era la adulta de la familia. El amor que sentía hacia Jordan había llegado repentinamente a su vida en un momento de precariedad. Quería que su vida se estabilizase y ver si el amor enraizaba.

Jordan no podría haber sido más acorde a sus necesidades. En la vida, como cuando hacían el amor, sus ritmos corrían parejos. Supo cuándo enseñarle sus obras, y cuándo presentársela a sus amigos. Supo cuándo había que plantar flores en la tumba de Caroline, cuándo proponer un viaje a Rockport para visitar a Ruth, y cuándo ir a Amherst a encontrarse con aquel niño de trece años de pelo rojo y brillante.

Joey Battle. Casey lo reconoció al instante. Vivía con un matrimonio, amigos de Jordan, y asistía a una pequeña escuela privada que se encargaba tanto del alma como de las mentes de sus alumnos. Jordan pagaba las facturas.

—Bueno, no podía dejarlo en Walker —argüyó, un tanto incómodo cuando Casey supo lo que había hecho—. No ayudé a Jenny cuando tenía que hacerlo, y no deseaba cometer el mismo error dos veces.

Casey lo quiso todavía más por ello. Llegó agosto y viajaron a Walker para ver a los padres de él. Su madre había estado en Boston varias veces antes de eso, y ella y Casey habían estrechado su relación, pero Jordan hacía mucho tiempo que no veía a su padre. Juró y perjuró que no tendría el valor de hacerlo si Casey no lo acompañaba, y ella casi le creyó. Su padre lo intimidaba, lo advirtió en cuanto estuvieron juntos.

Jordan era un hombre fuerte y seguro de sí, que sabía qué quería de la vida. Pero su padre tenía el poder de hacerle callar, evitar las preguntas y ponerse a la defensiva. Eso, ciertamente, no lo perjudicaba a ojos de Casey. Aun cuando no hubiese conocido, como profesional que era, semejante sentimiento, se habría identificado con él. Ella también lo había experimentado. De hecho, aún necesitaba la aprobación de sus padres, que se sintieran orgullosos de ella. Los padres tienen un gran poder sobre los hijos. No importa lo mayores que sean estos, o lo distantes que estén en sus vidas cotidianas. Desde el momento de nacer reciben mensajes de sus padres, algunos tan profundos como el color del pelo, los ojos y la estatura.

Jordan se sintió más cómodo a medida que fue avanzando la visita, en particular cuando llegaron sus hermanas y sus respectivas familias. Se mostraron encantados de verlo y de que llevase compañía. Para Casey, que no había conocido más familia que Caroline, fue un día muy emocionante.

Las emociones, sin embargo, no acabaron ahí. A la mañana siguiente al encuentro familiar, Jordan la llevó hacia el norte. Tras un viaje de una hora llegaron a un pueblo pequeño y tranquilo. Luego de atravesarlo, giraron en una estrecha carretera de tres carriles y se acercaron a una pequeña casa amarilla con las contraventanas verdes rodeada de cicutas, pinos, enebros,

tejos y muchas de las flores que crecían en el jardín de Casey. Un sendero empedrado atravesaba aquellos lechos de flores. Conducía hasta unos escalones de madera y un porche. Había un par de mecedoras en este. Una mujer muy mayor se mecía en una de ellas.

Casey le dirigió a Jordan una mirada interrogativa, pero él no dijo una palabra. Lo que hizo fue rodear el *jeep*, cogerla de la mano y llevarla por el sendero.

La mujer del porche dejó de mecerse. Tenía el pelo blanco y una cara muy arrugada, llevaba un vestido de flores y un delantal blanco, y parecía tan sorprendida como Casey. Pero tenía un aire familiar, muy familiar.

A Casey se le aceleró el pulso.

La mujer no apartó los ojos de ella. Eran azules, según advirtió Casey cuando subió los escalones con Jordan; aclarados por la edad, pero igualmente azules. Ojos azules y un cabello blanco que debía de haber tenido una tonalidad rojiza en su juventud. También vio una sonrisa amable que habría resultado adorable si Casey hubiese sido dada a fantasear; lo cual, por descontado, era así.

La mujer tendió una mano temblorosa hacia Casey, al tiempo que Jordan decía con voz suave:

—Te presento a Mary Blinn Unger, tu abuela. Tiene noventa y seis años.

El otoño en el jardín fue glorioso como solo pueden serlo los otoños en Nueva Inglaterra. El arce se volvió anaranjado, los abedules amarillos y el roble rojo. Las Susans de ojos negros se multiplicaron, los ásteres se abrieron en una explosión de tonos rosados, y el viburno dio bayas. Las enredaderas que se extendían por la pérgola, por las paredes de ladrillo y contra los tiestos se transformaron en un tapiz de naranjas, rojos y marrones.

Delgada con su deslumbrante vestido largo blanco, con una guirnalda de hiedra en el pelo, Casey salió de la casa, recorrió el sendero empedrado hasta llegar donde se encontraba Jordan junto al pastor. Brianna y Joy la habían precedido en tanto que damas de honor, al igual que Meg, que estaba bellísima ahora que llevaba el pelo de su color natural, peinado con especial gracia.

Casey caminó sola, pero no estaba sola en el sentido estricto de la palabra. Los amigos y su futura familia política la rodeaba. Sentía con tanta fuerza el espíritu de Caroline como si se encontrase allí, en primera fila. Al igual que el

de Connie. Su despacho nunca habría estado lleno, su jardín florido, y su gato no habría adorado tanto a Casey si él no hubiera aprobado su relación.

Jordan esperaba, tan guapo que quitaba el aliento, tan concentrado en ella que la hizo llorar. En ocasiones, al igual que Jenny con su Pete, se preguntaba si Jordan era real. No necesitaba pellizcarse para estar segura, sin embargo. Todo lo que tenía que hacer era volver la cabeza, mirar alrededor, pronunciar su nombre... y allí estaba.

Negó a finales de noviembre. La nieve cubrió las pocas hojas que colgaban de las ramas, blanqueó los árboles de hoja perenne y formó una alfombra en el sendero del jardín. Por mucho que a Casey le gustase pasar tiempo fuera, estaba preparada para el cambio. El invierno significaba permanecer dentro de la casa, junto a un crepitante fuego, una copa de ponche caliente de sidra y en compañía de Jordan. Era el momento de establecerse como marido y mujer, y observar los preciosos puntos que unían sus vidas.

Jordan vendió su apartamento, trasladó su oficina a una de las habitaciones vacías y su estudio a la cúpula, y animó a Casey para que criticase su obra. Casey vendió su apartamento, le dio a Meg todos los muebles que cabían en el de esta, vendió el resto y abrió su primera cuenta corriente con otra persona.

Cuando la nieve desapareció de la embarrada tierra y las flores del azafrán abrieron sus pétalos amarillos, púrpuras y rosas, era ya finales de marzo y Casey estaba embarazada.

Cuando llegó junio y florecieron las glicinas y el arce, el abedul y el roble se habían cubierto de hojas, tenía ya una barriga prominente.

Cuando dio a luz, a principios de agosto, el jardín era tan fértil y rico como ella se sentía en su interior.

Era lógico que la vida de Casey se adecuase al ritmo del jardín. Sus dos padres habían amado las flores y los árboles, al igual que su marido. ¿Y ella? El jardín le había enseñado a mantener la cabeza despejada y a discernir lo que era real de lo que no. Le había dado esperanza en momentos de preocupación, y calma en los momentos de estrés. Era un testimonio constante de la perenne naturaleza del nacimiento.

Cuando el agosto siguiente su hija celebró su primer cumpleaños, lo hizo entre flores, luciendo un delicado ramito de margaritas en su pelo suave y rubio. Comió pastel de chocolate, machacó el helado con una cuchara de madera y se cayó de bruces al corretear tras una mariposa.

Su padre la levantó del suelo y le sacudió el vestido mientras la llevaba con Casey, que la besó hasta que volvió a sonreír.

La vida era hermosa.



BARBARA DELINSKY (Boston, Massachusetts, 1945). Nació y se crio en Newton, un barrio de Boston, Massachusetts; en 1967 se licenció en psicología y dos años después terminó un máster en sociología. Antes de comenzar su carrera de escritora, trabajaba como investigadora para la Sociedad de Prevención de la Crueldad con los Niños, también fue fotógrafa y reportera del *Boston Herald*.

Su carrera de escritora empezó a raíz de que leyera un artículo en un periódico que hablaba sobre las novelas románticas. Barbara investigó el tema, leyó 40 o 50 novelas y se dispuso a crear la suya. Pronto se dio cuenta de que su formación como psicóloga le era muy útil para trazar los enredos emocionales de sus personajes y afirma haber utilizado «prácticamente todo lo que ha estudiado y vivido personalmente» en sus obras.

En 2001, escribió un libro de no ficción, *Uplift: Secrets from the Sisterhood of Breast Cancer Survivors*. Ella misma era una superviviente del cáncer de mama, y donó las ganancias de ese libro de su segunda obra de no ficción a la caridad. Con esos fondos puso en marcha una unidad de oncología en el Hospital General de Massachusetts donde se forman cirujanos de mama.

Notas

[1] Pechuga a tiras frita con verduras. <<